

ALEXANDRA RISLEY

Sally

y el PRÍNCIPE
CANALLA

Sally
y el PRÍNCIPE
CANALLA

ALEXANDRA RISLEY

SALLY Y EL PRÍNCIPE CANALLA

©Alexandra Risley

1º Edición, junio 2019

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

Diseño de interior: Alexandra Risley

Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografía: Victorian lady in blue (By grape_vein/AdobeStock)

Vienna skyline panorama at sunset (By bradleyvdw/AdobeStock)

Instagram: @AlexandraRisley

Twitter: @AlexRisley

Facebook: <http://www.facebook.com/alexandrarisley>

Goodreads: <http://www.goodreads/alexrisley>

Tabla de contenido

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

Para JJ

Capítulo 1

Viena, Imperio Austrohúngaro, 1885

A Sarah Elizabeth Withfield no le inquietaba ser el centro de todas las miradas. Debía admitir que en algún punto de su vida había empezado a disfrutar de la atención y que no pocas veces la había utilizado a su favor. Aun así, cuando el mayordomo del palacio de Schönbrunn le anunció ante centenares de invitados, un horrendo escalofrío se deslizó por su columna vertebral.

Desde la adolescencia, su sola presencia provocaba que un torbellino de cabezas se volviera en su dirección y que la gente le observase con abierto interés, como si formarse una opinión sobre ella fuese un hecho inevitable. Así había sido en Londres, su ciudad natal, y ahora lo era en Viena, su nuevo hogar. Algunos decían que era su encanto; otros, la formidable fortuna que acompañaba su apellido, pero había algo en ella que a nadie dejaba indiferente. Sally no se engañaba pensando que estaba dotada de una belleza sinigual, de una personalidad cautivadora o de un incuestionable virtuosismo; era muy consciente de lo que todo el mundo veía en su persona: una criatura extraña que no encajaba allí, ni en ninguna otra parte. No estaban equivocados. Aquella noche, cientos de pares de ojos le recordaron ese hecho irrefutable. Cuadró los hombros con dignidad, pese a su desencanto, y consiguió sonreír mientras se abría paso en el baile anual de la Ópera de la Corte Imperial y Real de Viena. La horrible riada de miradas la siguió mientras un vals vibraba con fuerza.

Decenas de parejas danzaban en una armoniosa espiral bajo el fulgor dorado de las bombillas eléctricas, que habían sido instaladas donde en un pasado cercano había habido lámparas de gas. Los hombres vestían de blanco y negro, salvo los militares, que lucían formidables uniformes. Las mujeres iban ataviadas en vestidos de gala en una variedad de tonalidades a la última moda, engalanadas con joyas que descollaban al contacto con las luces.

Por suerte, el interés de los demás invitados fue mermando con el paso de los segundos, hasta que Sally solo percibió un ligero cosquilleo en la nuca.

Cerca de una columna jónica del atestado salón, la joven atisbó a Willard Fitzroy mientras tomaba dos copas de champagne de la bandeja de un mozo. Sonrió cuando sus miradas se encontraron. La agradable compañía de aquel joven vivaz e ingenioso había hecho más tolerables sus días en la capital del

imperio.

—Sabía de tu talento para las entradas triunfales, pero querida amiga, esta vez te has superado —bufó con su desfachatado acento americano mientras le entregaba una de las copas. Ella la aceptó con una mueca sarcástica.

—Ha estado a punto de ser una entrada dramática —masculló antes de dar un sorbito a la helada y espumosa bebida—. Parece que estuvieran a punto de... lapidarme.

—Como a esa mujer adúltera de la biblia... ¿Cómo se llamaba?

Sally bufó.

—Dime una cosa, Fitzroy. ¿Acaso apesto?

Will, poseedor de un rostro agraciado, con rasgos finos y armónicos y un cabello rubio platinado que le confería el aspecto de un imberbe dios griego, apretó sus finos y atractivos labios en un gesto reflexivo.

—Por supuesto —admitió—, apestas a dinero.

—¿Y esa es una razón aceptable para que toda Viena me odie?

—¿Acaso esperabas otra cosa, Withfield? No se puede andar por ahí derrochando belleza y presumiendo de una cuenta corriente abultada sin conseguir que la envidia le haga rugir las tripas a los pobres diablos que todavía viven de la ilusión de sus títulos de la nobleza, sin mencionar la posesión más preciada de todas: la libertad —suspiró con grandilocuencia, saboreando la palabra—. Si ya las primeras dos cosas son meros golpes de suerte, la tercera es una bendición impagable.

A su pesar, Sally dejó crecer una sonrisa en sus labios.

—Aprecio tu intento de consolarme, pero no funciona.

—¿Qué? No. Hablaba de mí mismo, tontorrón.

Ella lo observó, fingiéndose ofendida, pero terminó riendo entre dientes.

—Idiota.

—Vamos, Withfield —murmuró en voz baja—. No me digas que no lo encuentras tremendamente divertido.

—¿El qué?

—Vivir en los pensamientos de los demás, quitarles el sueño, que les rechinen los dientes por cada cosa que hagas o dejas de hacer.

—Olvidas un pequeño detalle: soy una dama y cualquier cosa que digan sobre mí afectará mi reputación —su humor se oscureció de pronto y un

suspiro cargado de frustración brotó de ella—. Apuesto a que toda esta gente se pregunta qué hago en un país extranjero, por qué no me he casado si ya estoy en edad de tener al menos dos hijos y qué rayos estoy haciendo con mi vida. Se han de horrorizar pensando que soy una libertina inglesa que ha venido a corromper su ciudad.

—Pues que se horroricen —masculló, y ella le miró con asombro—. Eres increíblemente afortunada. Cualquier dama desearía estar en tus zapatos, aunque fuera por un día. No olvides eso, Sally. En los tiempos que corren, no hay muchas prerrogativas para las mujeres, y tú ni siquiera has tenido que enviudar para lograr las tuyas.

Era cierto que su vida parecía de ensueño. Era la hija menor de uno de los tres hombres más ricos de Inglaterra, el obrero de una fundidora que había hecho fortuna construyendo ferrocarriles veloces y eficientes y tendiendo vías férreas por todo el país hasta erigir un imperio. Desde que Sally tenía diez años, el dinero había comenzado a llover a su alrededor, igual que los bienes, los lujos, los viajes de placer. Sus necesidades empezaron a satisfacerse antes de que pudiera notarlas siquiera. No tenía tiempo para usar todos los vestidos y zapatos de diseño que colapsaban su *vestier*. Y ni hablar de las joyas, los caballos, los carruajes o cualquier juguete que a su padre se le ocurriese obsequiarle. Pero la gente no tenía idea de las cosas con las que había tenido que lidiar desde muy joven.

Tras una infancia privilegiada y algo apabullante, llegó la adolescencia, y fue cuando Sally comenzó a entender mejor su realidad y la de su familia. Los ingleses de noble cuna con los que tendían a cruzarse no hacían más que desdeñarlos. Todos ellos pensaban que su fortuna era demasiado reciente, demasiado zafia. Para ellos, los Withfield no eran más que burgueses oportunistas, *gentrys* suertudos, el odioso resultado de una era industrial que estaba dejando atrás el poderío de la sangre azul, los títulos nobiliarios y sus tierras ancestrales, cuyas rentas en mala hora habían caído por los suelos.

Con su presentación en sociedad llegaron las miradas curiosas, la desaprobación, el desaire, los celos. Las modistas más exclusivas de Londres rehusaban vestir a las hermanas Withfield por chantaje de las damas de familias más influyentes, quienes las consideraban indignas de pisar el mismo atelier que ellas. Lo mismo sucedía con las invitaciones a bailes, té y cenas. Luego comenzaron a aparecer las falsas amistades, la sombra de la envidia, los peligros latentes que obligaron al señor Withfield a pensar muy seriamente

en la seguridad de sus hijas. A Sally y a sus hermanas no les faltaron pretendientes demasiado efusivos, cazadotes que se arrodillaban y juraban amor eterno, aquellos que insistían en concertar encuentros a solas con el único objetivo de comprometerlas moralmente y conducir las a un matrimonio forzoso; los lores venidos a menos que buscaban un impulso económico con una unión conveniente. La joven recordaba con especial escozor a un vizconde que había llorado suplicándole que se casara con ella cuando apenas tenía dieciséis años. Su interpretación había sido pusilánime, infame, pero al menos Sally había aprendido a reconocer a un embaucador cuando lo veía. Desde entonces, ya nadie podía engañarla.

Por suerte, sus padres habían sido personas sencillas por demasiado tiempo y no estaban precisamente inclinados a adoptar la tradición de los matrimonios concertados. Caleb, Frank, Judith y Ellie, sus hermanos y hermanas mayores, habían elegido a sus esposas y esposos y construido familias felices. Eso sí, la sangre Withfield nunca se había mezclado con la de la aristocracia inglesa, en tanto que el patriarca mantenía serias reservas respecto a los pares del reino y su legendaria codicia por los bienes de una clase social que tildaban de inferior.

A Sally nunca le habían puesto presión para que eligiese marido, quizá porque era la más pequeña y por años había sido tan reticente a la idea del matrimonio que el señor y la señora Withfield habían dado por hecho de que se convertiría en la solterona de la familia. Ella, lejos de ofenderse, había respirado aliviada.

«Eres increíblemente afortunada».

Su mente trajo de vuelta la frase de Will.

¿En verdad lo era?

—Pero nunca seré más afortunada que tú, ¿verdad?

Su amigo soltó un suspiro algo dramático.

—Pues, aunque no lo parezca, Sal, yo también he tenido mis instantes de desesperanza —confesó—. Mírame, soy el hijo pequeño de un banquero de Filadelfia, enviado lejos para aprender a tocar el cello o cualquier instrumento que me mantenga ocupado y del otro lado del océano. ¿Y he aprendido a tocarlo decentemente siquiera? ¡No, por el amor de Dios! Sueno como un animal agonizante. Está claro que no me han echado del conservatorio debido a los jugosos donativos que hace mi padre a la orquesta.

Sally le sonrió.

—Quizá si lo intentaras de verdad en lugar de irte de fiesta hasta la madrugada...

Sacudió la cabeza.

—¡No tengo talento! Los únicos instrumentos que se me dan bien desde que llegué a Viena no son precisamente musicales —susurró sombrío cuando un apuesto muchacho pasó cerca de allí. Will le siguió con la mirada y éste le respondió con un brillo subrepticio en los ojos.

Sally, que pilló el intercambio, sofrenó una risita.

—A eso me refiero. Deberías pasar más tiempo con el instrumento correcto.

—¡Ya quisiera yo! —bufó—. ¿Qué quieres que te diga? Soy débil y corrupto, y tú deberías seguir mi ejemplo, así no tendrías tiempo para preocuparte por lo que dice la gente. Goza un poco de la vida.

—¿Que goce de la vida, dices? ¿Y cómo sugieres que lo haga?

Will le lanzó una mirada enigmática que ella no consiguió descifrar.

—Cariño, tu inocencia es de otro mundo —rió—. ¿No te das cuenta? Estoy tratando de sugerirte que te busques un amante.

Sally estuvo a punto de escupir su sorbo de champagne. Por suerte, consiguió tragarlo y conservar la frialdad, pese a su conmoción.

—Willard Fitzroy, harás que mi difunta institutriz se revuelque en su tumba.

—Eres una rosa inglesa con la cuerda larga, hermosa y resuelta. Se supone que te comportes mal. Si la sociedad vienesa te cree una mala influencia, al menos dale razones.

—Oh, santo cielo —musitó ella, bajando la voz—. Estás hablando en serio.

—Por supuesto que estoy hablando en serio.

Sally cerró los ojos, debatiéndose entre la diversión y la exasperación. Esperaba que las matronas y cotillas de Viena estuvieran muy lejos de aquel rincón del palacio.

Por descontado, no acostumbraba a mantener aquel tipo de charlas con nadie además de Will, ni siquiera con Esther, Fanny y Harmony, sus mejores amigas que seguían en Inglaterra, sin embargo, su patente cercanía con aquel deslenguado americano le permitía darse tales licencias. Con él se sentía tan cómoda, desinhibida y a salvo que a menudo surgían temas de conversación que harían que su madre se desmayase.

—Will, no necesito... —miró fugazmente a ambos lados y bajó su tono de

voz al decibel de un susurro—. El hecho de que haya decidido no casarme no me convierte en una mujer disoluta y dispuesta a cualquier intercambio físico. No necesito un amante.

—No te creo —bufó, a lo que ella respondió con un indiferente encogimiento de hombros—. Oh, vamos, Sal. No me vengas con que has hecho un voto de castidad. Me decepcionarías mucho.

—No, pero... ahora mismo no me interesan esas cosas.

—Cuando conozcas al caballero correcto... —insistió Will— aunque, Dios sabe que hasta los incorrectos pueden ser buenos de vez en cuando, sentirás esa punzadita de necesidad y curiosidad. Créeme.

La joven puso los ojos en blanco.

—Que charla más apropiada para un baile —resopló, sarcástica.

Willard apretó los labios con reticencia.

—Hablar de placer siempre es apropiado. ¿Qué tal un pequeño experimento para avivar tu interés?

Ella alzó una ceja, temerosa de preguntarle a su amigo qué se traía entre manos.

—¿Qué... clase de experimento?

—Uno muy inocente —los ojos traviosos de Willard sonrieron antes de comenzar a otear subrepticamente el mar de rostros que poblaba el salón. Caballeros de distintas edades, complejiones y portes charlaban animadamente mientras un vals llenaba el ambiente—. Un juego de posibilidades.

—No entiendo —soltó ella, haciéndose la tonta.

—A ver, *mon ami*. Si tuvieras que elegir un compañero de cama entre los caballeros de esta sala, ¿quién sería el afortunado? —Sally dejó escapar una risa nerviosa. A su pesar, estaba un tanto escandalizada—. No es que vayas a elegirlo en la realidad, pero no tiene nada de malo jugar con la imaginación, ¿verdad?

—Por eso no progresas con el *cello*. Te la pasas fantaseando.

—Vamos, Sal, ¡que me muero de aburrimiento! —insistió con un tono casi infantil—. No te estoy pidiendo que mates a nadie. Escoge a alguien de una puñetera vez. Será divertido.

La joven suspiró, rendida. Dio el último sorbo a su copa y se la entregó al

mozo más cercano antes de dar inicio al licencioso jueguito.

A continuación, paseó una mirada tímida por el salón. ¡Dios del cielo! Las cosas que se le ocurrían a ese loco americano. Si quería sobrevivir a Viena, estaba obligada a empezar a buscar nuevos amigos.

—¿Qué tal aquel? —fijó sus ojos en un militar alto, rubio y de mirada extraviada que permanecía sembrado en un rincón del salón.

—El mayor Toth —Will hizo un gesto de desaprobación.

—¿Qué sucede? ¿Qué tiene de malo?

—No te lo recomiendo. Acaba de volver de la guerra.

—Oh, santo cielo. Pobre.

—No seas condescendiente, Sally. Ese hombre ha de estar un poco tocado de la cabeza después de pasar por el campo de batalla. Dicen que diseña fusiles y sabrá Dios que otros instrumentos de muerte —puso los ojos en blanco al tiempo que negaba rotundamente con la cabeza—. No hallarás diversión allí.

—¿Y aquel otro?

Sally se refería a un joven moreno y muy apuesto que le había lanzado miraditas nada más llegar al salón. Le gustaba su cabello lustroso, su atuendo a la moda y esa sonrisa relajada que parecía contagiosa.

—Von Scholten —bufó su amigo, que no parecía demasiado impresionado por el dandi—. ¡Vaya presumido! Si puedes soportar su charla narcisista interminable, adelante. Aunque, conociéndote, sé que lo desecharás en un dos por tres.

—¿Y qué me dices de aquel?

—¡No, Sally! Borkowski es un bribón, ¡además está en la ruina!

Suspiró, aburrida. Para Will todos los hombres en la sala estaban cuajados de defectos inaceptables. Echó otra mirada al salón y sonrió con malicia, dándose golpecitos en los labios con el dedo índice.

—¿Qué tal aquel apuesto madurito junto a la mesa de refrigerios?

Willard estiró el cuello para seguir su mirada.

—¿Cuál madurito?

—Mira bien.

Cuando se topó con la visión de un abuelo voluminoso, de barbas blancas y espeso bigote de brocha, manchado con alguna clase de aderezo, Will bufó.

—Muy graciosa, Withfield.

—Me temo que eres más exigente que yo —consiguió decir ella entre risas—. Y bien. ¿Cuál es el resultado del experimento?

—Veamos... En menos de cinco minutos te has cargado a un militar, a un dandi, a un pelmazo y a Papá Noel. Me temo que eres una potencial zorra, Sally Withfield.

Un brote de risas desaforadas inundó aquel recodo del salón.

Casi de inmediato, las miradas reprobatorias de un par de debutantes y sus ceñudas matronas recayeron sobre ellos. Por un instante, Sally se sintió de nuevo en Londres y en sus salones plagados de rostros avinagrados, prestos a destrozar a cualquiera que actuase al margen de las normas de comportamiento.

Quizá después de todo, Viena no fuera tan distinta a la ciudad que había dejado atrás, pensó con resignación.

Cuando las risas se disolvieron, la mirada de la joven se paseó fortuitamente a lo ancho del salón. Y fue entonces cuando le vio por primera vez.

Llevaba el cabello un tanto más largo de lo que podía considerarse apropiado para un caballero, pero iba peinado de tal forma que suaves y relucientes mechones castaños le caían de un lado, formando un minucioso abanico. Sally calibró la suavidad de aquel cabello guiada por los destellos que le arrancaban las luces del salón. La mandíbula fuerte y el mentón, ligeramente alargado, estaban cubiertos por una barba bien cuidada, al igual que el bigote, que encumbraba el imperio de su nariz de héroe griego y los labios finos y seductores. Las cejas, alzadas en actitud apreciativa, daban un rígido marco a sus ojos oscuros, brillantes, tenaces pero disipados. Sus mejillas planas dibujaban un par de hoyuelos largos, lo que permitía adivinar que estaba conteniendo enigmáticamente una sonrisa.

Iba vestido formalmente, igual que el resto de los caballeros, pero descollaba decididamente por su porte enérgico y elevada estatura. Era todo elegancia, belleza y encanto masculino, y parecía bastante cómodo con aquellos atributos que mantenían a una docena de damas al borde del desmayo.

En raras ocasiones, Sally se quedaba observando fijamente a un caballero, pero aquella vez había pecado sin ser consciente siquiera. Había algo en él que la cautivaba sin ningún remedio. Se preguntó en silencio si serían sus ojos,

que recorrían la muchedumbre con casual desinterés, o su halo magnético, que atraía la admiración con la misma facilidad con la que ella atraía la censura. O quizá fuera el hecho de que aquel era el hombre más apuesto que había visto en mucho, muchísimo tiempo. Tragó saliva con fuerza.

El caballero no tardó en verse rodeado por algunos conocidos que le saludaron con inclinaciones de cabeza. Su gesto con ellos fue cortés pero apático.

Tan intensa era la mirada de Sally, que fue como si le hubiese llamado con los ojos. El caballero giró la cabeza de golpe y sus miradas se encontraron.

Por un instante, creyó haber cometido el peor error de una larga lista desde el día de su presentación en sociedad. Ignorando la punzada que estremeció su ser, como si de una descarga eléctrica se tratase, apartó los ojos, sintiendo la sangre calentar sus mejillas con inusitado ardor.

Willard carraspeó para llamar su atención.

—Caray, parece que tenemos a un ganador.

Sally, que mantenía la mirada gacha para no revelar su incómodo rubor, sacudió la cabeza, haciéndose la tonta.

—¿Disculpa?

—Sal, he visto cómo lo devorabas con los ojos, pequeña desvergonzada —bufó el americano—. Por fortuna no has sido la única. Incluso yo he caído en la bajeza y, por supuesto, todas las damas del salón. No es que sea muy sencillo mantener la compostura delante de semejante espécimen, ¿verdad?

—¿Lo conoces? —su deje, tan esperanzado, delató el interés que segundos atrás la había consumido.

—Tan solo de vista, pero no tengo ninguna objeción, si me preguntas —Sally alzó una ceja con apremio, solicitando más información—. Se llama lord Theo Phillips y está emparentado con el rey de Baviera y el emperador Franz. La madre, que viene a ser una princesa bávara, se casó con un lord inglés asentado en el imperio por su carrera diplomática.

—Es decir que es un...

—Príncipe, sí. Tan inglés como bávaro.

Sally se atrevió a echar otro vistazo a lord Theo, que se había abstraído en la conversación con sus conocidos, sin que sus gestos dejaran de ser impasibles.

—¿Por qué no lo había visto antes? —preguntó en un susurro.

—Ha estado de viaje por algún tiempo, desconozco el motivo. Es un fiestero, mujeriego, reacio al compromiso, *bla, bla, bla*. Si no fuera tan condenadamente guapo sería un aburrido estereotipo, ¿no lo crees? —Sally no contestó, abstraída como estaba en la contemplación del caballero—. Ah, también es el soltero más codiciado de todo el imperio... después de su hermano, desde luego.

Ella le observó con incredulidad, lo que provocó las risas de su amigo.

—Sé lo que estás pensando, Sal —Will alzó una rubia ceja con deleite—. Son gemelos, pero el otro es el portador del marquesado de Saint Leger y el consejero británico en Viena, lo que desde luego lo hace más apetecible para las muchachas casaderas y sus ambiciosas madres. La maldición del hijo pequeño —completó con ademán dramático—. Es injusto, ¿no crees? El otro se queda con todo por el simple mérito de nacer seis o siete minutos antes. Aunque, desde luego, su desventaja no debería hacerlo menos competente como amante.

La joven resopló al oír aquello.

—Will, creí que ya habíamos bromeado suficiente.

—Yo no estaba bromeando.

—Como sea...

Sally se interrumpió cuando un severo carraspeo tronó muy cerca de ella. Se giró con rapidez, descubriendo un par de miradas que le resultaban acerbamente familiares. La señora von Lambort, una dama estirada con la que había lidiado desde su llegada a Viena, y su hija, les observaban con manifiesta reprobación.

Von Lambort era la presidenta del Comité de Damas para las Artes de Viena, una mujer ceñuda, delgada al extremo, con las mejillas tan hundidas y los ojos tan saltones, que a veces Sally tenía la impresión de estar contemplando a un cadáver. Elise, por el contrario, era bonita y circunspecta. Apenas había intercambiado un par de palabras con ella, y su respuesta siempre había sido displicente.

—Buenas noches, señorita Withfield, señor Fitzroy... —saludó von Lambort con su vocecilla de pájaro. Willard y Sally respondieron al unísono—. Veo que están disfrutando de nuestra velada.

—Oh, ¿no sabe cuánto, señora von Lambort! —farfulló Sally, efusiva—. Mis felicitaciones por tan buena organización. Le decía al señor Fitzroy que

todo está muy animado... y que la orquesta es lo mejor que he escuchado.

—Por supuesto —la mujer sonrió, muy pagada de sí misma—. Son nuestros mejores talentos, la próxima generación de músicos de la Filarmónica de Viena. Si se fija bien, cualquiera que se precie de ser alguien en la música está aquí esta noche.

Will echó una mirada desenfadada a uno y otro lado del salón.

—Que caray. ¿Cree que el señor Puccini haya perdido la invitación?

Sally hizo una mueca para sofrenar una sonrisa mientras von Lambort clavaba los ojos en el bromista americano. Cualquiera que hubiera sido la respuesta afilada que había tejido para él, murió en sus labios. Se limitó a sonreír, desprovista de humor, y con una veta maléfica que erizaba el pellejo.

—A propósito, señor Fitzroy, ¿cómo va la academia de música? —quiso saber—. Me parece que ha estado ahí un buen tiempo, de hecho, más que cualquier otro estudiante aceptablemente talentoso. ¿Le ha tomado cariño a la institución... o quizás se le ha hecho un tanto complicado aprobar sus asignaturas?

Will resopló, inmune a la pulla.

—No puedo negarlo. Le tengo un gran aprecio a la academia, señora von Lambort, pero no tanto como mi padre, que es, como usted sabe, uno de sus principales benefactores —su amigo sonrió satisfecho cuando la dama apretó la mandíbula, señal inequívoca de que empezaba a tragarse sus palabras. El señor Fitzroy, un músico frustrado convertido en banquero, como Will había dicho alguna vez, entregaba un cuantioso donativo anual a la Academia, razón por la que gente como von Lambort lo adulaba pertinazmente—. Y no pide mucho a cambio de su increíble desprendimiento, solo que toleren a su poco talentoso y excéntrico hijo merodeando por ahí el tiempo que necesite.

La dama sonrió con malicia, concediéndole la victoria.

—Como usted diga, caballero. Por favor, dele mis saludos al gentil señor Fitzroy la próxima vez que le escriba —dicho esto, dirigió su mirada a Sally, una víctima decididamente más maleable—. Señorita Withfield, ¿cómo se encuentra su protectora, la querida señorita Weichselbraun? Espero que mejor de su malestar.

—Pues, ya la conoce —rio con cierto nerviosismo pues, la mirada de aquella mujer le ponía los pelos de punta—. Siempre está sonriendo y disfrutando de la vida, incluso cuando se pone enferma. Confío en que

mejorará pronto.

—Ha sido muy generosa con usted, ¿no es verdad?

—No podría pedir una mejor anfitriona.

—Oh, desde luego —sonrió sin una pizca de gracia—. Todos adoramos a Sophie. Cómo lamentamos que no nos acompañe esta noche. La hemos extrañado en nuestras últimas reuniones... aunque usted ha de extrañarla más.

Sally sonrió, incauta.

—¿Disculpe?

—Su ausencia le ha privado del cuidado de una acompañante respetable, como lo dictan las normas de toda sociedad medianamente civilizada. Llegar por cuenta propia a un evento público no es precisamente el tipo de comportamiento que se espera de una jovencita... y soltera, nada más y nada menos.

Von Lambort se carcajeó con desdén ante la mirada incrédula de la joven.

—Yo... lo siento, señora. No he pretendido ofender a nadie con mi presencia.

—Me temo que lo ha hecho. Imagino que entenderá por qué aun no ha cultivado amistades del sexo femenino desde su llegada a Viena —suspiró, fingiendo preocupación—. Seré honesta con usted, querida. Su falta de tacto en cosas tan simples como ésta la ha convertido en una compañía que toda damisela de Viena debería evitar. Es usted, digamos... una mala influencia.

Sally notó un frío estremecimiento. Su rostro comenzó a calentarse con el flujo vertiginoso de sangre y la boca se le secó. Aquello solo podía significar una cosa: que estaba avergonzada.

Pero, ¿avergonzada de qué? Ella no había hecho nada.

—No creo que eso sea cierto...

—Pero he de decir que soy consciente de sus antecedentes tan peculiares —continuó von Lambort, interrumpiéndola—. Estoy segura de que su educación burguesa no le ha permitido instruirse debidamente para concurrir un ámbito como el nuestro, ni como el de Londres, desde luego. Por eso se marchó de allí, ¿verdad?

La joven parpadeó, desconcertada.

—Señora von Lambort...

—Le digo esto como un consejo, querida —continuó la dama—. No es tarde

para empezar a prestar atención a ciertas cosas y considerar alguna ayuda, como una escuela de señoritas, usted sabe, donde pueda ser instruida en las costumbres más básicas de la buena sociedad... nada que no puedan proveerle en su propio país —rio, aunque la risa no había logrado contagiar sus ojos—. ¿No se jactan los ingleses de su buena moral? Hágame caso y vuelva a casa cuanto antes. Cuando esté debidamente preparada, veremos si podemos recibirla en Viena.

Sally había enmudecido de indignación. Aquella mujer, a la que apenas conocía, le había insultado cruel y abiertamente, a diferencia de las damas de Londres, que enmascaraban su desaprobación con crudas sutilezas. La sensación que la invadió fue de impotencia, mezclada con un ridículo deseo de gritar y llorar.

Vagamente fue consciente de la ruda mirada de Willard, que parecía impelerla a que respondiese con uno de sus acostumbrados comentarios, pero Sally aun estaba atontada por la fuerza de aquel golpe, que había llegado justo cuando más vulnerable se sentía. Estaba segura de que, si abría la boca para decir cualquier cosa, lo único que saldría de ella sería un gemido lastimero, y no podía permitirse tal cosa.

—Bien, espero que por su propio bien pueda reflexionar sobre esto, señorita Withfield —pronunció von Lambort ante la falta de respuesta de Sally. Luego sonrió, como una despiadada jugadora de naipes recogiendo de la mesa su cuantiosa recompensa—. Por favor, continúen disfrutando de la noche.

Dicho esto, le dirigió una mirada displicente a Will y se marchó por donde había venido, con su silenciosa hija a la zaga.

De pronto, la música se había transformado en un doloroso chillido en los oídos de Sally, y el movimiento de las parejas de baile comenzaba a marearla. Las miradas de los invitados, para su espanto, volvían a estar clavadas en ella, como si de algún modo hubieran sido testigos de todo aquel desastroso intercambio.

—¿Por qué te has quedado callada? —murmuró su amigo con estupor—. La Sally Withfield que conozco habría hecho que esa gallina flaca se revolcara en su hiel. Pudiste defenderte al menos.

—No sé qué me ha sucedido —repuso con un hilo de voz—. Supongo que tiene razón. No debí haber venido sin la compañía de Sophie.

—Pero si ha sido ella misma quien te ha persuadido de venir.

—Da igual.

—Sally —Will le observó con el ceño fruncido de preocupación—, tú no eres así. No estarás considerando hacer lo que dice, ¿verdad?

Sally sacudió la cabeza, pero aquello no era una respuesta negativa sino un intento por desembarazarse de su conmoción, de su rabia. No funcionaba.

Sentía como si un torrente de lágrimas comenzara a golpear el interior de sus ojos y su garganta, pujando por salir. Al mismo tiempo, sus puños, que no dejaban de abrirse y cerrarse dentro de los finos guantes de seda, buscaban alguna masa dura donde estamparse. Segundos después de su encuentro con la mujer, Sally comprendió que su resolución natural había sido opacada por la humillación.

Mientras Will intentaba consolarla, Sally buscó con los ojos a la odiosa señora von Lambort. La mujer se había detenido a saludar a una pareja conocida y sonreía con la misma carencia de humor, con aquella despiadada frialdad que parecía buscar las más hondas debilidades de su interlocutor para usarlas en su contra.

En ese preciso instante, la Sally Withfield deslenguada y belicosa que había sido desde la infancia despertó de su letargo. Apretó los puños y llenó sus pulmones con aquel aire viciado, mientras recobraba la fuerza de la que había carecido hacía un instante. Decidida a no dejar que aquella afrenta quedase impune, se apartó de su amigo y caminó con paso decidido con dirección a su ofensora. Hizo caso omiso de los llamados de Will, pero escuchó con claridad la voz incitadora en su cabeza, la que le alentaba a buscar a aquella odiosa mujercilla y dejarle saber que Sarah Elizabeth Withfield no era una niñata estúpida que se quedaba callada cuando alguien la ofendía.

Conforme se acrecentaba su rabia, Sally iba perdiendo la noción del lugar donde se hallaba, ni siquiera escuchaba la música o los pobres intentos de conversación de los caballeros que se acercaban a saludarle y pedirle un baile. A todos los desechó. Solo era consciente de los latidos precipitados de su corazón y el caudal de furia que bullía en su interior.

Pero cuando un par de pasos la separaba de von Lambort, algo cambió.

Un soplo de cordura, o quizá un nuevo acceso de temor, la desvió del camino. Sally cerró los ojos y apretó los dientes mientras se obligaba a seguir de largo sin que la mujer llegara a notar su intención.

Se maldijo en silencio.

No podía hacerlo. No podía seguir arruinándose.

Si provocaba una discusión con la señora von Lambort, terminaría de hundirse socialmente; todos los chismosos de Viena se enterarían en el acto y de seguro no perderían ocasión en convertirla en el objeto de burlas, al menos hasta el año próximo. Si sus padres se enteraban de que había ido al extranjero para quedar en ridículo, empezarían a apretarle las tuercas. Quizá hasta se afanarían en buscarle un marido, reflexionó con escozor. Y lo peor de todo era que aquel escándalo terminaría abochornando a su anfitriona. La amable señorita Weichselbraun no merecía aquella canallada de su parte después de haber sido tan espléndida.

Agobiada por aquel indeseable panorama, Sally se halló desesperada, buscando las puertas que comunicaban con los jardines del palacio.

Cuando halló la ansiada salida se internó en el frío exterior. Avanzó mucho más rápido por el camino de grava, por donde algunos invitados paseaban ociosamente. La noche era oscura, y una luna perfectamente redonda y nívea dominaba el cielo con su sedoso brillo. A lo lejos, una hilera de antorchas encendidas dibujaba un camino que se perdía de vista. El palacio de Schönbrunn era conocido por sus extraordinarios jardines serpenteantes, colmados de flores en la época de primavera, pero aquel otoño lucía más bien desolado, con unos cuantos setos solitarios aquí y allá.

Cuando se supo lo bastante lejos del palacio, la hija del magnate ferroviario encontró la ocasión para desahogarse y soltó un grito feroz a la nada.

—¡Maldita bruja del demonio! —puso énfasis en cada palabra, imaginando la desvencijada fachada de von Lambort, pálida a causa de la impresión, retorciéndose como un demonio ante la oración de un exorcista—. ¡Sí, usted! Bruja venenosa, infeliz y amargada. Usted jamás, óigame bien, señora... jamás sería digna de remedar las calcetas viejas de mi institutriz, la señora Bonifonte, que Dios la tenga en su gloria. Y en cuanto a mí, déjeme decirle que recibí una educación excelente, una educación con la que muy pocas mujeres pueden siquiera soñar, desgraciadamente. Así que, por su propio bien ¡cierre la maldita boca!

Tras aquel breve desahogo, la joven suspiró y dejó caer los hombros. Una ligera sensación de alivio la recorrió.

Y entonces, una risa ronca y divertida brotó de la oscuridad. Sally se giró con rapidez hacia el lugar donde la había escuchado, maldiciéndose por no haberse alejado lo suficiente del palacio para montar su ridícula y solitaria pataleta.

¿Quién había escuchado sus gritos coléricos?, se preguntó con el corazón galopándole en el pecho, cual animal desbocado, escudriñando la oscuridad. Solo consiguió atisbar un pequeño punto naranja moviéndose en la negrura de los jardines, como una luciérnaga vagando en la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —quiso saber con un hilillo de voz.

—Temo informarle que su contrincante ha huido.

La voz surgió como un suspiro aterciopelado entre los setos, mientras una figura oscura se materializaba entre las sombras. Sally tragó saliva, incrédula y rígida, mientras lord Theo, el caballero a quien había mirado sin tapujos en el salón, se llevaba un puro a los labios e inhalaba meticulosamente de él. La escasa luz proveniente de las antorchas del jardín esculpió las formas de su rostro cuando dio un par de pasos adelante. El humo dibujó a su alrededor una delgada cortina blanca.

—¿Mi... contrincante? —tartamudeó Sally.

—La mujer a la que sermoneaba —el caballero inclinó el puro con un elegante movimiento y unos restos de ceniza volaron por el aire gélido.

Mierda.

Cerró los ojos, deseando que la grava bajo sus pies se removiera hasta engullirla. De todos los asistentes a aquel caótico baile, él... justo él, había sido quien la había visto poniéndose a sí misma en ridículo.

—Santo cielo, que... que vergüenza, señor —se llevó las manos al rostro—. Debe pensar que soy una desquiciada. Creí que estaba sola.

—Es frustrante, ¿no?

—¿Quedar en ridículo frente a un desconocido? Y que lo diga.

El caballero rio con una cadencia musical que la habría deleitado, de no haberse encontrado tan avergonzada.

—Me refiero a desear gritarle a alguien lo que se merece y simplemente no poder hacerlo. Me pasa muy a menudo.

Ella le miró, escéptica.

—A usted. No lo creo.

—Se lo aseguro.

—Pero usted es caballero —se encogió de hombros—. Si yo lo hago me convierto en una paria. El único consuelo al que puedo aspirar es al de gritar a los arbustos.

—Un caballero también es objeto de censura cuando pierde los estribos. Demostrar las emociones en público es cosa de pueblerinos, y no es que sea yo el próximo en la línea de sucesión, pero aun me debo a un linaje... lo que me recuerda que aun no hemos sido presentados —apagó el puro contra el pedestal de una figura de piedra y dio un paso hacia ella—. Mi nombre es lord Theo Phillips.

—Sally —tras oírse a sí misma mencionando su nombre de pila, la joven sacudió la cabeza, condenándose por su informalidad—. La Señorita Withfield.

—*Sally*... —lord Theo pronunció su nombre como si estuviera saboreándolo.

Se acercó un paso más, con lo que su pulso despegó atolondradamente. Estaba a solo un palmo de ella, mucho más cerca de lo que el decoro permitía. Tomó su mano enguantada y se la llevó a los labios mientras le sostenía la mirada.

Ah, esa mirada.

Contuvo la respiración mientras lord Theo ponía un galante beso en sus nudillos, demorándose. Después se irguió de nuevo, pero sin retroceder una pulgada.

—Espero que algún día pueda escupirle todos sus pensamientos a von Lambort.

—¿Cómo sabe usted que...? —balbució con ojos brotados.

—Su descripción fue reveladora. No se me ocurre nadie más merecedora del mote «bruja del demonio». ¿Qué le ha hecho?

Sally sonrió, pero su sonrisa se desvaneció enseguida. A decir verdad, su breve desahogo no había hecho ninguna diferencia en su humor.

—Me ha recordado que no pertenezco aquí.

—¿A este baile?

—A Viena —lord Theo alzó una ceja oscura, esperando más información—. No encajo aquí.

—Me pegaría un tiro si yo lo hiciera —Sally lo miró ceñuda y quizá también un tanto ofendida. Incluso después de sufrir un cúmulo de malas experiencias, aun consideraba suya aquella ciudad y se sentía con el derecho de defenderla—. La sociedad vienesa es tan pacata, tan absurdamente puritana que me parece estar viviendo en una mala parodia de Londres.

—No comparto su visión —sacudió la cabeza—. Creo que Viena es un bastión de esperanza, progreso y cambio. Felizmente, esta ciudad posee no solo un asombroso legado artístico sino también un alma... y la posibilidad de construirse a sí misma, como lo está haciendo.

Lord Theo rezongó.

—Si no fuera por la música y el arte, no sé qué mantendría en pie este imperio.

—Si le disgusta Viena, ¿por qué está aquí?

El caballero no respondió.

—¿Por qué está *usted* aquí? —quiso saber en cambio—. ¿Su entusiasmo es tan vivo que prefiere pasar de esta gente para vivir la ilusión de una ciudad «progresista»?

—Tengo mis razones —dijo con el mentón alzado, desafiante.

—Bien, me alegra que así sea. De otro modo no nos habiéramos conocido.

Ella sonrió, aunque no había pretendido hacerlo.

—Hasta esta noche no le había visto.

—He estado viajando —dijo reservadamente, con lo que la joven vibró de frustración—. Y, ¿qué me dice de usted? ¿Por qué cambió Inglaterra por el Imperio Austrohúngaro? Además de la promesa del progreso, la esperanza y el cambio.

Sally se lo quedó mirando largamente. Que insolentes eran sus preguntas, y más aun la forma cómo evitaba las de ella.

—No nos conocemos lo suficiente.

—Oh, vamos —insistió zalamero, dejando crecer una sonrisa ladina en sus labios finos—. Creí que este podía ser el principio de una buena amistad. No me haga intentar adivinar. Puede que le desagrede mi teoría.

Sally frunció el ceño.

—¿Cuál teoría?

—¿Está segura de querer oírla?

—Dispare —ordenó.

—A ver... —suspiró pensativo, con un brillo malévolo en los ojos—. ¿Qué hace una joven inglesa en Viena? Se me ocurre que su prometido se dio a la fuga antes de la boda. Un hecho bochornoso y doloroso, desde luego, que espera que la gente olvide en su ausencia, por el bien de su reputación. Puede

que una ciudad lejana como Viena sea una buena opción para sanar su corazón roto.

Sally boqueó como pez, pasmada e incrédula ante semejante elucubración.

¿Era eso lo que la gente de Viena decía a sus espaldas? ¿Que había sido abandonada por un pretendiente y enviada a cualquier lugar a la espera de que el escándalo y la decepción se disiparan?

Entre todas las cosas horribles que había escuchado decir sobre ella desde que puso un pie en la ciudad, sin duda aquella era la peor.

Decididamente prefería que la confundiesen con una libertina y una amoral antes que con una idiota a la que un hombre había dejado abandonada.

—¿Qué sucede? ¿He acertado?

Taladró a aquel insolente dandi con la mirada.

—Lord Theo, ¿acaso su mente estrecha no ha considerado la posibilidad de que una mujer soltera y con recursos pueda decidir empezar una nueva vida en un país que no es el suyo, simplemente porque le apetece?

—¿Es esa es su situación? —quiso saber él con una media sonrisa burlona.

—¡Desde luego que lo es! —gruñó temblando de rabia—. Pero ya le he dicho que no le conozco y no voy a discutir con usted mis razones. Está claro que nunca ha conocido a una mujer como yo, lord Theo; una mujer dueña de sí misma que no está obligada a esperar que un hombre marque su destino con un compromiso matrimonial. Buenas noches.

Y con aquella despedida cortante, de puños apretados, se giró para alejarse.

—¡Sally, espera! —lord Theo la tomó del brazo, deteniendo su avance—. No estaba hablando en serio, solo ponía a prueba tu carácter. Me moría por saber si todo este asunto de Viena era el capricho de una niña o la resolución de una mujer. Necesitaba estar seguro.

—¿Qué?

—Tienes temple —continuó diciendo, sin soltarla—. Y también razón, debo reconocer. Nunca había conocido a una mujer como tú.

Sally estaba desconcertada. Su pequeña escena no había resultado como esperaba; se suponía que haría una salida dramática y que dejaría a aquel arrogante príncipe bávaro hablando solo en la oscuridad del jardín, pero lo cierto era que ahora estaba junto a él, mirándole aturdida, y estudiando seriamente las palabras que acababa de pronunciar.

Un hombre estrecho de miras habría arrugado el ceño ante su descarada confesión, pero lord Theo parecía complacido con ella, incluso fascinado.

—¿Me estaba poniendo a prueba? —farfulló.

Él asintió con la cabeza, como un niño malo que admite su fechoría.

—¿Con qué derecho?

—Con ninguno —contuvo una sonrisa mientras le miraba de un modo inquietante, con las pupilas brillando bajo la luna—. Le ruego que disculpe mi osadía. No suelo conocer a jóvenes tan resueltas y apenas sé cómo comportarme cuando tengo la suerte de encontrarme con una. Es refrescante... y extraño.

—Oh. Está bien —concedió ella, apaciguada.

—Sally...

—¿Sí?

—Bésame —susurró.

Oh.

Se quedó suspendida, con los ojos salidos de sus cuencas. Una poderosa e inesperada ola de excitación comenzó a viajar velozmente a lo largo de sus terminaciones nerviosas mientras su cerebro asimilaba aquella insólita petición.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—Bésame —repitió él, con lo que el pulso se le elevó hasta las estrellas—. Por favor.

Lord Theo salvó el espacio que los separaba y se situó tan cerca de ella que sus ojos bizquearon. Entonces esperó, mirándole con una intensidad que la fustigó

Sally Withfield, que se ufanaba de su talento para repeler a los canallas más osados de Londres, se encontró a sí misma, aquella fría noche vienesa, luchando contra la más poderosa de las tentaciones.

Lord Theo.

Para más indignación, su mente estaba nublada, desprovista de toda capacidad de razonamiento. Su cuerpo en tensión le suplicaba dar el paso, moverse un poco hacia adelante y alcanzar aquellos labios finos y pálidos que esperaban por ella, pero su consciencia la detenía. Era tan peligroso como irresistible.

Nunca había lidiado con un adversario tan temerario.

Él esperó en silencio, mirándola con deseo, sin mover un solo músculo y por un instante, Sally creyó encontrarse de frente con la más exquisita de las perdiciones.

Milagrosamente, la sensatez pareció volver a ella con un soplo de aire helado. Tragó saliva y consiguió hablar:

—Lo siento, lord Theo.

Y no bien lo dijo, algo dentro de ella se rompió en mil pedazos. Él no mostró reacción alguna a su rechazo.

Sally aprovechó su débil brote de arresto para darse la vuelta y regresar al palacio tambaleándose.

Capítulo 2

Sally contemplaba a Moritz con una mezcla de tirria y fascinación.

Sembrada en su lugar a la mesa, en el solitario comedor del desayuno, se hallaba enzarzada en la contemplación de la huraña criatura que holgazaneaba sobre la alfombra. Moritz tenía la cara ancha y plana y el pelaje esponjoso, del color del trigo. Su cola peluda se movía de aquí para allá con una hipnótica parsimonia. El hocico mullido, adornado por un bigote ligeramente caído, le otorgaba el aspecto de un anciano malhumorado. Y eso era precisamente, un viejo achacoso que la había arañado en infinidad de ocasiones, cuando pensaba que alguna vez aquel pomposo infeliz se dejaría acariciar por alguien que no fuera su dueña. Las manos de la joven todavía lucían las finas marcas de sus zarpas, un recordatorio de que, por su propio bien, debía mantenerse alejada de aquel traicionero bribón.

—Tú también me odias, ¿verdad, gato estúpido? —le gruñó mientras aquellos ojos dorados le devolvían una mirada de aburrimiento.

¿O era acaso de burlesca compasión?

Dejó escapar un suspiro de exasperación.

Los recuerdos de la noche anterior seguían frescos, como los últimos arañazos del felino. Se había pasado las últimas horas repasando su desastrosa incursión al palacio de Schönbrunn, condenándose por haber asistido. Para su sorpresa, también había empezado a cuestionarse su decisión de venir a Viena. De solo pensar en las miradas afiladas de aquella gente, en el desplante de la mujer más arrogante y cruel que había conocido en su vida y en... lord Theo, la piel se le erizaba.

Bueno, quizá el efecto que le provocaba el recuerdo de lord Theo no era del todo desagradable, pero no por ello resultaba menos indignante. Aquel cretino se había aprovechado de su tribulación y había intentado seducirla, como tantos otros en el pasado, indudablemente motivado por la posibilidad de arruinarla, unírsele en matrimonio y después acceder a la fortuna Withfield. Y ella, a sus veinticuatro años, había estado a punto de morder el anzuelo como una estúpida debutante. Justo cuando creía haberse convertido en una astuta evasora de sinvergüenzas y caza herederas, lord Theo Phillips, maldito fuera, la encontraba con la guardia baja. Y si no hubiera sido por aquel brotecillo de cordura de último minuto, había accedido a sus deseos. Había estado muy

cerca... y muy deseosa de hacerlo, reconoció apretando los párpados con fuerza.

«Bésame».

No podía recordar aquella ardiente solicitud sin estremecerse.

¿Habría sido tan malo si hubiera accedido? ¿Qué habría sucedido después?

La respuesta a aquella pregunta resultaba peligrosamente obvia, y ahora mismo le hacía sentir el corazón encogido de rabia, de indecisión y deseo.

Cuando se disponía a continuar con su desayuno, percibió un peso fugaz en su regazo y luego el roce de un pelaje abundante que trepaba a la mesa con un movimiento veloz. Soltó un respingo que se mezcló con el retintín de la vajilla y unos ladridos estridentes. Un Moritz despavorido había saltado sobre ella dejando a su paso un reguero de utensilios y comida derramada. La razón: Vizsla, la caniche de la señorita Weichselbraun, había aparecido con su torpe correteo y ladridos chillones, dispuesta a seguir haciéndole la vida imposible a su enemigo natural.

—¡Vizsla! ¡Chica mala! —gritó su dueña casa cuando dio cuenta del desastre—. ¡Oh, por el amor de Dios! Sally, lo siento tanto. Espero que mis pequeños no te hayan arruinado el desayuno.

—Descuide, señorita Weichselbraun —se obligó a sonreír mientras recogía los restos de la vajilla—. Ya terminé.

El maldito gato había puesto las patas sobre su pan tostado, derramado la leche sobre el plato y el té sobre el fino mantel. Sally levantó la mirada hasta la vitrina donde se había guarecido el infeliz, aterrorizado. Entonces le dirigió una mirada arisca que luego se convirtió en una sonrisa. «Te lo mereces por patán».

—Deja que Pola lo limpie, querida, no quiero que se te arruinen las mangas de esa preciosa blusa.

La doncella húngara se apresuró a asistir a Sally mientras otra retiraba la silla para que su señora pudiera tomar asiento a la cabecera de la mesa.

—Vizsla está más irritante que de costumbre —reconoció—; seguro está en celo. Sally, debes pensar que en esta casa somos unos incivilizados.

La aludida negó con la cabeza.

—Debió conocer a mis hermanos de niños. Correteaban para llegar primero a la mesa o a cualquier lugar. Una vez rodaron por las escaleras, Frank se

rompió una pierna y Caleb se dislocó el hombro.

—Ay, ¡por todos los cielos! ¡Que diablillos!

—¿Cómo se siente esta mañana?

La mujer titubeó un segundo antes de responderle.

—Mucho mejor, gracias al doctor y su tónico expectorante —después, engulló con fruición sus huevos benedictinos.

Sophie Weichselbraun era una dama adorable, con un corazón que valía su peso en oro, y aquello era bastante decir pues, su talla era del tipo que daba trabajo a las modistas y entusiasmaba a los vendedores de telas. Corpulenta y alegre, Sophie no sufría de complejos ni se privaba de las exquisiteces que preparaba la cocinera. Por el contrario, disfrutaba de la comida sin ningún remordimiento; solía decir que comer era el placer más maravilloso de la tierra y a menudo demostraba afecto obsequiando grandes cestas de bizcochos, tartas y botellas de vino. Con sus cincuenta y pocos años, su anfitriona era también una mujer muy guapa. Lucía un cabello rubio ensortijado, como el de una niña pequeña, ojos azules saltones, labios carnosos y rosados y cutis niveo, como la porcelana china. Sally estaba segura de que había roto más de un corazón en su juventud, pero por alguna razón había rehusado casarse.

—¿Cómo ha estado el baile en Schönbrunn? Te escuché llegar bastante temprano —la joven intentó dibujar una sonrisa en su rostro, pero esta vez le resultó más difícil. Su anfitriona le observó con preocupación—. Oh, querida. ¿Qué sucede?

Entonces, no tuvo más opción que relatar su desastrosa incursión en el baile, aunque, desde luego, omitió la parte donde lord Theo entraba en escena.

—Von Lambort... Vaya —se lamentó con un profundo suspiro. Luego guardó silencio brevemente, mirando el vacío, como si recordara una época lejana—. Solíamos ser grandes amigas en la escuela, ¿sabes? Era una muchacha resentida y prejuiciosa. Siempre aspiró casarse bien, pero nunca lo consiguió. Fue la única de sus hermanas que no logró hacerse con un marido rico, aunque se dedicó a perseguir a algunos solteros muy convenientes como si se le fuera la vida en ello. Pero —arrugó el entrecejo—, esto es atroz. Nunca creí que fuera capaz de soltar palabras tan crueles, y mucho menos contra ti que eres un encanto.

—Al menos ya me hago una idea de por qué me detesta.

La señorita Weichselbraun sacudió la cabeza y con ella sus bien elaborados rizos de muñeca.

—Sally, te debo una disculpa.

—¿Por qué? Usted no hizo nada.

—¡Sí que lo hice! —confesó atribulada—. Yo sugerí que fueras a Schönbrunn por tu propia cuenta. Quizá el hecho de verte llegar sin una compañía adecuada fue lo que detonó su furia. Debí prever lo inadecuado de todo esto. Debí haber ido contigo, como tu anfitriona.

—Usted estaba indispuesta.

—Ay, querida. Tengo que ser sincera contigo... —Sally la miró con curiosidad, y sin una idea de lo que estaba diciendo—. Tengo años sin enfermarme, Sally, aun con mi peso. Mi salud es tan estupenda que el doctor sospecha que he hecho un pacto con el demonio.

—No comprendo.

—Te he mentado. No tenía intención de asistir al baile —sus mejillas redondas se pusieron carmesí de pronto—. Verás... Tengo un amigo que me visita cuando está en la ciudad. Un amigo íntimo.

Sally hizo un esfuerzo agónico para permanecer imperturbable, pero la confesión de su anfitriona le había volado la cabeza.

¡Madre mía! ¡Sophie tenía un amante!

—¡Oh!

—Así es —asintió—. Soy una mujer madura que nunca contrajo matrimonio, pero ello no significa que le he cerrado las puertas al romance. Soy afortunada de poder amar a una edad en la que sé exactamente qué significa el amor.

—No tiene que explicarse.

—Eres muy amable, cariño —la mirada de Sophie le transmitió alivio—. Esta semana, *él* estaba en Viena por trabajo, así que decidimos concertar un par de citas aquí en casa. Como comprenderás, preferí ser discreta y mantenerte al margen, por tu propio bien. Eres tan joven, Sally, pero al mismo tiempo tan lista y madura. Sé que puedes procesar esta información con criterio, siempre lo he sabido, pero tus padres me confiaron tu cuidado y me he tomado esa concesión muy en serio. Lamento habértelo ocultado.

—Es su derecho tener secretos —se encogió de hombros—. Merece la mayor felicidad del mundo, señorita Weichselbraun.

—Te lo agradezco mucho.

Sally estaba impaciente por dejar atrás aquel tema de conversación.

—Ahora bien, von Lambort me ha puesto mala cara desde el mismo segundo en que fuimos presentadas. Su aversión por mí es natural, como la de Vizsla y Moritz, por eso no creo que su antipatía se deba solo al hecho de haberme visto llegar al palacio sin una compañía adecuada.

—Claro, recuerdo su rostro cuando te vio por primera vez —Sophie volvió a reflexionar por un instante—. Es posible que esté actuando como cualquier madre, una que ve en todas las jovencitas casaderas una amenaza para las aspiraciones de su hija. Está buscando un marido para Elise, que ya está en la edad, y apunta alto, según escuché. Apuesto a que está conspirando contra cualquier muchacha que pueda hacerle la competencia.

—¿Yo, competencia? ¡Pero si no he venido a Viena buscar esposo!

—Ella no lo sabe.

—¿Y se deshará de mí intimidándome? ¿haciéndome quedar en ridículo delante de toda la ciudad?

—Lo siento, cariño, pero eres hermosa y tienes una dote envidiable. Eres más amenazadora que la Marina Real Británica —se rio de su propia broma—. Todos los solteros de Viena han querido echarte el lazo desde que llegaste. Si no fuera por tu habilidad para ponerlos en su lugar, ya alguno te habría comprometido con el movimiento más estúpido.

«Como lord Theo», pensó resentida.

—Ya veo.

—Von Lambort quiere sacarte de juego y esa es su estrategia, ¿no te das cuenta? Pensé que las argucias de las madres también eran usuales en Inglaterra.

—Sí, de hecho, lo son, pero no lo había visto de ese modo.

—Y si algunas pueden ser feroces, von Lambort lo será más, Sally.

—Quizá si le hago entender que no quiero casarme, que simplemente he venido a Viena para tener una vida tranquila, para aprender el idioma y...

—¡No! Sería peor. Te tomarían por una libertina.

—¿Una libertina?

—Nadie entenderá que no estés dispuesta a casarte. Una cosa es evitar con sumo tacto a los pretendientes, y otra muy distinta que des una declaración pública.

Sally pestañeó mientras estudiaba las palabras de Sophie.

—¿Entonces cuáles son mis opciones?

—No creo que haya demasiadas opciones, te lo digo por experiencia. Si admites abiertamente tu renuencia al compromiso y continúas llevando una vida social, lejos de tu familia, no atraerás pretendientes sino canallas de a dos por uno. Deja las cosas como están.

—Oh, oh —murmuró, recordando su intercambio con lord Theo.

—Von Lambort se olvidará de ti cuando Elise se haya comprometido — Sophie sonrió al tiempo que se inclinaba para ofrecerle a Vizsla un bocado de tocino—. Probablemente lo haga esta misma temporada. Después de todo, es una muchacha con muchos atributos, no le faltan pretendientes. Von Lambort estará demasiado ocupada planeando una boda, entonces te dejará en paz.

Más tarde, Sally se despidió de su anfitriona y abandonó el comedor.

Cuando cruzaba el recibidor, camino a la puerta, descubrió a un caballero que descendía por las escaleras con pasos pesados. Jamás le había visto, por lo que su primera reacción fue dar un paso atrás y quedarse rígida.

El hombre en cuestión era alto, fornido y lucía una barba negra y mullida, como la de un pirata, aunque los piratas no iban tan bien vestidos, se dijo con suspicacia. Parecía tener la misma edad de su padre, pero su rostro era más moreno y un poco más curtido. No necesitó mayores luces para saber de quién se trataba. El caballero la saludó con un tenso «buenos días», que Sally respondió del mismo modo.

Detrás de ella, se escuchó el respingo atolondrado de la señorita Weichselbraun, seguido de una risita nerviosa y una mirada puntillosa, dirigida al recién llegado.

Sally encontró absurdo que un hombretón como aquel pudiera intimidarse por el reproche de una mujercita tan inofensiva como Sophie.

—Señor Barna, esta encantadora jovencita es mi invitada, la señorita Withfield. Señorita Withfield, el señor Barna es... bueno, es ese amigo de quien acabo de hablarle... el mismo que debía esperar a que usted se

marchase para poder bajar.

Nada habría podido hacer más incómoda aquella escena.

El aludido resopló, mortificado por su negligencia.

—Caray, mis disculpas, señorita Withfield —pese a su aspecto un tanto rudo, el hombre se expresaba con refinamiento, y un acento que a Sally se le antojó muy agradable—. No era mi intención espantarla. Este tonto enamorado ha olvidado por completo las instrucciones de mi queridísima señorita Weichselbraun.

—No me ha espantado, señor Barna —musitó—. Es un placer conocerlo.

Sophie, que le llegaba por los hombros a su amante, levantó la vista y le dedicó una mirada cargada de ternura. Entonces la horrenda tensión pareció disminuir.

Después de una breve charla de cortesía, Sally dejó la casa de la señora Weichselbraun y salió a las frías calles de la ciudad de Viena.

Era una mañana típica de su nueva vida en la capital del imperio, y ello significaba que debía atender a sus clases de alemán a primera hora. Aunque lo más apropiado para una joven de su posición hubiera sido contratar a un tutor particular que le enseñase en casa, Sally había elegido inscribirse en un pequeño instituto de idiomas situado en el centro, cerca del edificio de la Ópera Estatal. En aquel establecimiento de estrechas escaleras alfombradas y paredes de panel de cedro desgastadas —que siempre parecía estar repleto de gente— había conocido a personas fascinantes provenientes de todo el mundo, incluyendo a su amigo Willard Fitzroy. Jóvenes comerciantes recién llegados al imperio, artistas dispuestos a probar suerte en la meca de la música y aspirantes a estudiantes universitarios confluían en aquellos espacios, contagiándolos de una impagable variedad cultural. Sophie le había advertido que Viena era una ciudad de inmigrantes, y tras su primer día en el instituto, supo que no le había mentado.

Tanto como sus clases de alemán, Sally disfrutaba socializar con sus variopintos compañeros del instituto. Algunos de ellos, de escasos recursos económicos, habían llegado al imperio con unas pocas monedas en el bolsillo, pero preñados de talento y ambición. Tal era el caso de Mathieu y Mallory Chenier, unos jovencísimos hermanos franceses: él violinista y ella, cantante, poseedora de una de las voces más encantadoras que Sally había escuchado jamás. La mayor aspiración de los Chenier era conseguir trabajo como

músicos en una de las orquestas de la ciudad. Fascinada y curiosa, Sally se la pasaba sonsacándoles historias de su antigua vida en París y sus extraordinarios viajes por el continente, sufragados con las generosas donaciones que los turistas ponían dentro del sombrero de Mathieu durante sus espectáculos callejeros, y las propinas que caían en sus manos cuando eran contratados para actuar en las tabernas locales.

Después de clases, Sally solía unirse a los Chenier y a Will para recorrer la Ringstrasse y tomar una taza de café con leche en uno de los pintorescos establecimientos del centro. Así fue como conoció el afamado Café Central, una concurrida estancia decorada al estilo rococó, escenario de encendidos debates literarios al calor de una bebida caliente y una deliciosa tarta. Si hacía buen tiempo, le gustaba sentarse en la terraza, desde donde podía contemplar el paso raudo de los vieneses y el devenir de una ciudad posliberal, cuyo esplendor la había cautivado por completo.

En otras oportunidades, los Chenier, que eran muy entendidos en lo que a vida nocturna vienesa se refería, habían llevado a Sally y a Will por los lugares más recónditos y fascinantes de la ciudad, esos que no se suponía que un par de señoritos de buena familia frecuentaran. Y fue así como terminó colándose en tabernas típicas donde los hombres fumaban puros y bebían cerveza en jarras gigantescas, vodeviles donde las mujeres vestían pantalones y contaban chistes obscenos —que le habían hecho reír hasta las lágrimas— y en recitales en cantinas deplorables, ofrecidos por músicos errantes, donde había escuchado las melodías más sublimes del mundo. Semejantes experiencias habían contribuido a que Sally quedara prendida de aquella ciudad.

Como si la elección de un concurrido instituto no fuera ya una excentricidad para una joven que podía permitirse al mejor maestro privado de Viena, Sally también prefería ir a clases a pie. El centro de Viena estaba a pocos minutos del pequeño distrito de Josefstadt, donde estaba ubicada la casa de Sophie, y el paseo resultaba muy estimulante. En su recorrido podía apreciar las ajetreadas calles plantadas de árboles por donde transitaba el tranvía, los palacios imperiales, los parques de ensueño y espléndidos edificios de estilo renacentista que adoraban el centro.

Sin embargo, y luego del incómodo encuentro con el señor Barna aquella misma mañana, Sally empezó a considerar la posibilidad de buscar un lugar propio para vivir, aunque aquello le valiera renunciar a vivir en el

privilegiado perímetro de la Ringstrasse. Ya había abusado bastante de la hospitalidad de la señorita Weichselbraun, y decididamente era absurdo que ésta tuviese que cuidarse de ser vista con su amante en su propia casa.

—¿Sophie Weichselbraun, la amante de un pirata?

Sally echó una mirada ansiosa a las mesas más cercanas del pequeño café, pero a aquella hora del día, los demás clientes se hallaban abstraídos en sus propias charlas.

—Fitzroy, ¿acaso en América no conocen el significado de la palabra discreción? —espetó en voz baja.

—No, y en Inglaterra tampoco, según veo. De lo contrario no estarías divulgando quién frecuenta la alcoba de tu adorable anfitriona.

La joven se aclaró la garganta, a sabiendas de que Willard tenía razón.

—Debía contárselo a alguien o iba a explotar.

—Y elegiste a tu amigo más impúdico para desahogarte. Tranquila, Withfield. Sé guardar secretos —el rubio le guiñó un ojo y tomó un sorbito de su humeante taza de café—. Así que nuestra Sophie resultó ser una mujercita traviesa con debilidad por los marineros grandotes.

—No sé si es un marinero.

—Estaba convencido de que sería una solterona vitalicia y que acabaría acogiendo a todos los gatos de Viena —sonrió—. Ahora me agrada más.

—Maldita sea, Will —rezongó Sally con las mejillas arreboladas—. Si mi padre llega a enterarse de que la señorita Weichselbraun trae a su amante a la casa no me dejará quedarme más tiempo ahí —había pronunciado la palabra «amante» con un deje de censura que no pasó desapercibido para su amigo—. ¿Qué sucede con ella? ¿En qué está pensando? ¿No podía simplemente aguantarse hasta que...? ¿Por qué me miras así?

Will había empezado a observarla con juiciosa curiosidad.

—No esperabas que fuera posible, ¿verdad?

—¿Qué cosa?

—Que una buena mujer como Sophie hiciera algo «profano» y «oscuro» como tener un amante. Habría sido mejor para tu tranquilidad que continuara sus días sola, engordando y bordando mantelitos.

—¿Qué estás diciendo?

—Admítelo, Sally. Estás escandalizada.

—No, no es verdad.

—Estás escandalizada y juzgas a Sophie porque tiene un hombre y no está casada.

—No —balbució—. Bueno, quizás estoy un poco sorprendida, pero... ¡Will, ella me mintió! Me hizo creer que estaba enferma y estaba con su... Y luego ese hombre apareció bajando por las escaleras como si estuviera en su casa. Entiendo que soy solo una huésped, pero... ¿Cómo quieres que asimile todo esto?

Will resopló, dejándose caer contra el espaldar de la silla.

—Santo cielo, ahora lo comprendo —dijo al cabo, mirándola con rudo asombro—. Todo este tiempo te he tomado por una heredera descocada y revoltosa, como mis amigas de Filadelfia, y te he tratado como a ellas. Pero resulta, Sally Withfield, que eres una joven más convencional de lo que aparentas.

—Will...

—Eres una damisela en toda la regla —reconoció al final, un tanto trastornado—. Aunque te esfuerzas en hacer creer a la gente que eres mundana. Válgame, Dios. Ahora me siento avergonzado por todas las barbaridades que he dicho y hecho en tu presencia. Debí haberlo visto cuando noté que todavía sonrojas por nada.

—No es para tanto, Will —apartó el rostro con timidez—. No soy una damisela.

—Estoy confundido... Cuando te dije aquello de buscarte un amante, ¿de verdad estaba ofendiéndote? —Sally guardó silencio y él cerró los ojos, mortificado—. No estás lista para esas lides. Debí saberlo, por todos los cielos. Apuesto a que te explotó la cabeza cuando te confesé que me gustaban los hombres.

—¿Me lo confesaste? —repitió ella con un sonsonete de sarcasmo y las mejillas coloradas—. ¿Acaso olvidas que te encontré besuqueándote con aquel violinista?

El rubio se frotó la frente, pensativo.

—Cierto. Lo había olvidado.

—Will, es cierto que no soy una heredera alocada pero tampoco una mojigata impresionable. Digamos que estoy a medio camino, ¿está bien?

—¿A medio camino? —murmuró él, incrédulo—. ¿Cómo es eso?

—¡A medio camino y fin del asunto!

Will la miró como si no la conociera, debatiéndose entre la curiosidad y la extrañeza, pero al final dejó el asunto, respetuoso de sus deseos. Mientras Sally tomaba un sorbo de café se preguntó tristemente si algún día dejaría que alguien le conociera realmente.

—Tienes razón —continuó, componiendo su semblante—. Debería estar feliz por Sophie y dejar de preocuparme por mí. El señor Barna parece ser un buen hombre, aunque asuste un poco a primera vista. Hacen una pareja muy tierna. Pero, por otro lado, debes admitir que, si su secreto llega a ventilarse, será terrible para ella. Un chisme como este en boca de von Lambort terminaría con su reputación. Ya sabes cómo es la gente.

—Seremos discretos, igual que la propia Sophie.

—De acuerdo.

La tensión se disipó un momento después.

—No puedo esperar a conocer a ese hombre. Ojalá sea tan fortachón como dices.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Will, alarmado—. ¿Cómo demonios podría montársele encima semejante...? ¡Oh, maldición!

Sally rio a carcajadas.

—Lo siento, Sal —repuso él llevándose los dedos a una sien con mortificación—. Creo que te he corrompido.

En el camino de regreso a Josefstadt, Sally se preguntó si debería haber contado a Will sobre su encuentro con lord Theo. De inmediato comprendió que aquello no tenía sentido. Su amigo solo se habría reído de ella y de su temerosa reacción cuando el atrevido lord le pidió que lo besara. Aunque, desde luego, su intención no habría sido herirla, lo habría hecho de todas maneras.

«Nunca vas a contar tus secretos a nadie, ¿verdad?», se riñó a sí misma

mientras bordeaba una arboleda de la Ringstrasse.

De cualquier forma, pretendía olvidar aquel evento y si era posible, evitar la presencia de lord Theo en el futuro. Era lo mejor.

Debía dejar de pensar él y en su atrevida petición.

«Bésame».

¿«Bésame»?

¿Para qué iba a besarlo? ¿Por qué no la había besado él?

Por supuesto, para que la culpa fuera de ella, se respondió con amargura.

Era curioso, pero desde aquella misma mañana había empezado a ver a su alrededor parejas que intercambiaban besos furtivos. En la calle, en el tranvía, en la mesa más alejada del café. Era irritante. Tales gestos no hacían más que recordarle aquel episodio o, más bien, lo que pudo haber sido, si hubiera tenido el valor de tomarle la palabra a lord Theo y darle aquel maldito beso.

En fin.

Además de pasar la página, Sally se recordó que debía buscar otro lugar donde vivir. Estaba más convencida que nunca de que debía abandonar la casa de la señora Weichselbraun y buscar un espacio propio.

«Ya es hora de emanciparme», pensó con resolución. «Claro, sin que padre se entere», añadió sarcástica mientras se apresuraba a cruzar la calle. Porque una cosa era cierta: si llegaba a oídos del señor Withfield que su hija más pequeña y descocada se había ido a vivir por su cuenta, podía dar por terminados sus días de ensueño en Viena. Su padre podía ser un hombre flexible y permisivo, pero incluso él tenía sus límites, y lo mejor era no provocarlo con un comportamiento inadecuado.

Mientras se aproximaba a su distrito, Sally experimentó un ligero contratiempo. Una calle que solía transitar a diario había sido bloqueada por un grupo de obreros vestidos con polvorientos overoles de trabajo. Frente a un enorme y descascarado edificio que había permanecido cerrado por meses, avistó un intenso movimiento, hombres concentrados, discutiendo frente a grandes pergaminos y materiales de trabajo. Había escuchado que aquella vieja construcción estaba a punto de ser demolida para construir un hotel de lujo, y los trabajos recién se iniciaban.

Entonces decidió tomar un camino alternativo, uno que jamás había recorrido.

Se adentró por una calle más amplia que las de Josefstadt, pero que lucía bastante similar, con sus edificios residenciales de estilo barroco y adoquines de piedra. Decenas de ventanas con frontones y celosías de madera asomaban a lo largo de la vía. Algunas de ellas estaban brotadas con macetas de plantas; otras, poseían balcones protegidos por balaustradas de hierro. Las estructuras estaban pintadas de blanco, amarillo o crema y farolas de gas surgían de los muros.

Parecía un barrio encantador, pensó con satisfacción.

Sus ojos se detuvieron en la casa ubicada al final de la calle. No era como otras que había visto a lo largo de la vía. Era una estructura distante e independiente. Estaba rodeada de un bosquecillo de hayas doradas, al fondo de una discreta curva al final de la calle, como si sus constructores la hubieran concebido para proveer extrema privacidad a sus ocupantes.

Sally se acercó a la propiedad, movida por la fascinación y la inminente necesidad de echarle un buen vistazo. La casona estaba protegida por una valla de hierro, pero desde afuera podía advertirse la fachada color crema y el pequeño jardín que, aunque lucía descuidado, mostraba un extraordinario potencial para que creciesen setos y flores. En el centro se situaba una pequeña fuente, que junto a la vegetación que crecía alrededor, le otorgaba al lugar cierto aire de oasis urbano.

Tenía el mismo estilo barroco que las viviendas que había visto antes, pero ésta era especial: los frontones sobre las ventanas y la entrada eran mucho más elaborados, con columnas falsas y molduras de yeso. Contaba con dos niveles, techos oblicuos y un balcón central con sinuosos balaustres de hierro, situados por encima de la puerta principal. Era absolutamente adorable.

Sally había estado tan hechizada por la visión de aquella magnífica casa que ni siquiera había notado el letrero colgado junto a la verja. *Se vende.*

No podía creer su suerte. Era como si todo ese tiempo aquella hermosa casa hubiera estado esperando por ella, y todo a su alrededor hubiera confabulado a su favor para que la encontrase.

—Yo voy a vivir aquí.

Se aferró a la verja, colmada de resolución. Con una sonrisa pletórica de dicha se dijo que aquella casa iba a ser suya y que en ella viviría el resto de su vida.

Capítulo 3

—Y bien. ¿Cuál es tu veredicto?

Juzgar un retrato no era poca cosa. Había que desembarazarse de todas las ideas preconcebidas acerca de una persona, había que olvidarla y redescubrirla en un lenguaje territorial de matices, luminiscencias y formas trazadas sobre una tela; pero, especialmente, había que aprender a apreciarla en aquel estado de rígida vulnerabilidad.

Un buen crítico precisaba, además, una agudeza visual que pudiera trascender lo evidente pues, muy a menudo, un retrato revelaba más cosas sobre el artista que sobre el retratado. Una pintura, una escultura o un grabado podían ser el producto de la codicia, de la pasión, de la lujuria, incluso del miedo del propio artista. Maxwell Phillips, marqués de Saint Leger, tenía el don de leer aquellos sutiles mensajes, sin ser un crítico en toda la extensión de la palabra.

Sin embargo, el que tenía delante era un trabajo bien logrado. Su autor había hecho un uso inteligente de los claroscuros, había sido respetuoso con los simbolismos, había captado el aura de poder de su modelo —nada menos que el embajador británico en Viena—, y la había forjado sobre el lienzo sin superponerla a la esencia del hombre en cuestión. Apostaría lo que fuera a que lord Chancellor no lo había intimidado en lo absoluto. Apostaría a que lo había hecho reír.

Así, el caballero de óleo, sentado en su espartano escritorio junto a la ventana, con la vista puesta en su diestra, lucía sereno y poderoso, estricto y justo, optimista y solemne. Su postura, su gesto, su entorno, revelaban a un anciano de cabello plateado cuya firmeza estaba por encima del cansancio de sus huesos.

—Estás viejo.

Lord Chancellor agitó la mano en respuesta a su chanza.

—Dime algo que no sepa.

Saint Leger se rio.

—¿Quién es el artista?

—Engelhart —murmuró el otro mientras servía dos copas de brandy—, es solo un chico. Lady Chancellor le tiene mucha fe. Es el hijo de una de sus amigas del bridge, o algo así.

—¿Entonces fue idea de lady Chancellor el retrato?

—¿De quién más? El arte no es lo mío.

El más joven de los hombres volvió a mirar el retrato, de grandes dimensiones, colgado encima de la imponente chimenea de piedra del estudio de lord Chancellor. Había sido montado en un marco de pan de oro y ahora presidía la estancia.

—No me digas que Viena no ha ejercido su hechizo en ti —el marqués recibió la copa de licor que su par le tendía—. Has vivido aquí unos... ¿veinte años?

—Veintidós. Recuerda que Percival nació aquí.

—Claro.

Los hombres tomaron asiento en las cómodas butacas tapizadas, situadas frente a la chimenea encendida para disfrutar de sus bebidas en un silencio plácido. Saint Leger observó al embajador; después de su padre, aquel hombre había sido su mentor en la carrera diplomática. Sabía por instinto que estaba a punto de iniciar una de sus melancólicas y memorables charlas sobre aquella ciudad.

—Viena es mi hogar —le habló con un tono familiar—. Eso es un hecho, pero para ser honesto, a veces extraño la cómoda rusticidad de nuestra Inglaterra.

—¿Cómoda rusticidad?

—¿No te has sentido asqueado por toda esta adoración por lo banal?

Saint Leger elevó sus cejas oscuras con incredulidad.

—Chancellor, ¿estás criticando la predilección por el arte de los vieneses?

—Habría qué precisar qué es arte en estos días. Para la burguesía cualquier trasto es digno de admiración y cualquier operario es el próximo Miguel Ángel. ¿Y quién podría refutarlos? Ahora ellos son los grandes mecenas de los artistas, y se creen con el derecho de decidir cuántas columnas debe tener la ópera o qué tan cerca puede sentarse la plebe del emperador. Es absurdo —bufó—. ¿Has visto lo que han hecho con los edificios de la Ringstrasse? Parece que quisieran barrer con la esencia de la ciudad y convertirla en una vulgar declaración de poder. Y todos esos cafés abarrotados de muchachitos ruidosos que creen estar cambiando el mundo con sus arengas. No puedo pasar por ahí sin sentirme asqueado.

—Quién diría que esta clase terminaría marcando el paso, ¿verdad? —

reflexionó Saint Leger con indiferencia.

—Como si esto fuera un maldito vals —Chancellor dio un sorbo enérgico a su bebida—. Dios no permita que Inglaterra vaya por el mismo camino, pero con esos *gentrys* escalando posiciones y haciendo fortunas de la noche a la mañana, no me sorprendería que pronto pidieran abolir la monarquía y convirtieran Londres en su bastión.

Saint Leger rehusó admitir que el temor del embajador estaba haciéndose realidad con asombrosa rapidez. Londres seguía en pie gracias al capital de los burgueses, a las fuentes de trabajo que aportaban las grandes industrias y a los negocios que éstas generaban al país, negocios de los que la nobleza se beneficiaba para mantener sus improductivas haciendas en la campiña y sus palacetes citadinos. La aristocracia caía en picada desde hacía décadas, pero en aquellos años todo se había acelerado, ahora parecía estar exhalando sus últimos hálitos. El más alto pedestal en la sociedad parecía quedar vacante para aquella clase de hombres que se habían hecho ricos por esfuerzo propio.

—El imperio austrohúngaro siempre ha estado ávido de victorias, y a falta de alguna en el campo de batalla, las victorias emocionales son un gran consuelo.

—Saint Leger, a los vieneses les gusta vivir anestesiados con su hedonismo para no preocuparse por la política de su país. La Corona pierde otro territorio en la guerra: no pasa nada. ¡Ah!, pero si el tenor desafina en una aria: eso sí es imperdonable. ¡Hay que crucificar al bastardo!

El marqués rio.

Lord Chancellor tenía opiniones muy severas, que Saint Leger prefería no desafiar, pero también era capaz de lanzar esos destellos de comicidad que pocos hombres de su posición se permitían.

—En serio, Chancellor —el marqués se puso de pie para rellenar las copas de brandy—. Estás viejo.

—A tu edad yo era igual de optimista.

—Quizá te esté haciendo falta ver un buen recital para calmar tu aversión a todo lo novedoso. He escuchado que hay buenas opciones en estos días.

El anciano resopló mientras lo veía con ligera pesadumbre.

—Olvidaba que estás emparentado con la realeza local.

—Sabes que mi lado inglés es el que se impone, a pesar de lo que dicen mis detractores.

En aquel momento, alguien arañó la puerta del estudio un par de veces para luego introducirse con un crepitar de faldas. Era lady Chancellor.

Saint Leger dejó las bebidas y se acercó a saludarla. Como buena esposa de diplomático, lady Chancellor era prácticamente parte de la misión. Siempre estaba involucrada con las actividades de su marido, ya fuera ofreciendo eventos para altos mandatarios o siendo una magnífica anfitriona para la aristocracia británica que pasaba por Viena.

—Buenas tardes, embajadora.

—Buenas tardes, milord —siseó ella. De inmediato, Saint Leger notó que el tono de voz de la mujer, normalmente jovial y fresco, se halaba menguado—. Ya es hora de que lord Chancellor tome su medicina, si no le importa.

Detrás de la dama, una doncella traía una bandeja con una botella color ocre, una cuchara y un tazón con un líquido amarillo humeante.

—Después tomaré esa porquería maloliente.

—¡La tomará ahora! —la dama le echó a su marido una mirada amenazadora que consiguió intimidarlo, como a un niño pequeño—. Disculpe, lord Saint Leger, pero milord ha estado mal de sus pulmones. El médico le ha ordenado tomar este tónico... que debo administrarle bajo amenaza.

—No seré un obstáculo para usted —le mostró las manos en señal de rendición.

—Se lo agradezco mucho.

Por consideración al honorable embajador británico en Viena, lord Saint Leger se volvió distraídamente y fijó su vista en el retrato mientras lady Chancellor le administraba a su esposo la dosis del medicamento.

—Su joven artista es muy talentoso, milady. El retrato es fantástico.

—¿No es verdad? —le pareció que sonreía—. Creo que tiene mucho futuro, aunque lord Chancellor se ha pasado todo el rato tratando de intimidarlo. ¿Puede creer que no dejaba de hablar como perico, aun cuando le pidió expresamente que guardase silencio? El chico parecía aterrado. Pobre criatura.

—Fueron cuatro horas de estoicismo, mujer —masculló su marido—. Si no decía algo iba a quedarme dormido. Me merezco una placa o algo así.

Lady Chancellor soltó una risita.

—Ya tienes suficientes placas, señor parlanchín. ¡Oh! Acabo de recordar algo —volvió su mirada a Saint Leger—. Milord, espero que pueda

acompañarnos en el recital de mañana en la noche en el Kursalon. El alcalde de Viena y su esposa han mandado a traer a un fabuloso grupo de músicos de Salzburgo.

El embajador le lanzó al marqués una mirada cargada de significado, lo que le hizo recordar su opinión sobre el criterio artístico de los burgueses de Viena.

Saint Leger titubeó. Había recibido la invitación hacía unos días, pero estaba decidido a declinarla, como hacía con todas las invitaciones que llegaban a sus manos. Los recitales públicos eran usualmente tediosos y casi siempre estaban más compuestos por charla insustancial que por música. Si estaba en su poder, los evitaba a toda costa. Su hermano Theo, en cambio, era asiduo a aquellos eventos donde la gente estaba más pendiente de ver y ser vista.

Así que, si la gente de Viena quería ver su rostro, bien podía mirar a su hermano gemelo, lo que era la misma cosa.

—Mañana en la noche, ¿eh?

—No diga que no —insistió lady Chancellor—. No se le ha visto en ningún evento público en meses. Ya es hora de que nos honre con su presencia, ¿o es que quiere decepcionar a las jóvenes que han esperado tanto tiempo para verlo?

—Por supuesto que nos acompañará, querida —terció el embajador con un sonsonete un tanto malévolo—. Un buen recital le ayudará a calmar su aversión a socializar.

Saint Leger fingió volver a ver el cuadro y cerró los ojos, maldiciendo su suerte.

Más tarde ese día, se dirigió a Konstantin, el palacio ciudadano situado al sur de Viena que servía de hogar a su madre, lady Saint Leger, conocida antes de su matrimonio como la princesa Inés de Baviera.

Extraordinariamente conservada, la mansión clásica, situada en un terreno de ochenta hectáreas de bosques y terreno cultivable, era una digna estancia para cualquier miembro de la realeza. Konstantin había servido como casa de descanso de su abuelo, el rey Ludwig I de Baviera y, más tarde, el anterior marqués de Saint Leger la había recibido como parte de la dote de su esposa. La pareja había criado allí a sus tres hijos, Maxwell, Theodore y Eva.

Tras preguntar a los sirvientes, Saint Leger se dirigió al salón privado que solía utilizar la marquesa para recibir a sus visitas. No estaba sola, para su sorpresa y disgusto. Se hallaba tomando el té con sus hermanos, su cuñado, y un par de damas que se enderezaron nada más verlo entrar en la habitación.

—Milord, dichosos los ojos que le vuelven a ver —le saludó dama, tendiéndole una mano de dedos largos y huesudos, donde él ejecutó un besamanos.

—Señora von Lambort. Que placer —mintió, esperaba que convincentemente.

—¿Se acuerda de mi hija?

Elise von Lambort. La aludida le sonrió, hambrienta de atención.

—¿Cómo olvidarla? —sonrió—. Buenas tardes, señorita von Lambort.

—Buenas tardes, milord. ¡Y... bienvenido otra vez a Viena!

Saint Leger arrugó el ceño, contrariado. Miró a su madre, que lucía imperturbable, como de costumbre, y después a Theo. El bastardo estaba conteniendo una sonrisa.

Cuando el silencio se extendió, von Lambort se aclaró la garganta.

—Le decía a su madre y hermanos lo mucho que ha extrañado Viena a toda la familia Wittelsbach.

Saint Leger comprimía la mandíbula cuando la gente se refería a ellos como los Wittelsbach, siendo Phillips su apellido familiar. Odiosamente, los vieneses concedían mayor distinción al más noble origen, con lo que el nombre de su padre, que tanto le enorgullecía, siempre quedaba rezagado bajo la jerarquía de la casa real bávara.

—Estos últimos meses han sido verdaderamente grises, para serle franca —continuó la mujer con dramatismo—. Pero, gracias al cielo porque han vuelto. Espero que sus asuntos políticos en Londres marchen bien.

Saint Leger sonrió sombrío.

—De maravilla. Gracias por su interés.

—A ver, señora von Lambort —murmuró Theo, que nunca había sido demasiado entusiasta respecto a la ciudad—. ¿Por qué ha de estar gris Viena?, si la hemos dejado tan paliducha como de costumbre.

—Sí, ¿de qué nos hemos perdido? —lo secundó Eva.

—Oh, mis queridos —suspiró la mujer—. Nuestra amada ciudad está en

picada. Primero los judíos y nacionalistas, ahora los americanos y burgueses. Me temo que Viena se está llenando de gentuza. ¿No es así, hija?

—Sí, madre.

—Pero, ¿de qué está hablando?

—De lo peor, baronesa von Hausner. En los últimos meses hemos presenciado la llegada de una espantosa horda de arribistas sociales de lo más detestable.

—¿Arribistas sociales? —quiso saber lady Saint Leger.

—Sí, milady. Gente sin cultura ni propósito en la vida, gente que está convencida de poder comprar una posición en nuestra sociedad con su dinero recién ganado. Tenemos que soportarla viviendo entre nosotros, pavoneándose, haciendo alarde de sus libras esterlinas y contactos.

—Madre, creo que la señora von Lambort se refiere a la señorita Withfield.

—¿Quién es esa?

—Una advenediza inglesa, una criatura de lo más chocante que recién ha llegado a la ciudad y, por Dios santo, ya da de qué hablar.

—Y, claramente, usted ha contribuido con esa causa, señora von Lambort —intervino Theo.

—Es mi deber como madre y miembro de esta sociedad velar por la moral y el buen comportamiento de sus miembros, milord. ¿Qué sería de nosotros si dejásemos que gente como esa se colara en nuestros bailes, que contaminara la buena reputación de nuestras jóvenes? Baronesa von Hausner, no me diga usted que ha tenido contacto con esa muchacha.

—Solo he escuchado su nombre un par de veces —sonrió Eva—. Es algo popular y dicen que es muy guapa.

—¿Y qué es eso tan inmoral que esa muchacha ha hecho, señora von Lambort? —quiso saber lady Saint Leger—. Me muero de curiosidad.

—Además de ser vulgar, soberbia y vocinglera, ha llegado al baile anual de la ópera en el palacio de Schönbrunn, sin ninguna compañía.

—Qué horror.

—Todo el mundo le ha visto como si fuera una... una de esas mujeres de la mala vida. Ustedes me entienden. Ha sido lo más desagradable que nos ha tocado presenciar en mucho tiempo. Lord Theo estaba allí, él puede dar fe de lo que estoy diciendo.

Todas las miradas cayeron sobre Theo. Desde luego, todas menos la de Saint Leger.

—He visto a la señorita Withfield llegar sola —se encogió de hombros despreocupadamente.

—Y se ha pasado toda la noche en la compañía de ese joven americano... Fitzroy. Ay, Dios del cielo, no quiero ni decir por qué ese joven es otra desgracia que ha caído en nuestra ciudad.

—¿Y dice que ha venido a vivir a Viena?

—Esperemos que no de manera permanente, milady. Se hospeda en casa de nuestra querida Sophie Weichselbraun. Ha conseguido engañarla porque Sophie es una mujer cándida e ingenua, pero confío en que pronto abra los ojos y comprenda que ha metido al mismo diablo en su casa. Sally Withfield, ni más ni menos. ¿Ha escuchado un nombrecito más corriente?

—Espere... —intervino el barón von Hausner, el marido de Eva—. «Withfield». Me suena de alguna parte. Saint Leger, ¿no se llama así el propietario de la compañía ferroviaria principal de Inglaterra?

El marqués se había quedado de pie frente a la ventana, con las manos a la espalda mientras buscaba un respiro a aquella absurda conversación en la visión de los amplios jardines de la propiedad, pero, aunque había hecho esfuerzos para quedarse al margen, tuvo que responder a su cuñado.

—De Londres y de medio continente.

—Entonces ha de ser la hija del dueño —coligió su esposa.

—He oído que las acciones de la compañía están por las nubes —terció von Hausner—. Esa gente está haciendo dinero a manos llenas.

—Sí, barón, supongo que la joven está emparentada con ese hombre —continuó von Lambort tras aclararse la garganta—. Como he dicho, esa gente es una plaga en esta ciudad.

Saint Leger se había mantenido imperturbable durante todo el rato, pero en su interior bullía la indignación. Su madre era consciente de su renuencia a participar en toda reunión basada en la charla insustancial, en el chisme local, y aun así lo había involucrado en aquella, trayéndolo bajo engaños. Y él comprendió el motivo cuando ella misma condujo la conversación hacia otros derroteros. De pronto, estaba elogiando las cualidades de Elise von Lambort y buscando desesperadamente la aprobación de su hijo en cada comentario.

Haciendo uso de todo su entrenamiento diplomático, había soportado una

hora de exasperante palabrería, de frívolos cumplidos y modales estudiados de parte de aquellas indeseadas visitantes, hasta que finalmente se marcharon de Konstantin.

—Por todos los cielos, creí que se quedarían hasta la cena —resopló Eva, inundada de alivio.

—¿Cómo he podido olvidar que las había invitado a venir esta tarde? —murmuró lady Saint Leger—. Un error imperdonable.

—No me digas, mamá —se burló Theo—. Eva y tú parecían muy entretenidas escuchando los últimos cotilleos de Viena. ¿No es así, hermana?

La baronesa, cuyo marido había tenido la suerte de abandonar la habitación hacía veinte minutos, le lanzó una mirada puntiaguda.

—¿Y que pretendías? ¿Que nos quedáramos calladas? De ser así, la impertinente falta de interés de Maxwell habría sido más evidente —tres pares de ojos se clavaron en el aludido—. Aunque, debo admitirlo. Ha soportado la tortura con coraje. Cuando Elise preguntó su opinión sobre los nuevos vestidos de invierno, creí que le vería escupir el té en la alfombra.

—¡Eva! —la reprendió su madre.

—Eva tiene razón, mamá —convino Theo con una insolente sonrisita—. Max ha decidido convertirse en un ermitaño y la gente empieza a notarlo. ¿Cuándo fue la última vez que se le vio en algún evento social? Ya ni lo recuerdo. Si no fuera porque somos dos gotas de agua, Viena ya habría olvidado su rostro.

Odiaba aquello, que hablaran de él como si no estuviera en la habitación. Solían hacerlo y le hacía sentir como una suerte de fantasma, una presencia de ultratumba que los vigilaba y juzgaba con su perenne ceño fruncido.

—¿Por eso piensa la gente que yo he hecho ese viaje con ustedes?

—¿No es bastante evidente tu renuencia a dejarte ver en público? —contraatacó Eva—. Los vieneses sacan sus propias conclusiones. No los culpes.

—Sí, Maxwell. Me pregunto si semejante actitud es conveniente para tu profesión. Se supone que los diplomáticos son encantadores y sociables.

La Biblia decía que los hermanos habían venido al mundo para ayudar en la adversidad, pero al mirar a los suyos, lord Saint Leger pensó que cualquier adversidad, sin aquellos dos cuervos entrometidos, sería más que bienvenida.

—¿De verdad piensan que la gente de Viena me extraña —me mofó,

mirando alternativamente a sus hermanos— cuando una copia exacta de mí, mucho más encantadora y sociable, frecuenta todos los lugares donde yo no pongo un pie?

—Por desgracia, esa copia de ti no tiene un título ni una formidable herencia que resulte atractiva —musitó el aludido—. Pero sí, hermano, te extrañan. Anoche en Schönbrunn, por ejemplo, no hacían más que preguntar por ti. Las señoritas, concretamente. Morían por saber si también esta temporada pensabas romperles el corazón con tus desplantes.

Saint Leger compuso una expresión de hartazgo. Era la segunda vez en el día que escuchaba aquello.

—Así que por eso me han mandado a llamar hoy. Querían que tomara el té y diera una fe de vida a la chismosa más diligente de Viena.

—¿Eso no es verdad! —soltó Eva.

—¿Entonces qué pretendían? ¿Tentarme con su remilgada hija?

—¿Por qué siempre tienes que pensar lo peor de esta familia?

—Quizá esta familia me da razones para pensar lo peor.

—Estamos preocupados por ti, Max.

—¿Por qué no se preocupan de vuestros propios asuntos y me dejan en paz? Soy el consejero británico. Tengo deberes más allá de vuestro entendimiento.

—Deberes que enorgullecen a esta familia... y que han sido su salvación —repuso lady Saint Leger calmadamente.

La marquesa se acercó con pasos pesados y puso una mano sobre el hombro de su hijo. Su mirada era una mezcla de tormento y vergüenza, emociones que rara vez habían coincidido en el rostro de la princesa. Maxwell la observó impertérrito.

—Tienes razón, hijo —musitó—. Ha sido mi idea traerte aquí y reunirte con esta gente. Perdóname por abusar de tu buena fe. Mi intención ha sido que te vieran. Es lo mejor que se me ocurrió para hacerles saber que todo está bien con la familia y que nadie está escondiéndose. La gente habla. Ya sabes... después de lo que sucedió.

—¿Por qué tendría que afectar este asunto a Maxwell? —masculló Theo—. Esto es algo en lo que solo yo he tenido que ver.

—No lo entiendes, ¿verdad? —repuso lady Saint Leger con dureza—. Eso jamás será algo tuyo solamente, Theo. Eres el primo del rey de Baviera y del emperador, el hermano gemelo del marqués de Saint Leger. Si el rumor que

parece estar en boca de media Viena y Londres llega a convertirse en algo más... hasta el último de nosotros se verá afectado.

—No hace falta semejante despliegue de credenciales, madre. Lo entiendo. Si se enteran del asunto ocasionaré un conflicto internacional.

—Los rumores han viajado muy rápido —dijo Eva—. Por fortuna, Theo sabe sortearlos como un actor consumado. ¿No es así, hermanito?

El aludido la miró con furia contenida.

—Los rumores han existido desde el principio —recordó el marqués. Entonces, un pensamiento perturbador comenzó a tomar forma en su mente—. Acaso... ¿la gente piensa que yo...?

—¡No! ¡Dios no lo permita! —lady Saint Leger apretó los párpados, resistiéndose a ser consumida por el mayor de sus temores—. Si así fuera... sería el fin de esta familia. Nos comerían vivos.

Rápidamente, intercambió una mirada siniestra con su hermano. La de Theo era más bien sarcástica.

—Es decir, que si yo me dejo ver más en la ciudad los rumores cesarán —sacudió la cabeza—. Es absurdo.

—Míralo de este modo, Max —concedió la baronesa—. Si lo haces, la gente desechará los rumores y sabrá que los Wittelsbach no tienen por qué temer. Por favor, coopera.

Chasqueó los dientes, dispuesto a replicar, pero su madre le obligó a mirarle.

—Ya hemos sufrido bastante. Esto tiene que parar. Me niego a seguir viendo cómo nos derrumbamos solo porque tu hermano cometió una de sus estupideces y ello dejó consecuencias.

—No se cansan de echármelo en cara, ¿verdad?

Saint Leger apartó la vista del libro que había estado inspeccionando en la soledad de la biblioteca de Konstantin: «La Historia de Carlomagno».

Ninguna visita al hogar de su niñez estaba completa sin una minuciosa pasada por aquel templo de elevadas estanterías de cedro que por muchos años había sido su máspreciado refugio. Mientras Theo y sus amigos habían pasado tardes de domingo montando a caballo, practicando esgrima o pescando en el idílico arroyo situado detrás de la propiedad, Maxwell había visto las horas transcurrir dentro de aquella habitación que olía a tinta, a cuero

y a otra cosa que no conseguía describir. En ningún otro lugar había aprendido tanto de su oficio como en aquel cálido y silencioso salón. Ni siquiera Oxford lo había formado tan bien.

Konstantin poseía una prodigiosa colección de volúmenes y manuscritos que eran la envidia de algunas de las bibliotecas más importantes de Europa. Su padre, el anterior marqués de Saint Leger, había iniciado la extravagante tradición de hacerse con textos de gran valor histórico, documentos y obras de arte de todo el mundo, hasta amasar una admirable —y costosísima— colección privada. Maxwell, su sucesor, había continuado el magnífico legado, no por mero compromiso con su título recién adquirido, sino por el simple hecho de que allí, entre aquellos muros embutidos de conocimiento, había sido verdaderamente feliz.

A veces se recordaba a sí mismo, con la nariz hundida en un buen libro, a pocos metros de su amado padre, y sonreía. Cuando no se hallaba ayudando a resolver algún conflicto internacional por medio de la diplomacia, en alguna lejana tierra de ultramar, el anterior lord Saint Leger solía tenderse en su butaca favorita de la biblioteca para entregarse por horas a aquel mismo placer. Ambos se embebían en sus respectivas lecturas, intercambiando ocasionales miradas de complicidad, sin necesidad de articular una palabra, sin más sonidos alrededor que el de las páginas crujiendo al pasarse y el del fuego del hogar consumiendo los leños.

Como erudito y acérrimo admirador del buen arte, su padre lo había contagiado de su pasión por la literatura, le había enseñado a valorar una pintura, una composición musical y a apreciar un estilo artístico desapasionadamente. Le había enseñado que la paz era, al mismo tiempo, una ciencia y un arte, donde la segunda tenía una secreta preeminencia.

Había llegado a la biblioteca de Konstantin con la intención de llevarse algunos tomos que estaba deseando releer, con la esperanza de reencontrarse con la paz que había perdido hacía un tiempo, con la ilusión de acallar ciertas voces que le hablaban por las noches. Cuando se encontraba más concentrado en la embarazosa tarea de seleccionar sus libros favoritos, se vio encarado por su propio reflejo, que le miraba desde el dintel de la puerta.

Theo sacudió la cabeza, como si rehusara compartir algún comentario incisivo que hubiera cruzado por su cabeza.

Seguidamente, cerró la puerta a sus espaldas y con un suspiro, se dejó caer sobre la butaca que su padre había ocupado durante sus largas sesiones de

lectura. No supo por qué, pero aquel simple acto le irritó.

—¿Saqueando el patrimonio familiar? —soltó.

—Más bien haciendo que valga la pena esta visita —masculló distraídamente mientras decidía cuál sería su próxima selección.

—Maxwell y sus libros —susurró el otro, mirándole con un rastro de diversión en sus ojos azules—. Siempre me he preguntado a quien salvarías primero si Konstantin empezara a arder en llamas. Si a uno de nosotros o a tus preciosas primeras ediciones, ¿o quizás a alguna de esas pinturas carísimas sobre las que no dejas que nadie respire? —rio sin tapujo.

Theo jamás había compartido su pasión por la lectura, por las artes o por la diplomacia. De hecho, no recordaba nada que hubiera compartido con él además de la misma familia, el glorioso apellido y... por supuesto, su entera fisonomía hasta en los detalles más absurdamente mínimos.

Contrario a lo que la gente disfrutaba pensar, Theodore y Maxwell, gemelos idénticos, nacidos con nueve minutos de diferencia, no compartían ningún vínculo extraordinario. La relación que mantenían se alejaba de todo estereotipo mitológico y, más bien, estaba basada en una distante cordialidad. Los «gemelos Wittelsbach», como les llamaban en Viena, habían tenido tutores distintos y después atendido a colegios distantes el uno del otro. De niños, rara vez habían jugado juntos, como si fueran dos extraños.

Ello se debía a que los vástagos del antiguo marqués del Saint Leger habían sido educados separadamente, cada uno de acuerdo al nivel de exigencia de su posición. Mientras Maxwell había recibido un adiestramiento rígido, con miras a su ascensión como marqués —y por decreto unilateral de su padre, como futuro diplomático—, Theo había disfrutado de una formación más flexible; incluso había gozado de libertades con las que su hermano no había podido siquiera soñar.

—No tendría que salvarte a ti. Seguro ya estarías afuera antes de que el fuego comenzara a devorar la primera columna.

—Sé que me crees cualquier cosa, menos cobarde.

Saint Leger le miró significativamente.

—¿Viniste para molestarme, Theo?

—No —apretó los labios—. Creo que esa es una insalvable añadidura. ¿No puede tu hermano gemelo acercarse de vez en cuando y preguntarte cómo estás?

—No he escuchado la pregunta, pero supongo que estoy bien —se mantuvo con los ojos fijos en su tarea—. Te agradezco el interés. ¿Qué hay de ti?

Theo dejó caer la cabeza en el respaldo del sillón. Se tomó el tiempo para contestar.

—Creo que estoy enamorado —Saint Leger le miró con escepticismo y otro poco de extrañeza—. Adelante, que empiecen las burlas. Estoy listo.

—Jamás me burlaría de algo así. ¿Quién es?

Su hermano gemelo intentó decir un nombre, pero luego se lo pensó mejor y terminó reservandoselo.

—No la conoces.

—Ya veo. ¿Le pedirás casamiento?

Theo hizo una mueca.

—No menciones siquiera esa palabra.

—¿Entonces la tomarás como amante?

—Me temo que no es tan simple. Además, apenas la conocí anoche, en el baile de Schönbrunn —Saint Leger resopló, exasperado, pero no sorprendido. Por supuesto, no podía ser un asunto serio, viniendo de su caprichoso y voluble hermano—. Sé que parece una idiotez, Max, pero te aseguro que me ha robado el corazón.

—Dime quién rayos es —insistió.

—Sarah Elizabeth Withfield —Saint Leger elevó una ceja, pero se privó de emitir un comentario. Después de todo, no tenía ningún argumento para censurar a esa mujer, quienquiera que fuera—. Es la joven más deliciosamente irreverente con la que me he cruzado jamás. Y créeme, he conocido a muchas otras.

—¿Irreverente? ¿Eso siquiera es un atributo para una mujer?

—En mi mundo, la irreverencia es el *plus ultra* de los atributos —Saint Leger le miró con severidad—. Tú lo sabes —murmuró, y después suspiró con un aire de añoranza—. La irreverencia solía ser el atributo más extraordinario de Blanche.

A Saint Leger le molestó escuchar aquel nombre.

—Lo siento, Max —continuó su hermano sin mostrar más visos de lamento—. Es que no la conociste tan bien como yo —chasqueó la lengua—. Bueno, no importa. La señorita Withfield es el nuevo objeto de mis desvelos.

Deberías verla... —suspiró, soñador— las cosas de las que te pierdes por estar mediando en tus asuntos diplomáticos. No me resulta raro que madre tenga que usar argucias para sacarte de tu *Diplomatische Suite* y que vengas a tomar el té.

—Entonces, ¿eso pretendía madre cuando me trajo? Además de darles una prueba de vida mía a esas mujeres.

—Desde luego, tonto —a continuación, Theo tomó uno de los libros que Max había seleccionado en una pila y comenzó a hojearlo con despreocupación—. ¿Qué opinas de Elise von Lambort como futura lady Saint Leger? O quizás la pregunta sea, ¿qué opinas de la señora von Lambort como futura suegra?

Él hizo un gesto de disgusto. Si bien era hermosa y correcta, Elise von Lambort carecía de sustancia, algo que él no le perdonaba a una mujer.

—Estoy seguro de que madre puede hacer un mejor esfuerzo.

—Oh, y lo hará —farfulló—. Créeme. Si no es ella será otra. Ruega al cielo para que no termines la temporada con el yugo en el cuello... a menos que sea eso lo que desees.

—Pues, yo...

Max se interrumpió al escuchar el inconfundible sonido del papel viejo desgarrándose. Theo había pasado una página con demasiado arrojo, lo que terminó por desprender un legajo completo de hojas del vetusto libro.

«La Comedia humana» de Balzac, arruinada por la torpeza de su hermano.

Inaceptable.

—*Ups*. Lo siento —sonrió este, volviendo a poner el volumen sobre la pila.

—Espero que trates a tus amantes con más consideración.

—Vamos, Max. Es solo un libro. Ya lo mandarás a reparar, ¿verdad?

Saint Leger le miró furioso.

—Suerte para ti que algunas cosas todavía pueden repararse.

Theo se puso de pie, irritado y herido a partes iguales.

—Será mejor es que te deje en tu refugio, con los únicos amigos que conoces —echó una mirada burlesca a la pila de libros que Max había hecho con su mejor selección— y los únicos que te importan en la vida.

Capítulo 4

Sally atravesó el amplio vestíbulo del Kursalon con la certeza de que aquella sería una noche magnífica.

¿Y cómo no iba a serlo?, se dijo para sus adentros mientras paseaba la vista por el recinto. Se encontraba en la honorable compañía de su anfitriona, la señorita Weichselbraun y de su querido amigo Will Fitzroy, y también había encontrado la casa de sus sueños, que esperaba fuera suya una vez que se reuniera con el administrador de la propiedad y pudiera hacerle una buena oferta.

Con aquel ánimo relumbrante sonrió mientras le entregaba al mozo de la entrada su abrigo de piel de visón. Para aquella noche, Sally había elegido uno de sus vestidos favoritos, un Worth de satén color borgoña con cientos de brocados florales. Era un modelo encantador, que el afamado modisto había confeccionado exclusivamente para ella. El vestido poseía un escote bajo que dejaba evidencia de la forma alargada y delicada del cuello, delineando las suaves formas de las clavículas y el pequeño hueco que se hacía entre ellas. Las cimas de los pechos, impulsadas por las ballenas de corsé, se asomaban con sugerente elegancia. El traje se ceñía perfectamente a su torso; la falda era plana en la parte delantera y vasta en la parte posterior, donde una catarata de satén se formaba bajo el talle y se arremolinaba a lo largo de las piernas hasta llegar al suelo. Como joyas, había escogido una gargantilla de terciopelo negro, de la que pendía un solitario rubí en forma de lágrima, y unos pendientes a juego.

Su llegada provocó que las conversaciones de los vieneses allí concurridos sufrieran una breve interrupción y las miradas volvieran a posarse en ella.

—Oh. Veo que no exageraba, señor Fitzroy —Sophie, adorablemente ataviada en un vestido color esmeralda con infinitos brocados y un exótico tocado de plumas, rio con sorna—. Los vieneses no pueden quitarle los ojos de encima.

—¿Ahora ve lo que tengo que soportar, mi querida señorita Weichselbraun? —musitó Will con fingido sufrimiento—. A su lado me he vuelto invisible. No hay manera de competir con una perfecta rosa inglesa.

El Kursalon era una sala de conciertos al estilo del Renacimiento Italiano que albergaba fastuosos eventos y recitales. Allí también tenían lugar los

bailes públicos y puestas de largo que se organizaban para la temporada social. Aquel recinto era uno de los lugares por excelencia donde la vida social vienesa tenía lugar, donde los locales se enteraban de las últimas novedades de la sociedad, donde comenzaban los chismes y rumores más jugosos. La misma Sally había sido presentada por primera vez en el Kursalon unos días después de su llegada, siguiendo el mismo ritual social que en Londres se cumplía a pie juntillas.

Una vez cruzadas las puertas del salón, se formaron para saludar al alcalde de Viena y a su esposa, los anfitriones de la noche. El señor Müller, un burgués incursionado en la política, era un hombre calvo, pequeño y enjuto, pero su erguida postura y aura de poder eran capaces de elevarlo por encima del hombre más alto —o de más pedigrí— de toda la habitación.

—Señor Fitzroy... tan bien acompañado como siempre —saludó a Will.

—Señor alcalde, soy afortunado, ¿qué se le va a hacer? —bromeó el otro, que llevaba a Sally y a la señorita Weichselbraun prendidas de los brazos.

Las damas saludaron al funcionario y a su esposa, una mujer que superaba los cincuenta, pero aun lucía atractiva y le sacaba a su marido media cabeza.

—Les presento a mi hijo, Bastian —concedió Müller refiriéndose a un muchacho muy apuesto que estaba a su lado—. Recién ha llegado de Berlín, donde cursa estudios de abogacía en la Universidad Humboldt.

Los presentes lo saludaron respetuosamente.

Bastian era la antítesis de su padre: alto, moreno y de cálidos ojos castaños. Sally advirtió en ellos cierto misterio que resultaba tentador a primera vista. Era muy hermoso; de pómulos altos, mandíbula cuadrada y nariz ancha. Se preguntó cuántas jovencitas vienesas estarían ya preparando su mejor batería para atacar semejante baluarte.

Después de las cortesías de rigor, avanzaron por el extenso salón, adaptado a un formato de sala de conciertos. Un centenar de sillas doradas, revestidas en cojines de terciopelo rojo, habían sido dispuestas frente al amplio escenario donde los instrumentos esperaban silenciosamente la llegada de los músicos.

Conducidos por un mozo con peluca blanca y librea, llegaron hasta sus lugares, situados en la tercera fila. Los demás asistentes, ubicados cerca de ellos, charlaban alegremente, saludando a sus conocidos, mientras otros tomaban asiento y revisaban el programa que les había sido entregado en la puerta.

Sally se entretuvo contemplando el techo de frescos y exquisitas molduras, la media docena de elaboradas arañas de cristal que iluminaban el recinto y los grandes espejos ubicados a uno y otro lado del escenario.

Cuando paseaba una mirada casual por las grandes puertas del salón, el corazón le dio un vuelco. Captó el preciso momento en que lord Theo ingresaba al Kursalon con paso audaz y resuelto.

Y, maldito fuera, estaba tan condenadamente apuesto como aquella noche.

Se fijó en su cabello castaño, largo y pródicamente peinado hacia atrás, en aquella barba y bigote, espesos y sedosos a la vista, igual que sus profundas cejas oscuras, contrastando con la piel muy blanca. Llevaba un atuendo sobrio y elegante: levita oscura, chaleco perlado, camisa blanca con cuello duro, corbata color plomo y pantalones negros que realzaban sus piernas larguísimas. Una gema azul brillaba en el alfiler de su corbata.

Poniéndose de pie como por ensalmo, la joven notó su rictus de severa determinación, su rígida apostura, como el de un hombre consagrado al deber, aun a costa de sus propios deseos. Aquello la desconcertó un poco, dado que la última vez que le había visto parecía moverse entre la gente como un desvergonzado dandi.

Los presentes le saludaron con respetuosas inclinaciones de cabeza, e incluso con reverencia. Si Sally no le hubiera conocido en un oscuro recoveco del jardín del palacio de Schönbrunn, habría jurado que aquel hombre elegante y viril, envuelto en un halo de autoridad, era su mismísima Majestad Imperial.

¡Oh, maldición! ¿Por qué tenía que ser tan apuesto?

Todavía anegada en el influjo de su hechizo, Sally contuvo el aliento cuando sus miradas se encontraron. Esperaba ver en sus ojos cierto resentimiento, o quizá algo de burla por la forma cómo se habían despedido aquella noche en Schönbrunn, cuando ella rehusó besarlo. Las últimas horas, mientras se debatía entre la furia y el deseo, había tratado de figurarse cuál había sido la percepción de lord Theo sobre su persona luego de aquel encuentro.

¿La creería una mojigata? ¿Una esnobista, quizás? ¿O simplemente una de esas mujeres incapaces de sentir?

Sally volvió a preguntárselo al tiempo que le sostenía la mirada. Pero lo cierto fue que Theo la saludó con una breve y casi imperceptible inclinación de cabeza... como lo haría con una extraña.

Y eso fue todo. Nada de resentimiento, nada de burla, nada de deseo

reprimido. Nada de nada.

Susurró una imprecación mientras volvía a sentarse, abatida. Aquello era peor que cualquier reclamo, que cualquier mofa. Era la más pura y cruel indiferencia. La emoción que ella no había conseguido mostrar, para su completa irritación. Lord Theo había superado aquel incidente, quizá ni siquiera lo recordaba, y ella todavía sufría en silencio y se preguntaba qué habría sucedido si tan solo le hubiera dado aquel maldito beso.

La llegada de lord Theo, junto a un septuagenario, engalanado con varias medallas en la solapa de su levita de terciopelo, y una dama muy refinada, marcó el inicio del recital. Las puertas se cerraron y los murmullos de la concurrencia cesaron.

Sally apenas notó cuando las luces disminuyeron ligeramente. Sus ojos seguían clavados en él con vehemencia, incluso cuando los músicos comenzaron su ejecución. El quinteto con clarinete en *la* mayor de Mozart inundó la sala.

Lord Theo había tomado asiento junto a sus muy aristocráticos acompañantes, también en la tercera fila, pero del otro lado del ancho pasillo. La estratégica posición le facilitó mirar su hermoso perfil, de nariz recta, exquisitamente cincelada y labios fruncidos, poco proclives a una sonrisa. Su atención estaba por completo en la orquesta, y de vez en cuando era interrumpida por un comentario susurrado del caballero que tenía a su lado.

—Querida, ¿sucede algo? —el susurro de Sophie la espantó.

—No... no, señorita Weichselbraun —balbució atropelladamente al tiempo que se obligaba a mantener la compostura, y la mirada fija en los músicos.

Pero no pasó un par de minutos antes que sus ojos inquietos regresaran a él.

Santo cielo. ¿Por qué no podía simplemente cumplir su promesa de olvidar aquel suceso... a aquel hombre? ¿Por qué su apatía la trastornaba? ¿Por qué sentía que tenía alguna clase de asunto pendiente con él?

«¿Qué estabas esperando, Sally Withfield? ¿Que te trajera flores y te persiguiera por toda Viena? Eres una idiota vanidosa».

Apartó los ojos de él, irritada. ¿Cómo se atrevía a hacerle esto? La había mirado y simplemente había pasado de ella como si nada. Como si fuera una extraña. Jamás un hombre se había mostrado tan descortés con ella, y jamás le había importado tanto la indiferencia de alguien.

Pero no había razones para lamentarse tanto, ¿verdad? Después de todo, era

lo que Sally había deseado, que aquello nunca hubiera ocurrido.

Se volvió a su izquierda, impaciente por hablarle a Will de lo que fuera, pero halló su lugar vacío. ¿En qué momento se había puesto de pie para marcharse? Ni siquiera lo había notado. Soltó un suspiro de decepción.

Entonces volvió a mirar a lord Theo. Se lo encontró poniéndose de pie y despidiéndose de sus acompañantes.

«No te atrevas a irte, desgraciado».

Le miró con asombro e impotencia.

Pero era demasiado tarde. El caballero ya se enfilaba hacia la puerta con ese caminar altivo, mientras que a Sally se le encogía el pecho. Maldito fuera lord Theo, que conseguía sacar lo peor de Sally Withfield, y aun así ella no podía pensar en otra cosa que no fuera perseguirlo como una estúpida pusilánime.

¡No podía irse, maldición! No sin que hablasen un momento. No sin que arreglasen aquel asunto de una vez por todas.

Entonces, cerró los ojos brevemente, condenándose por lo que estaba a punto de hacer pues, era consciente de que sería un gravísimo error, y se puso de pie. Se abrió paso entre las filas y avanzó con prisa hasta las puertas dobles, que un par de lacayos con peluca abrieron para ella.

Llegó al vestíbulo mortificada por la idea de que los vieneses la considerasen una ramplona por abandonar un recital a trompicones. No sería una novedad, pensó sarcástica.

Rápidamente buscó a lord Theo con los ojos. No le tomó demasiado tiempo encontrarlo pues, el lugar estaba casi vacío. Todo el mundo se hallaba congregado en el salón, disfrutando del recital. Lo atisbó justo cuando entregaba al mozo de la puerta la tarjeta para recoger su abrigo.

Y entonces corrió hacia él como una atolondrada adolescente. Los tacones de sus zapatos resonaban sobre el piso de mármol pulido como si fueran martillazos.

—¡Milord, espere! —elevó la voz miserablemente para detenerlo.

Lord Theo se volvió. La observó de un modo que ella detestó: una mezcla de desconcierto e inocencia que no correspondía al calavera número uno de Viena.

Sally se detuvo, resollando, pensando qué decir en aquella situación tan extraña y que no había anticipado. Cómo odiaba ser tan impulsiva, pensó

cuando estuvo frente a él, contemplándolo bajo el dorado fulgor de las arañas de cristal. Entonces, allí mismo se dio cuenta que tenía los ojos azules, un hecho del que no había sido consciente en medio de la oscuridad del jardín del Palacio de Schönbrunn. Sus pestañas eran oscuras y hermosamente abundantes. La barba, perfectamente acicalada, tenía una apariencia de lo más atractiva.

Deseó tocarlo en ese momento, pero se contuvo.

—Esto... ¿no ha disfrutado del recital?

El caballero la observó con el ceño fruncido.

—Desde luego —respondió, un tanto desencajado, como si le molestase la idea de darle a ella alguna explicación—. Sin embargo, ha surgido un inconveniente y debo marcharme.

—Oh.

—Si no le molesta...

Se volvió hacia el mozo. Sally no dio crédito a su tremendo desaire.

—No tiene que tratarme con tanta frialdad.

Las palabras brotaron de sus labios sin antes pasar por su cabeza, como una piedra caliente que debía soltar para evitar quemarse las manos. No podía evitarlo; ese era su modo de ser, directa, frontal y a veces, vehemente. Y le dolía el rechazo, aunque se esforzaba denodadamente por ocultarlo. Aquella vez no le importó mostrarse vulnerable, y se sentía particularmente valiente como para reclamarle.

—¿Dis...culpe? —farfulló él.

—No se irá de aquí hasta que hayamos hablado.

La joven miró a uno y otro lado del vestíbulo. El lugar estaba desierto, salvo por la presencia de un par de discretos mozos. Tomó la mano enguantada de lord Theo y lo arrastró a través de la extensa galería. Al principio, él se resistió un poco, pero un segundo después terminó cediendo ante la fuerza y determinación de ella.

Sally lo llevó de la mano hacia un pasillo lateral conformado por media docena de puertas. Abrió una y con un rápido movimiento se introdujo junto con su desconcertado prisionero.

La habitación en cuestión era la que se usaba para almacenar los instrumentos de cuerda en reparación. Un cúmulo de violines y cellos sin cuerdas descansaban sobre amplias mesas, como pacientes afligidos a la espera del médico. Sally había descubierto el lugar accidentalmente en su

primera visita al Kursalon, mientras buscaba el tocador de señoras.

El caballero sacudió la cabeza con desconcierto.

—¿Qué se propone...?

—Está bien. ¡Has ganado! —jadeó ella, apoyándose contra la puerta, intentando impedir que lord Theo se le escapase—. Has ganado. No estaba lista entonces... pero lo estoy ahora.

A Sally no le importó que lord Theo la mirase como si se hubiese vuelto loca. Armada de resolución, dio el paso definitivo pues, todo su cuerpo lo pedía con dolorosa urgencia. Al diablo con todas sus vacilaciones, con sus temores de caer rendida por el calavera de peor reputación de toda Viena y de acabar con los restos de su deslucida reputación.

Despegó la espalda de la puerta y se lanzó hacia él.

Saint Leger pasó de la estupefacción a la exasperación, y del asombro al deseo, tan vertiginosamente, que por un segundo creyó haber perdido la cordura.

No conseguía entender cómo había terminado en aquella habitación, con aquel vendaval de mujer aferrada a su cuello, y su boca atrapándolo en un beso irreflexivo. Y, aun así, en contra de toda lógica, eligió seguir su instinto masculino, dejar de pensar y disfrutar de aquel inesperado regalo del cielo.

Aquella joven, Dios sabía su nombre, había jugado bien sus cartas, y ahora lo tenía en su terreno, manso y excitado. Lo había engatusado como una tentadora sirena a un solitario marinero cuando dejaba el recital para atender un asunto de último momento en la Embajada. Lord Chancellor había querido encargarse, pero Maxwell se ofreció a tomar su lugar para que él y su esposa no tuvieran que marcharse a mitad del concierto.

Era como si aquella chica hubiera adivinado que su cama había permanecido fría por demasiado tiempo y que llevaba rato anhelando el roce íntimo de una mujer. Con su boca, Saint Leger le dio lo que pedía, y con ello también esperaba tomar lo que su propio cuerpo estaba demandando. La atrajo hasta él con ardor, tomando el control del atolondrado beso. Se hundió en ella hasta donde su lengua se lo permitió, marcando territorio, solazándose con su sabor.

Oh. Deliciosa.

No sabía cómo ni por qué, pero aquella muchacha sabía lo que le gustaba.

Nada de gestos remilgados, nada de charla insustancial, nada de coqueteos inútiles. Había ido directo a la acción, y él lo agradecía. Le gustaban los besos duros, húmedos, calientes y profundos, y ella lo leía a la perfección. Le gustaba cómo su boca se rendía y se abría para él, como si lo hubiera deseado toda la vida, con una insólita pero exquisita traza de inocencia. Se preguntó sin en la cama sería tan dispuesta, si le llevaría el ritmo a un hombre tan hambriento de placer como él.

Sus manos se dieron a la tarea de explorar la exuberante silueta, embutida en las engorrosas prendas femeninas; luego, encontraron sus brazos, descubiertos por el diseño del vestido. Saint Leger se sacó un guante para tocarle la piel, que resultó ser increíblemente suave y cálida. Le acarició los hombros, el cuello y el pecho con atrevimiento, notando cómo se erizaba y se calentaba más.

Fue casi doloroso tener que apartarse de su boca, pero necesitaba mirarla.

Era esa misma muchacha que lo había cegado con su belleza, nada más entrar en el salón. Dado que no habían sido presentados, Saint Leger la había saludado con un frío movimiento de cabeza. Era un caballero, ante todo; un diplomático, y uno de sus más importantes talentos era ocultar sus emociones cuando la ocasión lo requería.

Era hermosa, reconoció tomándole el rostro entre las manos desnudas. Demasiado hermosa como para ser una fulana. Y además llevaba joyas. ¿Significaba que tenía un protector acaudalado? Le importaba un comino. Ahora mismo ella era suya. Aquellos labios y mejillas rosadas por el efecto de los besos; ese rostro, con la forma de un delicado triángulo invertido; la nariz pequeña; los ojos brillantes de deseo, como caramelo derretido, y el cabello oscuro y voluminoso, perfumado con esencia de lavanda. Toda ella era suya... o iba a serlo a continuación.

Y no le importaba a quien tuviera que arrebatársela.

Él era rico, poderoso, respetado y temido. Era el consejero británico en Viena, un marqués y un condenado miembro de la casa real de Baviera. Estaba claro que podía competir con cualquier hombre por las atenciones de aquella magnífica hembra.

—Eres exquisita —le susurró al oído, escuchando su propia voz transida por el deseo más apremiante.

Volvió a besarla, profundizando más en su boca, y bebiendo de sus labios. Dejó una exuberancia de besos por sus mejillas, por su frente, y especialmente

sobre la vena que latía en su cuello, haciéndola estremecerse. La joven se rindió, echando la cabeza hacia atrás para recibir sus diestras atenciones. Saint Leger besó la sedosa superficie de su pecho, regodeándose con cada jadeo, cada suspiro, hasta que alcanzó el nacimiento de los pechos. Los tomó con ambas manos, y besó las cimas redondas que asomaban sobre el escote. Detestó no estar en la cómoda privacidad de su dormitorio para despojarla de toda aquella profusión de telas. La quería desnuda, jadeando debajo de él, aferrada a los balaustres de su cama, gimiendo su nombre como una furiosa letanía, hasta que él le proporcionase en ansiado éxtasis.

—Salgamos de aquí —le ordenó con los ojos brillando de anhelo.

Saint Leger recogió sus prístinos guantes blancos del suelo. El movimiento le permitió un segundo de privacidad, que aprovechó para acomodar el prominente bulto que brotaba de su entrepierna. Cuando se incorporó, le dedicó a la muchacha una sonrisa cargada de sensuales promesas.

La tomó de la mano y puso un beso en sus nudillos, enfundados en delicados guantes. Ya se los quitaría, se dijo, y la invitaría a que lo recorriera desnudo...

—¿Nos vamos, preciosa?

Ella pestañeó, aletargada.

—¿A dónde?

—«¿A dónde?» —repitió él con una inflexión incrédula y divertida. Si ella estaba actuando como una virgen pudorosa para excitarlo todavía más, estaba logrando su cometido—. A mi hotel.

—¿Qué?

—Estoy a unas pocas calles de aquí —le dijo con suavidad—. Mi cochero estará en la puerta en dos minutos. Saldremos por detrás, para que nadie nos vea. Te prometo que estarás segura conmigo.

El rostro de ella adoptó una profunda máscara de temor, de confusión. Él no lo entendió hasta que se dio la vuelta y puso una mano en el pomo de la puerta.

—No. Theo, esto no es correcto.

Fue entonces cuando lord Saint Leger se quedó tieso, como si hubiera tocado un contacto eléctrico averiado y su corriente le hubiera sacudido el cuerpo con un ramalazo. Apretó la pieza de metal con tanta fuerza que estuvo a punto de desencajarla de la madera mientras un cúmulo de pensamientos hostiles lo invadían.

«Theo».

Maldita sea. ¿Acaso ella...?

Por supuesto, reflexionó rápidamente entre la rabia más cruenta y una dolorosa lucidez. Ahora lo comprendía. Ella le había confundido con su nefasto hermano. Era a él a quien se ofrecía, a quien había besado con un desmedido ardor.

Se sintió como el hombre más jodidamente estúpido sobre la maldita tierra.

El hecho de que él estuviese en el Kursalon aquella noche, después de un considerable tiempo ausente de la esfera social, debió haberla confundido. Sin Theo a la vista, ella había pensado que...

Maldito fuera su hermano.

—Lo siento —continuó ella—. Theo, yo no...

—Basta.

El marqués la hizo callar mostrándole la palma de la mano. Era incapaz de seguir escuchando el nombre de su gemelo en los labios que acababa de besar hasta dejarlos hinchados y rosados. Se sentía ridículo y patético.

Con un esfuerzo titánico, se giró para mirar a la joven. Estaba hecha un lío, nerviosa y sonrojada. Entonces, no supo cómo, su nombre le llegó a la mente.

Sarah Elizabeth Withfield. *Sally*, la hija del industrial.

Con un demonio...

Por eso se sonrojaba, por eso llevaba joyas y actuaba irreflexivamente, como una niña mimada acostumbrada a tener todo cuanto se le antojaba, sin medir las consecuencias de sus actos. No era ninguna fulana, era la hija de un millonario. Era la mujer de la que Theo había quedado prendado en el baile anual de la ópera... ahora entendía por qué.

Sally.

—No debí haber...

—Deje de disculparse —soltó él con rudeza, lo que no le impidió hacerle una advertencia final—. Espere unos minutos antes de salir.

—¿Qué?

—Buenas noches... *Sally*.

Maxwell la miró por última vez, con desmedido anhelo, y después salió de allí, llamándose imbécil en todas las lenguas que conocía.

Temblorosa, excitada y desconcertada. Así había quedado *Sally* tras su

abrupto segundo encuentro con lord Theo.

Hizo lo que él le pidió. Esperó unos minutos en el interior de la habitación mientras intentaba calmar su respiración y poner orden al caudal de emociones que recorrían su cuerpo. Se acomodó la ropa y se pasó una mano trémula por el cabello. Debía de tener el aspecto de una mujerzuela, se lamentó.

¿Cómo había llegado hasta ese punto? ¿Cómo es que había cometido la estupidez de llevarlo hasta aquella habitación y esperar que se comportara bien con ella? Maldijo su impulsividad.

Por Dios, la había querido llevar a un hotel, y no para mostrarle las instalaciones, desde luego. Nunca un hombre había declarado tan abiertamente sus intenciones carnales hacia ella, pero tampoco ella se había comportado de ese modo tan descarado. Jamás había besado a nadie, ni se había dejado besar, y tocar...

De solo recordar sus manos sobre su cuerpo, se agitaba.

«Tú te lo has buscado», se acusó mentalmente. Ahí lo tienes. «Para eso quería que lo besaras». Se llevó las manos al rostro, avergonzada, y tenía que admitir que también se sentía herida y rechazada.

Unos minutos más tarde, ya había recompuesto su semblante lo bastante como para dejarse ver. Abandonó la habitación de los violines y se dirigió al salón con la sensación de estar cometiendo un delito.

—¡Sally!

Se volvió instintivamente al escuchar la voz de Will a sus espaldas.

Cuando reparó en el aspecto de su amigo, que solía poner un cuidado excesivo en cada detalle de su atuendo, entornó los ojos. Tenía el cabello revuelto, las mejillas sonrojadas y la corbata cuecha. Will se acomodó la ropa nerviosamente al notar la expresión contrariada de Sally.

—¿Sucede algo malo? —quiso saber, suspicaz y agradecida de contar con la excusa perfecta para disimular su propia descompostura.

—No, claro que no —tartamudeó—. ¿Qué haces aquí afuera? ¿Tan mal ha estado el recital? Con lo mucho que han ensalzado a esos músicos de Salzburgo...

—Estaba buscando el cuarto de señoras —mintió.

—¿Por aquí? ¿En serio? Creí que estaba del otro...

Dicho esto, la puerta de una de las habitaciones del pasillo se abrió. Sally dejó escapar un respingo de asombro al reconocer la atractiva figura de

Bastian Müller. El hijo del alcalde de Viena, luciendo tan desaliñado y nervioso como el mismo Will, se acomodó el chaleco, la chaqueta y con paso ágil, enfiló hacia el salón.

Sally observó curiosa a Will.

—Oh —reprimió una sonrisa—. ¿Bastian Müller?

Sus ojos color miel irradiaron satisfacción y embeleso mientras veía la figura del moreno, alejándose por el pasillo. Suspiró y se llevó una mano a la cabeza para rascársela.

—Ahora sé lo que se siente ser corrompido.

Capítulo 5

A Sally se le hizo embarazoso tener que fingir apatía después de haber recorrido la casa de Neubau que estaba deseando comprar. Había aprendido de su padre que la indiferencia era el recurso más efectivo para tomar el control en una negociación por una propiedad, pero en su fuero interno, apenas podía contener la emoción.

Salvo por el abandonado jardín, la casa era perfecta.

—Es... bonita —habló con mesura.

—Me alegra que le haya complacido, señorita Withfield —sonrió el señor Holzer, ajustándose los pequeños anteojos dorados sobre la nariz.

El representante de la inmobiliaria era un hombre joven y risueño, con un discurso estudiado y aspecto de estudiante de matemática. Holzer la había recibido a las puertas de la casa, un tanto asombrado de que hubiera venido sola, pero aquello no le impidió mostrarle cada rincón mientras desplegaba su labia de vendedor instruido.

—Si me decido a comprarla, tendré que contratar a un jardinero para que se ocupe del desastre que hay en el jardín.

—Le aseguro que valdrá la pena cada florín, y si empieza a cultivar desde ahora, para la primavera tendrá unos brotes estupendos —le sonrió—. ¿Ha estado en Viena durante la primavera? No hay como la primavera vienesa, señorita.

—Ya lo creo —Sally miró a Holzer con determinación. La hora de verdad había llegado—. ¿Cuánto?

—Oh, por supuesto —el vendedor rebuscó en el bolsillo derecho de su chaqueta hasta extraer una tarjetita, que le entregó sin demora.

La joven alzó una ceja tras leer el precio garabateado en la cartulina. Era una cantidad muy considerable de florines. Coincidió en que aquella magnífica casa valía cada centavo, pero desafortunadamente, no podía costearla por sí misma.

Sally contaba con los recursos que le permitían vivir holgadamente en Viena, pero sus fondos no le alcanzarían para cubrir la adquisición de una vivienda. Para ello, debía llegar a un acuerdo razonable con la inmobiliaria, o recurrir a la benevolencia de su padre en Londres, y aquella era su última opción. Estaba segura de que al señor Withfield no le haría gracia que su hija

estuviese planeando irse a vivir sola, y mucho menos en el extranjero.

—Esta casa es una verdadera joya, señorita, y no creo que siga mucho tiempo en el mercado. Si me permite la recomendación, debería tomarla de inmediato.

—¿Es el precio final, señor Holzer?

—Me temo que lo es, señorita. Los propietarios han sido muy enfáticos, así que no estoy en posición de ofrecerle una rebaja. El importe debe ser pagado por entero a la firma del contrato.

Sally se mordió la lengua para no soltar una palabrota.

—No cuento con esa suma... en este momento.

—Oh. Eso es una verdadera lástima. Ya la veía yo, cuidando de su jardín, y después de sus pequeños y revoltosos hijos mientras espera a su esposo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Quizá podría adquirirla con un acuerdo de pago. Si tan solo pudiera escribirles a los dueños...

—No se lo recomiendo, señorita Withfield. La dueña de la casa es una mujer de ochenta y nueve años y vive en Budapest. No está muy bien de salud y no le gusta ser molestada. Pero podría mostrarle algunas otras propiedades más asequibles, aquí mismo en Neubau...

—No quiero otra casa. Me gusta esta, señor Holzer —Y fue así como su intención de mantenerse indiferente se vino al piso—. Por favor, deme alguna alternativa.

Maldita sea, pensó cruzándose de brazos. No podía creer su mala suerte.

—Oh, veamos. ¿Qué podríamos hacer? —el representante caviló brevemente, dándose golpecitos en el labio inferior con el dedo índice. Luego chasqueó los dedos como si se le hubiera venido a la mente un conjuro para convertir el agua en vino—. Por supuesto... podría alquilarla por un año. Después de ese tiempo, si cuenta con la liquidez necesaria, podríamos proseguir con el proceso de compra venta. Por suerte, también contemplamos esa opción.

La esperanza volvió a insuflar el corazón de Sally.

—¿De verdad? Eso sería estupendo.

—Si usted está de acuerdo, fijaremos un precio y podría estar mudándose el mes próximo —concedió Holzer mientras comenzaba a sacar un fajo de

papeles de su portafolio de cuero—. Haga el favor de decirle a su prometido que vaya a verme mañana. Necesitaré todos sus datos para comenzar a elaborar el contrato.

Ella deshizo la enorme sonrisa que le cruzaba el rostro.

—¿Mi prometido?

—Desde luego. Los papeles deben hacerse a nombre de él.

—¿Por qué imagina que estoy próxima a casarme?

—Pues... está buscando un hogar —Holzer se encogió de hombros antes de ponerse a anotar en una libretita—. ¿No es eso lo que hacen las parejas antes de dar el gran paso? Aunque me sorprendió que su prometido no viniera a acompañarla, supongo que confía en su criterio. Después de todo, elegir el hogar es cosa de mujeres, ¿verdad? Y le aseguro que no ha encontrado uno mejor. Esta casa es perfecta para usted y su futuro marido, señori...

—Señor Holzer —Sally esbozó una pequeña sonrisa que fingía amabilidad, pero que en fondo estaba llena de irritación—. En esta casa viviré yo con mis sirvientes. No habrá ningún marido, se lo aseguro.

El hombre dejó de anotar en la libretita y le miró con cara acontecida.

—¿Pretende usted vivir... sola?

—Así es, señor.

—Pero, ¿tendrá algún familiar...?

—Me encargaré de proporcionarle todos mis datos para que pueda elaborar el contrato —musitó sonriente—. Me gustaría mudarme en cuanto sea posible, así podré empezar los trabajos en el jardín y ver mis flores crecer en la primavera.

El rostro de Holzer adoptó una expresión de indecisión.

—¿Sucede algo, caballero?

—Señorita Withfield —dijo muy seriamente, ajustándose los anteojos—. Estaré feliz de poder ayudarle a adquirir la casa, pero para ello necesita reunir el dinero que la propietaria está pidiendo por ella. No veo otra manera.

—Pero... ¿qué hay del alquiler? —soltó ella alarmada, sin entender el por qué de aquel repentino cambio de actitud—. Puedo cubrir el monto que usted me proponga.

El caballero consultó su reloj de cadena.

—Oh, caray. Se me ha hecho tarde, y debo mostrar una casa a un matrimonio

berlinés al otro lado de la ciudad. Me temo que debo poner fin a esta reunión. Vaya a verme a la oficina cuando tenga el dinero, se lo ruego.

—Pero...

—Buenas tardes, señorita Withfield. Que tenga un excelente día.

Sally estaba cansada de ser rechazada, de que no la tomaran en serio, de que los hombres vieran en ella una criatura incompleta, descerebrada y sin la capacidad para tomar sus propias decisiones. Primero lo había hecho lord Theo y ahora ese idiota de Holzer, que no la creía lo suficientemente apta para alquilar una casa.

Para aquel hombre, Sally por sí sola no tenía valía y debía apalancarse en un hombre para adquirir una propiedad. En un marido... o en un padre, pensó con ironía mientras recorría las frías calles de Neubau hacia Josefstadt. Al fin y al cabo, era la misma cosa, porque no había nada que pudiese costear de su propio bolsillo.

Le sorprendió descubrir que estaba temblando de ira, y que sus pasos eran más rápidos y enérgicos que de costumbre.

Era insólito pensar que su nombre en un contrato no era suficiente. En Londres, nada más escuchar el apellido Withfield, la gente sonreía y se movía a la velocidad de un relámpago para conseguir lo que fuera que ella quisiera, pero en Viena era una forastera, una mujer empeñada en vivir al margen de lo que se consideraba el recato y la decencia. Necesitaba ganarse el respeto de la gente si pretendía hacer vida en aquella ciudad, pensó furiosa y herida.

Cuando llegó a casa de la señora Weichselbraun, le entregó el abrigo, el sombrero y los guantes al mayordomo, quien le anunció que tenía una visita esperando en el salón.

Sally no podía imaginar quién podría ser. Había quedado con Will para desayunar la mañana siguiente, y él no solía aparecerse de la nada.

Avanzó hasta el lugar donde su visitante la esperaba, sin dejar de preguntarse quién había venido a verla. Ojalá no fuera uno de esos tontos caballeros que le habían pedido bailar en el palacio de Schönbrunn y que siempre la acosaban con sus molestos ramos de flores y atenciones, porque lo despacharía en el acto sin ninguna sutileza. No estaba de humor para intentar ser gentil cuando lo que deseaba era estrangular a alguien con sus propias manos.

Apenas se acercó a la puerta del salón de las visitas, que estaba

entreabierta, escuchó la risa alegre y desaforada de Sophie.

¿Qué era tan gracioso?

La curiosidad pudo más que ella. Dio un par de pasos hacia el interior de la habitación, con lo que dos cabezas se volvieron en su dirección.

«Madre mía».

Se quedó paralizada bajo el dintel de la puerta mientras lord Theo se ponía de pie y le dedicaba la más perfecta de las sonrisas.

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Theo estaba allí, y la miraba como si la noche anterior y el beso que le había robado el sueño no hubiesen existido. Como si ella se hubiera imaginado aquel último minuto en su compañía, cuando él le había hecho aquella descarada invitación, animada por su aun más descarado comportamiento.

—Querida, al fin llegaste —canturreó Sophie—. Mira quien ha venido a visitarte. No me habías dicho que conocías a lord Theo. ¿No es una encantadora sorpresa?

—Señorita Withfield, muy buenas tardes —el caballero le hizo una reverencia sosteniendo una sonrisita maliciosa. Y, santo cielo... que bien se veía con su atuendo azul marino, chaleco a cuadros y camisa blanca de cuello alado. Su aspecto acicalado era el de un hombre preparado para posar ante un consagrado artista—. Espero no haber cometido una imprudencia al venir a verla, sin anticipación.

Fue Sophie quien respondió.

—¡Oh, para nada, milord! Ya le he dicho que es bienvenido en esta casa — luego le lanzó a Sally una mirada de regocijo—. Pero no te quedes ahí, tontuela. Acércate.

Sally obedeció, aunque todo aquello parecía irreal.

Después de la noche del recital y de su despedida tan gélida, creyó que jamás volvería a hablar con él.

—Buenas tardes, lord Theo.

¿Y si había venido para contarle a su anfitriona lo que había sucedido en aquella habitación del Kursalon?

Por un segundo, Sally temió lo peor. Se vio inmersa en un escándalo de los mil demonios, y después comprometida con lord Theo. Escuchó a su padre

dándole un sermón, dejándole saber cuan decepcionado estaba de ella, y sintió que un escalofrío se apoderaba de sus huesos.

Pero Sophie no parecía horrorizada por su comportamiento, ni preocupada por las consecuencias. El ambiente parecía, más bien, cálido y distendido.

—Oh, Jesús. Tengo que atender un par de asuntitos en la cocina —se lamentó su anfitriona mientras se ponía de pie—. Me apena mucho no poder seguir acompañándolos. Lord Theo, voy a dejarle a solas con la señorita Withfield, pero no podrá ser por mucho tiempo. Ya conoce las razones...

—Señorita Weichselbraun, le doy mi palabra de que la señorita Withfield y yo intercambiaremos unas inocentes palabras, y luego me marcharé. De ningún modo me atrevería a comprometerla con una visita muy extensa.

Sophie le dedicó una mirada soñadora, como la de quien contempla a un lindo cachorro.

—Siendo así, queda usted en su casa, milord.

Dicho esto, abandonó la habitación. Vizsla, correteando alegremente, se marchó detrás de ella.

Cuando la puerta se cerró, Theo se acercó más Sally y le habló con una media sonrisa.

—Apuesto a no te lo esperabas...

La joven apretó los dientes. Su reacción más inmediata fue soltarle una bofetada que resonó en la habitación como un latigazo.

—¡Y apuesto a que usted tampoco!

Lord Theo trastabilló, llevándose la palma de la mano a la mejilla. La miró con ojos saltones, cruzados por el asombro y el horror. A Sally, por el contrario, le había caído de maravilla aquel inesperado desahogo. Hacía rato que deseaba desquitarse con alguien, y nadie mejor que aquel cretino.

—Maldita sea, Sally, ¿qué ha sido esto? —graznó.

—¿Por qué demonios cree que puede venir a buscarme en casa de mi anfitriona? —susurró furiosa—. ¿Quién le ha dado el derecho? ¡Es usted un cretino! ¡Un abusivo! Un... ¡Arg!

Se apartó de él, enfurruñada, y caminó hasta la ventana para poner entre ellos la mayor distancia posible. Las lágrimas amenazaron con aparecer, así que se esmeró en hacerlas recular.

¿Con qué objeto había venido? ¿Acaso deseaba burlarse? ¿Quería echarle

en cara que ella, Sally Withfield, había intentado jugar su juego y había perdido?

—Pero, ¿qué es lo que sucede? —insistió él.

—¿Por qué ha venido a esta casa?

—Dios del cielo, no creí que fuera digno de un recibimiento tan hostil. No puedo decir que es la primera vez que me abofetean, pero al menos me gustaría saber qué es lo que he hecho para merecerlo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿No lo sabe?

—No, Sally. He venido con las mejores intenciones.

—¿Y cuáles son esas intenciones?

—Pues... dejar clara mi admiración hacia ti —balbució acercándose a ella con renovado ímpetu. La joven se negó a mirarlo y volver a caer en el influjo de su hechizo, en su mirada seductora—. Creí que aquella noche había sido lo suficientemente... obvio. Mi interés hacia ti es genuino.

—Su interés es muy inconsistente, milord, y para serle muy franca, me asusta.

—¿Te asusto? ¿Yo te asusto? —repitió incrédulo, abriendo de par en par aquellos ojos azules—. ¿Y se puede saber qué es tan atemorizante acerca de mí, señorita Withfield? Dios sabe que no soy un monje, ni de los que hacen visitas a media tarde, pero mírame, aquí estoy, portándome con un maldito ñoño, porque creo que tú lo vales. ¿Eso es lo que te asusta?

Sally negó con la cabeza.

Era cierto. No había dicho una palabra a Sophie, sorprendentemente. No había hecho público su encuentro. No había intentado comprometerla, aunque Dios sabía que había tenido la oportunidad en sus manos.

¿Qué quería entonces?

—Me llama la atención su actitud tan... familiar después de lo que ocurrió.

Theo frunció el ceño, como si no comprendiese del todo su punto.

¡Por Dios! ¿Cómo podía no comprenderlo? ¿Cómo podía mostrarse tan tranquilo cuando ella había pasado horas atormentándose, muriendo de vergüenza y para su completo estupor, de anhelo...?

—¿Te refieres al asunto del beso?

—¡Por supuesto que me refiero al beso! —volvió a gruñir, apenas elevando

la voz—. ¿Qué demonios pretendía con eso? ¿Probarme que puede tener a la mujer que se le antoje con tan solo chasquear los dedos? ¿Demostrar que yo también puedo ser una de ellas a pesar de mi carácter y de mi renuencia a entregarme a un hombre? Ha sido muy inteligente de su parte, lord Theo. Muy inteligente, y muy cruel.

—Estás exagerando.

—Me ha dejado en ridículo delante de mí misma. Y quizá eso es lo que más me molesta. Me trastorna saber que cedí y que luego... —él le miró como si le hubiera hablado en otra lengua—. ¡No quería darle esa impresión! —gruñó, volviendo a percibir el ardor de las lágrimas—. No quería que pensara que puede llevarme... a su... «hotel» cuando le apetezca, como me lo hizo ver. No soy así, ¿comprende? Esa fue la primera vez que... La primera vez que alguien... —se sacudió la cabeza, avergonzada y asombrada a partes iguales por su brote de sinceridad. Ya ni siquiera sabía lo que estaba diciendo. Solo estaba consciente de su propio enojo.

—¿De qué... demonios me hablas?

—¡Fue un error, lord Theo! —gimió al fin—. Ojalá anoche no hubiera ido a ese recital, y ojalá no le hubiera buscado para darle ese maldito beso. No debió pedírmelo nunca, en primer lugar.

La joven gimió y se frotó los ojos con el dorso de la mano, odiando el hecho de que había derramado un par de lágrimas, pese a haber hecho el más grande de los esfuerzos para evitar que sucediera.

¿Qué demonios le sucedía?

Sally Withfield jamás lloraba, mucho menos delante de un hombre. ¡Un extraño! Ahora mismo desconocía a aquella muchachita sentimental que se había doblado delante de ese caballero y le había dejado ver un parte de sí misma.

Permanecer anclada en su propio hilo de pensamientos le impidió mirar la expresión de lord Theo, que estaba atravesada por el más inescrutable asombro. Si lo hubiera hecho, habría visto que apretaba los párpados fuertemente y gesticulaba una palabrota, invadido por una repentina ola de entendimiento.

—Oh, querida —dijo al cabo de un segundo, mientras sacaba un pañuelo de su impecable chaqueta y comenzaba a secarle el rostro con delicadeza—. Perdona mi... terrible ofensa... Por favor, perdona... lo que sea que haya hecho.

—¿Lo que sea que haya hecho?

—Solo... perdóname.

Sally le dejó hacer. Tras decir aquello, la consoló ejecutando pequeños masajes en sus hombros. En unos pocos minutos, sintió que todo el torbellino de emociones comenzaba a amainar, dejando una sensación de calma.

—Es mi culpa, ¿verdad?

—De ninguna manera...

—Claro que lo es. Cuando te llevé a esa habitación para besarte, te estaba autorizando para tocarme —dijo ella, y Theo alzó una ceja componiendo un gesto de indefensión—. Sé cómo son las cosas. No soy estúpida. Por eso me pediste que nos fuéramos a tu hotel. ¿De verdad creíste que yo aceptaría...?

Él sacudió la cabeza con vehemencia.

—Yo comencé este juego absurdo y todo lo que ha pasado después ha sido mi entera culpa. Todo —enfaticó, mirándola con intensidad— ha sido nada más que mi responsabilidad. Y por ello te ruego que me perdones, Sally. Jamás debí haberme llevado, y haber sugerido... lo que sugerí.

—No sé si tengo algo que perdonarte.

—Entonces, será mejor que olvidemos lo que sucedió, por el bien de los dos —habló con seriedad—. Te voy a implorar que lo olvides, y si no es mucho pedir, que empecemos de nuevo, ¿de acuerdo?

—¿Empezar de nuevo?

—Como si nada de esto hubiera ocurrido —zanjó, sonriendo de ese modo que erizaba la piel—. Podemos borrar ese... horrendo beso de nuestra mente, ¿verdad?

Sally frunció el ceño. No había sido un horrendo beso, había sido el cielo y después el infierno, un infierno bastante encantador, debía admitir. Pero su atrevida invitación y después su mirada desencantada, la habían hecho caer en un abismo de vergüenza y culpa, como si fuera la más coqueta y estúpida de las mujeres.

—No fue horrendo.

Theo parpadeó compulsivamente.

—No, claro que no.

Aunque su propuesta era muy caballerosa, ¿cómo demonios conseguiría ella olvidar la sensación de sus bocas fundiéndose hasta volverse una sola carne?

Había sido su primer beso, su experiencia más escandalosa, íntima y placentera.

—Pero supongo que sí, podemos olvidarlo —mintió.

Theo le apartó un mechón del rostro.

—Bien, porque habrá más besos, si tú los deseas, y seré yo quien te los dé.

Sally se estremeció.

—Más besos, pero no más juegos.

—No más juegos.

El caballero sostuvo su mano y la besó con exquisita caballerosidad. La observó mientras salvaba el espacio que los separaba. Y fue entonces cuando los pasos de la señorita Weichselbraun empezaron a resonar en el suelo de madera.

Theo retrocedió un par de pasos con la agilidad de un gato, lo bastante rápido para evitar que la recién llegada adivinara sus intenciones.

—Mis queridos, me temo que el tiempo se ha terminado.

—Justo me estaba despidiendo, *madame* —sonrió, y seguidamente puso un beso en el dorso de su mano—. Ha sido un honor, señorita Withfield.

—Lo mismo digo, milord.

—Señorita Weichselbraun, me preguntaba si la señorita Withfield y usted me concederían el honor de acompañarme a la ópera el sábado.

—¡Oh! —jadeó—. Con todo gusto, milord. Cuento con nosotras ¿verdad, Sally?

—Sí.

—Bien —sonrió—. Entonces me retiro. Vendré por ustedes el sábado a las ocho.

—Hasta entonces, milord.

Theo les dedicó una inclinación de cabeza y se marchó.

No bien se alejó lo suficiente como para no escuchar, Sophie soltó un alarido de complacencia, seguido una ristra de risitas femeninas.

—Vaya, vaya, señorita Withfield —musitó—. Tal parece que ha caído a sus pies el nieto de un rey, nada menos. ¡Y que nieto! ¿Dónde han sido presentados?

—Nos conocimos en el palacio de Schönbrunn... —comenzó a decir Sally con tono de disculpa, pero su anfitriona la frenó de inmediato.

—Está bien, querida. No tienes que darme explicaciones. Con semejante pretendiente —le guiñó el ojo—, no puedo poner reparos.

—Pero lord Theo no es mi...

Sophie ni siquiera la escuchó. Salió del salón con paso saltarín, canturreando algo sobre cómo el amor es capaz de derretir al corazón más receloso.

Saint Leger dio una última calada a su cigarro justo después de que sus pares de la embajada francesa abandonaran su lujoso despacho del Hotel Metropole.

En aquel espacio predominantemente masculino, donde ahora mismo flotaba una tupida nube de humo, solía celebrarse la mayoría de sus juntas de trabajo. Había ciertos asuntos que convenía no tratar en la solemnidad de la Embajada Británica, por ello, el consejero los trasladaba al informal y distendido ambiente del hotel más exclusivo de la ciudad. Era allí donde pasaba la mayor parte del tiempo, donde podía operar con discreción y sostener charlas relacionadas con los intereses de Gran Bretaña sin intimidar a sus interlocutores. Incluso, contaba con una suite en el tercer piso. Por esta razón, los empleados del hotel lo saludaban como si fuera el propietario, conocían sus gustos y sus protocolos de trabajo con admirable precisión, y se esforzaban en complacerlo hasta en los detalles más insignificantes. A cambio, él les premiaba con jugosas propinas.

Su despacho contaba con una terraza con estupendas vistas a la ciudad, en especial al Danubio, que fluía más allá de las grandes puertaventanas de cristal. Al marqués le gustaba salir y observar el movimiento de la ciudad, las embarcaciones cruzando el río o el tranvía recorriendo una estela de hierro para luego desaparecer en la lejanía. Aquella visión, aunque un tanto caótica, le ayudaba a meditar sus estrategias, a aclarar su mente.

—Así que Sally Withfield te confundió conmigo...

Frunció el ceño cuando la voz de su hermano interrumpió sus pensamientos. No lo había escuchado entrar, ni tocar la puerta. Ya se encargaría de llamar la atención de Finckley y Durham, sus secretarios, pensó mientras le dedicaba a Theo la mirada más dura que consiguió componer.

Su gemelo avanzó por la habitación con paso majestuoso. A juzgar por sus facciones, no estaba cabreado, pero tampoco parecía contento con la situación. Max se había preguntado más temprano cuánto tardaría en enterarse de que su

capricho de turno lo había besado con un ímpetu que aun rugía en sus venas, pensando que se trataba de él. Al parecer, no demasiado.

—¿No vas a decir nada? —insistió.

Saint Leger se alejó de la puertaventana. Comenzó a servir dos copas de coñac de la botella que habían traído los dignatarios franceses como obsequio para él.

—¿Qué es lo que quieres oír? —habló tranquilamente.

—Pues, no lo sé —sonrió el otro, con el mismo ánimo despreocupado—. Ya hemos pasado por esto, aunque en los últimos años no había vuelto a ocurrir. Quizá podrías hallarle el lado gracioso a la situación, decir que es de esperarse que sucedan estas cosas cuando tienes un gemelo idéntico... y, claro, felicitarme por mi buen gusto.

—Puedes asumir que he dicho todas esas cosas.

—¿También puedo asumir que has disfrutado de los encantos de la joven?

Saint Leger torció el gesto.

—A ver, Theo —le entregó el trago—. No voy a mentirte, ni a poner excusas. Tomé lo que se me ofreció de buen grado y con mucho ímpetu. Es una muchacha muy apetecible, vigorosa. ¿Te le habrías resistido tú?

Tomaron asiento frente a frente, en los mullidos sofás.

—Claro que no.

—Me agrada saber que tiene sus límites.

—Para suerte mía los tiene.

Los dos bebieron de sus copas, en silencio, hasta que el marqués volvió a hablar.

—¿Se lo has dicho?

—Claro que no. Moriría de vergüenza, la pobre. No quiero espantarla. Pero me ha costado mucho trabajo fingir que sabía de lo que hablaba, así que he decidido venir a preguntarte los detalles de ese desafortunado encuentro, si no te importa.

Maxwell se tomó cierto tiempo antes de comenzar.

—Me detuvo a la salida del Kursalon, me tomó de la mano, me arrastró hasta el taller de los instrumentos de música y me dijo: «No estaba lista entonces, pero ahora lo estoy», y se me echó encima para besarme de la manera más sensual y caótica que me han besado jamás. Lo hizo hasta que

estuve duro como un maldito pedazo de acero. Entonces la invité a que terminásemos aquello en mi cama, y me miró como si la hubiera abusado. Cuando me llamó por tu nombre, lo entendí todo... y decidí dejar las cosas hasta ahí. Me marché y, a falta de un mejor recurso a mi alcance, me alivié en el carruaje. Eso es todo —se vació la bebida en la garganta y dejó la copa vacía en la mesita situada frente a él.

Theo le había escuchado atento, sin traslucir la más mínima emoción, aunque Maxwell sabía que, muy dentro de sí, estaba echando chispas.

—Joder —suspiró al fin, con aire divertido—. Mira qué injusta la vida. Yo planto la semilla y tú devoras los frutos.

—Simplemente sucedió. Déjalo ir.

Su hermano se sumió en un silencio meditabundo. Sorbió de su vaso de licor con fruición.

—Lo dejaré ir, a menos que...

—¿A menos que qué?

Alzó una ceja con aire conspirador.

—A menos que... quieras compartirla.

Maxwell resopló cansinamente.

—No has aprendido nada en el último año, ¿verdad?

—No hay razones por las que deba renunciar a semejante placer.

—Theo, ¿necesito recordarte el pasado?

—Te aseguro que no necesito ayuda para recordarlo —masculló con amargura, no exento de orgullo—. Pero el pasado es el pasado, y al menos yo estoy dispuesto a dejarlo atrás y seguir gozando de la vida.

El marqués cerró los puños hasta que sus dedos traquearon. La idea era tentadora. Dolorosamente tentadora. Las fantasías más febriles corruptas comenzaron a poblar su cabeza sin ninguna lógica.

—¿Viniste a proponerme que metamos a la cama a la señorita Withfield?

—Desde luego que no —se rio—. Simplemente es una idea que me ha surgido ahora que estoy aquí, pero creo que podría funcionar de maravilla. Lo has de estar saboreando ahora mismo, ¿verdad? —lo observó alzando una ceja, como si hubiera conseguido robarle un secreto—. Vamos, Max. No eres tan indescifrable como crees. Es bastante obvio que te ha hechizado tanto como a mí.

Sally Withfield.

Maxwell había dedicado demasiados pensamientos a aquella señorita, y no era el tipo de hombre que perdía la cabeza por un par de piernas. Al principio se había sentido ofendido, furioso por haber sido tentado y dejado a la deriva por aquella pequeña provocadora, incluso había llegado a pensar que odiaría a aquella muchacha por el resto de sus días. Pero, superado el incidente, ya no pensaba igual. Su lado racional le decía que un error de esa naturaleza podía ocurrirle a cualquiera, pero aun así...

—¿Qué te hace pensar que la señorita Withfield se prestará para un capricho tan escandaloso? No es una viuda, no está casada con un anciano ni con un hombre imposibilitado para complacerla. Es una... virgen, si no me equivoco.

—Así es, pero eso no me preocupa. La señorita Withfield ha demostrado ser una libertina en potencia.

—¿Qué quieres decir?

—Me he dedicado a escucharla y a observarla. Me ha dicho que no tiene el más mínimo interés en casarse, y no le molesta comentarlo. Su único amigo en Viena es Willard Fitzroy, un caballero célebre por sus intensas relaciones con hombres, con amistades como esa, es fácil entrever que no se escandaliza con facilidad. Es directa, impulsiva, no teme hacer lo que viene en gana. La misma señora von Lambort la considera una inmoral que no sabe seguir las reglas. Y, claro está, su más grande aspiración es vivir en Viena, lejos de su acaudalada familia que, según entiendo, no le pone ningún reparo a su comportamiento.

—Una irreverente.

Theo rio.

—Ahora sabes a qué me refiero.

¿Tendía razón su hermano? ¿Era la señorita Withfield una mujer ligera de cascos que solo esperaba la más mínima provocación para descarrilarse por completo?

Saint Leger recordó cómo besaba, y una corriente deliciosamente cálida le recorrió el cuerpo. Había sido el beso de una mujer fogosa, sin recatos absurdos, una mujer que había nacido para abrazar el placer y consumirse en él.

¿Cómo no desear arder con ella?

—¿Y son esos... claros indicios de que una dama está dispuesta a meterse

en la cama con dos hombres?

—Lo conseguiré —aseguró Theo con gesto conspirador—. Solo dame tiempo.

Saint Leger se levantó para rellenar las dos copas.

—Theo, ¿sabes que en Viena hay al menos una docena de mujeres dispuestas a cumplir las sórdidas fantasías que heredaste de tu perversa lady Carlyle?

—Ninguna tan guapa como Sally —argumentó rápidamente—. Además, Blanche me enseñó algo más que observar y disfrutar mientras alguien más complace a mi pareja. Me enseñó a disfrutar del arte de la corrupción.

—Entonces, ¿quieres terminemos de corromper a tu Sally?

—Quizá ella nos pida que la corrompamos.

Se sentía como un canalla de solo pensar en seducir a una jovencita que aun era doncella. Pero si Theo tenía razón, si aquella deliciosa criatura estaba decidida a tomar un camino distinto al del matrimonio y la obligación moral, entonces él estaba dispuesto a enseñarle a andar.

—*Alle wetter!* —suspiró mientras le entregaba a su hermano la copa—, ¿de qué hablarán los caballeros de verdad?

Capítulo 6

Tal como había prometido, Theo llegó el viernes a las ocho de la noche para llevar a Sally y a la señorita Weichselbraun a la ópera.

Vestido formalmente y peinado hacia atrás, en un estilo sobrio y elegante, lucía absolutamente encantador. Sally tomó su mano para subirse al carruaje, sin poder creer del todo que, hasta hacía pocas horas, había creído que nunca más volvería a cruzarse con él. El suceso del Kursalon, y luego la conversación en el saloncito de su anfitriona parecían hechos sin ninguna relación entre sí, como si hubieran ocurrido en diferentes épocas, pero ella no se había detenido a pensar demasiado en eso. Prefería centrarse en el presente, en el Theo gentil y correcto que tenía delante, en el que parecía tener las maneras y el tema de conversación adecuado para disipar cualquier vestigio de incomodidad.

Sophie le amaba, o eso le parecía cada vez que sonreía con cada una de sus galanuras o reía con sus constantes bromas. Su anfitriona era como una madre orgullosa que no perdía ocasión de mencionar las virtudes de su hija para tentar a un magnífico prospecto. Sally se dijo que aceptaría su entusiasmo siempre que éste no fuera demasiado lejos. Lo menos que necesitaba ahora era la intervención de una celestina, pues, aunque Theo era el caballero perfecto, ella no había olvidado su determinación de permanecer soltera. Al menos por ahora.

Una vez llegados al impresionante teatro de la ópera, Sally concentró su atención en las pinturas del foyer para rehuir a las odiosas miradas de las que solía ser blanco. No fue necesario. La mayoría de la gente se afanaba en moverse en dirección al recinto. Centenares de hombres y mujeres, vestidos con sus mejores galas, avanzaban por las amplias escaleras entre risas y charlas.

La ópera era el punto neurálgico de la vida social en aquella ciudad musical. Los vieneses, tradicionalmente apáticos hacia los asuntos políticos y más inclinados a la diversión compulsiva, encontraban en la ópera crítica un conveniente punto intermedio. Incluso los clásicos eran recibidos con el mismo entusiasmo que los estrenos de temporada, de allí que muchos de ellos lucieran tan emocionados de presenciar una nueva puesta en escena de *Rigoletto*.

El vestíbulo del teatro era sugestivo, con sus elaboradas columnas

neoclásicas, sus esculturas doradas posadas en las terrazas, y a los costados de las amplias escaleras alfombradas en rojo. Quizá no fuera tan impresionante como el de París, pero la sala era espléndida. Sally había quedado devastada al saber que quienes habían diseñado semejante obra de arte habían fallecido antes de ver el trabajo terminado.

Después de ser presentada a unos cuantos conocidos de Theo —que se mostraron ostensiblemente interesados en conocer a sus acompañantes— Sally y la señorita Weichselbraun se introdujeron en la marea de gente que se dirigía al recinto principal. De pronto, la joven quiso saber qué pensarían los vieneses al verla llegar del brazo de lord Theo. ¿Aquello mejoraría o empeoraría su imagen?, se preguntó con ironía. No tenía modo de saberlo, al menos de momento.

En algún punto de su avance, se detuvieron en los pasillos, donde una matrona especialmente vehemente saludó a la señorita Weichselbraun, reteniéndola con su charla incesante mientras un mar de espectadores pasaba junto a ellos. Sophie, lidiando a duras penas con la mujer, invitó a Sally y a lord Theo a que avanzasen sin ella. En ese momento, Sally fue consciente de que había ganado la confianza de su anfitriona y protectora.

Theo condujo a su acompañante hasta la maravillosa plaza privada de la familia Wittelsbach, situada en el último nivel.

—Qué vista tan privilegiada —exclamó ella tras mirar hacia el escenario—. Parece que su familia disfruta mucho de la ópera, milord. ¿Me equivoco?

—Honestamente, no todos la disfrutan por igual —sonrió con cierto misterio—. De hecho, mi familia no acostumbra a venir a la ópera más que una o dos veces por temporada. La mayoría del tiempo, este palco es utilizado por nuestras amistades.

—Es una pena —suspiró—. Naturalmente no para sus amigos. Apuesto a que deben estar felices de ver la ópera a costa suya.

—Nosotros también sabemos cobrar los favores.

Sally frunció el ceño, fingiendo indignación.

—Espero que ese principio no aplique conmigo, milord.

—De ninguna manera —replicó con gesto inocente, aunque una parte de él se negaba a adoptar aquella postura—. No sería un caballero si le pusiera condiciones al placer de su compañía. ¿Te gustaría conocer el palco de emperador?

—Será lo más cerca que esté nunca de la realeza, así que, por supuesto.

—Arreglaré que nos dejen pasar.

Dicho esto, le guiñó el ojo y salió presto de allí.

Sally se asomó por el balcón, desde donde observó la majestuosidad de la sala, presidida por tres fabulosas arañas de cristal. Igual que sucedía en Londres, la platea del teatro, provista de cómodos asientos, era ocupada por la burguesía, mientras los nobles y ricos permanecían en los palcos. Las personas de menos recursos, que apenas podían acceder a las entradas más baratas, ocupaban los pisos altos, conocidos como gallineros. Recordó que su padre, siendo uno de los hombres más ricos de Inglaterra y un amante ferviente de la música, había intentado comprar un palco en la ópera de Londres, pero por misteriosas razones nunca había conseguido el favor de las autoridades para conseguirlo.

Con un gesto casual, se volvió hacia la puerta de entrada del palco, justo cuando Theo volvía a entrar.

Ella le sonrió.

—Oh. No me digas que palco tenía puesto el candado imperial —bromeó.

El caballero le miró con una brizna de asombro, que fue sustituida casi al instante por un gesto inescrutable. Sally soltó una risita nerviosa. Fue consciente entonces de cuánto adoraba aquellos silencios, aquellas miradas que parecían genuinamente inocentes, aunque lejanas.

—¿Qué sucede? —insistió, cediendo al tonto impulso que sintió de pronto. La señorita Weichselbraun no había vuelto, pero sus momentos a solas no iban a ser demasiado frecuentes. Debía aprovechar, ahora que podía—. Me gustaría ver ese palco contigo. ¿Vamos o no?

Se acercó y posó la palma de la mano en su pecho, del lado del corazón. Aun bajo las capas de tela que los separaban, sintió que latía con fuerza, y entonces comprobó que el suyo lo hacía con la misma intensidad. Latía. Vibraba.

Sally le miró a los ojos, y rogó para que él compartiera aquella misma sensación de pertenencia, de placer, de dolor, de miedo y excitación que la consumía. Jamás había sentido algo tan raro como aquello en presencia de nadie.

Pero entonces, él tomó su mano, apretándola ligeramente, para luego apartarla. Un carraspeo resonó detrás de él, haciéndole retroceder, espantada.

¿Sería Sophie que regresaba de cotorrear con su conocida?

Pero lo que realmente la dejó con la mandíbula a punto de desencajarse fue ver a una copia exacta de Theo colándose en medio de ellos.

—Caray, Saint Leger —murmuró el recién llegado—. No esperaba verte aquí.

—Lo mismo digo. Madre nos ha convencido de venir. Ya sabes que le fascina *Rigoletto*, aunque a veces diga que peca de lesa majestad.

El otro esbozó una sonrisa tensa.

—Mal momento para olvidarlo.

—¿En serio? —el caballero sobre el que Sally había puesto su mano, maldita fuera, le echó una mirada impasible—. ¿Es un mal momento?

Theo carraspeó de nuevo.

—Oh, claro... lord Saint Leger, permítame presentarle a la señorita Withfield. Señorita Withfield... ¿sabía que tengo un hermano gemelo?

Sally no contestó de inmediato. Estaba rígida, aferrándose al retazo de dignidad que el asombro no le había robado, obligándose a salir de su letargo.

Finalmente consiguió recomponerse.

—Por... por supuesto. Milord.

Entonces, el caballero que había entrado antes de Theo —su odiosa y atractiva réplica—, le dedicó una mirada insondable, tomó su mano y puso un beso en los nudillos enguantados. Sally le sostuvo la mirada con esfuerzo.

Madre mía.

Había olvidado por completo lo que Will le había contado aquella noche en el Palacio de Schönbrunn. Lord Theo tenía un hermano gemelo, el marqués... pero el muy zoquete no había mencionado que eran ridículamente idénticos. Malditos fueran, porque sus voces sonaban igual, sus gestos eran tan similares. Incluso se peinaban y acicalaban la barba igual.

¿Estaban jugándole una broma?

—¿Sucede algo, señorita Withfield? Se ha puesto usted pálida —dijo Theo... o su hermano... *Awwww*, ¡Ya ni sabía quién era quién!

—No, no, milord. Es... la impresión nada más —se aclaró la garganta, tratando de recomponerse y adoptar esa actitud relajada que Sally Withfield solía mostrar ante el mundo, aun cuando acababa de hacer menudo ridículo—. Vaya que son ustedes idénticos. Su madre debió sufrir tratando de distinguirlos

de niños.

—¿Por qué sufriría? —preguntó el marqués calmadamente.

—No lo sé. Quizá había momentos en los que temía alimentar a un bebé dos veces y dejar al otro hambriento... o castigar al niño equivocado por una travesura...

«Sally Withfield, cierra de una vez esa boca», se riñó en su interior.

Theo soltó una risita, mientras que su hermano sesgó los labios.

¿Podía, humanamente, parecer más estúpida delante de aquellos caballeros?

—Me parece que teníamos nodrizas muy competentes —murmuró el marqués de Saint Leger—. Y... quien causa todos los problemas, no es precisamente un misterio.

Sally pestañeó.

¿Qué había querido decir? ¿Cuál de los dos causaba los problemas? ¿Acaso había un gemelo bueno y otro malvado, como en la literatura? Un torrente de preguntas acudió a su mente, pero habría sido una atrocidad vocalizarlas, y ella ya había quedado como una tonta con ambos.

De pronto, unas voces femeninas se escucharon cerca de allí. Los tres giraron sus cabezas para observar a un grupo de damas que ingresó al palco y que, apenas los vieron, se callaron de golpe. La primera era una elegante sexagenaria de ojos azules inquisitivos. Vestida exquisitamente, la mujer poseía un porte señorial que recordaba a la nobleza británica de antaño, esa que siempre había mirado a Sally y a sus hermanas por debajo del hombro. Otra, más joven y guapa, de cabello negro y ojos azules, podía adivinar, era su hija. Y las otras dos, para su consternación, eran la señora von Lambort y su hija Elise.

La dama sexagenaria observó a Sally con una mezcla de asombro y curiosidad, mientras que von Lambort lo hizo con aversión.

—Theo, querido —la mujer habló en alemán—. Esto sí que es una sorpresa. La ópera te lastima los oídos, o eso dijiste la última vez que rechazaste una invitación.

—Por fortuna, madre, ya me siento mejor de mi oído irritable —farfulló él—. Me gustaría presentarte a una amiga, la señorita Withfield, de Inglaterra. Señorita Withfield, mi madre, lady Saint Leger.

El ceño de la mujer se arrugó ligeramente al escuchar el nombre de Sally. Desde luego, aquello se lo debía a von Lambort.

¿Qué cosas terribles había dicho de ella?, pensó enfurruñada. ¿A quién más había puesto en su contra esa bruja intrigante?

La joven recurrió a toda su frialdad y le dedicó a la marquesa una esmerada reverencia. Esperaba con todas sus fuerzas que su alemán no le fallase en aquel momento y le permitiera sonar correcta y fluida.

—Es un honor, milady.

Después conoció a la baronesa von Hausner, la hermana de lord Theo y lord Saint Leger. La actitud reservada y observadora de la muchacha, que era más o menos de su edad, le reveló poco de su carácter.

—Señorita Withfield, ¿es usted judía? —quiso saber lady Saint Leger.

Sally se sorprendió con aquella pregunta tan directa.

—No, milady.

—Su padre es un burgués, ¿no es así?

—Sí, milady.

—He oído que le ha ido bien en la vida. ¿A qué le atribuye ese éxito?

—A un tenaz y extraordinario deseo de superación.

—¿Y usted cree que un hombre puede superarse realmente? —insistió—. Es decir, dejar de ser lo que ha sido desde su nacimiento: un mendigo, un tendero... un proletario, y mutar en un caballero.

Un breve y tenso silencio cayó sobre los presentes. A Sally no le eran ajenos los comentarios puntillosos de aristócratas refinadas como la madre de Theo; de hecho, estaba acostumbrada a encararlos con el mentón alzado. En un par de ocasiones, incluso, los había respondido con palabras tan afiladas como dardos, y esa osadía le había granjeado un montón de problemas.

En ese caso, por el contrario, no deseaba correr con la misma suerte.

Echó un rápido vistazo a los gemelos; Theo fruncía el ceño y miraba a su madre como si quisiera estrangularla. Saint Leger, en cambio, lucía relajado y atento a la conversación. Quienes parecían estar disfrutando con el azoro de Sally era la señora von Lambort y su hija, que sonreían, seguramente esperando verle bajar la cabeza.

—Opino que superarse no es lo mismo que cambiar, milady. Superarse implica volverse mejor y eso es suficiente, si en el fondo una persona reconoce de donde viene y lo acepta con gratitud. Cambiar es imposible. Hay gente, hombre y mujer, que jamás podrá modificar su esencia corrupta, pero

quizás sí tenga la capacidad de volverse más corrupta.

—Interesante su forma de pensar —dijo la marquesa tras asimilar brevemente sus palabras—. Parece que hubiera vivido más de lo que aparenta.

Sally forzó una sonrisa por toda respuesta.

—Señorita Withfield, me pregunto dónde está su acompañante —graznó von Lambort—. Tal parece que se está volviendo habitual verla suela por toda Viena. No es algo que...

Fue entonces cuando la señorita Weichselbraun apareció tras ellos, resollando después de haber, quizá, corrido desde donde se había quedado charlando con su conocida, hasta aquella plaza del último piso.

Sally suspiró de alivio y gratitud.

Theo dio un paso adelante y se encargó de hacer las presentaciones. Sophie apenas podía hablar, pero habiendo captado el ánimo del momento y el rostro desencajado de von Lambort, se disculpó de inmediato con Sally y con la familia Wittelsbach por haber dejado sola a su protegida. Agradeció a lord Theo su gentileza al haberla llevado “a salvo” al palco de la familia.

—Madre, he invitado a la señorita Weichselbraun y a la señorita Withfield a la función de esta noche —dijo Theo—. Espero que no sea un problema.

—Oh, caray —lady Saint Leger vislumbró a su nutrida concurrencia de la noche y frunció ligeramente el ceño. Entonces, Sally temió tener que soportar la humillación de dejar el palco y ver la función desde los gallineros—. Maxwell, ¿tus amistades también vendrán? Con von Hausner y su socio en camino puede que no tengamos suficiente espacio.

—Si alguien más intenta entrar en este palco, lo despacharé sin piedad, madre.

—Bien —la marquesa se volvió hacia Sally y la señorita Weichselbraun y les sonrió como si acabase de salvarles la vida—. Entonces, pónganse cómodas, queridas. Disfruten de la función.

—Muchas gracias, milady. Es usted muy generosa —dijo Sophie, sonriendo. Cuando las miradas estuvieron lejos de ellas dos, la mujer le susurró a Sally —: Válgame Dios, Sally; la marquesa de Saint Leger y su prole completa. No sabía que estarían todos aquí. ¿Me he perdido de algo?

—Theodore, ten la amabilidad de sentarte junto a mí.

Cuando la función estuvo a punto de comenzar, y el recinto se sumió en una

media luz, lady Saint Leger, aquella dama que parecía controlarlo todo a su alrededor, encontró el modo de mantener a su hijo lejos de Sally. A regañadientes, Theo dejó su asiento junto a ella para obedecer a su madre. El otro gemelo, quien se había ubicado al lado de la marquesa, fue quien le cedió su espacio.

Sally apretó los párpados cuando lord Saint Leger se sentó a su izquierda y la poderosa música de la orquesta comenzó a inundar el salón. De solo pensar en que había actuado como una furcia al ponerle las manos encima, a solo segundos de haberle conocido, sentía el preludio de un desmayo. No era su culpa, ella había creído que se trataba de Theo, pero aun así... *Awww*. Moría de vergüenza. Dudaba contar con el temple necesario para soportar horas sentada junto a un hombre que bien podría considerarla una desfachatada. Y lo peor era que ella ni siquiera había tenido tiempo de formarse una opinión sobre él.

—Siempre me he preguntado por qué la ópera se afana en pintar a los nobles como un montón de degenerados sin oficio.

El comentario provenía de lord Saint Leger, que se había inclinado hacia ella para susurrarle cerca del oído. El asombro de Sally fue tal que se volvió para asegurarse de que estuviera hablándole a ella. Así era.

La escena que presenciaban transcurría en el palacio ducal de Mantua. El duque, un libertino incorregible que se ufana de sus múltiples conquistas, se proponía seducir a la condesa Ceprano, nada menos que ante los ojos de su esposo.

Sally sonrió.

—Estoy segura de que hay una muy buena razón, milord.

—En nombre de todos mis pares, le ruego que no crea esas sandeces que solo buscan arruinar nuestros nombres.

Se mordió el labio inferior. Al parecer no estaba ofendido.

—No lo sé —susurró, socarrona—. No es solo la ópera, ¿sabe? También está la literatura, el teatro, los chismes de salón. No me atrevería a descartar todo lo que escucho sin antes analizarlo muy bien.

—¿Es usted de las damas que cree en habladurías?

—Quizás —sonrió, muy pagada de sí misma.

Se miraron un breve instante. Sally no consiguió distinguir su expresión pues, salvo por el escenario, la estancia estaba sumida en la oscuridad. Tan

solo percibía sombras, breves retazos de luces y el contorno de un apuesto rostro que se iluminaba erráticamente. La prueba de que Dios existía era que había enviado al mundo, no a uno sino a dos apuestos Wittelsbach.

A continuación, se volcaron a seguir disfrutando del espectáculo.

Cuando el conde Monterone lanzó la temible *maledizione* sobre Rigoletto, Saint Leger volvió a acercársele para susurrar en su oído.

—Por cierto. Su respuesta fue admirable.

—¿Cuál respuesta?

—La que dio sobre su padre. Sus palabras demuestran mucha firmeza de carácter. Alguien menos inteligente se habría ofendido y bajado la cabeza... o habría lanzado a lady Saint Leger hacia el foso.

Sally sonrió con tristeza.

—Me temo que su madre no ha quedado tan impresionada.

—¿Por qué lo dice?

—Milord, es más que evidente que no le agrado a su señoría.

—No me lo ha parecido.

—Pues entonces está ciego.

Un reflejo fugaz, proveniente del escenario, lanzó luminiscencias a su rostro; hermosos pómulos, nariz arrogante y sombras que realzaban sus exquisitas formas, pero ninguna sonrisa. ¿Acaso no tenía músculos en la cara?

Más adelante volvió a susurrarle:

—Creo que ha impresionado a la marquesa más de lo que ella se atreve a admitir.

—Y por eso reclama a su hijo, para mantenerlo lejos de mis garras.

—Oh, por todos los cielos —masculló—, no saque conclusiones tan apresuradas. Dele hasta el final de la noche, al menos.

—¿De qué servirá, milord?

Hicieron otra pausa.

—Algo me dice que a usted no le importa la opinión de lady Saint Leger, ni de nadie. ¿Me equivoco?

Cuando Sally separó los labios para darle una respuesta muy resuelta, la orquesta cesó y las luces del teatro se encendieron, dando por culminado el primer acto.

Válgame Dios. Todo había sucedido tan rápido que apenas podía creer que ya hubiera transcurrido un tercio del espectáculo. Un mozo entró en el palco con una bandeja atiborrada de copas de champagne. De inmediato, la gente se puso de pie, se renovaron las charlas y el ambiente se llenó de voces.

Lord Saint Leger abandonó su asiento y se fue directo adonde se hallaban su hermana, su cuñado y el socio de este último, mientras que Theo se acercó a Sally resoplando.

—Espero que no estés disfrutando demasiado sin mí.

—Este tiempo ha pasado volando.

—A mí se me ha hecho eterno —masculló en voz baja—. Lady Saint Leger desaprueba los murmullos en las artes escénicas. Si se me ocurre comentar que alguien ha soltado un gallo o que el vestuario luce desgastado, su respuesta automática es una reprimenda —Sally dejó escapar una risita, pero luego él se puso serio—. Lamento que mi madre haya decidido avergonzarme justo esta noche. Te aseguro que no es frecuente que solicite mi compañía, conociendo mi incontinencia verbal durante cualquier espectáculo público.

—No tienes nada que lamentar. Ya habrá otros momentos, otras óperas.

—Me encargaré de que las haya.

Theo tomó sus manos y las besó con devoción. Sally se atrevía a jurar que Sophie fingía estar entretenida con la bebida y la magnífica vista desde el palco pues su anfitriona, no puso ningún reparo ante el inocente arrojito del caballero.

Cuando la joven echó una mirada a donde se hallaba lady Saint Leger, se dio cuenta de que la dama los ignoraba por completo. Se topó entonces con la expresión severa de von Lambort, esos ojos entrecerrados que parecían dos rendijas de pura inquina. La mujer había avistado el intercambio, y casi podía jurar que estaba a punto de lanzarle a ella una *maledizione*.

—Estoy deseando pasear contigo por el parque —dijo Theo.

Sally se esforzó por ignorar a aquella mujer que estaba decidida a perturbar su existencia y volvió a mirar al lord.

—Tendrás que solicitar el permiso de mi protectora.

Theo sonrió a la señorita Weichselbraun, que estaba de pie junto a la puerta del palco. La mujer le respondió del mismo modo, levantando su copa.

—Sospecho que tu protectora no pondrá ninguna objeción.

—Theo... ¿es la señora von Lambort amiga de tu madre?

—En absoluto —sacudió la cabeza—. Pero esa mujer es hábil para conseguir invitaciones a todas partes. Creo que está aquí porque quiere a Saint Leger para su hija Elise. Bueno, ¿qué madre y qué debutante no quiere a Saint Leger?

El espectáculo se reanudó un momento después.

El escenario volvía a mostrar las lujosas dependencias del duque de Mantua, quien daba alaridos desesperados por la desaparición de Gilda.

—Una caracterización mucho más acertada —susurró el marqués, al cabo de un momento. Ella apartó los ojos de los gemelos de ópera para prestarle atención—. ¿Lo ve, señorita Withfield? Un aristócrata también puede ser un romántico.

Sally le miró con escepticismo y diversión.

—¿Debo creer que el afecto del duque por Gilda es genuino?

—¿Por qué no habría de serlo? Mírelo. Está sufriendo por su pérdida.

—¡Oh, por favor! —rezongó—. Hace un momento ella era otra conquista más de su excelencia, a la que por cierto ha mentido respecto a su identidad. ¿Qué puede ser peor que un embustero?

—No lo juzgue tan duramente.

—Y usted, no lo defienda de tan buena gana —rio—. Terminaré pensando que justifica sus actos, incluso que los comparte.

—¿Yo? —jadeó inocentemente, y Sally se esforzó para no reír ante su reacción—. Oh, buen Dios. Apenas me conoce y ya me cree capaz de engatusar a una jovencita. Usted sí que es cruel —soltó, fingiéndose horrorizado—. Le deseo suerte al hombre que vaya a ser su esposo.

Sally no esperaba que el marqués le lanzase semejante puya.

Se enderezó en su silla, enfurruñada, guardándose el rosario de comentarios sarcásticos que había pensado antes de escuchar aquella última declaración, aun consciente de que había sido una broma.

—¿He dicho algo malo?

—No —dijo ella, exagerando su reacción a propósito.

—Parece que lo he dicho.

—Descuide, milord.

Moría por soltarle un comentario afilado, algo bastante contundente que le

dejase claro que Sally Withfield no estaba en busca de ningún marido, pero luego recordó las palabras de Sophie. Si deseaba ganar el respeto y la consideración de la gente de Viena, no debía andar por allí, comentando sus atolondrados planes de permanecer soltera cuanto fuera posible y predisponerlos a que le considerasen una mujer disipada. Así que decidió callar el resto de la presentación.

Al término del segundo acto, Saint Leger fue agresivamente acaparado por la señora von Lambort y su hija Elise, quienes se habían acercado para comentarle un par de tonterías respecto a los actores principales.

Sally se preguntó si Theo estaba en lo cierto al decir que von Lambort buscaba casar a su hija con el marqués de Saint Leger. Elise von Lambort era una joven agraciada, y a diferencia de su madre, no miraba a Sally como si fuera una mosca en su plato. Esa noche no había cruzado una sola palabra con ella pues, desde luego, su venenosa madre la había mantenido lejos de su influencia.

—Te lo dije. Von Lambort apunta alto —dijo Sophie a sus espaldas, leyéndole el pensamiento—. Y en Viena, después de la familia imperial, lo más alto es Wittelsbach.

—Me pregunto si ella es merecedora de un caballero como el marqués.

—Elise no es como su madre, Sally. Asombrosamente, para ser hija de von Lambort, es una joven centrada y correcta; una auténtica dama. Saint Leger sería afortunado de hacerla su marquesa.

—Puede que sí, señorita Weichselbraun.

Sally encontró el tercer acto de *Rigoletto* especialmente tedioso. Y la razón de aquello era que Saint Leger no le había susurrado ningún comentario mordaz, ninguna crítica insidiosa, ni ninguna opinión polémica para provocarla. En cambio, había permanecido callado y atento, como si se hubiera aburrido del intercambio que habían mantenido durante toda la obra.

La joven pensó en echarle en cara la deslealtad del duque de Mantua, su traición a Gilda con la ruina de Maddalena, pero por alguna razón, sentía que debía quedarse callada. Era un hombre muy extraño, el gemelo de Theo, al que no había visto sonreír ni una sola vez.

¿Y si von Lambort le había dicho algo para ponerle en su contra?

Cerró los ojos con fuerza, odiando a aquella mujer. Por supuesto que había sido ella quien le había dicho, sabía Dios qué cosas horribles, para que terminara por ignorarla durante el resto de la noche. Como si no fuera suficiente con lady Saint Leger, ahora también el marqués pretendía ignorarla el resto de la noche. Solo faltaba que también inventara cosas horribles para malponerla frente a Theo.

Así, la ópera transcurrió sin más aspaviento que el de los actores, mientras un par de miles de espectadores seguían sus miserias desde lejos.

La ópera culminó con *Rigoletto* en una embarcación, sosteniendo el cuerpo sin vida de su hija Gilda, en una actuación dramáticamente memorable. Un segundo después, la ráfaga de aplausos inundó el teatro. El público vitoreó a los intérpretes y les dedicó una ovación de pie.

Unos minutos después, Sally Withfield y Sophie Weichselbraun dejaban el palco prendidas del brazo de lord Theo. Los vieneses, ahora más dispuestos a socializar, ver y dejarse ver, la observaron pasar con cierta reverencia. Las mujeres lo hicieron con envidia no bien notaron las atenciones tan especiales que lord Theo le dedicaba.

Lord Saint Leger escoltaba a su madre y a la joven Elise von Lambort, que sonreía pletórica de gusto a los ojos de su orgullosa madre.

—Su estrategia ha resultado. Debe de estar muy contenta.

Sally miró el espejo de los servicios para encontrarse el rostro pérfido de la señora von Lambort, que le hablaba con furia. Había aprovechado de visitar los servicios antes de abandonar el teatro, pero aquel momento fuera de la vista de Sophie solo sirvió para darle a la mujer la oportunidad de destilar su veneno.

La joven la encaró, elevando el mentón.

—¿De qué me habla, señora?

—Lavar su reputación con el límpido nombre de los Wittelsbach, puede que le resulte en un principio, pero no pierdo la esperanza de que lord Theo recapacite y comience a ver quién es usted en realidad... *Sally*.

—Deje de faltarme al respeto, señora von Lambort —gruñó—. No termino de entender por qué me odia tanto.

—Nada más la vi supe que solo traería problemas a esta ciudad. Es una coqueta impúdica, caprichosa, y además codiciosa. No le basta con

enloquecer a uno, también quiere al otro.

Abrió los ojos, pasmada.

—¿Qué...?

—La vi. Vi cómo intercambiaba risitas y susurros con el marqués durante toda la obra. ¡Por Dios santo! Agradezco que lady Saint Leger estuviera tan embebida mirando la representación. Estoy segura de que colapsaría de solo saber que usted, muchacha descarada, estaba tirándole los tejos a su otro hijo.

—¡Eso no es verdad!

—Solo una descarada parlotearía con un caballero durante toda la función. ¿Es que no sabe que es de mal gusto...? Oh, por supuesto que no lo sabe. Si no es más que la hija de un maquinista con suerte.

—¡Cállese, von Lambort! ¡He tenido una paciencia admirable con usted, pero como siga ofendiéndome sin razón...!

—No se atreva a hablarme así, muchacha tonta. ¿No se da cuenta de que está en mis manos? Puedo destruirla si me place, puedo hablar y hacer que toda Viena la desprecie aun más. Puedo hacer que no la admitan en ningún lugar, que Sophie la eche de su casa y no tenga más remedio que regresar a su horrenda y gris Inglaterra, de donde no debió salir jamás.

La muchacha apretó los dientes.

—Atrévase.

—Eso es lo que haré —lanzó la mujer, igual que Monterone proclamó la temible *maledizione* contra *Rigoletto*—. La arruinaré, Sally Withfield. Y usted va a arrepentirse de haber venido a esta ciudad.

Capítulo 7

La suite del Hotel Metropole estaba sumida en una plácida oscuridad, que lord Saint Leger disolvió al descorrer las pesadas cortinas doradas. Para su irritación, el día era gris y frío, con un cierto pronóstico de lluvia.

Maldijo en silencio. La lluvia vienesa era persistente durante el otoño, y el sistema público de alcantarillas, todavía arcaico respecto al de Londres, tendía a colapsar fácilmente, igual que el tráfico. Le esperaba un día largo, suspiró sin entusiasmo.

Se puso las gafas para leer y repasó rápidamente las actividades del día. Finckley, uno de sus secretarios, las había plasmado en una pulcra hoja, que había dejado en su escritorio la noche anterior. Tenía previsto un encuentro con el embajador, una reunión con el canciller y un parlamentario de Londres, además de un par de tareas tediosas, inherentes a su actividad como Consejero Británico.

—¿Qué hora es? —habló una voz perezosa y musical desde el montón de sábanas.

Saint Leger le contestó sin apartar la vista de sus papeles.

—Es hora de que te vayas.

—Que gentil —gimió divertida, y para nada ofendida, la joven de rubia y rizada cabellera que había compartido su cama la noche anterior.

Se tomó su tiempo para levantarse y vestirse, mientras el marqués revisaba la correspondencia, sin prestar atención al sensual ritual femenino que otros hombres habrían contemplado embelesados.

Cuando estuvo lista para partir, se acercó a él, reclamando atención. Se sentó sobre sus piernas y rodeándole el cuello con los brazos, le sonrió de forma sugestiva. Maxwell, aunque un tanto tenso y molesto por su atrevimiento, la dejó hacer.

—No me has dicho cómo canté anoche —hizo un pucherito.

—Estupendamente, como siempre. No necesitas que te lo diga cada vez.

—Hacía tiempo que no nos divertíamos juntos. Me sorprendió que me mandarás a recoger anoche. Ví cómo susurrabas a esa muchacha durante toda la función y pensé que ella era tu nuevo juguete... pero después algo no cuadró.

—¿Qué cosa?

—Es muy bonita, pero parece una esposa, no una amante.

Maxwell rio sin ganas.

—No le has dicho a las otras actrices que venías a verme, ¿verdad?

—Querido, yo jamás traicionaría tu confianza. Mucho menos cuando me haces tan maravillosos regalos —estiró la mano para contemplar el brazalete de oro, que resplandeció a la escasa luz de la habitación—. Aunque, tu compañía en sí misma es un regalo. Ya sabes que me encanta tenerte...

Maxwell rechazó su beso con un educado movimiento. Las mujeres como aquella cantante de ópera repetían toda clase de lisonjas para atar a sus protectores, para hacerse imprescindibles para ellos y asegurarse una vida de beneficios.

—Se te hace tarde, «Gilda» —le recordó impaciente pues, él mismo debía empezar a prepararse para su largo día—. Creo que tienes otra función esta noche. Deberías ir a ensayar o algo.

—Como quieras, milord.

La mujer, cuyo nombre real no recordaba, le sonrió con ironía. Se puso de pie y abandonó la habitación, tan silenciosa como había entrado.

Saint Leger encendió un cigarro cuando se halló solo al fin. Inhaló de él y de su boca emanó un vaho gris y pesado mientras sus pensamientos iban a parar a un solo lugar. La mención de Sally Withfield, hecha por la cantante, lo devolvió a la noche anterior.

No creyó posible verla allí, en el palco familiar, y tampoco imaginó que pudiera volver a confundirlo con su hermano. Pero el diablo había querido que gozara un minuto más de su adorable confusión; había conspirado para que le mirase de ese modo que hacía rugir su sangre y para que percibiera su fascinante cercanía, el cálido toque de su mano sobre el pecho. Pese a ser una acción de lo más casta, el cuerpo de Maxwell había reaccionado con ardor, los latidos de su corazón se habían disparado. Un vestigio de caballeridad —o de cordura— en el último segundo, fue lo que le impelió a apartar su mano y renunciar al deseo traicionero de besarla.

Había sido imperioso intentar seducirla, por eso le había hablado al oído durante gran parte de la función, aun cuando era su costumbre mantenerse taciturno en la ópera. Por un segundo imaginó que nadie además de ellos se encontraba allí, en el palco familiar, y que entonces él ponía la mano en su

muslo y la acariciaba...

Dio otra calada a su cigarro y desechó todos los pensamientos que vinieron después. Sí, tendría que estar saciado después de la noche anterior, pero no era así. Esa cantante no era Sally, por mucho que lo hubiera deseado.

Lo cierto fue que su atracción por la señorita Withfield le había llevado a cometer un exceso. Mientras luchaba por entablar conversación, la señora von Lambort dejó caer un comentario censorador sobre la joven y su «talento para atraer la atención de los caballeros». Fue entonces cuando Max comprendió el costo de su ímpetu y decidió mantenerse impassible durante el último tercio de la función, con la única intención de protegerla de la lengua de aquella reputada chismosa.

Era extraño, reflexionó mientras volvía a inhalar de su cigarro, sentirse tan atraído hacia una joven casadera. Normalmente, aquel estereotipo de mujer le aburría, le obligaba a pensar en que, algún día cercano, él mismo debía escoger a alguna de esas damas pudorosas, solícitas y bien educadas y hacerla su esposa. Pero Sally Withfield, pese a ser la hija de un rico y respetado burgués, parecía rehusarse a encajar en aquel modelo. Entonces se preguntó de nuevo si lo que le había dicho Theo era cierto, que Sally aspiraba emanciparse en Viena.

Saint Leger le había hecho una sutil alusión al matrimonio, y ella se había quedado descolocada, pero no estaba seguro de cómo interpretar su reacción. ¿De verdad rechazaba la idea? ¿Prefería un amante antes que un esposo?

¿Y sería capaz ella de acceder al juego perverso de ser compartida por un par de lascivos gemelos?

Una hora más tarde, dejó su habitación en el Hotel Metropole rumbo a la Embajada Británica. Allí lo esperaba lord Chancellor para discutir algunos asuntos en agenda, entre ellos, la inminente declaración de guerra a Birmania por parte de Gran Bretaña y la necesidad de lograr el respaldo del Imperio Austrohúngaro.

—Que ironía —había murmurado el consejero por lo bajo—. Como diplomáticos nos ufamamos de promover la paz, pero andamos buscando que nos ayuden iniciar la guerra.

Entonces Chancellor había echado chispas e iniciado una de esas conversaciones que no parecían terminar nunca. A pesar de ello, Maxwell se alegró de ver al embajador tan activo y con tan buen semblante. Los cuidados de su esposa parecían haber hecho la diferencia en su salud.

Una vez dejó la sede de la embajada y se halló en las húmedas y heladas calles de Viena, subió a su carruaje y se dirigió al centro. Se bajó frente al edificio donde el señor Schifter tenía su taller de restauración. Allí acostumbraba a llevar los libros y manuscritos antiguos que adquiría para su colección, en el caso de que éstos necesitasen ser restaurados. En su portafolio de cuero se hallaba el ejemplar de «La comedia humana» de Balzac, que había sufrido un deterioro producto de la negligencia del idiota de Theo. Aunque un hombre ocupado como él contaba con media docenas de sirvientes a los que podía encomendar la tarea, Maxwell prefería ocuparse personalmente de todo lo que tuviera que ver con sus libros y piezas de arte. Detestaba poner sus preciosos volúmenes en manos incompetentes, que desconocían el valor de lo que estaban cargando; empero, le gustaba charlar con el restaurador mientras lo veía hacer su trabajo. El señor Schifter, un erudito y amante de los libros antiguos, siempre tenía algún tesoro escondido para él, o cuando mucho, información valiosa que lo conducía a sus nuevas adquisiciones.

Cuando alcanzaba el segundo piso del edificio, lo que parecía el eco de una discusión llegó de pronto a sus oídos. Maxwell se detuvo nada más identificar una de las voces, sin dar crédito a aquella ridícula causalidad.

El sonido provenía de una de las oficinas, la sede de una empresa de bienes raíces, de acuerdo con la placa que se exhibía en la entrada.

¿Qué hacía ella ahí?

Se quedó de pie junto a la escalera mientras se debatía entre entrar o esperar a ver lo que sucedía después. No tuvo tiempo de decidirse pues, un segundo más tarde, Sally Withfield emergió de la oficina dando un portazo. Cuando sus miradas se cruzaron, la joven se esforzó por acomodar su semblante, dejando asombro y cierta vacilación donde antes había habido furia. Max la contempló alucinado y curioso, sin hacer el más mínimo movimiento.

Fue ella quien habló.

—¿Theo...?

No pudo evitar irritarse ante la mención de su hermano. Ya debía haber asimilado el hecho de que su gemelo estaba antes que él en los pensamientos de aquella mujer; que ella le había conocido primero y que él era “el otro”, pero la parte más arrogante de su ser simplemente se rehusaba. Él era el marqués de Saint Leger, y un hombre de su posición no se conformaba con ser

el segundo.

Alzó una ceja, irónico.

—Le daré una oportunidad más para adivinar.

Ella apretó los párpados, avergonzada.

—Oh, milord —jadeó, pero sus siguientes palabras sonaron más bien como un reclamo—. Válgame Dios, ¡es prácticamente imposible diferenciarlo de su hermano!

—Se acostumbrará, igual que todo el mundo. Pero no está tan alterada por su confusión, ¿verdad? —Sally suspiró débilmente—. ¿Le sucede algo?

Ansioso, la examinó con una rápida mirada. Parecía estar bien del cuello para abajo, pero sus facciones denotaban cansancio. Sus ojos de caramelo derretido carecían de ese brillo hipnótico, capaz de comprometer la cordura de un hombre y ahora mostraban ligeras sombras.

Maxwell identificó la emoción como tristeza.

—No —jadeó ella, tragando saliva, como si contuviera las lágrimas.

¿Por qué estaba preocupado? ¿Por qué sentía ganas de golpear a cualquiera que le hubiera hecho enfadar? ¿Por qué sus brazos querían estrecharla y, su boca besarla con ternura y prometerle que todo iría bien?

—Pero estaba gritando —razonó él calmadamente, echando una mirada al interior de la oficina—. Espero que no se haya peleado con nadie.

—Gracias por su preocupación, milord. Tengo que irme.

Así, sin decir nada más, Sally Withfield se marchó escaleras abajo. Maxwell escuchó el martilleo rápido de sus pasos sobre los escalones de mármol, preguntándose qué rayos le había pasado.

Entonces, en lugar de subir hasta el taller de Schifter, ubicado en el quinto piso, se dirigió al interior de la oficina que acababa de dejar. Un hombre joven que usaba anteojos se hallaba acuclillado, recogiendo una pila de papeles que parecían haber volado.

El joven se puso de pie nada más verlo ingresar en la habitación.

—Oh —levantó las cejas rubias—, ¿lord Saint Leger?

Maxwell asintió con frialdad.

—Buenas tardes, señor...

—Holzer, milord —el muchacho inclinó la cabeza y apretó contra el pecho los papeles que había recogido—. Buenas tardes. Que grata sorpresa. ¿Está en

busca de alguna propiedad?

—Me preguntaba por qué la señorita Withfield ha salido de aquí tan perturbada.

—Oh, Dios del cielo —dejó caer los hombros y puso los papeles sobre una mesita—. Le pido disculpas por eso, milord. He intentado entrar en razón con la joven, pero no ha habido forma...

—¿Entrar en razón?

—La señorita Withfield está encariñada con una de nuestras casas, pero no cuenta con la suficiente liquidez para adquirirla, y yo puedo bajar el precio.

Maxwell apenas podía disimular su escepticismo. ¿La hija de uno de los hombres más ricos de Europa, no podía pagar por una propiedad en Viena?

—¿En serio?

—Sí, milord. Ha solicitado alquilarla, pero no puedo hacerle un contrato. La señora Ringel me mataría si se entera que su inquilina es una muchacha soltera. Ya sabe como es —Saint Leger asintió, pensativo. La señora Ringel era la anciana más cascarrabias que conocía, la personificación del vetusto moralismo vienés—. En fin. Intenté ofrecerle otra propiedad, pero se niega en redondo a renunciar a la casa de Neubau.

—¿Se refiere a la casa del jardín? No sabía que estaba en venta.

—Lo está, milord, y la señorita Withfield se ha enamorado de ella.

Así que Theo estaba en lo cierto, reflexionó con frialdad. Sally Withfield estaba determinada a hacer una vida por su cuenta, allí en Viena. ¿Estaría enterado su padre de que pensaba adquirir una casa y mudarse sola? ¿Aprobaría él semejante osadía? De seguro no pues, de lo contrario, le habría suministrado el dinero necesario para obtener la propiedad sin todo aquel drama. Probablemente, Sally quería labrarse un futuro con sus ahorros o algún fondo secreto que solo ella controlaba.

¿Qué muchacha hermosa, en edad casadera, podría aspirar a vivir sola en el extranjero? Una potencial solterona, una heredera, una mujer a la que le importa un bledo el escándalo, las murmuraciones y el ostracismo social... una muchacha proclive a descarriarse.

Con aquella certeza, Maxwell se marchó de la oficina, y se dirigió al taller del señor Schifter. Dejó el libro en manos del restaurador y por primera vez no se sintió con ánimos para charlar. Estuvo pensativo durante todo el proceso, casi ausente.

Poco después, Saint Leger se despidió de Schifter y abandonó el edificio. Una lluvia fina y helada había empezado a caer sobre Viena.

Echó una mirada al cielo borrascoso y un trueno resonó contundente, anunciando una recia tormenta. El viento enfurecido le agitó el abrigo y por poco le vuela el sombrero de copa que le tendió el cochero a su salida del edificio. Abordó el carruaje y se dirigió al hotel, donde debía continuar cumpliendo con sus obligaciones.

Incluso durante el escabroso viaje por las húmedas y grises calles de Viena, pensó en Sally Withfield.

Y entonces, como si la hubiera traído a fuerza de tanto pensarla, la joven se materializó detrás de la ventanilla del coche. Maxwell se acercó más al cristal, incrédulo, y aguzó la vista, temiendo que aquella visión no fuera más que una trastada de su imaginación. Pero no. Era ella, envuelta en una capa que apenas le cubría del aguacero. Caminaba obstinadamente bajo la lluvia, forcejeando con su paraguas, que se había atascado en el momento más inoportuno.

De inmediato, golpeó el panel de madera para ordenar a Jonas, su cochero, que se detuviera. El muchacho situó el landó de dos caballos junto a la calzada, a unos metros por delante de la mujer; después saltó para abrir la portezuela, pero el marqués ya se le había adelantado. Salió del vehículo sin hacer caso a los charcos que se habían formado en la vía o a la lluvia persistente que había ganado fuerza los últimos minutos, y que ahora le golpeaba el rostro.

Entonces, se encontró de frente con Sally Withfield. Su capa y falda ondeaban como la bandera de un soldado caído. Había abandonado su esfuerzo de arreglar el paraguas, y se había quedado mirándole, presa del más absoluto asombro, mientras el agua caía sobre ella.

—¿Puedo llevarla a algún sitio? —gritó él por encima del rugido de la lluvia.

—No —respondió ella demasiado pronto.

Maxwell sacudió la cabeza, exasperado. Su orgullo era cosa seria.

—Está lloviendo a cántaros y el viento parece que fuera a llevársela. Empezará a estornudar antes de llegar a la siguiente esquina. Venga. La llevaré a casa.

Sally intentó protestar, pero Saint Leger no estaba dispuesto a escuchar más objeciones. Fue hasta ella, y apremiándola gentilmente, la condujo hacia el carruaje. Dudaba que las cotillas de Viena tuvieran los ojos puestos en ellos en aquel instante, así que no se preocupó por el hecho de que fueran vistos yéndose juntos. Le tendió la mano, desprovista de guantes, y la ayudó a ascender. De mala gana, a joven dio indicaciones de cómo llegar a su casa, que estaba ubicada en el distrito de Josefstadt.

Unos segundos después, el vehículo retomó su lento y ajetreado curso por las pantanosas calles del centro. Maxwell observó a la joven en silencio. Estaba húmeda de pie a cabeza y temblaba con ligereza. Sus mejillas lucían un vibrante color rosa, suponía que por efecto del viento helado. Su aroma, que le pareció similar al de los lirios, había invadido el estrecho espacio del landó.

—Nada de esto es necesario, milord.

—Su padre es el dueño de una próspera compañía de transporte y usted vuelve a casa caminando, bajo la lluvia —dijo reflexivo, ignorando sus protestas—. ¿No es eso un poco extravagante?

—Me gusta caminar —respondió a la defensiva—, y no estoy lejos de la casa de mi anfitriona.

—Ya veo. Aunque, con este tráfico, con seguridad llegaremos en el doble del tiempo.

—Bien, no quiero importunarlo. Me quedaré...

La muchacha se movió para intentar tomar la manecilla de la portezuela, pero Maxwell la detuvo cogiendo su mano. Era la segunda vez que le tocaba la piel, y aunque sabía que no era correcto tomarse semejantes libertades con una joven que no era nada suyo, algo en su interior, un conocimiento íntimo, un instinto posesivo, se lo permitía con increíble facilidad. Después de todo, él la había besado hacía unos días, la había saboreado, y eso era algo su lado primitivo asumía como una declaración de pertenencia.

—Señorita Withfield, ¿qué clase de caballero sería si le abandonase en plena calle, a merced de la lluvia?

—¿Uno que no quiere llegar tarde?

—Por su propia seguridad —le advirtió en voz baja, ignorando su broma—, no la dejaré salir de este carruaje hasta que estemos frente a su casa.

Sally, que aun no había apartado la mano de la portezuela —ni de su audaz toque—, se retiró con lentitud hasta que logró pegar la espalda al asiento de

cuero. Aun así, seguía luciendo tensa.

—Es usted muy persistente.

—Lo mismo que usted —Maxwell observó la gotita de lluvia que empezaba a resbalar por su sien, pasando por la mejilla. Le habría gustado lamerla, pero descartó aquellos pensamientos con dificultad—. ¿Debo pensar que me tiene miedo?

Ella abrió los ojos como platos. Después soltó una risita forzada, como si él hubiera dicho un sinsentido. Maxwell terminó por aceptar el hecho de que aquella muchacha se sentía más cómoda ocultando sus emociones y pensamientos, que usaba una máscara de aplomo que la hacía sentir segura.

—No tengo motivos para temerle a un honorable caballero como usted... ¿cierto?

Maxwell guardó silencio, incapaz de confirmar nada.

—Las calles de Viena pueden ser tan peligrosas como las de Londres, especialmente para una dama con sus recursos. ¿Sabía que existen secuestradores, carteristas, extorsionadores...?

—Sí, milord, he crecido con la certeza de que existe gente que me degollaría por el alfiler de mi sombrero.

«Harían mucho más que degollarte, preciosa», pensó él, sombrío, pero no se atrevió a compartir semejante cavilación.

—Y aun así toma riesgos tan innecesarios.

—Sé cuidarme —dijo, alzando el mentón con altiva suficiencia—. De hecho, hago este recorrido todos los días, para atender a mis clases de alemán, y usted puede verme, estoy de una pieza.

Debía admitir que estaba preocupado por ella; preocupado por la manera cómo se exponía, pero mucho más por su obstinada indolencia hacia los múltiples peligros que la aguardaban en cada esquina.

¿Dónde diablos estaba su padre y por qué se lo permitía?

—No me mire de ese modo, milord —Sally se había sonrojado con fuerza, y Max, despertado de su meditación, se preguntó si había cometido el traspie de mirarla con deseo—. Resulta que simplemente no puedo confinarme en una caja, atemorizada por lo que pueda sucederme afuera, mientras la vida pasa frente a mí.

El marqués ladeó la cabeza con curiosidad.

—No sé si llamarle valiente o ingenua.

La joven arrugó el ceño, visiblemente indignada por su comentario, pero después pareció recobrar su aplomo.

—Da igual —zanjó, encogiendo los hombros. Un segundo después su rebeldía volvió a aflorar—. Es injusto. Ustedes los hombres pueden hacer lo que les plazca. Pueden ir a todas partes y nadie les critica. Cuando una mujer lo hace es porque quiere tentar al diablo, ¿es eso lo que quiere decirme?

—Señorita Withfield, no voy a cuestionar su filosofía de vida —dijo Maxwell con calma, reprimiendo una sonrisa—. Solo le advierto que debe andarse con cuidado en esta ciudad. Viena puede ser peligrosa y traicionera. Si yo fuera su marido...

—¿Me ataría a los pies de su cama?

Maxwell perdió el hilo de su discurso mientras se veía invadido por algunas inoportunas fantasías. Necesitó tragar saliva y reordenar los pensamientos antes de volver a intentar razonar con aquella pequeña provocadora.

—Si yo fuera su marido... no viviría tranquilo sabiendo de su afición por los paseos urbanos en solitario —Ella hizo gesto de replicar, pero en lugar de hacerlo, apretó la mandíbula—. Confío en que aceptará mi consejo.

—¿Cuál consejo?

—Compre un carruaje, dos caballos y contrate a un cochero confiable.

La joven sacudió la cabeza, exasperada. Estaba claro que no estaba de ánimos para discutir ese asunto, así que él le concedió la tregua.

Guardaron silencio un instante, mientras la lluvia golpeaba el techo del carruaje y éste avanzaba con dificultad.

—¿Disfrutó de la ópera anoche? —quiso saber él.

—Por supuesto. La ópera siempre es muy estimulante.

—Apuesto a que habría preferido la cercanía de mi hermano.

De inmediato, Maxwell se arrepintió de haber traído a Theo a su conversación. Se condenó por ello, y por la expresión vacilante de Sally. A todas luces, estaba buscando el modo de darle una respuesta sincera sin desairarlo. Era evidente que estaba prendada de su hermano. Odió a Theo por eso.

—Lord Theo es un caballero muy gentil. De hecho, es el más gentil que he

conocido desde que llegué a Viena. Claro, después de mi amigo y compañero de curso, el señor Fitzroy.

El americano con predilección por las compañías del mismo sexo, reconoció Max con el ceño fruncido. Decididamente, aquella amistad no era la más apropiada para una dama. Cuando se disponía a decir algo al respecto, ella lo sorprendió cambiando el tema.

—¿Qué hacía allí, en el edificio de la compañía inmobiliaria... si puedo preguntar?

—También es el edificio donde mi restaurador tiene su taller.

—¿Restaurador? —levantó una ceja con interés.

—De libros. Colecciono libros antiguos y obras de arte.

Ella sonrió.

—Que pasatiempo tan interesante.

—Es más que un pasatiempo. Mi padre me enseñó a apreciar el arte y desde entonces este se ha convertido en parte de mi vida.

—¿Debo suponer que su colección es muy cuantiosa?

Saint Leger asintió.

—Lo es.

De hecho, su colección era exuberante y ridículamente costosa. Pero, si bien en ella había piezas de arte muy cotizadas, como sus pinturas de Turner, Reynold y Rossetti, también era posible encontrar algunas que no poseían un valor monetario significativo, y que solo para él eran auténticas joyas. Su gusto era diverso y veleidoso. Sus hermanos solían decirle que era mezquino y solitario, porque nunca invitaba a nadie a contemplar su «juguetes caros», como les llamaban.

Se equivocaban.

—Quizá algún día le invite a conocerla.

Sally se mostró muy sorprendida.

—Eso sería... encantador —musitó—. Si no fuera usted patentemente inglés, creería que es vienés.

—¿Por qué lo dice?

—Parece que disfruta del arte como uno.

—Es una de las cosas que más disfruto en la vida.

—¿Lo estudió?

—No con la formalidad del caso. Como le dije, mi padre me transmitió su devoción por la mayoría de las artes... y por la diplomacia. Esta última sí fue mi objeto de estudio, prácticamente desde niño.

—Por supuesto, es el consejero británico en Viena —observó ella—. ¿Son dos materias muy diferentes el arte y la diplomacia?

—Felizmente, he encontrado el punto en que convergen.

Ella volvió a sonreír y Maxwell se ufano de su capacidad de provocarle esa emoción, aun cuando él no se sentía del todo relajado. ¿Y cómo iba a estarlo, si cada vez que se encontraba en su presencia se veía en la necesidad de reprimir su deseo de besarla? Haberla tocado un momento antes no le ayudó en ese propósito.

—¿Acaso... pinta... o escribe? —insistió la joven.

—Oh, no. No tengo esa clase de talento. Aunque, me habría gustado aprender a pintar —le dirigió una mirada curiosa. Ya era hora de sacarle información a ella y dejar de soltar tanta de él—. ¿Qué me dice de usted?

—Intenté tocar el piano hace mucho tiempo, pero el resultado fue más bien desastroso, así que lo abandoné. Ahora me atrae mucho más el rol de espectadora.

—Entonces ha venido al mejor lugar del mundo para ser un espectador. Viena es el paraíso para los amantes del buen arte, pero eso ya usted lo sabe.

—Su hermano no piensa lo mismo.

Saint Leger apretó la mandíbula ante la nueva mención de Theo.

—Es cierto —dijo con dureza—. Theo confunde el arte con la vanidad. Yo diría que sus intereses son más terrenales.

Ella pestañeó, pero no hizo ningún comentario.

—¿Por qué Viena, señorita Withfield? ¿Por qué no París?

Sally entendió de inmediato qué le estaba preguntando. Le miró con duda y se tomó unos largos segundos para contestar.

—Tengo la esperanza de poder ser yo misma... y que esta ciudad me acepte como soy.

Saint Leger meditó su críptica respuesta.

Maldijo cuando el carruaje se detuvo pues, habían llegado a su destino. En algún punto del viaje, los caminos se habían despejado y el tráfico había retomado su fluidez.

Se bajó para ayudar a Sally a descender, con lo que volvió a tocarla.

—Hasta pronto, señorita Withfield.

—Hasta pronto, lord Saint Leger.

Capítulo 8

Aquel día no mostraba la más mínima señal de lluvia. De hecho, el cielo estaba tan azul que a Sally le pareció estar contemplando una de esas pinturas impresionistas que había visto en el museo. Pese a que el pronóstico era alentador, se detuvo a comprar un paraguas en una bonita tienda de la Ringstrasse.

Desde que von Lambort le había lanzado aquella temible amenaza, se sentía extrañamente inquieta, y todo a su alrededor parecía ir de mal en peor. Primero, la casa que había deseado con todas sus fuerzas comprar estaba fuera de su alcance, y después, le había caído un espantoso aguacero cuando volvía a Josefstadt. Pero, peor que todo aquello, había sido su encuentro con lord Saint Leger, al quien ahora debía un favor.

«*La maledizione*», pensó mientras le tendía unas monedas a la dependienta, una muchacha de cabello intensamente negro, sobre una piel blanca como la leche. La *mezuzah* en la puerta indicaba que aquel era un negocio judío.

Después de despedirse, Sally retomó su camino al instituto, sorteando los charcos y el caos que había dejado el torrencial. Para su completa exasperación, no podía dar un paso sin recordar el insólito encuentro con el hermano gemelo de Theo. Era tan extraño que el marqués, que era su réplica, fuera al mismo tiempo tan distinto a él. Mientras Theo era jovial y de risa fácil, aquel caballero era misterioso y ahorra las palabras hasta desesperar a su interlocutor. Cada partícula de su ser exudaba poder, un poder que disfrutaba y usaba a consciencia para intimidar.

De acuerdo, la había salvado de tener que volver a pie a casa, y seguramente de pillar un resfriado, pero a un coste demasiado alto. Si Sally Withfield detestaba algo, era precisamente mostrarse vulnerable ante los demás. La experiencia le decía que la gente tendía a aprovecharse de ella ante el más mínimo indicio de fragilidad. Y lord Saint Leger había sido testigo de su infortunio; la había visto en su estado más deplorable: desaliñada, cabreada y al borde del llanto. Había necesitado de un extraordinario autocontrol para tragarse las lágrimas y fingir que su interior no estaba convulso tras el cúmulo de acontecimientos con los que había tenido que lidiar en las últimas horas.

¿Pensaría él que era una de esas doncellas que añoraban ser salvadas? Esperaba que no, porque francamente ella detestaba aquel rol. Además, detestaba los consejos no solicitados, y él le había soltado unos cuantos. ¿A

qué venía toda aquella absurda preocupación? Como si ella no fuera capaz de cuidarse sola.

Pero tenía que reconocer que su devoción por el arte había sido una revelación de lo más inesperada. Jamás lo hubiera esperado de un hombre tan circunspecto, al que no había visto sonreír por primera vez.

—¿Un paraguas? —Will la miró como si hubiera perdido la cabeza—. ¿Has visto alguna nube en el cielo, Sal?

—Un poco de precaución no está de más.

Como cada tarde después de clases, fueron por una taza de café, con la promesa de una estimulante conversación. Aquel día visitaron el Café Sperl, un elegante local que estaba muy de moda en Viena.

Por varios minutos, Sally escuchó los pormenores de la incipiente relación de su amigo con Bastian Müller. Según Will, aquella noche en el Kursalon, Bastian lo había interceptado en uno de los solitarios corredores y tras cruzar un par de palabras de lo más inocentes, lo había llevado tras una columna para plantarle un desquiciado beso. Will, la “pobre e inocente víctima” de aquel pérfido asalto, había terminado sucumbiendo a la seducción del guapo y malévolo hijo del alcalde de Viena. Después, se habían escabullido a una de las oscuras habitaciones de los corredores laterales. De pronto, Will había dejado de hablar para concentrarse en su taza de café. Sally intuía que no solo había intercambiado besos.

Tras agotar el tema, y haciendo honor a la franqueza y confianza que su amigo había depositado en ella al contarle un hecho tan íntimo, Sally le relató su propia experiencia con lord Theo. Mientras escuchaba, Will la observó atónito, dejando la taza estacionada a medio camino de su boca.

Terminó por revelarles el episodio en el palacio de Schönbrunn, el del Kursalon, su visita a la ópera y más recientemente, el encuentro con su hermano gemelo en las caóticas y húmedas calles de Viena. No estaba segura de por qué había sentido la necesidad de hablar de Saint Leger, pero lo había hecho de todos modos.

—Caray, Sally Withfield, es como si estuvieses viviendo una vida doble a mis espaldas —repuso ofendido, luego de terminar su café—. ¿Cuándo pensabas contármelo todo? ¿Cuando tú lord Theo estuviesen de encargo?

Sally le miró con tristeza.

—Will, lo siento mucho —hizo un puchero—. Ojalá te lo hubiera dicho

antes. Habría sido más fácil para mí tener con quien hablar de esto.

—¡Sí, exacto! —meneó la cabeza, meditabundo—. Ahora veo por qué tenías esa cara de lío cuando dejamos el palacio y después en el Kursalon. ¿Cómo no identifiqué la típica mirada fuera de órbita de alguien a quien han besado hasta la demencia...? —Sally percibió un calor intenso en sus mejillas, y Will también pareció notarlo—. Bien, olvidemos el hecho de que no has sido completamente sincera conmigo —dijo con un rastro de resentimiento— y dime, *mon ami*, ¿cómo besa un príncipe bávaro?

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, por el amor de Dios, Will. No deberías preguntar esas cosas cuando... —bajó la voz al nivel de un susurro— cuando tú y Bastian Müller están juntos.

Will alzó maliciosamente una de sus rubias cejas.

—Apostaría lo que fuera a que Bastian se pregunta lo mismo.

La joven rio por lo bajo y bebió de su taza, rehusándose a contestar aquella pregunta. Ninguna palabra podía hacerle justicia a aquel beso tan febril, que ahora atesoraba en su memoria, deseando tenazmente poder repetirlo. Sally era consciente de que había sido más que un simple beso pues, él la había tocado, la había estrechado de una forma íntima, y ella había sentido su dureza contra el estómago, aun con las capas de ropa de por medio. Había sido el momento más sensual de toda su vida. Theo había intentado volver a besarla en un par de ocasiones, pero Sophie, que desempeñaba muy eficientemente el papel de matrona, había aparecido justo en el instante previo.

—Ya que no me responderás eso... dime al menos qué piensas hacer ahora.

—¿Respecto a qué?

Will hizo un gesto de incredulidad.

—Sally Withfield, lord Theo ha hecho buenas migas con tu protectora, te ha llevado a la ópera, se ha dejado ver del brazo contigo. Te está cortejando en toda la regla. ¿Qué le dirás si te propone matrimonio? ¿Acaso ya le has hablado de tu resolución de permanecer soltera?

—Lord Theo no me está cortejando.

El americano pestañeó compulsivamente.

—Lo está haciendo, Sally. ¿Cómo puedes pensar lo contrario?

—Dijiste que era un fiestero y reacio al compromiso.

—Sí, pero eso no significa que esté exento de escoger una esposa. Recuerda que proviene de la realeza, nada más y nada menos. Lo que se espera de un caballero de su posición es que se case y haga familia.

—Estoy consciente de eso, pero no creo que lord Theo quiera... o pueda tomarme como esposa, en el caso de que yo esté dispuesta a aceptarle. Mi padre puede ser muy rico, pero sigue siendo un burgués —se encogió de hombros—. No estamos a la altura de esta gente. En la ópera, lady Saint Leger me preguntó si era judía. Estoy segura de que me habría echado a patadas de su precioso palco si le hubiera contestado que sí —Will resopló con tristeza, pero Sally lo emplazó a desechar cualquier sentimiento como ese—. Eso jamás sucederá.

—Entonces, ¿hacia dónde va lord Theo con todas sus atenciones? ¿Te lo has preguntado?

—Sí. Pero, de momento, no quiero pensar en eso —sacudió la cabeza, con lo que buscaba ignorar el hecho de que quizás Theo tuviese intenciones muy oscuras—. Ya tengo bastantes problemas. Por ejemplo, von Lambort ha jurado acabar conmigo.

La expresión del rubio americano se tiñó de terror mientras le relataba el breve y agresivo intercambio de palabras que había mantenido con la mujer.

—Bruja constipada... —masculló Will con los dientes apretados, una vez que Sally acabó—. A veces creo que el pobre señor von Lambort murió con una sonrisa en el rostro, consciente de que estaba librándose de ese demonio con falda.

—¿Ahora lo entiendes? —soltó ella, haciendo un gesto de horror—. ¡Oficialmente tengo una enemiga que puede hacer que mi vida en Viena sea un infierno! Como si no fuera suficiente con las miradas, los desaires...

—No creo que sea para tanto. Tal parece que la mujer está aterrorizada de que opaques a su insípida hija en su cruzada por un marido de sangre azul. ¡Oh, buen Dios! —suspiró con dramatismo y cerró los ojos—. Es en estos momentos cuando me alegro de ser un desertor. Ustedes, las mujeres, criaturas monstruosas y egoístas, son capaces de las cosas más viles con tal de lograr sus propósitos, como casarse bien... o casar bien a sus hijas.

—Eso es lo que Sophie dice. Von Lambort dejará el asunto cuando su hija se case con un Wittelsbach.

—¿Y debo entender que ese Wittelsbach es Saint Leger?

—Según mi querida anfitriona, Saint Leger es el más codiciando.

—*Hum...* por supuesto —murmuró pensativo—. Pero, ¿por qué la tirria hacia ti, si es lord Theo y no el marqués quien te corteja? —De pronto, pestañeó con el chispazo de quien ha descubierto un temible secreto—. Apuesto a que von Lambort está convencida de que los gemelos se pelearían a espadas por ti.

Sally se horrorizó.

—¿Qué estás diciendo?

Will sonrió con su habitual malicia.

—No me has hablado del otro Wittelsbach. ¿Qué tanto cotorreaban en la ópera como para enfurecer a la chismosa más temida de Viena? ¿Acaso Saint Leger te estaba calentando el oído, mi dulce alborotadora?

—¡No! —soltó ella, enfurruñada—. No me estaba calentando el oído. Solo compartía sus impresiones sobre la obra.

El otro chasqueó la lengua.

—Si, claro. ¡Ni que fuera un estreno!

—Creo que solo estaba tratando de conocerme y comprobar si estoy a la altura de su hermano.

—Pero te rescató de la lluvia —le guiñó el ojo—. Me habría gustado presenciar una escena tan medieval, y después escuchar a escondidas la tensa conversación. Conociéndote, apostarí a que te echó los tejos todo el rato, y tú, intentando disimular tu bochorno por haber sido salvada, ni siquiera lo notaste.

—¡Will, lord Saint Leger no me echó los tejos! Cualquier caballero habría detenido su carruaje, aunque fuera solo para cumplir con su obligación de auxiliar a una dama necesitada. Él no está interesado en mí —negó tenazmente con la cabeza—. Más bien parecía incómodo de tenerme allí. Estoy segura de que me considera poca cosa, igual que su madre.

—¿Acaso... se ha portado mal contigo?

—No ha hecho falta. Pero no me agrada. Es frío, misterioso y me mira como si quisiera leerme el pensamiento. Además, es parco con las palabras; traté de sacarle conversación por pura cortesía, pero apenas decía nada. Seguro ha de creer en las infamias que von Lambort ha dicho de mí.

—Entonces, ¿es cierto que son totalmente opuestos?

—Saint Leger es todo lo contrario de Theo, aunque sea absurdamente idéntico a él. Estoy empezando a creer en aquella fábula del gemelo bueno y el malvado.

Will rio.

—Tu descripción no es precisamente un alegato de maldad, *cheriè*. Pero, en fin, parece que von Lambort ha visto algo que tú no —se inclinó hacia adelante para hablarle con solemnidad—. Míralo de este modo, Sal: mientras lord Theo y tú sean amigos, esa mujer no podrá hacer nada contra ti. Tendrás su protección, y cualquiera que se atreva a dañar a un amigo de un Wittelsbach, solo conseguirá el más rotundo rechazo de la sociedad.

Las palabras de Will tenían mucho sentido. De hecho, la tranquilizaron bastante. Sally recordó cómo le había mirado la gente a la salida de la ópera. Todos habían sido muy respetuosos, aunque fuera solo porque iba del brazo de un Wittelsbach. Debía apelar a su ayuda para sortear la amenaza de von Lambort.

—Tienes razón.

—Ahora, querida —continuó—. En orden de dejar las cosas claras, te aconsejo que seas franca con él sobre tu futuro. Averigua qué es lo que quiere de ti, si no es ponerte una joya en el dedo... y también pregúntate hasta dónde puedes llegar, antes de dar un paso en falso. Esposa o amante... me temo que no existen términos medios, Sally.

Lord Saint Leger tomó asiento frente a su madre, con la extraña sensación de haber caído en una trampa de la que no podría salir fácilmente. Se encontraban en el saloncito de Konstantin, en cuya chimenea de mármol ardían los leños que una doncella había acomodado con ridícula precisión. La marquesa le sirvió el té de su propia mano mientras daba inicio a su acostumbrado preámbulo; una cuidadosa selección de temas de conversación más bien triviales.

—Me gustó que aceptaras mi invitación a la ópera la otra noche —musitó, concentrada en la tarea—. Hacía tiempo que no nos divertíamos como familia, ¿no es verdad?

—Han pasado muchas cosas —dijo él, parco.

—Sí, lo sé —le entregó la taza—. Pero ya es tiempo de olvidar, y de que volvamos a ser los Wittelsbach que solíamos ser; la familia a la que todo el

imperio admira y teme por igual, y no los que dan de qué hablar a los chismosos —Maxwell sonrió con sarcasmo—. Deberíamos dejarnos ver en eventos sociales más a menudo, ahora que la temporada recién comienza. He pensado incluso en organizar un baile, aquí en Konstantin cuando comience el invierno. ¿No sería lindo?

Maxwell estiró las piernas con fastidio.

—Esté de acuerdo o no, supongo que lo harás de todos modos.

—Oh, vamos, hijo. Eres un ermitaño, igual que tu padre —con una mueca fingió su desacuerdo ante un comentario más bien acertado—. Es una idea perfecta. Piensa en lo bien que nos hará abrir las puertas de esta casa a la gente de Viena. Terminarán por convencerse de que estamos en paz y de que el... suceso con lady Carlyle no ha atemorizado ni un poco a esta familia.

—Creo que quieres decir «la muerte de lady Carlyle».

Lady Saint Leger entrecerró los ojos y le lanzó una seria advertencia.

—Maxwell, no comiences.

—Piensas demasiado en ese asunto, madre.

—Si no lo hago yo, ¿quién más lo hará? —repuso con calma—. Los errores de tu hermano ya han causado bastantes angustias a esta familia, y no pienso dejar que las consecuencias continúen quitándonos el sueño.

—¿No deberíamos comenzar perdonando los «errores» de mi hermano?

—Oh, no saques mis palabras de contexto, hijo —la marquesa suavizó su tono—. Amo a Theodore. Ustedes tres son el centro de mi vida, pero tienes que reconocer que la aventura impúdica que tuvo con esa mujer es nuestra espada de Damocles.

—¿De verdad quieres volver a hablar de eso?

—Por supuesto que no. Yo estoy tan exhausta de todo tanto como tú, por eso necesito hacer algo —le dedicó una súplica sutil—. Concédeme esto, hijo. Concédeme la oportunidad de organizar un baile aquí, en Konstantin.

—¿Un baile va a ayudar a que los rumores se disipen?

—No lo sé... pero tengo que intentarlo.

Maxwell suspiró.

—Es tu palacio, alteza. Puedes organizar un baile o la representación de la batalla de Waterloo, si eso te hace feliz.

Lady Saint Leger sonrió triunfal.

—Gracias, cariño. Pero se supone que tú también estés presente.

—Entiendo que la necesidad de mi presencia está implícita, o no me habrías preguntado. Vendré, solo para complacerte.

—Perfecto —se acercó la taza para tomar un sorbo.

—¿Eso es todo?

—Aun no hemos entrado en materia, mi amor —su expresión cambió de manera un tanto drástica—. La razón por la que te cité aquí hoy es...

—Theo —completó él con extenuada convicción, a lo que su madre asintió.

Su hermano siempre había sido un asunto embarazoso. Por alguna razón, Theo tenía la tendencia de buscar —o atraer— los problemas.

—¿Has visto a esa muchacha?

Su madre se refería a Sally Withfield, desde luego.

—¿La que fue con él a la ópera?

—Desde luego que ella.

—Madre, todos la vimos.

—¿Y cuál es tu veredicto?

Maxwell resopló.

—También la conocí esa noche. No puedo opinar más allá de esa vaga impresión.

—¿Crees que Theo tenga... sentimientos hacia ella?

Esta vez fue él quien entrecerró los ojos.

—El hecho de que seamos gemelos no implica que nos hagamos confidencias.

—Maxwell, ¿quieres por favor cooperar? Estoy tratando de salvar a tu hermano de cometer otro error, probablemente.

—¿Y cuál sería ese error?

—Pues, perder la cabeza por la hija de un burgués; una muchacha cuya reputación va en caída libre, según la señora von Lambort. Tú estabas presente cuando nos habló de su comportamiento inapropiado. No puedo permitir que mi hijo empiece a dejarse ver con alguien así.

—No creí que fuera a desagradarte la señorita Withfield, madre. Soportó tu breve interpelación, y tienes que reconocer que lo hizo con estilo.

—Eso no es ninguna hazaña.

—Sí lo es, mamá.

—Von Lambort me ha dicho que...

—No, no. Nunca comiences una frase diciendo «von Lambort me ha dicho».

—Se pasea alegremente por la ciudad, es asidua a los cafés del centro, se reúne con un muchacho que es... que es... —se llevó los dedos a los labios—. No quiero decir la palabra, pero es algo pecaminoso. Dios mío, ¿qué mujer decente hace todas esas cosas? ¿Por qué su padre no hace algo al respecto?

—Vive bajo el techo de una respetable dama.

—Y no sé cómo ella le concede semejantes licencias. Quizás sea una caprichosa que piensa que el dinero le da derecho a comportarse como mejor le parece.

—¿Realmente crees que su comportamiento es impúdico? —gruñó—. Deberías conocer a las mujeres con las que Theo ha intimado los últimos doce meses.

—¿Qué tal si le propone casamiento?

Max permaneció impertérrito, pero tenía que admitir que la pregunta lo había descolocado, incluso perturbado.

¿Y si tenía razón su madre? ¿Y si Theo quería a Sally? No solo como una potencial amante, sino como la esposa que algún día tendría que tomar.

No. Era irracional. Si así fuera, no le habría ofrecido compartirla.

—Estamos hablando de Theo —fue el mejor argumento que se le ocurrió—. Le encanta repetir que envejecerá solo, como Lancelot.

—Oh, son solo bromas infantiles. Esa muchacha tiene encantos suficientes como para arrastrarlo hasta el altar antes de que el muy tonto se dé cuenta. Por supuesto, esa es su intención, echarle el lazo a un príncipe y hacerse un lugar en la nobleza. ¿No es lo que todos los burgueses ambicionan secretamente?

Max asintió en respuesta.

—Así como los aristócratas ambicionan el dinero de los burgueses.

—No es el caso, y lo sabes —rezongó con suficiencia—. Vuestro abuelo fue el rey de Baviera, y vuestro bisabuelo, el príncipe de Prusia. La sangre que corre por vuestras venas es más azul que la de Bertie. Nada más apetecible para la hija de un vulgar industrial inglés.

Max sesgó los labios con sarcasmo. Era muy típico de su madre desairar el gentilicio británico y glorificar el bávaro, sin apenas notar que él se ofendía

cada vez que lo hacía. A veces se preguntaba cómo es que había terminado casada con un marqués inglés.

—Entonces estás convencida de que es ella quien desea... «echarle el lazo» a Theo.

—Por supuesto. Y él se deja llevar, por eso es un hombre. Espero que no empiece a tener sentimientos por ella, o de lo contrario estará perdido.

—¿Por qué me hablas de todo esto a mí, madre?

—Porque preciso de tu ayuda —los ojos azules de Saint Leger brillaron de puro escepticismo—. No puedo hacer esto sola.

—¿Hacer qué, buen Dios?

—Tienes que hablar con Theo y hacerle entender lo desacertado que sería unirse a una muchacha como la señorita Withfield, suponiendo que sea esa su intención.

—¿Y él me escuchará?

—Tiene que hacerlo, eres su hermano mayor.

—¡Ja! Por nueve minutos —resopló—. Eso me hace más sabio, decididamente.

—Tú sabes a qué me refiero, Maxwell —la marquesa hizo un breve silencio reflexivo—. Siempre has sido el más sensato de los dos, el más maduro. Eso debo agradecersele a tu padre, que hizo un excelente trabajo educándote. Pero más allá de eso, siempre has tenido un compromiso con esta familia. Gracias a Dios eres tan distinto a Theo...

El marqués se frotó la frente con los dedos. Le molestaba que su madre lo idealizara como lo hacía, como si esperara que jamás cometiese un error, como si él fuera alguna clase de compensación por la tendencia autodestructiva de su hermano. Le habría gustado decirle que él no era ningún ejemplo de comportamiento, que también había fallado, no pocas veces, y que para nada era mejor hombre que Theo, pero ello sería arrebatarle a su madre aquella ilusión de virtuosismo que parecía brindarle tanta seguridad.

—Si no hubiera sido por tu apoyo, por tu frialdad para manejar el asunto —continuó—, no sé cómo habríamos podido superar lo de lady Carlyle. Quizá a esta altura las cosas ya se hubieran salido de control, y Theo estaría...

—Ni siquiera lo digas.

—Pese a tu apatía, sé que estás de acuerdo conmigo, y sé que harás algo para evitar que tu hermano cometa otra tontería.

—Hablaré con él —accedió—. Pero, estoy seguro de que te equivocas al pensar que Theo y la señorita Withfield podrían acabar comprometidos.

—¿Por qué estás tan convencido?

«Porque me la ha ofrecido, madre, sexualmente hablando».

—Lo conozco. Mi hermano no es propenso a los romances.

—Me basta con que hables con él. Te lo agradezco mucho, hijo.

Poco después, Maxwell salió de allí atribulado, preguntándose si su madre estaba en lo cierto respecto a las intenciones de Theo.

Para él no tenía sentido. Su hermano había sido claro; se había referido a Sally como una potencial libertina a la que deseaba terminar de corromper, y había planteado aquello casi como un propósito de vida. Incluso el mismo Saint Leger se había mostrado entusiasta en contribuir a ello.

¿Había cambiado algo desde entonces?

¿Y por qué le preocupaba tanto esa posibilidad?

Cuando estaba a punto de abordar su carruaje para regresar a la ciudad, divisó el landó de su hermano que se acercaba por la entrada principal, una avenida bordeada de cembros y alerces. Un minuto después, su reflejo, vistiendo como un consagrado dandi, emergió de él. Con un movimiento elegante, se ajustó el sombrero corto de copa. Le saludó con una media sonrisa y una leve sombra de sospecha en los ojos.

—Maxwell.

—Theo.

—¿Sucede algo? —caminó hasta él con paso ligero y despreocupado—. ¿Otro de tus libros se ha quejado de malos tratos?

—Madre me ha hecho venir. Planeará un baile aquí en Konstantin y requería de mi permiso, y por supuesto, de mi presencia.

Theo rio.

—Sí, he oído algo.

—¿Crees que es una buena idea?

—¿Cuándo me he opuesto a la diversión sin razón alguna? —sonrió—. Si esto le ayuda a pensar que la gente dejará de murmurar sobre mí, ¿por qué habría yo de contradecirla?

—Le he dicho que es un sinsentido, pero no tuve el valor de negarme a complacerla. Parecía muy ilusionada al respecto —paseó la vista por la

estética fachada de Konstantin, que solía dejar sin aliento a sus visitantes—. Este lugar no ha visto una celebración desde la boda de Eva y von Hausner.

—Recuerdo bien esa noche —dijo su hermano con picardía, perdido en sus íntimas reminiscencias, cualesquiera que fueran—. Has hecho bien en dejarla. Aquí estaré yo también.

—Supongo que con la señorita Withfield —dejó caer Max como si tal cosa. Theo rio con sorna. Entonces, vio la oportunidad perfecta para ponerlo a prueba. A riesgo de revelar sus intenciones, decidió poner voz a sus pensamientos y tratar de disipar sus dudas—. Espero que no hayas olvidado tu ofrecimiento.

Su hermano gemelo le miró con seriedad, después con diversión.

—Vaya, vaya, no estaba seguro de que hubieras aceptado. Ahora veo que la encantadora señorita Withfield te ha hecho abandonar tu resolución de no compartir amantes.

—¿Cuándo sucederá?

—Pronto —masculló jactancioso—. Posiblemente la misma noche del baile. ¿No sería encantador marcharnos los tres juntos rumbo al Hotel Metropole?

Maxwell sonrió en su interior. Era la respuesta que estaba esperando, sin estar consciente de ello. Theo no estaba enamorado de Sally, mucho menos la deseaba como esposa. Ese bastardo solo quería disfrutarla.

Y aquello, sorprendentemente, le generaba sentimientos encontrados.

¿Se prestaría Sally para aquel juego?

—¿Sabe ella lo que pretendes?

—Por supuesto que no. Aun es muy pronto para mencionar el tema quiera, pero ten paciencia, hermano. En estas cosas no suelo fallar. Si te digo que accederá es porque lo hará.

Capítulo 9

Sally se arrebujó en su abrigo de *cashmere* mientras Theo la conducía a lo largo de un serpenteante camino de grava.

Hacía mucho frío como para estar afuera, pero hasta los vieneses sabían que pasear por los jardines de la ciudad en pleno otoño tenía un encanto irresistible. Por aquellos días, las hojas de los árboles habían adoptado colores impresionantes, cautivadores; desde un dorado brillante hasta el bronce más vivo, pasando por ciertos matices de ocre y rojo. Dentro de muy poco, aquellas hojas se desprenderían de sus ramas y los árboles lucirían desnudos para después cubrirse de nieve. Y el interminable ciclo de la naturaleza volvería a empezar.

Pese a la baja temperatura, notó que otros paseantes habían venido a hacer lo mismo que ellos. Jóvenes parejas, tomadas del brazo, se detenían a charlar a mitad del idílico puente; otros, se sentaban muy cerca el uno del otro en los bancos que bordeaban el lago. La forma como se lanzaban miradas, como se tomaban de las manos cuando creían que nadie los miraba, develaba un inocente coqueteo. Pero aquellas atenciones no resultaban tan escandalosas como sí podían haberlo sido en la ópera o en un baile. Después de todo, si había un lugar apropiado en Viena para que un par de jóvenes enamorados fueran vistos en público, ese era el parque de la ciudad.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que regresemos?

Sally sonrió, encantada con la tierna preocupación de su acompañante. Theo estaba guapísimo con su abrigo de pelo gris y su sombrero de copa corto. Se había acicalado la barba y recortado las patillas a la última moda, como todo un dandi.

No había dejado de mirarlo durante todo el camino desde Josefstadt, preguntándose por qué alguna vez lo había confundido con su hermano gemelo, que vestía en un estilo más bien clásico, rayano en lo aburrido, y que jamás sonreía, como si nada alrededor le complaciera.

—Claro que no —musitó ella sin apartar la vista del frente. La silueta del Kursalon apareció al fondo del panorama, trayendo a su memoria el recuerdo de aquel beso. En su interior, Sally suspiró de ansias por repetirlo y se preguntó si alguna vez Theo y ella volverían a tener la oportunidad de besarse —. ¿Has notado que nadie además de nosotros ha venido con carabina?

Theo echó un vistazo a la señorita Weichselbraun que, no muy lejos de allí, paseaba a Vizsla con su correa. Tal como le gustaba hacer con Moritz, la caniche se había pasado todo el rato asediando a los patos, haciendo pasar trabajo a la pobre Sophie. La dama les sonrió y agitó su mano; un gesto que Theo y Sally repitieron.

—Suertudos —masculló él con un deje teatral—. Pero yo no me confiaría. Sus vigilantes han de estar mimetizados en los arbustos, esperando el más leve traspie para abalanzarse sobre ellos como cuervos.

Sally esbozó una sonrisa triste.

—Cuando llegué aquí por primera vez, pensé que la gente era menos tradicional que en Londres. Había escuchado que esta era la ciudad más progresista de Europa, que los artistas y los burgueses la habían transformado con sus ideas; que su gente estaba construyéndose a sí misma y que buscaba ser un bastión de ascenso... pero ahora entiendo que todo era una mentira.

Él frunció el ceño con extrañeza.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

Sally pensó en las duras palabras de la señora von Lambort, en sus acusaciones sin sentido, en la imposibilidad de adquirir aquella preciosa casa en Neubau, por el solo hecho de ser una mujer soltera, y suspiró. No había querido hablarle a Theo de aquellos asuntos tan vergonzosos.

¿Qué objeto tenía?

¿Y si él se ofrecía a darle el dinero para la casa? ¿Que Dios lo prohibiera! No estaba dispuesta a adquirir con él un compromiso de esa naturaleza.

—No. Solo reflexionaba.

—Quizá esta ciudad necesite una pionera.

—Quizás... —rió— aunque esa no seré yo.

—¿Estás decepcionada de Viena? ¿Te arrepientes de haber venido?

—No —sonrió con convicción—. Sigo ilusionada con la idea de vivir en Viena, con pasear por este parque en cualquier estación del año y con ir sola a la ópera si me place. Este es mi lugar, Theo —suspiró, observando los edificios que se levantaban más allá de los árboles y las calles, a lo lejos, siempre congestionadas—. No puedo explicarlo. Algo me dice que aquí es donde voy a ser feliz.

—Me alegra oír eso, porque está claro que me gustaría ser parte de esa felicidad —Sally se estremeció cuando él tomó su mano y la apretó

ligeramente. No fue un gesto casual, había algo en su intención, una nota íntima, una tierna calidez—. Tengo que confesarte que estos últimos momentos en tu compañía han sido encantadores. Breves pero encantadores. Sé que nos conocemos poco, Sally, pero puedo dar por hecho de que existe una asombrosa afinidad entre nosotros, como si hubiéramos estado predestinados a conocernos.

—¿Eso crees?

—Totalmente. De hecho, esa noche en el palacio, cuando te vi por primera vez, sentí que tenía que acercarme a ti y presentarme.

—Oh, pero no viniste —repuso ella con ligero nerviosismo—. Nos cruzamos en el jardín. Fue una casualidad.

—Las casualidades no existen, Sally —farfulló con un brillo enigmático en sus ojos azules—. No creerás que traigo a muchas damas al parque, ¿verdad?

—Algo me dice que no es tu estilo.

Rio con suavidad. La risa fácil de Theo era su marca.

—No, no lo es. De hecho, es la primera vez que vengo aquí. Supuse que, si alguna vez lo hacía, sería por una buena razón.

Sally comenzó a temblar, pero ya no era el frío lo que le calaba los huesos, sino la incipiente soflama de Theo. Podía adivinar por donde venía, y a medida que le escuchaba sentía como si estuviese acercándose a un precipicio. Ahora mismo podía jurar que estaba parada en el filo de un risco y que al mirar hacia abajo notaría un mareante vacío. Si daba otro paso, terminaría estampada en un lecho de rocas.

«Por favor, que no sea lo que estoy pensando», dijo angustiada para sus adentros. «Que no comience a decir lo que estoy pensando».

—Quiero preguntarte algo, Sally... —susurró, con lo que la joven se detuvo en seco, soltándole el brazo.

—No, no lo hagas.

Él frunció el ceño, completamente perplejo. Se habían detenido en los jardines del Kursalon, donde una rica profusión de enebros en flor brotaba aquí y allá.

—¿Que no haga qué?

—Por favor, Theo —insistió ella, con la respiración acelerada—. No sigas. Sentía la boca seca y un incesante palpitar en el cuello.

—Sally, te has puesto pálida. ¿Quieres que llame a la señorita Weichselbraun?

Ella sacudió la cabeza.

—Deja las cosas como están. Te suplico que no me preguntes nada.

Theo soltó una risotada llena de confusión.

—¿Por qué?

—¡Porque no puedo hacer lo que me pides! —espetó, sin ser consciente de ello—. ¡No puedo casarme contigo!

El caballero dio un paso atrás, mirándola como si de pronto le hubiese crecido otra cabeza. El asombro y el horror se habían apoderado de sus bellos rasgos, de un modo que Sally no había anticipado, así que se obligó reconocer que quizá su intención no había sido la de proponerle matrimonio.

—Maldita sea, Sally, ¿qué rayos estás diciendo?

Tragó saliva, registrando el momento preciso en que la sangre se le concentraba en el rostro de un modo casi doloroso. El alivio y el bochorno confluyeron en ella en una inaudita mezclanza.

—¿No ibas a... proponerme casamiento? —balbució.

—¡Caray, no! —soltó, más asustado que ella misma, debió reconocer—. ¡No! Desde luego que no.

—¿Estás seguro?

Su acompañante se quitó el sombrero y se pasó la palma de la mano por la frente, como si necesitara recuperarse de una fuerte impresión.

—El día que decida casarme, lo sabré... —dijo con convicción— o quizá no, porque me habré vuelto loco.

La joven cerró los ojos y casi jadeó de alivio.

—Lo siento, Theo. Es que por un momento creí que tú...

—Que te soltaría una declaración —rio—. No te preocupes, querida. Aunque no sé si debería sentirme ofendido por tu reacción... o quizá deba decir... gesto de repulsa. ¿Tan aborrecible encuentras la idea de convertirte en mi esposa?

—Sí. No. Oh, ¡maldita sea!

Sosteniendo una sonrisa rebosante de confianza, Theo volvió a ofrecerle su brazo. Sally lo tomó, pero se negó a mirarlo a los ojos. Odiaba sonrojarse, y estaba segura de que sus mejillas lucían un rojo langosta ahora mismo.

Retomaron el paseo con el mismo andar lento y despreocupado, pero en su interior, ella seguía mortificada.

—Ciertamente, parece lógico que creas eso —dijo Theo con calma—. He sido adorable con tu anfitriona, te he llevado a la ópera, te he visitado un par de veces en la casa donde te hospedas y te he traído al parque. No he ocultado mi fascinación por ti. Pero has de saber que tenemos algo en común, Sally: ninguno de los dos estamos del todo preparados para cambiar de estado civil —entrecerró los ojos, pensativo—. Al menos, eso recuerdo de nuestra conversación en el palacio de Schönbrunn. Te dedicaste a restregarme en la cara que no habías venido a Viena para sanar un corazón roto sino para hacer una vida, y también dijiste que no estabas dispuesta a dejar que esposo marcara tu destino.

Vaya, había recogido sus palabras con pinzas.

—Que excelente memoria.

—¿Algo ha cambiado desde entonces?

Sally sacudió la cabeza.

—No. Nada ha cambiado.

—Pues, ¡aclarado el asunto! —exclamó con júbilo—. ¿No es fantástico que nos entendamos tan bien? No me equivoqué al pensar que tú y yo podíamos trabar una muy buena amistad, Sally.

¿Amistad? ¿Había escuchado bien?

Lo miró con asombro.

—Entonces eso es lo que quieres... que seamos amigos.

Theo sonrió maliciosamente.

—Buenos amigos que se apoyan mutuamente, que comparten secretos ... y que disfrutan de la compañía del otro —aquello sonaba bastante convencional, pero la joven no puso objeciones. Prefirió callar y continuar escuchando el enrevesado discurso—. Verás, Sally. Hay muchos tipos de amistad. Tú has de saberlo bien, dado que tu círculo es bastante... diverso, por llamarlo de algún modo —se refería a Will. ¿A quién si no?—. Claramente, una dama y un caballero pueden ser amigos y confidentes, a diferencia de lo que mucha gente piensa, pero se requiere de mucho carácter y madurez para entablar una amistad como la que yo deseo proponerte.

Ahí estaba. Finalmente era hora de hablar de aquel tema. Sally cuadró los hombros, pero optó por hacerse la tonta.

—¿Y qué clase de amistad es esa?

—Me refiero al tipo en que los amigos se dan... licencias para compartir besos, caricias y otras atenciones íntimas.

Dijo esto mientras su dedo pulgar le masajeaba la muñeca, justo donde un latido feroz se había desencadenado. Sally le dejó hacer, sumida en una especie de letargo inducido por el movimiento experto de sus dedos.

—Es decir, ser... ¿amantes? —inquirió antes de meditarlo bien.

Theo se detuvo y se la quedó mirando fijamente, su boca formando un rictus serio y seductor. Había un brillo demoledor en sus ojos, un fuego insondable que la paralizó de solo contemplarlo. Sally le sostuvo la mirada y esperó en vilo a que dijera algo más. Por un momento temió haber cometido otro colosal error.

—Se supone que no debe sonar tan inmoral —fue su calmada respuesta.

Tenía que decir algo, tenía que abrir la boca, pero ninguna palabra acudió a su mente en ese momento. Se había quedado en blanco.

Una mujer de mundo habría soltado un comentario brillante, pero una inexperta y torpe heredera con ínfulas, como ella, solo alcanzó a guardar un silencio nervioso mientras el corazón le golpeaba con fuerza el pecho. Para su completo horror, se sintió intimidada, con lo que el aluvión de sangre volvió a fluir hasta sus mejillas.

¡Maldita sea! Aquello era más complicado de lo que había anticipado. Will tenía razón. Ella no era más que una chica inocente jugando con fuego.

Tras echar un vistazo alrededor, Theo dio paso temerario hacia ella. Levantó su mano y acarició el contorno de su rostro con los dedos enguantados en fino cuero. Ella recibió la caricia con los ojos entrecerrados, mientras le escuchaba murmurar suaves lisonjas, justo el tipo de cosas que hace hiperventilar a una mujer. Se sentía como una polilla atrapada en una red, solo que la red se sentía como un oasis del que no deseaba escapar. En su defensa, no era para menos: estaba comprobando que el poder de seducción de lord Theo era cosa seria y no solo un rumor de salón.

El caballero la tomó de la mano, sacándola de su ensoñación, y la condujo hacia un área poblada de árboles dorados y verdes, donde el césped crecía en conjunción con brotecillos de maleza. Desde luego, no era el lugar más cuidado, ni el más frecuentado del parque. La mayoría de los paseantes había desaparecido de su campo visual, igual que Sophie. Sally se preguntó si Theo

había mandado a despachar a todo el mundo para quedarse a solas con ella.

En unos segundos, se hallaron en un discreto recodo del parque, rodeados de cembros y robles. La caminería había quedado atrás, junto con el lago, el puente y la vista prominente del Kursalon. Curiosa, Sally observó a su acompañante. No podía negar que estaba nerviosa, al punto que agradeció el resguardo de los guantes de cabritilla, que disimulaban su leve temblor en las manos.

Theo le tomó del rostro, como si fuera un objeto propenso a romperse, y se acercó a ella hasta que sus miradas estuvieron engarzadas. Fue un terrible momento para reconocer que era el hombre más hermoso que había visto en toda su vida.

—El hecho de que no vayas a tener un esposo no significa que debas renunciar a la pasión, Sally —susurró seductor contra su boca—. Eres hermosa y tienes necesidades que deben ser satisfechas. Puedo sentir tus ganas, tu dulce curiosidad. Vamos, déjame complacerte —empezó a dejar pequeños besos por el puente de su nariz y el rostro, sumiéndola en un estado febril—. Déjame complacerte como un hombre complace a una mujer, sin que te sientas obligada a nada.

—Theo...

—Seré discreto, seré tu más fiel servidor... *Oh*, rayos —jadeó con un ansia que ella podía palpar—. Seré lo que quieras que sea, pero déjame tenerte, Sally.

Antes de que pudiese responderle, él le cubrió la boca con la suya.

Le tomó unos segundos asimilar y acoplarse a aquel beso pausado y exigente. Pero lo recibió al fin, con la piel erizada y un golpeteo fiero en el corazón. Entonces pudo empaparse de su olor, fresco y masculino, del tacto áspero de su barba y su sabor neutro. Los labios de Theo la acariciaron a placer, la exploraron como si fuera la primera vez que la tocaban, y se cerraron sobre ella con tiernas acometidas.

Sally dio cuenta de las manos masculinas acariciando su columna, de la forma cómo se deslizaban hacia abajo para aferrarse a la curva baja de la espalda. La acercaron más a él, hasta el punto en que parecían fundirse el uno con el otro. Por acto reflejo, ella lo abrazó también, rodeando su cintura por encima del abrigo. Probó su lengua, bebió de su boca y quiso volverse parte de su cuerpo, como si aquel contacto no fuera suficiente, como si le faltase algo.

Sin ser consciente de ello, Sally escarbó dentro de él con una necesidad a la que no sabía ponerle nombre.

Al cabo de un momento, Theo apartó su boca y la miró sin soltarla. Su rostro se había vuelto ligeramente efusivo y sus ojos brillaban tras un velo de pasión. Ella lo contempló embelesada.

—Te deseo, Sally —le susurró al oído mientras la joven todavía luchaba para recuperar el juicio—. Puedo hacerte sentir cosas maravillosas, cosas que jamás has experimentado; de hecho, muero por hacerlo. Dame el privilegio de saciarte. Tómame el tiempo que necesites para pensarlo.

Ella asintió, aun en trance.

Entonces, Theo le sonrió y besó sus nudillos, demorándose un poco.

Aquellos minutos habían sido tan insólitos que Sally apenas podía recordar cómo había llegado allí, cómo había consentido que la alejara de la senda del parque. No se había resistido, pero estaba consciente de que estaba mal.

Ah, pero Theo era un seductor.

¿Qué mujer con pulso se le resistiría?

—Ahora debemos volver, cariño —dijo mientras le ayudaba a reajustarse el sombrero—. La señorita Weichselbraun ha de estar buscándonos.

La alusión a su anfitriona le hizo espabilar. Por supuesto que Sophie estaría preguntándose adónde habían ido y por qué habían desaparecido de su vista. Sally se esforzó por regresar a su estado de normalidad. Se frotó los ojos, como si esto bastara para borrar los vestigios del beso de Theo.

—Sí, sí —jadeó, mortificada—. Regresemos, por favor.

Desanduvieron el camino tomados del brazo, sin decir una palabra.

Resultó que fue Sophie quien se disculpó con ellos por desaparecer tan intempestivamente. Vizsla había corrido tras una ardilla y se había perdido por espacio de quince minutos. Su dueña, angustiada, la había buscado por todo el parque, hasta encontrarla bebiendo el agua de los caballos. Su anfitriona parecía tan aliviada de haber hallado a su pequeña que ni siquiera pareció notar que había descuidado sus labores como carabina.

Más tarde emprendieron el regreso a casa, un regreso tenso e incómodo para ella. Theo y Sophie hablaron de cualquier cosa, mientras la joven se esforzaba por procesar la propuesta que acababa de recibir.

Llegados a Josefstadt, Sally se despidió de Theo con torpes balbuceos.

No entendía por qué actuaba como una tonta, Sally Withfield no era así. Ella no balbuceaba, ni se sonrojaba, mucho menos se quedaba sin palabras, por mucho que la presionaran.

Él le tomó de la mano como gesto de caballerosa despedida. Besó sus nudillos, demorándose, como siempre.

Y cuando Sophie se había girado para dar una instrucción al mayordomo, Theo aprovechó sagazmente su distracción. Acercó los labios al oído de Sally y le susurró:

—Espero con ansias tu respuesta.

Esa noche, pasó horas sentada frente al tocador. Aquella insólita visita al parque revivía en su cabeza mientras contemplaba su imagen en el espejo y se peinaba reiteradamente.

Mientras ella apenas había cenado, pensativa, Sophie había armado revuelo por aquella salida, dando por hecho de que más temprano que tarde, lord Theo se aparecería con una descomunal sortija de la Casa Real de Baviera. Sally se limitaba a negar esa posibilidad, obligándose a reír.

El beso de Theo la había privado del juicio, había embotado sus sentidos, pero ahora debía ser capaz de mirar los hechos fríamente y pensar con lucidez.

No había sido el inocente beso de un enamorado, eso estaba claro. Con aquel sublime intercambio había llegado una propuesta escandalosa, y si bien ella no estaba sorprendida, debía admitir que algo no andaba bien.

«Déjame complacerte como un hombre complace a una mujer, sin que te sientas obligada a nada».

Las palabras de Theo habían resonado persistentes en su cabeza, le arrancaban estremecimientos cuando las recordaba, pero no conseguía entender por qué de pronto extrañaba algo...

¿Acaso estaba ofendida y le costaba admitirlo? ¿Acaso había estado esperando, sin ser consciente, que las cosas ocurrieran de otro modo?

Una muchacha decente se habría desmayado ante semejante proposición, o habría abofeteado a su «agresor», gritado y huido como caballo desbocado. Pero una muchacha decente también habría evitado quedarse a solas con un reputado granuja como lord Theo, se dijo sarcástica. Sally había jugado su juego desde el principio, había alimentado sus atenciones de buena gana, dejando claro que no estaba interesada en un cortejo, mucho menos en un

compromiso. Era lógico que él le viera como el tipo de mujer a la que se podía llevar a la cama sin remordimientos.

«No atraerás pretendientes sino canallas de a dos por uno», le había advertido Sophie, pero ella había desoído sus palabras, y en lugar de guardarse sus opiniones e indecorosos planes para el futuro, los había compartido con el más sinvergüenza de todos los hombres de Viena.

No. No estaba escandalizada, ni asombrada; tampoco se sentía ofendida con la proposición de Theo. ¿Qué era entonces lo que le hacía sentir de ese modo que no conseguía describir? Se quedó pensando en el asunto, recordando el hecho de que debía darle una respuesta en algún momento, si bien él no la había presionado.

—*Oh*, ahora estás asustada —se reprobó a sí misma en voz alta mientras se miraba en el espejo—. ¿Qué pasa contigo? ¿No era eso lo que estabas buscando, Sarah? ¿Qué buscabas entonces? ¿Lo sabes siquiera?

Su propio deje sarcástico la lastimó.

Ojalá Will estuviera ahí, dijo soltando un profundo suspiro. Él sabría qué decirle para hacerle sentir mejor. Aunque, pensándolo bien, ese desfachatado la acosaría para que accediera a ser la amante de lord Theo. No tenía dudas.

—¿Qué vas a contestarle Sally Withfield? —insistió.

Se metió a la cama poco después. Apagó el quinqué y se abrazó a su almohada, consciente de que aquella situación tan compleja no se parecía a ninguna que hubiera tenido que enfrentar en toda su acomodada vida.

Debía tomar una decisión, y debía hacerlo pronto.

Capítulo 10

Sally lamentó que Will no hubiera asistido a clases ese día.

Según la nota que le había entregado el mayordomo por la mañana, su amigo había resuelto ausentarse de la ciudad por varios días. Había mencionado una propiedad en las afueras de Viena, donde el hijo del alcalde y sus amigos solían celebrar fastuosas fiestas que solían durar días e incluso semanas.

«Me gustaría mucho que vinieras, mi querida Sally, pero como comprenderás, las chicas no son bienvenidas», había sido su sarcástica posdata.

Casi podía palpar su entusiasmo en aquellas breves y atropelladas líneas, y el apremio cariñoso de Bastian para que partiesen de inmediato. Se alegraba por Will, naturalmente, pero iba a extrañarlo mucho. Él era su único amigo en Viena, su confidente, y prácticamente su única compañía más allá de las puertas de aquella casa.

¿A quién más iba a contarle que lord Theo le había propuesto convertirse en su amante? ¿Con quién hablaría al respecto?

Después de la lección de alemán, en lugar de salir a tomar un café con su amigo y charlar perezosamente sobre cualquier cosa, Sally se dispuso a regresar a casa totalmente desanimada. Recorrió la Ringstrasse con la mente puesta en la decisión que tenía por delante que, aunque no era del todo urgente, resonaba en su cabeza como una campana a la que no conseguía ignorar.

Viena estaba envuelta en un manto gris aquel día. El cielo mostraba una profusión de nubes oscuras y el aire se había cargado con un agradable olor a humedad. Con toda seguridad, pronto llovería. De nuevo. Al menos esta vez se había traído su paraguas nuevo, pensó aliviada.

Con paso lento, transitó una calle donde confluían pequeñas galerías de arte, cafés y hoteles. A esa hora, los restaurantes estaban abarrotados. Empresarios, hombres de negocio y trabajadores de las oficinas comerciales situadas en aquel perímetro salían a comer, fumar un puro y charlar con sus compañeros de labor sobre temas masculinos. Aunque se sintió tentada a entrar a uno de esos atractivos y bulliciosos lugares para tomar una bebida caliente, Sally no reunió el valor para hacerlo. Naturalmente, sería de lo más inapropiado que le viesen entrando sola a un restaurante.

Avanzó por la calle, gruñendo y maldiciendo los convencionalismos

vieneses.

Unos cuantos metros más adelante, divisó un vistoso cartel situado frente a las puertas de un lujoso edificio, donde se anunciaba una exhibición de pintura a cargo de Stephan Dorn. Sally frunció el ceño pues, no conocía a aquel artista y nunca había oído hablar de él. Se detuvo lentamente, seducida con la idea de pasar un rato contemplando piezas de arte, en lugar de volver a casa de Sophie y escuchar su soflama sobre el inminente matrimonio con lord Theo.

Contemplar una exhibición de pintura era una forma bastante digna de pasar la tarde, se dijo con ironía, ya que no le estaba permitido poner un pie en los cafés sin una compañía adecuada.

Sin saber muy bien qué esperar de aquella muestra al azar, la joven se acercó a la taquilla de la galería, pagó el importe que se pedía por la entrada e ingresó en el edificio. Le sorprendió encontrarse en una estancia tan refinada y bien iluminada. El interior de la galería emulaba las estancias de un palacio, con sus suelos alfombrados en rojo, techos con molduras y frescos de motivos mitológicos.

Sally se preciaba de conocer todos y cada uno de los museos de Viena; los había recorrido durante sus primeras visitas en compañía de su institutriz y se había familiarizado con ellos durante el corto tiempo de su residencia. Así como disfrutaba de una ópera y un recital, podía quedar prendada de una pintura particularmente hermosa, al punto de contemplarla por horas.

El silencio reinaba en el lugar, amén de la escasa afluencia de espectadores, al punto que Sally no escuchaba ni siquiera sus propios pasos, que eran amortiguados por la gruesa alfombra. Supuso que los turistas y vieneses entendidos del arte preferían los museos tradicionales, donde reposaban las obras clásicas, que parecían gustar a todo el mundo.

De pronto, escuchó murmuraciones al final del corredor. Una pareja pasó junto a ella comentando algo sobre la facilidad con la que algunos impúdicos con pincel utilizaban la palabra «arte». Masticando aquellas palabras, la joven siguió las señalizaciones hasta llegar al lugar de la exhibición, un salón ricamente decorado, con muros revestidos en madera y entrañables frescos en el techo. El lugar estaba atiborrado con las pinturas de la exhibición, montadas en sus elaborados marcos de dorados. Media docena de espectadores permanecían inmóviles frente a las representaciones, valorándolas en silencio.

Una mujer de edad avanzada pasó junto a Sally sin disimular un gesto de repudio; algo en la muestra le había desagradado, quizás enfurecido, al igual

que a otra más joven y sonrojada, que venía detrás de ella. Le pareció escuchar que la primera mujer invocaba a todos los ángeles del cielo y se santiguaba.

Sally hizo un gesto de disconformidad mirando a las alteradas mujeres hasta que dejaron la habitación. Seguidamente, se acercó a la primera pintura.

Entonces comprendió el motivo de tanta tribulación. Ella misma sintió el impulso irreflexivo de girar sobre sus talones y marcharse; pero, casi en el mismo segundo en que su decoro fue puesto a prueba, algo la detuvo. Quizás fuera la cruda belleza de aquellas imágenes, la intimidante sensación de realidad que transmitían o la forma en que fueron capturadas, con honestidad y sin vestigios de pudor, pero Sally permaneció allí, contemplándolas en silencio, casi conteniendo el aliento.

No es que antes no hubiera visto un desnudo en una pintura; el arte, en todas sus expresiones, estaba lleno de cuerpos en su estado natural, símbolos de belleza, fertilidad y perfección por antonomasia, pero aquel estilo trascendía el plano del idealismo que dominaba aquellas otras manifestaciones y se volvía más realista.

Era claramente sexual y descarnado.

Se atrevía a decir que estaba concebido para excitar.

La primera pintura mostraba a una mujer con marcadas curvas, laxa y completamente desnuda, tumbada en un diván. Sus piernas al descuido estaban abiertas de par en par. Su expresión era de total abandono; había una nota de desvarío en sus ojos entrecerrados, como si alguna emoción adormecedora — o quizá extremadamente placentera— hubiera tomado el control de su humanidad. El artista había hecho trazos muy vívidos y empleado colores deslumbrantes, como si su intención fuera realzar los detalles escandalosos para, desde luego, estimular al observador con un despliegue de feminidad.

Era una obra hermosa. Perturbadoramente hermosa.

A Sally le costaba trabajo creer que aquella imagen hubiera sido inspirada por una modelo de carne y hueso. ¿Quién en su sano juicio se prestaría para posar de ese modo? Tenía que estar mal. Era... excesivo, era...

Suspiró.

«Sally Withfield, eres una pacata», se burló de sí misma para sus adentros.

—¿No piensa salir corriendo?

Un susurro masculino la extrajo de su contemplación. Se volvió con rapidez

para descubrir el atractivo rostro que se hallaba junto a ella.

Entonces, el asombro la invadió, y luego lo hizo la curiosidad, pero extrañamente, la curiosidad se desvaneció no bien captó la expresión adusta y el cariz inexpugnable de aquellos ojos azules, de aquella boca que no sonreía.

No necesitaba más pistas para adivinar cuál de los gemelos era.

—He resistido hasta ahora, milord —sonrió, satisfecha con su descubrimiento— y tengo intenciones de hacerlo hasta llegar a la última pintura.

—Oh, eso sería una hazaña —dijo él, burlón—. He oído que la mayoría de las damas no consiguen superar la tercera. O pierden el conocimiento o corren como ardillas asustadas.

—Las compadezco.

Sonrió con arrogancia al tiempo que avanzaba hacia el siguiente cuadro, dándole la espalda al marqués de Saint Leger. No le importaba qué rayos hubiera más adelante, iba a soportar lo que fuera con tal que aquel engreído no la creyera una mojigata.

—¿Me permite acompañarla a admirar el resto de la exhibición?

—¿Para sostener mi cabeza en caso de un desvanecimiento? —le miró con ojos entrecerrados, fingiendo la confianza que no poseía—. Si es así, descuide.

—No es eso —insistió calmadamente mientras le seguía de cerca—. Haga de cuenta que soy el guía del museo. Es un pequeño pasatiempo que disfruto cada vez que se me da la oportunidad. Por favor, concédame ese honor.

Era tan educado, tan odiosamente correcto.

—Oh. En ese caso... está bien.

Lo único que la impelió a aceptar la compañía del hermano gemelo de Theo fue su orgullo. Como si aquellas escenas de óleo no fueran de por sí intimidantes, ahora también debía fingir aplomo delante de aquel hombre.

La siguiente pintura no era menos atrevida que la anterior. La misma mujer se hallaba desnuda, desde luego, hincada de rodillas en la orilla de un río poco profundo, cuya corriente apenas le llegaba a las caderas. Sus pechos, voluminosos y bien formados, de pezones rosados y prominentes, habían tomado el protagonismo de la escena. Parecía ofrecerlos, con un propósito claramente sexual.

La voluptuosa nudista había asumido la misma pose devastadoramente

sensual que en la pintura anterior, echando hacia atrás la cabeza y cerrando los ojos, al punto que parecía disfrutar de la atención, e incluso del escándalo de su observador.

—¿No es hermosa? —inquirió Saint Leger.

—Sin duda lo es —admitió ella, sin apartar los ojos de la obra—. Aunque, no es algo que elegiría para colgar encima de mi chimenea.

—La técnica del artista es esencialmente tradicional, pero su fortaleza es la intención. Es genuino, honesto... salvajemente inmoral —Sally distinguió cierta efervescencia en su voz, una nota de pasión juvenil y un brillo fanático en sus ojos que jamás creyó poder atribuirle a un hombre como él. Sin duda, el asunto le entusiasmaba; no sabía si el arte en general, el cuadro o la mujer en cuestión—. Es un puñetazo en la cara para los académicos.

—Parece que le gusta ese estilo.

—No es algo que uno pueda ver y permanecer indiferente.

—Claro que no —convino ella, riendo—, está hecho para...

De inmediato se arrepintió de haber abierto la boca.

—¿Para...? —el marqués alzó una ceja, fingiendo inocencia, cuando Sally estaba segura de que se burlaba de ella.

—Para estimular al observador —zanjó.

Avanzó con prisa hacia la siguiente pintura.

En esta, la mujer no se encontraba sola. Estaba sentada sobre sus muslos, en un desordenado lecho; sus caderas enredadas en una fina sábana blanca, tan transparente que bien podía haber sido un velo nupcial. Desde atrás, una figura masculina, también desnuda y arrodillada sobre el lecho, se cernía posesivamente sobre ella. El amante, de piel morena y músculos compactos, la tomaba por los hombros, acercándola para besarla desde aquella ardua posición. De aquellas miradas intensas, entrelazadas, brotaba un anhelo irresistible, una dulce necesidad, palpable incluso para Sally, que era una neófita en el asunto. Milagrosamente, las emociones saltaban del lienzo y se desbordaban en forma de colores, cautivando al espectador de un modo emocional... y también físico.

La anatomía de los cuerpos era tan precisa, tan vívida, que le pareció estar contemplando una escena real, prohibida, algo que nadie tenía derecho de mirar.

Sally experimentó un ligero estremecimiento al imaginarse en el lugar de la

mujer.

—Es divina —susurró, con las mejillas ardientes y el corazón desbocado. Saint Leger suspiró, conmovido, y ella se preguntó si había sentido lo mismo —. ¿No le parece a usted que el artista está loco por esta mujer?

El marqués sonrió. Fue una sonrisa genuina, irresistible, cálida, que la tomó desprevenida.

«Así que sí sonríe», pensó sarcástica.

—¿Cómo podría haber captado ese nivel de intimidad si no fuera así? Esta pintura es una ferviente manifestación del amor.

—¿Amor?

Sally le observó estupefacta. De todas las palabras en el diccionario, jamás creyó escuchar precisamente aquella de labios de ese hombre.

—Esa mujer es la esposa del señor Dorn.

—¿En serio?

Saint Leger asintió con la cabeza, frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué le sorprende tanto?

—No, no me sorprende. Es solo que... no importa.

—Son amigos míos. Están por aquí, si le interesa conocerlos.

—*Oh*. Me encantaría... cuando acabemos de ver todas las piezas.

—Por supuesto.

Ella ladeó la cabeza, valorando al hombre que tenía al lado bajo una nueva luz.

¿Lo había juzgado mal, acaso?

¿Cómo podía ser frío alguien capaz de valorar una pintura y hablar de amor al mismo tiempo?

Sus pensamientos se deshicieron no bien se encontró de frente con el próximo cuadro. Una mujer distinta a la anterior, de cabello negro ensortijado y piel lechosa, aparecía ahora en escena. Era bella y decadente, como una ninfa Bouguereau, pero en su semblante no había ningún viso de inocencia. Estaba tumbada a la orilla de un río; su desnudez despuntaba sobre una revuelta manta dorada. Su anhelo podía adivinarse en aquella pose dócil, los labios entreabiertos y la sensación de movilidad que transmitían sus miembros, la forma como parecía contonearse sobre la tela.

Era una amante impaciente, pensó Sally.

Ante ella se abría un bosque umbrío e inquietante. De entre los árboles brotaban dos impresionantes siluetas, dos idénticas formas, viriles y atractivas, pero al mismo tiempo amenazadoras. Músculos marcados, pupilas dilatadas, barbas prominentes y sendas cornamentas, emblemas universales de poder y perversidad, adornaban aquellos magníficos cuerpos.

Pero no eran hombres. Eran sátiros, dotados de una belleza corrupta.

Entonces la mujer sí era una ninfa. Y ellos venían para...

«Pero, ¿cómo?», se preguntó Sally frunciendo el ceño y tratando de hallar el sentido de aquella pintura. «¿Acaso los dos...?»

Negó suavemente con la cabeza. No era posible. A menos que...

Con la concentración de un águila, Saint Leger había estado observándola todo el rato. Era como si quisiera robarle los pensamientos. Sally le miró, esperando oír un gentil comentario que la sacara de su desconcierto, pero él no hizo nada más que quedarse con los brazos cruzados, al acecho, y esos ojos azules como cianitas posados en ella. Era como si esperara algo. Sally empezaba a inquietarse y comenzó a jugar con el trozo de papel que tenía en las manos.

—Milord, ¿alguna vez le han dicho que sus miradas pueden poner muy nerviosa a una dama?

—Discúlpeme —soltó, pero no parecía sentirlo en verdad—. Su expresión al apreciar la pintura ha sido un espectáculo digno de admirar. No sé si la ama o la odia, pero pagaría lo que fuera para conocer sus pensamientos.

Ella tragó saliva.

—No estoy muy segura de entender lo que sucede aquí —musitó nerviosamente, volviendo a contemplar la inextricable escena.

—¿Está... segura?

—No lo encuentro hermoso.

Saint Leger se puso serio y descruzó los brazos, perturbado ante su declaración.

—¿En serio? ¿Por qué?

Sally se humedeció los labios.

—Creí que la muestra era sobre el amor y el sexo. He visto otras pinturas con escenas similares donde aparecen ninfas del bosque bañándose en un río. Los sátiros irrumpen y las atacan —dijo con un leve encogimiento de hombros,

sin quitar la vista de la representación—. O al menos esa es la lectura tradicional. Se supone que infringen dolor, deshonra, incluso muerte. No entiendo cómo puede encajar esto en la... —Sally se detuvo cuando volvió a observar la actitud de la mujer y un brote de comprensión la abrumó: en sus ojos rutilaban la sumisión, la expectativa, el miedo. Pero ni el miedo podía compararse al deseo descarnado que parecía gobernar cada célula de su cuerpo—. O quizá no se trata de eso... —arrastró las palabras hasta que se volvieron un susurro apagado.

«Por supuesto que no se trata de eso, tonta», se increpó para sus adentros.

La indeseable ola de calor volvió a subir por su rostro, tiñendo sus mejillas de un rojo carmesí. Maldijo en silencio pues, ni con sus mayores esfuerzos logró parecer glacial. Se vio a sí misma como una muchachita de iglesia, presa del más agobiante bochorno.

Apartó el rostro con un último vestigio de dignidad, esperando una estocada. Estaba convencida de que Saint Leger se aprovecharía de su traspié, de que se burlaría de ella y soltaría un comentario arrogante que diera por sentado que era una mojígata.

Sin embargo, él estudió la situación con aquel semblante inescrutable. Sus ojos adquirieron un brillo de éxtasis, una consciencia de la que antes carecía.

—No tiene por qué avergonzarse, Sally —susurró con delicadeza, dejándola de piedra—. Es una joven tan pura... Hay cosas que debería descubrir por sí misma, preciosa, no por una pintura.

«Preciosa».

Había dejado de respirar.

Su ternura fue devastadora, y para su sorpresa, caló muy dentro suyo, como si todo ese tiempo la hubiera necesitado, sin ser consciente. Sally le miró con los ojos muy abiertos, consciente de que él vería su embarazoso sonrojo, pero no le importó. Fue como si le viera por primera vez. No se parecía a ningún hombre que hubiera conocido antes, ni siquiera a su hermano gemelo.

Tuvo que sacudir un poco la cabeza para recuperar la facultad para pensar.

—Al menos superé la tercera pintura —bromeó, como hacía cada vez que se ponía nerviosa.

—Y no se ha desvanecido. Estoy muy orgulloso de usted, querida.

La joven suspiró, dejando pasar el hecho de que lord Saint Leger había utilizado su nombre de pila. Aquel momento que podía haber resultado

catastrófico para su orgullo, quedó perfectamente suavizado. Era un perfecto caballero.

Tras disfrutar de toda la muestra, Sally se encontró con el pulso acelerado y la piel extrañamente sensible. No supo decir cómo consiguió sobrevivir a aquella experiencia tan extravagante, a aquellas imágenes tan escandalosamente hermosas, sugestivas, eróticas. Sin duda, la compañía de Saint Leger había tenido que ver. Había demostrado ser atento, gracioso, extraordinariamente culto e inteligente. Había hablado con efusión sobre cada pintura, y ella había compartido su impresión abiertamente, sin temor a ser juzgada.

Tal como se lo prometió, le presentó al artista, el señor Stefan Dorn y a su esposa Elina, una belleza rubia y radiante que parecía insólitamente cómoda con la idea de que su cuerpo desnudo adornase los muros de la galería, donde un puñado de extraños podían dar cuenta de sus encantos. Stefan era un moreno alto, delgado, con la mirada soñadora propia de las personas que desempeñan su oficio. Con solo mirar sus rasgos, Sally comprendió que aquel era el hombre de la pintura, el que se abalanzaba sobre la mujer para besarla desde atrás. Sonrió al comprender que se había pintado a sí mismo, haciéndole el amor a su mujer.

—¿Qué le ha parecido la muestra, señorita Withfield? —inquirió Elina.

—Confieso que no había visto nada igual. Es sublime.

—Es usted muy amable —el pintor inclinó la cabeza, sonriente—. Mucho más que la mayoría de la gente que ha pasado hoy por aquí. ¿Creería que hemos recibido amenazas de grupos de damas defensoras de la moral pública?

—No puede ser...

Una de esas tenía que ser von Lambort, apostarí lo que fuera.

—Así es —dijo Elina—. La policía vino a advertirnos que cerráramos la exposición o nos llevarían a la cárcel. Gracias al cielo, milord, como propietario de la galería, ha intervenido. Se han marchado sin conseguir que descolgásemos una sola pintura.

Sally alzó las cejas y observó a Saint Leger con asombro ante aquel nuevo descubrimiento.

—Respeto es lo menos que mis artistas merecen —fue su sobria respuesta.

—Lo gracioso es que mientras más nos censuran, más personas vienen a vernos, especialmente damas, ¿verdad, mi amor? —rio Elina, a lo que su

esposo asintió, divertido—. Vienen en las horas de menos tráfico, envueltas en chales, parece que estuvieran disfrazadas.

—Bueno, ¿no es lo prohibido irremediablemente atractivo? —dijo Sally.

—Totalmente.

—Eso es tan cierto, señorita Withfield —convino el señor Dorn.

Saint Leger, en cambio, había permanecido en silencio.

—¿No es extraño que hayamos coincidido aquí, en la muestra del señor Dorn?

—¿Adónde más van los amantes del arte?

—Honestamente, yo intentaba volver a casa de la señorita Weichselbraun cuando me topé con el cartel de la puerta —confesó Sally mientras caminaban por el largo pasillo alfombrado que conducía al vestíbulo—, y no resistí la tentación de entrar. Ni en mil años habría imaginado que esta galería fuera de su propiedad.

—Le dije que era un pasatiempo. Pocas personas saben de esta galería, ahora usted es una de ellas.

—¿Ha comprado alguna pintura?

Él se tomó el tiempo para responder.

—Cuatro.

—¿¡Cuatro?! —le miró con los ojos brotados—. ¿Puedo preguntarle cuáles?

Saint Leger intentó ocultar su diversión, pero fue imposible. Su expresión dejó de ser subrepticia y se tornó hilarante, juvenil. Sally estaba fascinada con lo que había descubierto de él. Era como si hubiera abierto un libro con una tapa oscura e inescrutable y hubiera leído sus primeras páginas, hasta quedar enganchada. Cuan diferente era de Theo, pensó. Su hermano no era un libro que uno tuviera que abrir y leer, era un cuadro que no temía ser exhibido.

Como no respondió a su indiscreta pregunta, Sally continuó espoleándole.

—El señor Dorn debe tenerle mucho aprecio.

—¿Por qué lo dice?

—Cualquier otro hombre, uno que no fuera un artista profesional, no concebiría venderle cuatro imágenes de su mujer desnuda a un completo extraño.

—Usted lo ha dicho, uno que no fuera un artista —levantó una de sus

atractivas cejas—. Y no en todos los cuadros aparece Elina Dorn —ella achicó sus ojos, con la curiosidad al rojo vivo—. Soy un gran admirador del trabajo de este artista, y no son los primeros cuadros que adquiero. De hecho, se puede decir que soy un coleccionista de su obra.

¿Un coleccionista de pinturas eróticas?

¿Había elegido la pintura de la ninfa morena y los dos sátiros?

¿En qué lugar de su casa exhibiría semejantes cuadros? ¿Sobre su chimenea? ¿En las áreas donde recibía a los dignatarios de otros países?

¿En el dormitorio?

Desde luego, no pensaba hacerle esas preguntas.

—Espero que los disfrute y sepa darles un lugar especial... y discreto — musitó.

El sacudió la cabeza, refrenando una sonrisa.

Se detuvieron cuando llegaron al vestíbulo. Las puertas francesas acristaladas les mostraron el panorama de afuera. La lluvia había vuelto a hacer su aparición. Sally cerró los ojos con fuerza, maldiciendo su suerte.

—Supongo que no insistirá en volver a casa andando.

—Puedo apañármelas —murmuró mientras buscaba en su bolsito el cuadro de papel con el número que había recibido en la entrada, junto al armario donde había dejado sus efectos personales—. ¡Tengo paraguas nuevo!

Saint Leger chasqueó la lengua.

—Olvídelo, vendrá conmigo —murmuró sin siquiera preguntarle si le permitía llevarla.

Unos minutos más tarde, volvían a estar frente a frente en aquel habitáculo cerrado y reducido, inundado por su olor elegante y poderosamente masculino, mientras afuera caía un diluvio.

—¿Por qué continúa estudiando el idioma? —la pregunta tan insospechada del marqués la descolocó—. Su alemán es perfecto.

—No creo que lo sea.

—No sea modesta. La escuché hablar con mi madre en el teatro y hoy con los Dorn. Tengo la percepción de que ya ha estudiado lo suficiente.

Sally se mordió el labio inferior, tratando de hallar una manera lógica de explicarlo.

—Me gusta tener algo que hacer, algo de lo que formar parte.

—¿Algo además de los tés con sus amigas?

—No tengo amigas —el pestañeó, incrédulo—. Es decir, aquí en Viena no tengo a nadie además de la señorita Weichselbraun y el señor Fitzroy. Mis amigas están en Inglaterra —dijo aquello con un repentino brote de tristeza. Cómo extrañaba a sus queridas Esther, Harmony y Fanny, que ya estaban casadas—. En la clase de alemán conozco gente de todas partes del mundo, gente muy interesante y amigable, que va y viene. Extranjeros, como yo, que también buscan pertenecer. Además, las clases exigen mejoramiento constante, cumplir con una responsabilidad, ser disciplinada. Me gusta comprometerme.

—Podría hacer nuevas amistades aquí en Viena.

Sally negó sutilmente con la cabeza.

—No es tan fácil, milord.

—No he escuchado que mencione a mi hermano entre sus amigos más cercanos. Eso es extraño porque en la ópera parecían muy conectados.

—¡Sí, sí, por supuesto! —asintió con la cabeza—. Lord Theo es una compañía muy apreciada. ¿Puedo confesarle algo?

—Por supuesto.

—Nadie me había invitado a la ópera o al parque desde que llegué a la ciudad —Saint Leger frunció el ceño, como si hubiera algo malo en lo que acababa de contarle, pero ella continuó—. Como le dije la última vez, tengo a lord Theo en la más alta estima. Es un caballero como pocos.

«Sí, un caballero que quiere meterte en su cama», susurró una voz malintencionada en su cabeza.

—Entonces... ¿sonarán campanas de boda muy pronto?

—¡No! —la respuesta brotó de los labios de Sally con demasiado furor. Los dos se miraron, sofocados por aquella reacción tan desproporcionada—. No. No sé a qué viene eso, milord —repuso, esta vez, tratando de sonar más civilizada—. Lord Theo y yo somos buenos amigos, eso es todo.

¿Por qué había sonado tan alterada y por qué ahora el corazón le palpitaba con tanta fuerza?

El marqués le dedicó una mirada dura, que ella no comprendió. Se inclinó hacia adelante en su asiento, con lo que las sombras dibujaron formas peligrosas en su rostro.

—¿En verdad cree eso, Sally?

Su tono había sido todo menos cordial.

—¿Disculpe?

—¿En verdad cree ser amiga de mi hermano, el canalla de más alta factura de toda Viena? Theo no tiene amigas, tiene conquistas. Sus intenciones nunca son del todo puras, mucho menos cuando se trata de una mujer guapa. ¿Qué cree que le deparará esa amistad?

—¿Está insinuando que yo...?

—No, no después de hoy —sus ojos brillaron con algo que ella no alcanzó a leer, pues estaba totalmente pasmada con sus palabras—. No después de haber visto su reacción, su desconcierto frente a esa pintura. Usted es una inocente. Debería mantenerse alejada de mi hermano, Sally, por su propio bien.

—¿Así nada más? ¿Porque usted lo dice?

—Se lo digo porque alguien debería —pronunció cada palabra con particular énfasis, como si ella fuera una niña pequeña, o una tonta.

Sally apretó los dientes.

—¿Cómo se atreve? —gruñó—. No soy tan idiota como usted se imagina. Puede que no sepa todas las cosas que una mujer de mundo sabe, pero puedo adivinar las intenciones de un hombre y más importante aún, puedo cuidarme sola. Creo que ya se lo he dicho en un par de ocasiones.

—Esto no es como caminar sola por las calles. Dentro de la lista de posibles peligros para usted, además de los carteristas, debería considerar a los granujas.

—¿Por favor! —soltó, furiosa—. Theo es un granuja, o eso dicen, pero ¿qué hay de usted, Saint Leger? ¿Acaso es un monje?

—¿Yo?

—No creo que sea superior a su hermano gemelo, moralmente hablando, así que deje de hablar como si lo fuera.

Él guardó silencio.

—Dígame, ¿acaso... usted le quiere?

—Eso no es asunto suyo.

Saint Leger resopló con fuerza.

—Está enamorada, ¿verdad? La idea de un príncipe europeo ha despertado sus sueños románticos. Déjeme decirle que esto no terminará como en los

cuentos.

—¿Cómo se atreve...?

—Manténgase alejada, Sally.

—Usted me cree poca cosa, ¿no es verdad?

—¿Qué carajos dice?

—Para usted no soy más que la hija de un burgués, una simple extranjera sin clase ni contactos. Eso es lo que su madre y la señora von Lambort dicen de mí, ¿verdad?

—No es cierto.

—Usted también ha de pensarlo. Usted, que es un hombre críptico, calculador y prejuicioso. Solo falta que también me pregunte si soy judía.

—Jamás le preguntaría eso, pero si usted lo fuera, no supondría ningún problema para mí. En mi familia no nos caracterizamos por cuestionar la fe de nuestros semejantes. Si mi madre le causó esa impresión me disculpo en su nombre.

—No le creo.

—Sally, estoy tratando de darle un consejo.

—Un consejo que yo no le he pedido.

El marqués soltó un gruñido de frustración.

—Bien, ¡haga lo que mejor le parezca, muchacha terca!

Furiosa, intentó tomar la manecilla de la portezuela y salir de aquel carruaje de cualquier manera. Le valía un cuerno tener que internarse en la lluvia y pescar un resfriado, con tal de alejarse lo más que podía de aquel engreído aristócrata. Pero él, lanzándole una mirada encolerizada, le tomó de la muñeca y se lo impidió. Sin hacerle daño, le demostró que tenía el poder para retenerla allí.

—Haga lo que mejor le parezca, salvo dejar este carruaje.

—¿Y así actúan los diplomáticos?

—Cuando tienen que hacerlo, sí.

Ella no tuvo más remedio que abandonar su esfuerzo, maldiciendo en silencio.

¿Quién se creía para hablarle así? ¿Por qué de pronto había modificado su actitud hacia ella? ¿Era posible que la hubiera envuelto con un fingido encanto para conocer sus sentimientos por Theo y después intimidarla?

El resto del viaje transcurrió en el más absoluto silencio, aunque Sally casi podía escuchar los dientes de Saint Leger rechinar. Su talante había sido de piedra todo el rato y el de ella, de pura rabia contenida.

Cuando el coche se detuvo finalmente frente a la casa de su anfitriona, respiró aliviada. Se vio obligada, sin embargo, a aceptar la mano del marqués para bajar del landó. Ella la tomó a regañadientes hasta que sus pies tocaron la calzada, que estaba húmeda y resbalosa.

En un acto de rebeldía, producto de su rabia, se zafó de su agarre. No bien dio un paso hacia los escalones de entrada, pisó una zona particularmente fangosa y trastabilló. Por un instante, Sally pensó que terminaría con el trasero estampado en el suelo, cubierta de lodo para su completa humillación, pero él fue más rápido y logró atraparla entre sus brazos.

La sostuvo desde atrás, rodeando con fuerza su cintura, pegando sus caderas contra las de él en lo que podía considerarse un abrazo íntimo.

Sally se zafó con mucha más lentitud de la que hubiese esperado, tomando en cuenta las circunstancias. Entonces, sin mirar atrás, caminó hasta la puerta y se introdujo en la casa de la señorita Weichselbraun sin dedicarle una sola mirada.

Capítulo 11

—Jamás entenderé por qué las palabras en alemán son tan largas y complicadas —Mallory apoyó el codo en la mesa, y su pequeño rostro, con la forma de un corazón, sobre la palma de la mano. Su expresión era de total desconsuelo—. Y por qué la gente suena tan enfadada cuando lo habla.

Sally dejó de tomar apuntes y le sonrió con ternura.

—Oh, vamos. No es tan malo, ¿verdad?

—Es muy difícil... ¡y feo!

—Está bien, puede que no sea una lengua tan romántica como el francés —se encogió de hombros, resignada— pero, vamos. Estamos en Viena y hay que encajar de algún modo.

—Lo dices porque tú lo hablas muy bien, Sally. Podrías dejar el curso si quisieras, como dice el profesor.

—Tú también lo hablarás muy bien si te esfuerzas un poco más. Te he escuchado cantar esas hermosas canciones alemanas y tu pronunciación es maravillosa.

—Pero eso es por mi voz —la francesa se envaró con fingida jactancia—. La gente la adoraría, aunque me propusiera rebuznar.

—Y eso es lo que mayormente haces —se burló Mathieu desde el otro lado de la mesa de estudio. Mallory achicó los ojos, exasperada, y le hizo un gesto con el dedo corazón—. Oye, no tienes que ser tan bravucona. ¿Qué pensará Sally de ti, hermana? ¿Qué ha venido a estudiar con una barriobajera francesa?

Aquellos dos eran adorables, incluso cuando se peleaban. Ambos eran prácticamente adolescentes y, aun así, gracias a sus extraordinarios talentos musicales y los viajes que habían emprendido por todo el continente, habían vivido experiencias que la mayoría de la gente nunca había tenido.

—Yo ya tuve suficiente estudio por hoy, compañeros —dijo ella cerrando el manual con hastío—. Me voy a casa a prepararme para el recital de esta noche —miró a Sally con picardía, como si de pronto hubiera tenido una estupenda idea—. Oh, ¡deberías venir con nosotros!

—¡Claro! —convino Mathieu—. Acompáñanos, Sally. Hoy tocaremos en una de esas tabernas de Grinzing, cerca de los viñedos. ¿Qué dices?

Sally pegó la espalda al respaldo de su silla. No se sentía con ánimos para

salir.

—Quizás otro día...

—Oh, Sally, por favor —insistió Mallory—. Con Will fugitivo, has de sentirte muy sola. Ven con nosotros a Grinzing.

Era verdad. Hacía tiempo que no se divertía.

Desde aquella noche en el teatro de la ópera, las invitaciones a los bailes y cenas habían escaseado hasta reducirse a cero, aun cuando la temporada social en Viena estaba en pleno auge. Suponía que aquello se lo debía a la señora von Lambort, que había amenazado con cerrarle todas las puertas de la ciudad hasta que no tuviera más opción que regresar a Inglaterra. A todas luces, y para su completo escozor, la hiena endemoniada lo estaba consiguiendo.

«Vamos, querida» —su anfitriona había soltado una risotada cuando Sally le manifestó sus temores—. «No seas dramática. Von Lambort no tiene incidencia en la decisión de cada señora de la clase alta de Viena. No han pasado más que unos días después de la ópera. En cualquier momento llegarán las invitaciones».

Había dicho aquello hacía quince días, y esas invitaciones, naturalmente, nunca habían llegado.

Pero lo que más coraje le daba era que Sophie había sido incluida en aquel horrible veto. Su anfitriona no tenía la culpa de que Sally se hubiera ganado la enemistad de la mujer más aborrecible de todo el imperio. Entonces, comenzó a pensar que quizás aquel era un mecanismo de presión de von Lambort para conseguir que Sophie se deshiciera de ella. Pese a que la dama no se mostraba demasiado preocupada por la falta de invitaciones en su bandeja, Sally estaba consciente de que aquello no era bueno. Ahora más que nunca necesitaba mudarse y dejar de perjudicar a su anfitriona, que había sido tan bondadosa todos esos meses.

Llevaba tiempo dándole vueltas a la idea. Quizás si volvía a visitar al señor Holzer y se disculpaba por su comportamiento en aquel último encuentro, éste podría acceder a buscarle otra propiedad en alquiler, una cuyos dueños no tuvieran nada en contra de las jóvenes independientes.

A su desolado estado de ánimo se sumaba el hecho de que Will se había marchado a Salzburgo con Bastian Müller. No hacía ni una hora que había puesto un pie en Viena, y el muy fresco volvía a irse, jubilándose del curso y la academia de música. Vaya idilio el que estaba viviendo...

Y si contaba el hecho de que los últimos quince días se había dedicado a inventar excusas para no ver a Theo, ello la dejaba muy sola, más de lo que nunca había estado desde su llegada a Viena. Su único refugio era ese curso, un curso que ya no necesitaba, pero al que tenía que aferrarse para justificar su presencia en aquella ciudad, al menos ante su padre. En su última carta, el señor Withfield había mencionado que Geoffrey Blakeley, el hijo de uno de sus amigos, le enviaba saludos muy afectuosos y había pedido permiso para escribirle. Ella había respondido a su padre, pero desde luego había ignorado el asunto de Blakeley, ese caballero que no era santo de su devoción.

«Tengo la percepción de que ya ha estudiado lo suficiente».

De repente, las palabras de lord Saint Leger llegaron a ella como el zumbido de una abeja.

Cuando pensaba en aquel odioso petulante y en la conversación que habían mantenido en su carruaje, le rechinaban los dientes.

¿Cómo se atrevía a criticar su amistad con Theo? ¿Y cómo se atrevía a asumir que ella era una muchachita tonta, maleable y fácil de engatusar? Ese imbécil no la conocía, no tenía idea de que había lidiado con granujas y versados cazadotes desde la adolescencia y que a todos los había mandado a volar con una habilidad que había desarrollado por necesidad.

Sally estaba convencida de que detrás de aquella «preocupación» se escondía una rotunda negativa a dejar que su hermano se relacionara la hija de un burgués, una joven que además estaba en el camino de convertirse en una paria social gracias a los buenos oficios de la señora von Lambort.

Claramente, las atenciones tan esmeradas de Theo hacia Sally habían creado confusión. Ella misma llegó a creer que la estaba cortejando. ¿Por qué no habría de creerlo también su familia? Debían de estar horrorizados de solo pensar que él hubiera puesto sus ojos en ella. Si Saint Leger supiera que Theo le había propuesto convertirse en su amante, dejaría de considerarla una amenaza para su familia, pero no era algo que pudiese comentar con él como si nada.

En fin. Debía hacer algo para sentirse mejor.

Ya que había sido excluida de todos los entretenimientos «adecuados» para una dama, le convenía empezar a pensar en frecuentar otros lugares.

—Muy bien. ¿Dónde está esa taberna?

Mucho más tarde ese día, Sally recorría las oscuras calles de Viena en un carruaje de alquiler, rumbo al popular barrio de Grinzing.

No podía arriesgarse a que Sophie le prohibiera salir, así que, en lugar de pedirle permiso, se escabulló de casa con la ayuda de Pola. Aunque al principio se negó en redondo, la doncella húngara terminó cediendo a sus súplicas, o más bien a su experta manipulación. No era la primera vez que Sally Withfield se evadía de casa. En Londres, había ido a un sinnúmero de lugares después de la medianoche, y ello gracias a su legendaria destreza para persuadir a los sirvientes y convertirlos en sus cómplices.

Pola le había provisto de un vestido suyo, un modelito sencillo, confeccionado en lana gris oscura y sin adornos, perfecto para pasar desapercibida en un lugar público. La había peinado de forma sencilla, nada más que un par de delgadas trenzas cruzadas detrás de la cabeza, bajo las cuales brotaba una masa de rulos hasta caer sobre sus hombros. Desde luego, había prescindido de las alhajas.

Sally jamás había salido de casa vestida de ese modo. Se sentía como si hubiera asumido otra identidad, pero la sensación de libertad que acompañaba ese atuendo era impagable.

Cuando el conductor del carruaje la dejó frente a un local gigantesco y vistoso, con una farola de gas a cada lado de la entrada, experimentó un leve temor. Se quedó petrificada en su asiento mientras observaba el movimiento fuera de la taberna. Dos tambaleantes hombres salían del local entonando una canción incoherente, cada uno llevaba a una exuberante compañera colgada del cuello; los escotes pronunciados, que dejaban ver unos sórdidos encantos y los rostros pintarrajeados, le permitieron adivinar la profesión de aquellas mujeres.

Así que era esa clase de taberna, pensó con ansiedad.

—Señorita, ¿no me pidió que la trajera a *Heuriger Wolff*? —la apremió el cochero tras abrir la portezuela—. Hemos llegado.

—Sí, sí. Gracias, señor.

Se apeó del vehículo y le entregó el pago de tres florines con la mano temblorosa. Unos segundos después, el hombre se había hecho con otro cliente y desaparecido al final de la calle. Adiós oportunidad de echarse para atrás y regresar a casa, se dijo ella suspirando.

Sin más alternativa, Sally Withfield se obligó a cuadrar los hombros e introducirse en aquel lugar. Se aferró al capuz de la capa que se había echado

sobre los hombros para complementar su atuendo y avanzó con cautela hasta la puerta.

Se relajó un poco, una vez echó una primera mirada al interior de la taberna. La música tradicional vienesa, ejecutada por una agrupación, sonaba con algarabía; los asistentes empujaban sus jarras llenas y cantaban a voz en grito. El lugar estaba a reventar, y todo el mundo lucía demasiado achispado, demasiado distraído con el espectáculo como para mirar a su alrededor. Nadie parecía consciente de que una muchacha timorata, envuelta en una capa, acababa de entrar.

Así que su disfraz había resultado.

¡Perfecto!

Sally aprovechó aquella sensación de invisibilidad para admirar el lugar, que encontró de lo más pintoresco. El *Heuriger Wolff* era una taberna enorme, dotada de un escenario para los artistas y una barra con la forma de una herradura, en cuyos techos colgaban cientos de botellas de vino local. Los muros eran de piedra, al igual que los techos, altos y abovedados. La joven creyó hallarse en un lugar subterráneo, como en una bodega de vinos.

La taberna estaba atiborrada de mesas repletas de ruidosos clientes. Docenas de camareras, vestidas con provocativos atuendos, desfilaban con bandejas colmadas de bebida y comida. Sally arrugó el ceño cuando advirtió que uno de los clientes, con un movimiento brusco, sentó a una de aquellas chicas en sus piernas; de inmediato, la mujer se incorporó y le zampó una bofetada que resonó por encima de la música. La respuesta de la gente fue reír y burlarse del abusivo hombre, que aun se tocaba el rostro con gesto pendenciero.

Sally suspiró, inquieta. Ahora debía encontrar a Mallory y a Mathieu y quedarse en un lugar seguro durante el resto de la noche. Como músicos contratados, se suponía que sus amigos estuvieran detrás del escenario, esperando su turno de salir a escena, ¿no?

Cerca de donde ella se encontraba, había algunas mesas ocupadas por hombres muy ebrios. Cuando pasó junto a ellos, dos la miraron con interés. Resoplando, abandonó el área de los clientes y enfiló un estrecho pasillo situado cerca del escenario, suponiendo que la entrada estaría justo detrás.

De pronto, sintió un fuerte tirón detrás de su cabeza.

—Mucha ropa, muñequita —balbució una voz masculina—. Déjame verte bien.

Los bucles se soltaron y salieron disparados fuera del lugar seguro donde los había acomodado. El capuz de la capa que llevaba puesta se cayó, descubriendo su rostro. Dando un respingo, Sally se volvió para mirar al hombre ubicado detrás de ella y lo taladró con los ojos.

Era un tipejo de lo más desagradable, con el rostro cuadrado y arrogante y una mirada lasciva que le produjo escozor. Tenía el cabello rubio, largo y escaso, recogido en una coleta a la altura de la nuca. La boca, cruzada por una cicatriz, le sonreía con insolencia. Vestía un ajado traje de caballero que había visto mejores tiempos. Por la forma cómo la ropa se le adhería al cuerpo, se podía adivinar una sólida masa de músculos debajo de ella.

De inmediato, Sally se puso en guardia.

—Señor, ¿es usted un grosero! —gruñó.

—¿Cómo te llamas, ángel?

Cuando Sally quiso alejarse de allí, el hombre, que le sacaba una cabeza y era una pared de músculo, se interpuso en su camino. Acabó chocando con él, y le pareció como si estuviese hecho de hormigón.

—Déjeme marchar.

—No si no me dices tu nombre —insistió—. ¿Por qué no vienes a la mesa conmigo? Anda, déjame invitarte un vaso de vino.

—No quiero nada. ¡Déjeme marchar o gritaré!

El hombre soltó una risotada, enviando al rostro de Sally un tufo rancio.

—¿Y crees que a alguien le importará? —farfulló. Ella apretó los puños y echó un vistazo nervioso al pasillo. No había nadie a la vista, nadie a quien pedir ayuda—. Anda, sé buena y ven conmigo a tomar un vaso de vino. Si no puedes decirme tu verdadero nombre, te llamaré «Helga».

—¡Y un cuerno!

—¿Cuánto cobras?

—¿Qué? —pronunció con la garganta constreñida.

—¿Cuánto tengo que pagar... por una noche contigo, Helga? —intentó tocarle el rostro y Sally lo apartó de un manotazo.

—No soy una prostituta, señor.

El hombre se burló de ella.

—¿En serio? ¿Y qué haces aquí, dulzura?

Con un impulso veloz, Sally echó a correr por el pasillo. El hombre, que era

fuerte pero no muy ágil, la tomó por detrás, aferrándose a la capa. Por suerte, ésta se zafó y en lugar de retenerla, el hombre se quedó con la prenda.

—¡Maldita muchacha! —graznó—. Te voy a estar esperando, Helga. Esta noche nos vamos de aquí juntos...

La voz se perdió en el pasillo mientras el corazón de Sally retumbaba como un trueno. Resollando, alcanzó al fin la parte posterior del escenario. Allí descubrió una puerta amplia, abierta de par en par, que conducía a una habitación ruidosa y pobremente iluminada. Había al menos veinte personas en el interior; músicos, trabajadores de la taberna moviendo instrumentos de aquí para allá y una muchacha que impartía órdenes a todo el mundo. Esa muchacha era Mallory.

—Sally, ¡viniste! —la saludó en cuanto sus miradas se cruzaron.

La francesa se acercó a ella dando saltitos. Estaba guapísima con su vestido color turquesa y el cabello perfectamente arreglado para su presentación.

—Hola, Mallory.

—¡Oh, no! —echó una mirada de terror a sus espaldas y luego le susurró—. No debes llamarme por mi verdadero nombre. Aquí soy la señorita Anouk Brassard.

—Oh, lo siento... Anouk.

—No tuviste problemas para llegar aquí, ¿o sí?

—Ninguno —negó con vehemencia, obligándose a sonreír—. Estás muy guapa. Te ves como toda una estrella.

—¡Gracias!

—¿No estás nerviosa? Yo estaría muerta de miedo, con toda esa gente afuera.

—¡Claro que no! —farfulló, rebotante de confianza, un rasgo de ella que Sally encontraba adorable—. ¡Saldremos en un momento!

Mallory caminó hasta unas cortinas negras que envolvían la sala y las corrió de un tirón. Desde allí podía apreciarse la taberna en toda su dimensión. Sally se mantuvo apartada, temerosa de ser vista.

—¿No te gustaría ocupar una mesa y beber algo?

Pensó en aquel condenado borracho del que había escapado por los pelos, y sacudió la cabeza con fuerza.

—Prefiero quedarme aquí a esperar por ustedes.

—¿Estás segura? —frunció el ceño—. Cantaré toda la noche.

—Muy segura... Anouk.

No podía volver a la taberna; su disfraz estaba arruinado. Maldito fuera aquel miserable que la había abordado, privándole de su capa. Sin la prenda, le sería imposible moverse con tranquilidad, aunque llevara puesto el vestido de Pola. Si alguien la reconocía, si alguien la veía en el interior de aquel tugurio en donde los hombres se creían con el derecho de reclamar a las mujeres y atacarlas... estaba perdida.

¿Pero quién rayos iba a reconocerla? ¿Acaso la gente estirada con la que había coincidido en los eventos sociales de Viena podía considerarse asidua a lugares como aquel? ¡Absolutamente no! Pero fuera como fuera, le convenía mantenerse alejada del infeliz que había amenazado con llevársela.

—Mira toda esa gente —musitó la joven francesa con la vista puesta en el público—. Cuando me escuchen van a orinarse de la emoción.

Sally sonrió. La seguridad de su compañera de curso era equiparable a su talento. Y eso que era apenas una chiquilla.

—Dime una cosa, querida. ¿No intentan propasarse los hombres?

—Siempre —dijo con amargura—. No importa si se trata de la chusma o de señores nobles, todos quieren una maldita «función privada». Gracias a Dios tengo a Mathieu, que es bueno con los puños. Aunque el pobre la ha pasado mal desde que salimos de París; incluso ha tenido que pagar prisión por haber malogrado a un borracho lascivo que ha querido llevarme a la fuerza —resopló.

—Anouk, eso es horrible. Lo siento mucho.

—No importa. Sorpresivamente, aquí hay de las dos clases de hombre.

—¿Qué?

—Echa un vistazo, Sally.

La joven dirigió una mirada ansiosa entre las cortinas negras.

Y se quedó de piedra.

Cuando ingresó en la taberna, tan solo había alcanzado a atisbar el área más popular del inmenso local; ocupada por la bulliciosa plebe. Desde aquella nueva perspectiva pudo observar que, en la parte superior existía un conjunto de palcos muy exclusivos y discretos, que solo eran visibles desde el escenario.

Caballeros vestidos pulcramente, sentados alrededor de mesas con finos manteles, fumaban puros y bebían, con toda seguridad, los tragos más caros de todo el local, al tiempo que conversaban entre ellos con la mirada puesta en el escenario. Parecían dioses inalcanzables, situados en sus doradas atalayas, observando con soberbia el mundo a sus pies.

Sally nunca había estado en una taberna de Londres, pero sus hermanos habían mencionado una vez, sarcásticamente, que aquellos lugares se caracterizaban por fusionar las distintas clases sociales, por lo que no era extraño ver a lores y a obreros de fábricas engullendo alcohol codo a codo y disputarse las atenciones de las mujerzuelas. En Viena, en cambio, las diferencias se mantenían y se defendían, a juzgar por aquella deliberada delimitación espacial.

—El *Heuriger Wolff* es un lugar muy popular —dijo Mallory con ironía—. Dicen que el emperador suele venir. Los guardias revisan todo el local antes de que empiece el recital, se apostan alrededor de los palcos y cierran la calle para resguardar su seguridad. *Pfff*.

«Maldición».

Mallory debió despedirse pues, le esperaba una larga noche sobre el escenario. Mathieu le anunció que todo estaba dispuesto y que ya debían presentarse ante el público. Sally tranquilizó a su amiga y le aseguró que estaría bien allí.

«Siempre y cuando me mantenga oculta».

Cuando Mallory, Mathieu y los demás músicos iniciaron su actuación, Sally se relajó. El público había quedado ensimismado con la hermosa voz de la francesa, que era enérgica, apasionada y emotiva. Algunos la comparaban con un gorrioncillo, cosa que ella detestaba.

Sally aprovechó la ocasión para mirar tras la cortina. Paseó la vista por la planta principal, en busca de su atacante. Le vio sentado a una mesa, rodeado de tipos tan repugnantes como él, que lanzaban miradas lujuriosas a la intérprete. El hombre lucía distraído, mirando a uno y otro costado del escenario, como si buscara a alguien.

¿A ella, quizás?

¡Maldito fuera! Con esa bestia apostada allí afuera, Sally no conseguiría salir jamás, a menos que quisiera enfrentarse a él.

De nuevo alzó la vista hacia los palcos más lujosos, consciente de que allí

también se hallaba una amenaza para ella. Entornó los ojos y comenzó a repasar los rostros de aquellos ociosos caballeros, esperando que ninguno fuera conocido de Sophie... o de von Lambort.

Entonces, el último rostro que esperaba ver apareció entre una docena de desconocidos... Sally soltó una maldición. Se tapó la boca con la palma de la mano mientras negaba con la cabeza y se alejaba de las cortinas. «Él» no podía estar aquí. De todas las tabernas, de todos los puñeteros clubes de caballeros y tabucos de Viena, no podía haber escogido el mismo lugar donde Mallory y Mathieu se presentarían aquella noche.

Volvió a acercarse lentamente a las cortinas, esperando ver un rostro parecido o simplemente comprender que había cometido un error... pero tuvo que apretar los párpados con desazón cuando se percató de que no había ningún error.

Era «él». Y estaba allí.

Solo que... ¿cuál de los dos?

Ya debería ser capaz de diferenciarlos, siendo que eran tan distintos, más allá de la hermosa fachada. Resguardada tras la cortina, Sally achicó los ojos y fijó la vista en su atuendo, en los gestos moderados, en la forma de mirar y de articular. No. No era Theo... Estaba segura. Era su hermano. *Saint Leger*. El gemelo malvado.

El marqués balanceaba un puro encendido entre sus largos y blanquísimos dedos mientras charlaba con otros dos caballeros. No llevaba corbata, el primer botón del chaleco iba desabrochado, lo que le otorgaba un aspecto informal y relajado. El cabello estaba revuelto y le caía adorablemente sobre la frente. Parecía un adolescente. Su sonrisa ocasional no era fácil como la de Theo sino reservada, pero genuina. Cada tanto, mientras escuchaba a su interlocutor sin demasiada atención, se revolvía el cabello perezosamente y daba una calada a su puro.

Caray. Ojalá no fuera tan guapo, así odiarlo sería mucho más sencillo.

Sus dos compañeros le susurraban comentarios mientras observaban la actuación de Mallory.

¿Acaso le gustaba la cantante? ¿Era del tipo de hombre que solicitaba una «función privada»? Se hizo aquellas preguntas con fastidio, incluso con resquemor.

Sally se aferró a sus recuerdos de él, a aquel último y desastroso encuentro

en el carruaje para ahuyentar todo pensamiento complaciente, pero lo único que acudió a su mente fueron sus tiernas palabras frente a aquella perturbadora pintura; su preocupación, que ya no encontraba tan pedante. Quizá si hubiera escuchado la mitad de sus consejos no estaría metida en aquel lío.

Tenía que admitir que había juzgado a Saint Leger demasiado apresuradamente y que quizá él no era tan malo como parecía. Sabía de arte, después de todo; era atento y aparecía cuando uno lo necesitaba. Si Sally no le gustaba como esposa de Theo, lo entendía; de cualquier manera, aquello nunca sucedería.

«Bien, Sally», se dijo a sí misma, tomando una bocanada de aire mientras se resguardaba tras las cortinas negras. «Si te quedas aquí hasta que acabe la presentación, estarás a salvo».

Al cabo de unos minutos, notó que el gemelo malvado comenzaba a pasar de relajado a incómodo. Miraba a un lado y al otro con estudiada discreción, como si buscara algo... o a alguien. Ahora mismo lucía un tanto tenso, ajeno a las conversaciones alrededor. Un ceño fruncido le partía la frente.

Había estado tan embebida siguiendo los movimientos del marqués que por un segundo bajó la guardia. Entonces, como si lo hubiera llamado, el muy condenado se volvió hacia ella y encontró sus ojos. Un relámpago de reconocimiento y otro de estupefacción cruzó su mirada, y Sally se alejó de las cortinas como si hubiera visto al diablo detrás de ellas.

¡Maldición! ¡La había descubierto!

Cerró los ojos con fuerza, condenándose por ser tan estúpida, tan temeraria y por haber cometido el error de aceptar la invitación de sus compañeros de curso. Si se hubiera quedado en casa esa noche, aquello no estaría sucediendo; su reputación, o lo que quedaba de ella, estaría intacta en ese momento.

Se dirigió presta a uno de los encargados.

—¿Podría decirle a la cantante que tuve que marcharme?

—Sí, señora —asintió este.

Sally le dio las gracias, y seguidamente corrió hacia la puerta con un solo objetivo en mente: salir de aquella taberna lo más pronto posible.

Saint Leger dio una calada profunda a su exquisito puro, el mejor que podía encontrarse en Viena, y lo observó un segundo mientras sus pulmones retenían el humo con deleite masculino.

El *Heuriger Wolff* estaba a reventar aquel viernes por la noche. Desde el exclusivo palco se podía mirar el rústico devenir del cuchitril, incluidas las riñas encarnizadas entre los borrachines de Grinzing, que solía observar con secreta diversión. Normalmente evitaba la taberna en los días de mayor congestión, pero Ravens y von Hausner lo habían persuadido para ir por una copa. Había sido una mala idea pues ahora estaba aburrido y ebrio, con ganas de volver al hotel.

Echó una mirada a la cantante de turno, la señorita Anouk Brassard. Su voz solo era comparable con su belleza. Era una rubia francesa, diminuta y de apariencia frágil, envuelta en un modelito ceñido color botella, un poco más conservador que el que solían lucir otras intérpretes, pero que igualmente revelaba unos generosos y bien distribuidos atributos.

—Una hembra notable, ¿no es así, Saint Leger? —soltó Ravens.

—Es una niña —replicó, con escaso interés.

—Tanto mejor. ¡Sangre nueva!

—Pensaba que las cantantes hermosas eran tu debilidad —farfulló su cuñado tras sorber un trago del popular vino de la casa—, como la «Gilda» de *Rigoletto*. ¿Cómo se llamaba, Max?

—No tengo idea, pero esta ni siquiera tiene la edad legal —gruñó él sosteniendo el puro entre los dientes, saboreándolo mientras se recostaba en el respaldo de la silla revestida de terciopelo—. Quédate con ella si quieres, Ravens.

—Eso es lo que haré —farfulló el conde—. Será un buen consuelo después de haber perdido el favor de la señorita Gilda por tu causa.

Por suerte, von Hausner y su socio dejaron de hablar de él y sus conquistas y comenzaron a hacer un inventario de los atributos de la señorita Brassard.

«Conquistas»... se mofó de sí mismo mientras daba un trago a su coñac. ¿Qué era eso si la única mujer a la que deseaba estaba en camino de convertirse en la amante de su hermano? Ella, una espléndida criatura, reducida a calentar la cama de un notorio libertino, que de seguro la sustituiría por otra a la primera oportunidad.

Y lo peor de todo era que ella no estaba preparada para un papel tan indigno.

Sally Withfield era una chiquilla inexperta, una presa fácil que había cedido a la seducción de Theo. Quizá incluso estuviera enamorada de él. La sola idea

de que ella pudiese siquiera poner su corazón en manos de alguien tan ruin con las mujeres, le escocía el pellejo. Estaba decretado que iba a sufrir, que él le rompería el corazón y que Max sería quien terminaría consolándola... si tenía suerte. Pero no, ¡maldita sea! Él no quería esperar a eso. No quería dejar que él la lastimara.

Desde aquel encuentro con Sally en la galería, Maxwell apenas se reconocía a sí mismo. Se descubría pensando en ella constantemente, recordando la forma cómo observaba la pintura, con cándido desconcierto, y después con un sonrojado entendimiento. ¿Realmente tenía ella una puñetera idea de lo que era un trío?

Había luchado por no besarla allí mismo, por no tratar de excitarla hasta que solo recordara su nombre y aun no entendía cómo había conseguido mantener las manos en los bolsillos. De todas maneras, lanzarse habría sido un error.

Los últimos días, había visto a su hermano en al menos cuatro ocasiones, y en las cuatro había esperado sus reclamos, había estado preparado para cuando le encarara furioso por haber intentado ponerla en su contra, pero para su sorpresa, Theo parecía ignorante de aquel encuentro fortuito. Ella no le había contado nada.

Y, ¿cómo olvidarlo, buen Dios? Había asistido a tres o cuatro eventos sociales con el único deseo de verla, y a pesar de buscarla incesantemente con la mirada hasta sentirse ridículo, no había vuelto a verla. Ansioso como estaba, había terminado siendo presa fácil de madres ambiciosas, que prácticamente les habían restregado a sus hijas en las narices para que las notase y les invitara a bailar. Claro que, ninguna había sido tan osada y avariciosa como la señora von Lambort, esa vieja lisonjera que no perdía ocasión de ofrecerle a su hija.

Lady Saint Leger también había comenzado a traer el nombre de Elise von Lambort a sus conversaciones, para su fastidio. Estaba seguro de que no tardaría en sacar el tema del matrimonio.

Ahora estaba allí, ebrio, atormentado, envidiando a su estúpido hermano, que parecía tener a Sally Withfield, o al menos su corazón.

Fue entonces cuando experimentó una sensación extraña, la de estar siendo observado.

Abrió los ojos y, discretamente, paseó la vista por todo el perímetro. Era consciente de que los diplomáticos británicos, por el solo hecho de

representar a uno de los imperios más odiados de la tierra, estaban sometidos a toda clase de peligros. Aunque jamás le había tocado ser objeto de la ira de un nativo de alguna de las naciones donde Inglaterra tenía los ojos puestos, sabía que algunos de sus compañeros habían recibido ataques despiadados en lugares públicos. Incluso su padre, al inicio de su carrera, había experimentado un encuentro con el filo de una espada afgana en un concurrido mercado de Kabul. El anterior lord Saint Leger había salido con vida del ataque, pero algunos de sus pares, en otras situaciones similares, no habían vivido para contarlo.

¿Quién carajo le perseguía? ¿Un birmano, quizás? La guerra había estallado recién, y en épocas de batalla, no era inusual que los diplomáticos fueran blancos, dondequiera que se encontrasen, de ataques del bando enemigo como una afrenta a sus países de origen. Pero ¿qué demonios ganaban los birmanos intimidando al consejero británico en Viena?

Cauteloso, volvió a repasar la sala, intentando hallar una presencia amenazante... pero en lugar de ello dio con una mirada inesperada que se escondió tras unas cortinas oscuras, no bien se vio descubierta.

Maxwell se envaró de inmediato, presa del más rudo asombro.

¿Sally? ¿Sally Withfield? ¿Qué demonios hacía ella en aquella taberna asquerosa, repleta de borrachos y mujerzuelas?

Se levantó como impulsado por un resorte y abandonó el palco sin hacer caso del llamado de sus compañeros. Los dientes le rechinaban mientras recorría el pasillo alfombrado del local y se dirigía al área del escenario. Pero ¿qué demonios le pasaba a esa mujer, que insistía en exponerse a los peligros más sórdidos de la ciudad? ¿Acaso le excitaban los riesgos? ¿Disfrutaba esperando a que algo malo pudiera sucederle? ¡El *Heuriger Wolff* no era lugar para una muchacha respetable!

Sus pasos furiosos lo llevaron hasta la planta principal de la taberna, desde donde se podía acceder a la parte posterior del escenario, justo donde había visto esos ojos espantados.

Sally pasó veloz entre las abarrotadas mesas, cubriéndose el rostro con el cabello —como si con eso consiguiera engañarlo— y evitando mirar a nadie. Se dirigía a la salida, naturalmente.

Maxwell fue detrás de ella con paso fiero; que Dios prohibiera que volviera sola a casa.

Y entonces, alguien más le salió al paso. Un hombre, no sabía quién carajos,

la alcanzó antes que él, sujetándole el brazo con fuerza antes que alcanzase la puerta principal de la taberna. Maxwell sintió que la sangre le hervía al presenciar cómo ese bastardo tironeaba de ella hasta hacerla gemir de dolor.

—Aquí estás, zorrita escurridiza —masculló aquel malnacido, atrapando su antebrazo—. ¿Dónde te habías metido, cariño? ¿Creíste que podrías escapar de mí?

—Maldito borracho, infeliz —rugió el marqués—. Le ordeno que suelte a esa mujer en este instante.

Sally abrió la boca como pez cuando le vio aproximarse como un toro enfurecido; luego dejó caer el rostro, avergonzada, suponiendo. Él la miró con ojos encendidos, pero de momento se concentró en su atacante. Ya tendría tiempo de escarmentarla, de llevarla hasta la casa de la señorita Weichselbraun y exigirle a esa mujer que la cuidase como debía.

El jaleo atrajo a varias personas que se hallaban cerca.

El borracho puso cara de desentendido ante el reclamo de Saint Leger y se aclaró la garganta.

—Señor, esta es mi mujer —dijo el malnacido, sonando casi genuino—. He venido a llevármela. ¿Va usted a impedir que un hombre se lleve a su esposa de un inmundo tugurio como este?

La muchacha casi dejó caer la mandíbula, agonizando de indignación. En cuanto el hombre dijo aquella sucia mentira, la pequeña concurrencia perdió el interés e inició la retirada. Si aquel hijo de puta creía que con esa argucia iba a conseguir alejarlo, estaba a punto de sentir sus nudillos estrellándose en su espantosa nariz.

—Tiene dos segundos para soltarla —dijo, desprovisto de emoción.

La expresión del hombre se tornó hostil y arrogante al comprender que él no le había creído. Sally miró aterrada a Saint Leger, sacudiendo la cabeza.

«Tú te lo has buscado preciosa», pretendía decirle con una mirada acerada. «Esto es lo que consigues cuando tientas al demonio».

—¿Usted me lo impedirá? —bufó el borracho, mostrando los dientes amarillos.

Con una fuerza descomunal, Maxwell Phillips, marqués de Saint Leger, lanzó un puñetazo que impactó la mejilla de su oponente. El sonido de huesos contra huesos se escuchó con fuerza, a la par de un repugnante quejido. Al menos, había conseguido que soltara a Sally.

El hombre, que era fornido y tan alto como él, se tambaleó y maldijo. Cuando se recuperó, le lanzó una mirada endemoniada.

—¿Eso es todo lo que tienes, hijo de puta relamido? —escupió su oponente—. He visto a esta mujer primero que tú y pienso llevármela. Así son las cosas aquí, más vale que te acostumbres.

Desde el fondo de sus entrañas, Max le soltó otro golpe, esta vez al estómago. El hombre se dobló con un gruñido, pero de inmediato reaccionó chocando el puño contra su sien izquierda. Dolió como el demonio, pero también desató lo peor de él. El marqués lo agarró por el cuello y comenzó a golpear su abdomen con puñetazos de abajo hacia arriba. Su contrincante se defendió bien y comenzó a lanzar porrazos a sus costados, a su rostro, a su pecho...

Por un momento que no consiguió determinar, Saint Leger se ensalzó en una batalla de puños, patadas y rugidos. No era consciente de lo que sucedía a su alrededor, no sabía si Sally estaba bien o si pronto la policía de Viena vendría por él. Se había entregado a sus más bajos instintos y molía a golpes a aquella masa robusta de carne y huesos, recibiendo una tunda a cambio.

Cuando se dio cuenta, estaba tirado en el suelo, sujetando el cuello de aquel miserable abusador de mujeres, pero el infeliz casi ni se movía...

—Suéltelo, milord —dijo una voz junto a él—. Ya es suficiente.

Él relajó su agarre hasta soltar la presa.

Rottmayr, el administrador del local, le atendió la mano para ayudarle a ponerse de pie mientras un par de hombres cargaba con su vencido oponente. Aquel pedazo de porquería tenía la cara magullada, la boca rota y un hilillo de sangre le brotaba de la nariz, pero no estaba del todo inconsciente. Habría querido matarlo, había querido hacerlo sufrir.

Max se pasó el brazo por la frente sudorosa. Todos sus dolores aparecieron.

Buscó a Sally con los ojos. Por un momento temió que se hubiera largado de allí —una parte suya esperaba que lo hubiera hecho mientras podía—, pero la muchacha seguía en la taberna y le miraba con una mezcla de terror y preocupación.

Maxwell notó que llevaba el cabello suelto; orondos mechones castaños se derramaban sobre sus esbeltos hombros. Un vestido gris, de lo más corriente, embutía su figura.

—¿Está usted bien? —quiso saber Rottmayr. Saint Leger asintió con rudeza,

sin apartar la mirada de la joven—. Ese individuo tenía varios días asediando chicas en este local. Sé que ahora se lo pensará mejor antes de regresar.

—Envíeme la cuenta de los daños.

—Por supuesto, milord.

Maxwell pasó del administrador y caminó hasta Sally con paso fiero. Era hora de ajustar cuentas con ella.

—¿Satisfecha? —soltó, mirándola con fiereza.

Esperaba una respuesta agresiva, una defensa vehemente de su parte, pero en vez de eso, Sally se lo quedó mirando, asombrada.

Entonces, él la tomó de la mano y se llevó de allí, de vuelta a su palco.

Capítulo 12

Pese a sus esfuerzos, Sally no conseguía recuperarse de los sucesos de los últimos diez minutos. Por eso, cuando Saint Leger le tomó de la mano con brusquedad y la llevó escaleras arriba, hacia un destino incierto, se lo permitió sin rechistar.

¡Santo cielo! Se había ido a los puños contra ese asqueroso borracho y lo había reducido, sin importar que fuera más fornido. Para ser sincera, no le había visto posibilidades de salir vivo de aquella riña, pero ¡vaya que sabía defenderse el hermano de Theo! Aquel hombre no dejaba de sorprenderla.

De inmediato, su preocupación se renovó.

—¿Estás... bien?

Él se detuvo, se volvió y le dirigió una mirada fiera.

Tenía la mejilla y la sien izquierda amoratada. Un hilillo de sangre comenzaba a brotarle de la comisura de la boca. La frente, perlada de sudor, lucía un raspón, aunque no muy profundo. Su elegante atuendo estaba arruinado y el cabello revuelto, como el de un peleonero empedernido.

—¿Tienes una maldita idea del peligro que has corrido esta noche? —Sally abrió los ojos como platos, pero no estaba en condiciones de refutar. Era cierto. Había actuado como una idiota, aquella salida había sido una maldita equivocación de principio a fin—. Ese hijo de puta pudo haberte...

—Lo sé —respondió estoica—. Siento que hayas tenido que pelearte por mi culpa.

Él abrió los ojos, exasperado.

—Esto no es sobre mí, Sally Withfield. Es sobre ti y tu condenada determinación de ponerte en peligro cada vez que tienes oportunidad.

—¿Ponerme en peligro?

—En primer lugar, ¿qué haces en el *Heuriger*?

La muchacha vaciló brevemente.

—Vine a... divertirme —se encogió de hombros.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarla como si hubiese perdido la cabeza y a gruñir incoherencias en voz baja.

Sí, sonaba estúpido lo que había hecho, pero era la verdad.

Saint Leger siguió tirando de ella hasta llegar a una sala enmoquetada,

decorada con cuadros vetustos y cabezas de animales. Luego, pasaron al área de palcos donde le había visto más temprano. Intercambió un par de palabras con un empleado y éste asintió ante una orden.

Fueron conducidos, seguidamente, a una localidad distinta, situada en el centro, donde una cortina de terciopelo rojo mantenía alejadas las miradas de uno y otro lado. Desde luego, el marqués era consciente de que, si ella era vista en aquel lugar, su reputación —o lo que quedaba de ella— quedaría arruinada.

El palco estaba iluminado a medias y olía al humo de los puros. Sally estaba acostumbrada al aroma pues, su padre solía fumar un puro después de cenar y el olor se le quedaba en la ropa y el rostro. Para ella, era un aroma agradable.

Le sorprendió descubrir que en la taberna todo parecía transcurrir con normalidad, como si no hubiera habido una riña feroz muy cerca de allí hacía tan solo unos minutos. Mallory seguía cantando y el público continuaba a sus pies, cautivado. Especialmente los hombres.

Alejó la mirada del escenario y la centró en él.

Saint Leger se dejó caer sobre una de las butacas tapizadas de terciopelo rojo. Se veía exhausto, y no era para menos. Había luchado ferozmente y recibido una lluvia de golpes por todas partes. Sally había presenciado un sinfín de refriegas en su vida; incluso en el propio salón de té de su madre. En la adolescencia, sus hermanos habían sido criaturas salvajes que cedían a la más mínima provocación. Pero, a diferencia de aquellas peleas infantiles, la que acababa de tener lugar a las puertas del *Heuriger Wolff* la había aterrorizado. Aquel hombre miraba al marqués como si quisiera matarlo. Ella temió que en cualquier momento sacara una navaja o algo peor y entonces...

Pero había luchado por ella. Nadie había hecho eso antes. Nunca.

—Voy a pedir unas gasas —dijo con ternura y remordimiento a partes iguales.

Se detuvo en el preciso instante en que una rubia pechugona, medio vestida y de aspecto vulgar se introducía en el palco. Traía en sus manos una bandeja con una botella de coñac, una copa y los instrumentos que hacían falta para curarle las heridas. La joven la miró de arriba abajo, notando que le faltaba un tercio de la falda y al menos tres centímetros de escote.

—¡Ay, milord! —jadeó la muchacha, que era, para su disgusto, realmente exuberante—. ¡Qué hombre más valiente...! ¡Mire cómo le han dejado, cariño!

Pero descuide, aquí está Lilli para hacerle sentir mejor —dijo aquello último con un sonsonete descarado que hizo que Sally abriese la boca como pez.

La rubia se sentó muy cerca de él, ignorando la presencia de Sally. Comenzó a manipular los instrumentos sin dejar de sonreírle al marqués como una furcia. Se inclinó sobre él, sosteniendo un trozo de gasa sobre la comisura de sus labios con una actitud juguetona y descarada. En aquella posición, los pechos, del tamaño de melones, casi se le escaparon del escote y golpearon la cara de su atontado «paciente». El muy imbécil se dejaba hacer sin decir una palabra.

Quizá ya se conocían, pensó Sally con irritación. Quizá ella le conociera en el aspecto íntimo. De lo contrario, no lo trataría de ese modo...

Entonces, sintió un retortijón en el estómago.

La indignación y la furia se anidaron en ella de una manera inexplicable, sacando a la Sally resuelta e impulsiva que vivía en su interior.

Le arrebató el trozo de gasa a la mujer.

—¡Gracias por traer todo! —fingió una sonrisa—. ¡Yo me encargo desde ahora!

—De acuerdo —la mujer se encogió de hombros, mirándola con diversión. Luego, regresó sus ojos a Saint Leger—. Milord, quizá le apetezca un masaje...

—Eso no será necesario, *Lilli* —fue Sally quien respondió, o más bien le rugió—. Mejor déjenos a solas... y si fuera tan amable... traiga otro vaso.

Rezongando, la mesera se puso de pie y abandonó el palco.

Sally se sentó frente a Saint Leger, tomando el lugar de la descarada mujer. Utilizó el trozo de gasa para limpiar la herida de la comisura de la boca, que ya estaba empezando a ponerse hinchada. Lo hizo con delicadeza, observando de cerca la boca perfecta, rodeada por el prolijo bigote y la barba, pero plenamente consciente de la mirada enigmática que se posaba sobre ella.

—Lo siento —susurró, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—¿Qué es lo que sientes, Sally?

Tragó saliva.

—Todo. Haber venido esta noche... y haberte puesto en peligro.

Saint Leger chasqueó la lengua, extenuado.

—¿Crees que ese es el primer desgraciado con el que me voy a los puños?

—Obviamente no —Sally pensó de nuevo en ese hombre elegante y distinguido, un príncipe bávaro, un lord inglés, ¡un diplomático! recibiendo una tunda y dándola al mismo tiempo, y se estremeció—. Por un momento creí que ese hombre iba a partirme en dos —él alzó una ceja con desazón—. Era un bruto, un monstruo y tú... bueno. Por lo general, los diplomáticos no inician las peleas, las evitan...

—Oh, gracias —resopló—. No creí que me considerases un pelele incapaz de defender a una mujer.

—No es eso.

Lilli irrumpió de nuevo en el palco, con lo que Sally apretó los dientes. Dejó una copa sobre la mesa, como ella se lo había pedido.

—¿Todo bien, milord?

—Perfecto, Lilli —sonrió él, y Sally sintió que ardía de coraje.

—Si necesita algo más, estoy a su completa disposición —ronroneó la mesera.

Seguidamente se marchó, no sin antes lanzarle a la joven una mirada insidiosa. Ya podía adivinar la clase de disposición que tendría esa furcia.

—¡Que mujer tan grosera! —refunfuñó.

Saint Leger sonrió mientras comenzaba a servir dos copas de coñac.

¿Era una sonrisa disipada la que crecía en su rostro? ¿Se estaba burlando de ella?

—No me ha parecido grosera en absoluto.

—Oh, ¡por supuesto! Ningún hombre consideraría una insolencia que alguien como ella le restregara esas... cosas en la cara —dicho esto, tomó un trago largo del coñac que Saint Leger acababa de servirle.

El marqués le miró con los ojos entrecerrados mientras ella saboreaba la bebida. El líquido amargo bajó por su garganta dejando un agradable rastro ardiente. Ella dejó la copa sobre la mesita y reanudó su tarea de curarlo.

—Sally, ¿por qué estás aquí?

Se negó a mirarle.

—La cantante... es mi compañera de curso. Ella me invitó a venir.

Un suspiro irritado brotó de él.

—A ver, la señorita Brassard te invita a divertirse en una asquerosa taberna repleta de borrachos abusivos. Seguro te aprecia mucho.

—No digas eso —repicó con fuerza—. Mallo... es decir, Anouk es una buena chica, no como estas mujeres obscenas —echó una mirada asqueada al lugar por donde había salido la tal Lilli, a la que ya odiaba sin conocerla—. Ella es una artista, igual que su hermano, el violinista. Ambos trabajan y estudian para tener una vida digna, y son de las pocas personas que me han mostrado aprecio y respeto desde que puse un pie en Viena.

Saint Leger parpadeó.

—Esta bien, pero tienes que reconocer que este no es un lugar adecuado para una dama respetable, por no mencionar el hecho de que es una amenaza para tu seguridad.

—Tampoco parece un buen lugar para un caballero.

Él la miró desafiante, y de inmediato supo que no iba a ganar aquella discusión. Así funcionaba el mundo. Los hombres podían ir adonde les diera la gana y nadie les criticaba, nadie ponía en tela de juicio su virtuosismo. Una mujer, en cambio, estaba sujeta a toda clase de murmuraciones si cometía el más mínimo traspié.

La sola idea la entristeció.

—Sally, ¿qué es lo que sucede?

Ella tomó otro trago. Lo necesitaba.

Suspiró, rendida.

—Viena... no está funcionando para mí —gimió, a su pesar—. La gente me desprecia, me cree una niña rica, estúpida y descocada que ha venido a comportarse como una manzana podrida. La señora von Lambort habla pestes de mí a todo el mundo, y eso es porque cree que, si yo lo deseara, tendría al mejor partido de Viena a mis pies y arruinaría la oportunidad de su hija de hallar un marido rico, o eso es lo que Sophie y Will dicen —se encogió de hombros—. Nadie ha vuelto a invitarme a ningún evento social, gracias a ella. Me he vuelto invisible, indeseable, y mi reputación pende de un hijo.

El marqués reflexionó un momento.

—¿Y deseas que ese hilo se rompa? —dijo con suavidad. Sally sacudió la cabeza, negando—. ¿Qué es lo que deseas entonces?

Ella no respondió. No lo supo en ese momento, y no le importó no saberlo.

Tomó otro trago, buscando en su amargo regusto un poco de coraje.

—¿Tienes idea de lo que es tenerlo todo, o al menos todo lo que la gente considera importante en la vida, y sentirte completamente vacía? —apoyó un

codo sobre la mesita y el mentón sobre la palma de la mano. Saint Leger la observaba con intensidad, como si tratara de leer cada uno de sus gestos y mirar dentro de ella—. No es justo. Todo lo que poseo, todo lo que soy debería hacerme feliz. Debería sentirme afortunada, satisfecha. Debería simplemente sentir una inmensa gratitud y hacer la única maldita cosa que se me pide a cambio.

—¿Y eso es...?

—Comportarme como todo el mundo espera que lo haga —engulló otro trago—. Callarme todas mis opiniones y sonreír. Lucir bonita y frágil, como una estúpida muñeca... y, claro, casarme bien, con un caballero que posea un título... alguien que le dé un poco de elegancia a mi fortuna tan zafia y nueva —rezongó con sobrada ironía—. Pero es que no puedo.

—No tiene nada de malo estar inconforme. Está en la naturaleza humana desear más. Está en la sangre, Sally.

—Todo el mundo desea el dinero, pero ¿qué sucede cuando lo tienes? —reflexionó—. Resulta que cuando lo has heredado es digno, pero si lo has ganado con trabajo es vulgar, y si eres la hija de quien lo ha ganado con trabajo es aun peor. Entonces, la gente te odia, te critica o se aprovecha de ti.

Los ojos de él brillaban mientras la escuchaba.

—No, preciosa. Es igual en ambos escenarios, aunque no lo creas.

—Estoy cansada de tratar de adivinar las intenciones de todo el que se acerca a mí. Vengo haciéndolo desde los trece años... y no siempre acierto. Estoy cansada de atraer a hombres que quieren casarse conmigo por el dinero de mi padre. ¿Cómo podría reconocer quién viene con genuinas intenciones? ¿Cómo podría saber quien me aprecia de verdad? ¿Cómo sabré quién me ama?

—¿Esperabas que la vida fuera fácil? —murmuró él, sarcástico—. Todo beneficio exige un precio y, a veces, un sacrificio. Ese es el mundo real.

Sally resopló.

—No esperaba que la vida fuera fácil —razonó, fijando la mirada en el escenario, donde Mallory seguía regalando su maravillosa voz—. Esperaba al menos tener el derecho de rebelarme contra mis circunstancias, pero, por más que lo intente, sé que no conseguiré cambiarlas. Ahora lo entiendo.

—¿Quién dice que no puedes cambiarlas?

—Eso es lo que Viena no se cansa de gritarme en la cara —repuso con tristeza—. Quería vivir aquí, encontrar un hogar, hacer nuevos amigos. Por

Dios, ¿en algún momento se me ocurrió buscar un empleo! Sé que no lo necesito y que la sola idea es absurda y escandalosa, pero no puedo soportar...

—¿Casarte y tener una familia? ¿Vivir una vida convencional?

Sally cerró los ojos con fuerza.

Maldita sea. No se suponía que estuviera contándole aquello. Debía callarse, como le había aconsejado Sophie, y evitar que otro granuja entrara en su vida dispuesto a hacerle proposiciones.

Pero aquel no era un granuja, era lord Saint Leger, y por alguna razón Sally se sentía cómoda con él. Al menos la escuchaba y le mostraba un caluroso interés. Era, además, un hombre sensible, protector, inteligente, insanamente atractivo... y se había peleado por ella. ¡Oh, caray! Debía admitir, al menos para sí misma que, el hecho de que la defendiera de un repugnante borracho, había hecho que su interés por él se elevara. Un poco... o quizá mucho.

«¡Oh, Sally, pequeña descarada!» —le pareció escuchar la voz de Will en su cabeza—. ¿De verdad eso te excitó? ¿Acaso eres una mujer de las cavernas?».

—¿Qué sucede? —Saint Leger se inclinó sobre ella.

Ella le miró asustada, agradeciendo que no pudiese notar su intenso rubor, ni leer sus tórridos pensamientos.

—No soy una libertina, ni una desvergonzada niña rica en busca de aventura. No vine a Viena para soltarme los amarres. Solo estoy buscando...

—¿Qué, Sally? ¿Qué estás buscando?

Ella lo analizó mientras volvía a beber.

—Conocerme. Saber si lo mejor para mí es convertirme en una solterona —el marqués soltó una risotada—. ¿Qué es tan gracioso?

—¿Una solterona?

Asintió tímidamente.

—Mis padres casi están seguros de que lo seré.

—¿Por qué piensas que lo mejor para ti es ser una caricatura de la que los niños se burlan?

Sally se mordió el labio inferior.

—Puede que no sea buena con una familia propia —masculló, balanceando la copa en su mano en actitud rebelde—. ¿Y si no soy una buena esposa? ¿Y si

no soy una buena madre? ¿Y si no soy feliz con lo que tengo y hago infelices a quienes me rodean? Siendo como soy, entregarme a una familia sería el acto más egoísta de mi vida. Mucho más egoísta que quedarme sola.

—¡Tonterías! ¿Acaso tu familia ha sido infeliz? ¿Es eso?

«Buen punto», reconoció, frunciendo el ceño.

—No... supongo que no. Mi familia es feliz.

—Bien, entonces no estás hablando desde la experiencia; estás hablando desde el miedo. Te has hecho creer cosas, solo porque estás aterrada de intentar.

Sally levantó la copa con torpeza y engulló el último trago de coñac.

—Mírame, Saint Leger —masculló con insolencia—. Mi padre tiene muchísimo dinero; tengo todo lo que una mujer podría desear y aun así estoy insatisfecha y me siento sola. Soy una ingrata, soy una mujer difícil de complacer.

—Pues, tal vez necesitas ser complacida de otro modo, Sally —gruñó.

Ella se quedó sin palabras. Contempló su expresión frenética e insondable, esa boca entreabierta, esos ojos azules que eran muy oscuros desde aquella perspectiva; el cabello le caía sobre la frente, dibujando sombras profundas en sus bellas facciones. A pesar del desaliño y los rasguños que ella había curado con esmero, se veía tan hermoso, tan decadente.

Alguna vez había estado convencida de que lord Saint Leger era un hombre adusto, aburrido y sin gracia; que Theo había acaparado todo el encanto y el verbo, pero ahora podía comprender cuan equivocada había estado. Él poseía un encanto de otra naturaleza y Sally estaba empezando a verse arrastrada por él.

Se tomó la libertad de peinarle el cabello con una mano, entonces él soltó un suspiro entrecortado y entrecerró los ojos de placer. Sus hebras eran sedosas, disfrutaba acariciándolas y hundiendo los dedos en ellas. Saint Leger le tomó de la muñeca y puso un manojito de besos, allí donde latía el pulso descontroladamente. Entonces ella se estremeció con violencia.

Sabía muy bien a qué se refería cuando había dicho aquello último.

La sola idea de estar entre sus brazos le produjo un agradable borboteo en el vientre. Su cuerpo quedó laxo, deseoso de experimentar por fin aquella pasión que desconocía.

—¿Por qué tú puedes llamarme por mi nombre de pila y yo a ti no? —quiso

saber sin reconocer su propia voz, tan aguda y empalagosa.

—Puedes hacerlo si lo deseas.

Sally volvió a adoptar aquella posición indolente; el codo sobre la mesa y la mejilla apoyada sobre la palma de la mano mientras le miraba con inconsciente devoción. Aun le costaba creer que estuviesen juntos —y ebrios— en una decadente taberna de Grinzing; le costaba creer que aquel magnífico hombre hubiera pasado de intimidarla, incluso incomodarla, a abrazar sus secretos.

Le acarició el labio inferior con el pulgar, y ella cerró los ojos, dejando que la recorriera sin contener un suspiro. Puso un beso sobre aquel dedo curioso.

—Santo cielo, mataría por saber qué estás pensando —dijo él con voz ronca, al tiempo que le dirigía esa mirada de águila.

—Estaba pensando que no sé tu nombre.

Él sonrió, enigmático.

—Max.

—*Max* —repitió ella con fascinación, casi con adoración. «Oh, buen Dios», pensó con languidez. Le encantaba—. Es perfecto, como tú.

—Zalamera —la acusó, sonriendo.

—Max... quizá Will tenga razón.

—¿En qué?

—En que necesito un amante.

Fue así como Sally Withfield salvó la corta distancia que la separaba de *Max*, lord Saint Leger, y se fundió con él en un beso devastador.

Atrapó sus labios con necesidad, con curiosidad y con un imposible sentido de urgencia. Él se tensó ligeramente, sorprendido por su osadía, pero no pasó un segundo antes de que correspondiera a su beso con el mismo ímpetu. Le tomó el rostro con las manos temblorosas, se adhirió a ella, buscando el ángulo correcto para hacerse con su boca y, sin ninguna delicadeza, la tomó por entero.

Su pasión, su dureza, era justo lo que ella deseaba, lo que tanto necesitaba. No quería la ternura; su búsqueda era más carnal, más íntima, para su sorpresa. Su cuerpo enloquecido estaba reclamando aquello que se le había negado por tanto tiempo, quería rebelarse y sentir al fin.

Quería a Max. Lo quería a él y solo a él.

Su boca sabía a coñac y al humo de los puros costosos, pero incluso en aquella mezcolanza de hedonismo masculino, podía percibir su sabor natural, increíblemente irresistible, cálido... y ¿familiar? Pero Sally no se detuvo a pensar en nada que no fuera sus labios y el sedoso interior de su boca, y en cómo él comenzaba a respirar de manera más profunda al tiempo que ella se ponía de pie y se sentaba sobre su regazo.

Se abrazó a su cuello mientras dejaba que aquella lengua diestra e insistente se abriera paso dentro de su boca. Sin piedad, el marqués tomó todo de ella, la rebuscó con ardor, imprimiendo su marca, regalándole un placer exquisito que comenzaba en su boca y se derramaba por el resto de su humanidad, como fuego sobre líneas de pólvora. Sally introdujo los dedos en su desordenada cabellera, lo atrajo más a ella, desesperada por un contacto más intenso.

Las manos de Max —y vaya que adoraba ese nombre tan gloriosamente masculino— rodearon sus caderas, se deslizaron por su espalda, por la redondez de su trasero y los costados. Ya tenía que haber descubierto que aquella noche había prescindido del corsé por razones prácticas. Gracias a ello, no había lugar donde ella no le sintiera, donde no le deseara.

Entonces, él interrumpió el beso para buscar su mirada.

Los dos respiraban con dificultad, tenían los ojos frenéticos y empañados por un velo de lujuria. Con aquellas manos grandes y masculinas, le acarició los contornos del rostro, el cuello y el cabello suelto. Ella vio el deseo reflejado en sus magníficas facciones, pero también notó una dolorosa vacilación.

—¿Por qué te detienes?

—Sally, no... —protestaba con ásperos jadeos, pero sin dejar de abrazar sus caderas de un modo posesivo, como si sus músculos recibieran órdenes contradictorias—. Estás muy achispada.

La joven apenas podía captar la angustia en su voz. Todo su ser estaba abrumado por la deliciosa sensación de cercanía, el cruce de sus alientos. Se solazó en los muslos rígidos que la soportaban, y en su pecho fuerte que se fundía con su costado, atrapando su peso en una atrevida fusión.

Jamás había estado tan cerca de un hombre, en el sentido literal y figurativo, y jamás había sentido una necesidad tan apremiante de estar todavía más cerca.

—Max, por favor —imploró—. Bésame.

Él jadeó, aturdido, pero al menos no se negó a cumplir con sus deseos.

La atrajo de nuevo, besándola profundamente.

Con sensual abandono, Max dejó caer la espalda en el sofá, y ella fue arrastrada con él. Sin dejar de gozar de sus besos, Sally situó las palmas de sus manos sobre el pecho y las dejó vagar descaradamente. Ante la ausencia de la corbata, del cuello duro y los primeros botones de la camisa desabrochados, encontró un rastro de vello que acarició con los dedos.

Era áspero y agradable al tacto.

Tuvo que apartarse pues, necesitaba mirarlo en toda su gloria.

Oh, maldición.

Allí tumbado, era todo un espectáculo de hombre; hermoso, oscuro y depravado. Tenía el cabello revuelto, los ojos brillantes y entreabiertos, surcados por una veta de la más primitiva necesidad. Los labios húmedos por los besos. Su pecho semidescubierto subía y bajaba por la respiración tan irregular.

Decididamente, así no debería lucir el consejero británico en Viena, pensó Sally socarrona mientras se afanaba en recorrer su pecho, palpando su espléndida forma. Siguió hasta su vientre, duro como el acero, y él echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un suspiro de gozo.

«Gemelo malvado», pensó.

—Eres hermoso —dijo con un jadeo estremecido.

Sus ojos bajaron más, hasta donde los pantalones mostraban una protuberancia muy marcada, prueba irrefutable de que la deseaba.

Oh, ¿qué pasaría si ella...?

La curiosidad pudo más. Con una mezcla de timidez y euforia, posó allí su mano, comprobando la asombrosa dureza. De inmediato, Max resolló. Le tomó de la muñeca con fuerza, incorporándose sobre un codo.

—¿Qué es lo que quieres? —rugió, frenético—. ¿Volverme loco?

—Yo...

—Sally, no me provoques más.

En sus ojos destellaba una oscura advertencia religada con necesidad. El orgullo de la joven se resistió en ese momento.

¿Acaso pensaba que podía asustarla?

—¿Y qué si deseo hacerlo?

Las facciones de Saint Leger se debatieron entre distintas emociones. Primero estaba el anhelo, luego la vacilación, y finalmente la angustia.

—No me hagas esto —rugió contra su boca—. Es muy difícil rechazarte. Si continúo, no conseguiré parar, entonces te arrepentirás mañana.

—Pero es que yo te deseo —gimió, zalamera.

Se dedicó a repartir pequeños besos en su cuello; besos que se convertían en suaves y desvergonzados lametones. En respuesta, Max cerró los ojos y clavó los dedos en sus caderas, sin llegar a hacerle daño.

—Bebiste más de la cuenta, no debí dejarte... —gruñó—. Creí que te ayudaría a relajarte, pero ahora estás ebria.

—Esto no tiene que ver con lo que debí.

Volvió a mirarle con determinación.

—No sabes cuánto me gustas —confesó él con angustia—. No sabes cómo me pones... no sabes cuántas veces te he imaginado.

Sally se sonrojó ante su escandalosa y fascinante confesión.

—Tú también me gustas, Max.

—¿Más que mi hermano?

Sally asintió con la cabeza, llena de convicción.

No supo qué había visto él en su expresión, pero lo cierto fue que se relajó, incluso su angustia se aplacó. La atrajo de nuevo, poniendo besos cortos y duros en su boca. Sally disfrutó de cada uno, los recibió gustosa y enloquecida.

De pronto, él reaccionó con un movimiento febril que la tomó por sorpresa. La sujetó por las caderas y la giró hasta depositarla en el sofá. Sally se removió en la suave cubierta de terciopelo. Max había quedado sobre ella, envuelto en las sombras del palco mientras la poderosa voz de Mallory seguía llenando todo el local.

Embrollada, Sally miró al marqués.

¿En verdad iba a hacerlo?, se preguntó agitada, con una combinación de anhelo e inquietud. ¿La tomaría allí, en el *Heuriger Wolff*?

Él la calmó con más besos, con caricias habilidosas que la recorrían desde el cuello hasta las caderas. Se detuvo en sus pechos, que estaban sensibles y recrecidos, con las puntas erguidas. Los frotó con los dedos, sobre la hosca lana, lo que le produjo una extraña sensación de placer religado con comezón.

—Elegiste esta noche... precisamente esta noche, para renunciar al corsé.
Su respuesta fue un gemido ronco.

—Oh, no lo soporto.

Sally se llevó la mano al corpiño y deshizo tres botones de un solo tirón, con lo que sus senos asomaron bajo la fina tela de la camisola. Había sido un error no escoger ropa interior más adecuada para contrarrestar la aspereza de la lana, sin embargo, más temprano esa noche, jamás se le hubiera ocurrido que tendría un momento tan sensual en los brazos de lord Saint Leger.

La reacción de Max al divisar sus pechos fue un suspiro entrecortado. Tras comprender la molestia que ella había estado padeciendo, apartó la tela y acarició los senos con dedos firmes, masajeándolos, aliviándolos. Seguidamente, engulló uno en su boca ardiente y succionó con suavidad.

Sally jadeó, clavando los dedos en su cabello para soportar el más delicioso placer que hubiera experimentado jamás. Echó la cabeza hacia atrás mientras la lengua de Max frotaba el pezón irritado y aliviaba el picor con un rastro de saliva. Su boca diestra y hambrienta engulló el otro pezón y lo chupó, empleando el mismo movimiento, hasta aplacarlos por igual y dejarlos húmedos y turgentes.

Le pareció oír que maldecía en alemán, pero ella apenas estaba consciente. Su cuerpo había adoptado una temperatura imposiblemente alta, su vientre latía con fuerza y una cálida humedad comenzaba a emerger de la delicada entrada de su cuerpo. La necesidad cabalgaba por sus venas, rugía en su pubis.

Max se apartó de repente. Entonces Sally protestó con incoherencias, le exigió que la besara, que la tocara y la aliviara.

Casi chilló, espoleada por su urgencia.

No podía soportarlo.

—Por favor, haz algo —imploró—. Te necesito.

Entonces él alzó una ceja con determinación.

Sally le vio arrodillarse entre sus piernas, separándoselas con la mínima gentileza. Sintió sus manos deslizarse bajo las gruesas faldas de lana y recorrer sus muslos con una cadencia seductora de dedos y palma. Suspiró a medida que las acariciaba y se acercaba más al lugar donde tanto le necesitaba.

Seguidamente, escaló sus muslos con audacia, sorteando la ropa interior sin demasiado esfuerzo, como un consagrado seductor. Entonces, aquellos dedos

fuertes rozaron su zona más privada, haciéndola suspirar.

—*Du bist nass!*

Sally consiguió sonreír ante la expresión de su amante.

Con un pulgar, Max acarició sus labios húmedos, los separó y frotó con tierna pericia, mientras ella gemía con desvergonzado deleite y se retorció bajo su contacto.

—¿Está bien así? —sonrió.

Ella dio su aprobación con un rudo movimiento de cabeza.

Se miraron a los ojos, delirantes, mientras él jugaba con ella, entrando y saliendo de su inexplorada cavidad, que estaba resbalosa y palpitante. Su deseo crecía, y con él una angustia y necesidad que ella no vio venir.

Sally creyó que moriría.

—Max... —suplicó—. Haz que pare.

—Sí, preciosa.

Y dicho esto, apartó sus dedos y posó la boca donde la había estado acariciando. Sally abrió los ojos como platos, soltando un lánguido gemido de asombro y lujuria. Las sensaciones se multiplicaron con aquella inesperada invasión. Su aliento, el roce de su barba y el movimiento desvergonzado y pecaminoso de su lengua que era simplemente perfecto —tan perfecto, que Sally empezó a creer que aquella era la verdadera función de la lengua de un hombre—, la enloquecieron. A medida que se movía, ella lo sentía más intenso, más caliente, más dentro de ella. Sus caderas, que habían tomado el mando de su cuerpo, adoptaron un ritmo cadencioso contra la boca que la exploraba. Enajenada de pasión, no se dio cuenta de que le tironeaba el cabello, casi con rudeza, pero él no se quejó. En cambio, siguió jugando con ella, fustigándola y haciéndole perder el control con fuertes lametazos, hasta que una corriente eléctrica la atravesó por completo, haciéndola vibrar como cuerda de violín. Y el éxtasis más despiadado se expandió por todo su ser.

Sally saboreó el momento, suspirando con fuerza, mientras la boca de Max seguía afanada en ella, prolongando el placer.

Sintiéndose totalmente laxa y saciada, abrió los ojos y miró a Saint Leger, que se secaba las comisuras de la boca con el borde de la camisola. Sally extendió los brazos hacia él, reclamándolo. Él se acercó, quedando parcialmente acostado sobre ella sobre el mullido sofá.

—Oh... Sally, eres tan dulce —dijo con voz ronca.

Ella comprendió lo que había querido decir, entonces sonrió, ruborizada.

Esta vez, Max puso sobre sus labios pequeños y cortos besos. La joven los recibió con deleite, pero después buscó su lengua para paladear su propio sabor. Al final, rio suavemente, y él la siguió.

—Nunca imaginé que... —musitó, felizmente perezosa— pudiera sentirse tan bien. Más que bien... Creí que iba a morirme.

Los ojos azules de él brillaron.

—Te prometo que cuando esté dentro de ti será muchísimo mejor.

Aquello la hizo estremecerse de anticipación, pero entonces recordó que él aun no culminaba su propio asunto.

—Espera, ¿y tú? —le rozó la rígida protuberancia con la palma de la mano, pero él se resistió a la caricia, como si temiera que algo malo ocurriera si dejaba que Sally lo tocara—. Dime... dime qué quieres que haga.

Él sacudió la cabeza y besó su frente.

—No aquí, preciosa —dijo incorporándose para ponerle la ropa en su lugar—. Nos vamos en este instante.

Saint Leger ardía por dentro. Su cuerpo pedía una sola cosa, a una sola mujer, y él estaba dispuesto a dejar que sucediera. Había retado al diablo, caído en la tentación y encararía con gusto las consecuencias.

No había pretendido que aquel juego sensual deviniera en algo más, pero había sido su culpa por subestimar la magnífica exuberancia de Sally Withfield y el poder que esa mujer tenía sobre él.

Tan solo sentirla correrse en su boca lo había enloquecido.

Gracias a Dios, cuando dijo que se irían, ella no se resistió. Le había mirado con tímido deseo, no exento de temor, y después había asentido mirándole a los ojos. Su tierna aquiescencia había detonado su urgencia, y ahora mismo no podía detenerse.

Luego de reajustarse la ropa y acicalarse un poco, abandonaron el palco. Bajaron las escaleras como una exhalación. Saint Leger rodeó la cintura de Sally, mirando alrededor, intentando mantenerla a salvo de las miradas de quienquiera que apareciera por allí. Por fortuna, el área palcos del *Heuriger Wolff* tenía un acceso privado a un lujoso vestíbulo y a la calle, donde los cocheros solían esperar a sus señores mientras charlaban entre ellos. En aquel momento, no había rastros del lacayo que solía hacer guardia junto a las

puertas.

Antes de que pudiera soltarla para echar un vistazo afuera y buscar a Jonas, Sally tiró con fuerza de él. Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo con besos ansiosos. Él se dejó llevar, saqueando su boca con impaciencia, dándole lo que pedía y echando más leña a su propio deseo. Se olvidó de donde estaban y la empujó con gentileza contra uno de los muros revestidos en madera para besarla más profundamente.

Al cabo de un momento, se negó a seguir dejándola atormentarle de ese modo. Por su propia salud y por el bien de la reputación de Sally, debían marcharse cuanto antes de la taberna y encontrar un lugar privado donde terminar lo que habían comenzado. Tomó su sombrero y abrigo de la percha y envolvió a Sally con él.

Seguidamente, salió a la calle, que estaba iluminada por dos grandes farolas de gas, pero no consiguió ver a su cochero.

Verwünscht!

¿Dónde se había metido ese tonto?

La calle estaba casi desierta, pero el carruaje de von Hausner, donde había venido junto a Ravens, seguía apostado en la esquina. Deseó poder marcharse antes de que esos dos pudiesen verlo dejando la taberna en compañía de la señorita Withfield.

Cuando estaba a punto de ir a buscarlo él mismo, Jonas apareció calle arriba. Saint Leger le hizo señas para que trajese el carruaje; éste asintió con un movimiento de cabeza y se marchó en seguida. Al cabo de un momento, sintió los brazos de Sally rodeándole el talle desde atrás, pegándose a él con exquisita necesidad. La trajo a su costado, la envolvió con su cuerpo y puso un beso en su frente.

—Hace mucho frío, preciosa —le susurró al oído—. Espera adentro.

—No tengo frío —farfulló—. ¿A dónde vamos? ¿A tu casa?

Él rio, encantado por su entusiasmo.

—No exactamente.

—¿Entonces...?

—A mi hotel.

Ella le sonreía con entrega y confianza, pero, dicho esto, aquella sonrisa de pronto se fue desdibujando; el abrazo fuerte flaqueó y sus ojos dejaron de mirarle, repentinamente abstraídos.

Temiendo haberla ofendido, Saint Leger se maldijo para sus adentros. Se apresuró a aclararle las cosas.

—No habito en ninguna de mis propiedades —reconoció el nerviosismo en su propia voz mientras se aferraba a ella—. Vivo en el Hotel Metropole. Es más práctico, por mi trabajo.

—Oh, santo Dios... —fue todo cuanto respondió ella.

Intentó soltarse, pero él no se lo permitió.

Buscó su rostro a la fuerza, intentando ver su expresión y hallar la razón de su insólita reacción. Había palidecido y su labio inferior temblaba. El horror había aflorado en su bello rostro, endureciendo sus facciones.

—Sally, ¿qué sucede?

—Eras tú...

—¿Qué?

—Eras tú... —repitió, alejándose finalmente de él, como si de pronto hubiese comprendido algo inquietante. Sin comprender lo que decía, Max intentó volver a abrazarla, pero ella le rechazó dando un paso atrás—. En el Kursalon.

Y entonces, él supo a qué se refería.

«Oh, no».

—Fue a ti a quien besé —continuó con la voz quebrada y el labio inferior tembloroso. No era una pregunta—. Fuiste tú y jamás me lo dijiste. Todo este tiempo... y jamás lo mencionaste. Me has hecho quedar como la más tonta... como la más desvergonzada de las mujeres.

Saint Leger no dijo nada. Tan solo se limitó a mirar el carruaje que se acercaba por la calle, con la certeza de que jamás conseguiría que ella se subiera a él.

Había olvidado aquel maldito asunto, y francamente nunca creyó que tuviera que mencionarlo. Para él había quedado en el pasado.

—¿No vas a hablar?! —lo espoleó ella, furiosa.

—¿Qué carajo quieres que te diga? —le respondió del mismo modo—. No es algo que se pueda mencionar como el estado del tiempo. *¿Sabe qué, señorita Withfield? Aquella noche en el Kursalon, no fue a mi estúpido hermano a quien arrastró a esa habitación y besó hasta enloquecerlo, sino a un servidor. Vaya suerte la de ese bastardo, que tiene a una mujercita que*

sabe besar...

—¡Imbécil! —rugió ella, que le había escuchado pasmada—. Quizá no me creas, pero nunca había besado a nadie hasta esa noche...

—Y deseabas que tu primer beso fuera para él. Estás decepcionada, lo comprendo. Pues bien, señorita Withfield, lamento ser una réplica exacta del verdadero objeto de su deseo, pero como comprenderá, no puedo hacer nada al respecto. Fue a mí a quien se ofreció sin mediar palabra, para su completa desilusión.

—Ojalá no lo hubiera hecho —chilló.

—Dime una cosa, Sally. ¿Lo hace Theo mejor que yo?

La joven frenó su parloteo con una sonora bofetada.

Él la miró con estupor. No había sentido la fuerza del golpe, pero sí su rabia, su humillación. Entonces entendió que la había ofendido, aun cuando solo había pretendido vociferar sus celos y su frustración.

—¡Vete al demonio! ¡Son unos bastardos! ¡Los dos!

Sally intentó marcharse, pero él le cogió el antebrazo para impedirsele.

—Sube al carruaje, Sally.

—¡Tú no me das órdenes!

—Si crees que voy a dejarte sola en Grinzing, estás loca...

Ella dio pelea hasta que se zafó de su agarre y corrió hacia la puerta principal de la taberna, doblando la esquina. Saint Leger la persiguió sin tregua.

Cuando alcanzó la entrada más popular del *Heuriger Wolff*, advirtió que ella se topaba de frente con sus amigos, la señorita Brassard y el violinista, que apenas le vieron, se avocaron a auxiliarla. Sally se refugió en ellos mientras Saint Leger se detenía, guardando una distancia importante.

Al menos no estaba sola, se dijo con tristeza.

No estaba montado una escena. La joven realmente quería huir de él, y amén de sus esperanzas rotas de regalarse una noche de placer entre sus brazos, tenía que admitir que aquello parecía el final de todo y quizá nunca más volvería a verla.

Capítulo 13

La habitación se agitó cuando Sally despegó los ojos aquella mañana. La visión del techo la hizo sentir mareada e inestable, así que volvió a apretar los párpados, revolviéndose sin fuerzas entre las sábanas.

Sentía el cuerpo rígido y pesado como un bloque. Su cabeza se hallaba a merced de un leve pero persistente dolor y percibía el estómago resentido ante la forma tan alegre en la que había engullido alcohol la noche anterior. Como una temible adición, debía admitir que también se sentía mortificada, desmoralizada, avergonzada... como una juerguista consumada la mañana después de sus infames correrías. Pero se lo tenía bien merecido. Cada punzada dentro de su cerebro, cada arcada y cada mareo era poca cosa en comparación con lo que le correspondía por haber cometido la estupidez de visitar aquella taberna infernal.

No era la primera vez que a Sally Withfield se le iba la mano con los tragos y despertaba, horas más tarde, con una jaqueca del demonio. Siendo más joven solía colarse en el despacho de su padre en Londres, donde sus hermanos varones bebían whiskey y fumaban, y les sonsacaba para que le sirviesen dos o tres dedos de licor. No en pocas ocasiones, tras beber un poco de más, su mente le había jugado malas pasadas al dejar lagunas en su memoria, pero aquella mañana, para su desgracia, descubrió que sus recuerdos estaban frescos e intactos... y cuando esos recuerdos se unieron a otros que conservaba desde antes de aquella noche, concretamente desde el recital en el Kursalon, gimió con horror, deseando hundirse en el lecho y fundirse en él hasta desaparecer.

—Max —jadeó lastimera en la soledad del dormitorio, acariciando aquel nombre entre sus labios, atesorando su única sílaba que encerraba un sinfín de momentos, algunos sublimes, otros nefastos.

¿Quién en su sano juicio podría cometer la idiotez de confundir a dos seres tan opuestos, más allá de su semejanza física? Solo una irreflexiva como Sally Withfield. Alguien que actuaba primero y pensaba después.

Ahora lo entendía todo. Aquel beso tan familiar, aquella boca que había encajado en la suya con tanta naturalidad, con un reconocimiento instintivo; aquella llama ardiente y adictiva que no había hallado en los labios de Theo. Había sido él.

Lord Saint Leger. *Max.*

La noche del recital en el Kursalon, ella lo había avasallado. Ni siquiera le había dado la oportunidad de sacarla de su error. Su maldita impulsividad había tomado el control. Entonces, creyendo que se trataba de su hermano gemelo, le había arrastrado hasta un cuarto alejado y besado como si no hubiera un mañana, picada en su orgullo, pero también ávida de un contacto de aquella naturaleza.

¿Cómo no iba a querer llevársela a la cama, si ella no había hecho más que ofrecerse a un extraño del modo más mundano y licencioso? Debió haber creído que era una prostituta a la caza de un acaudalado cliente.

Y a pesar de todo aquel despliegue de impudor, luego de esa noche, él se había comportado como un caballero y jamás le había dejado saber su equivocación... hasta que ella le volvió a tentar.

Se odió a sí misma por haberse dejado llevar, por haber besado desafortadamente aquella boca, por haber trepado a su regazo como una primate sobre un árbol frutal y por haberse abierto de piernas, como una furcia en celo, rogándole que la tocara, gimiendo con un agónico placer, anhelando su culminación.

Pero, por encima de todos los actos condenables que había cometido esa noche, Sally se odiaba por haber sido brutalmente sincera y por haberle contado sus secretos, desde luego, bajo los efectos de aquel licor que ella misma se había servido sin que nadie la invitase.

Se había puesto en ridículo, se había mostrado como una mujer viciosa, y ahora debía vivir con ello, reconoció mortificada, llevándose los dedos a las sienes para masajearlas y tal vez así conseguir que el dolor que le taladraba los sesos cesara de una vez. A esa hora, Theo ya debía estar enterado de lo que había sucedido. Seguramente él se lo había contado, como le contó lo sucedido en el Kursalon. Quizá ahora mismo los dos hermanos estaban burlándose y confirmando lo que toda Viena decía de ella; que era inglesa corrompida y ligera de cascos. Y solo Dios sabía si aquellos dos eran de los que le contaban sus aventuras al resto de los caballeros.

En ese instante, la puerta se abrió con un ligero chirrido.

—Buenos días, señorita Sally —susurró Pola, con gesto conspirador, asomada por el borde de la puerta—. Perdone. ¿La desperté?

Ella negó con la cabeza al tiempo que se incorporaba sobre sus codos con extremo cuidado. El movimiento, tan simple y rutinario, hizo que la habitación

volviera a oscilar como la superficie de un bote en la marea.

Siseó una maldición al tiempo que apretaba los párpados de nuevo.

Con presteza profesional, la doncella se adentró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Bendita fuera, la noche anterior le había ayudado a ponerse el camisón y a meterse en la cama en su precario estado. La pobre había sufrido horrores esperándola, mirando la ventana cada tres minutos para ver si había llegado, como le había hecho saber tras recibirla. Apenas le vio llegar junto a Mallory y Mathieu, había respirado aliviada, y luego de apañárselas para que Sophie no escuchara el sonido de la puerta ni los pasos en medio de la madrugada, la había introducido en la habitación.

Era un ángel, esa Pola.

—Le preparé este té para la resaca —dijo la mujer entregándole una taza—. Mi madre se lo daba a mi padre cuando se pasaba de copas en los bares de Budapest y después de un rato quedaba como nuevo. Usted ni se ponga a adivinar qué es. Solo tómese lo y ya verá cómo mejora en un santiamén.

—Gracias, Pola —Sally dio un sorbo a la bebida y casi de inmediato la atacó una violenta arcada—. ¡Es horrible! Sabe a whiskey... y hay algo más.

Pola le sonrió, transmitiéndole confianza.

—No, no rechiste y tómese lo, señorita.

Ella obedeció. Se tapó la nariz y engulló todo el líquido ocre y espantosamente amargo sin dejar que las náuseas la atacaran. Luego, Pola le entregó un vaso de agua con hielo que le cayó de maravilla, pero el horrendo sabor del menjurje de whiskey y eso otro que no había conseguido identificar, había quedado en su paladar.

—¿Se ha dado cuenta la señora...?

—No. Ha salido esta mañana con el señor Barna, que ya está de vuelta.

La joven suspiró, aliviada.

—Muchas gracias por ser mi cómplice en esta estupidez, Pola —habló con aflicción—. Te debo un gran favor.

—Está bien, señorita Sally —la mujer le sonrió con simpatía, o con lástima. No estaba segura—. Eh... quería preguntarle qué hago con esto.

La doncella se volvió hacia una silla y tomó una pieza de ropa que había estado allí reposando sin que Sally lo notara. Era un gabán negro de corte masculino ribeteado con piel en los puños y en las solapas. Ella lo recibió con un vuelco en el corazón. El abrigo que la había protegido del frío en su

lastimoso viaje de regreso de Grinzing y que Max le había puesto antes de aquella desastrosa pelea.

Sally lo acarició sin disimular su nostalgia, como si así pudiera sentirlo a él. Lo acercó a sus fosas nasales, absorbiendo su aroma con los ojos cerrados, estremeciéndose con los recuerdos que acudieron a su mente.

Olía a colonia masculina, a puros, a coñac, y a su aroma natural.

No supo qué había visto Pola en sus ojos, pero la doncella había ladeado la cabeza y compuesto una expresión de ternura.

—Aséalo. Después me encargaré de que vuelva a las manos de su dueño.

—Está bien, señorita —convino, recibéndolo.

Seguidamente, Pola recogió los trastes y se marchó.

Lo que fuera que la doncella le dio a beber a Sally, surtió efecto en menos de una hora. La jaqueca, los mareos y las náuseas habían mermado de modo considerable hasta que casi se sintió como si no hubiera ingerido una sola gota de licor.

Se levantó de la cama con renovadas fuerzas y el apetito recuperado, dio inicio a sus abluciones matinales y más tarde ingirió un desayuno abundante que Pola había preparado especialmente para recomponerle el estómago. No obstante, en su mente y en su corazón persistía una honda tristeza, una sensación de abandono que estaba segura la acompañaría por mucho tiempo. Porque, una cosa era su cuerpo, que podía recuperarse con un menjurje, pero su alma rota era otro asunto.

Moritz, la miró con interés desde lo alto de una vitrina y ella apartó la vista estúpidamente, como si temiera el juicio de un gato. Chasqueó la lengua.

Tras terminar el tardío desayuno, la joven abandonó el comedor con paso lánguido, dispuesta a regresar a su alcoba y quedarse allí el resto del día. Vizsla, que había permanecido junto a ella, a falta de su querida Sophie, la siguió con sus pasitos tintineantes. Normalmente, los sábados por la tarde le gustaba pasear por Viena, vagar por los parques, ir de compras por la Ringstrasse y después regresar a casa a prepararse para asistir a algún evento, quizás una cena, un baile, una tarde de té en casa de alguna amiga de Sophie, pero a falta de invitaciones, a falta de la compañía de su querido Will y de su anfitriona, y dado que ahora era algo parecido a una indeseable, Sally decidió que se quedaría en casa los próximos días y que no saldría a la calle ni

siquiera para acudir al curso de alemán.

Quizá, pensó mientras se inclinaba para acariciar el suave hocico de la caniche, la compañía de un buen libro pudiera ayudarle a sobrellevar el hecho de que sus días en Viena estaban contados.

Tenía que aceptarlo, aunque le doliera. Todo estaba llegando a su fin.

Pero entonces, Vizsla echó a correr hacia la entrada, tal vez impelida por su instinto canino, y comenzó a ladrar como una posesa. Tres segundos después, resonaron unos ligeros golpes a la puerta. Sally siguió a la caniche hasta el vestíbulo, pero se quedó junto a las escaleras, mientras esperaba a ver quién había llegado. Entonces, el mayordomo apareció para abrir.

Agazapada junto al balaustre, la joven apenas escuchó una conversación distante y educada. Una de las voces, grave y masculina, había mencionado su nombre. Con el corazón insuflado de esperanza, a Sally le pareció reconocer en esa voz la razón de sus desvelos. Cerró los ojos e inspiró con fuerza, sintiendo cómo el malestar que la había aquejado las últimas horas comenzaba a aliviarse como por efecto de un milagro. Quizás había venido a arreglar las cosas, se dijo, jubilosa; quizá deseaba disculparse y darle la oportunidad de pedir disculpas por haber actuado como una completa idiota. Si así era, entonces pensaba decirle que ella no tenía nada que perdonarle, y después pondría un beso en sus labios para limar cualquier aspereza.

Impulsada por su veloz tren de pensamientos, Sally dio unos pasos al frente. Fue entonces cuando le vio entrar en el vestíbulo, tras entregar su sombrero y abrigo al mayordomo. Se inclinó para acariciar a una excitada Vizsla, esa descarada que había dejado de ladrar y ahora se revolcaba en el suelo, mostrando la panza y aceptando sus atenciones con gozosos jadeos.

Y entonces la joven notó, con un dolor punzante a la izquierda de su pecho, que aquel rostro hermoso y perfectamente límpido no mostraba la más mínima evidencia de golpes ni rasguños.

Lord Theo, vestido con levita y pantalones azul pavorreal a la medida, chaleco a rayas, camisa y pañuelo color crema, prolijamente anudado al cuello, alzó su mirada azul y diáfana. El cabello, impecablemente acicalado, igual que la barba castaña, había sido peinado en un estilo bellamente armónico que, se atrevía a apostar, había mantenido ocupado un buen rato a su ayuda de cámara.

El apuesto dandi la obsequió con una sonrisa relajada y perfecta antes de ponerse de pie, haciendo uso de un elegante ademán.

Tratando de disimular su desencanto, la joven se preguntó si su hermano le había hablado sobre el encuentro de la noche pasada, pero no halló en su gesto el más mínimo indicio de conocimiento. Tal como solía ser, Theo se mostró obsequioso y correcto.

—Señorita Withfield.

—Lord Theo. Que sorpresa.

Le tendió la mano, que él tomó haciendo un ademán de besar.

—Me disculpo por esta visita no anunciada —habló con su natural flema educada. Ello le permitió a Sally detectar otra diferencia entre los gemelos: mientras Max sonaba como un caballero inglés en toda la regla, Theo poseía un ligerísimo acento alemán—. He de justificarme diciendo que estoy un tanto preocupado por usted y su falta de respuesta a mis notas. Temía que le hubiera sucedido algo malo, hecho que estoy feliz de descartar, ahora que la veo en perfecto estado.

Sin saber cómo responder a aquel sutil reclamo, Sally se volvió hacia el mayordomo, le agradeció y despachó educadamente. El hombre se retiró, no sin cierta reticencia. Después de todo, no era correcto dejar a solas a aquella muchacha casadera con su pretendiente, más aún cuando la señora de la casa se encontraba fuera.

—Acompáñame al salón, por favor.

Una vez dentro de la habitación donde Sophie acostumbraba a recibir a sus vistas, y cuyas puertas había dejado abiertas, la joven tomó asiento en el sofá. Vizsla se apertrechó en su pequeña cama dispuesta junto a un sillón. La caniche apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y se quedó quieta, observándolos.

A Sally le costaba mirar a Theo a los ojos. Tenía miedo de darse cuenta de que sabía la verdad y de enfrentarse a su condena. Pero, ¿acaso no le había mentido él también? ¿No le había ocultado que estaba consciente de su error, de su confusión, y le había hecho creer que había sido él el receptor de aquel licencioso beso en el Kursalon? Una cosa era la caballerosidad y otra muy distinta la honestidad. Sally habría apreciado que alguien le hiciera ver lo que había hecho, aunque la vergüenza la asediara el resto de su vida.

Pero luego comprendió que había otra razón por la que temía tanto mirarle. Por ningún motivo deseaba pensar en Saint Leger, y eso era precisamente lo que sucedería cuando se enfrentara a ese rostro tan atractivo, que era la copia exacta del hombre a quien había estado a punto de entregarse.

—¿Pedimos té? —preguntó como si tal cosa.

Theo curvó una de sus relamidas cejas al tiempo que tomaba asiento junto a ella en el sofá. Su gesto había sido una fusión de asombro y desconcierto.

—Este debe ser el recibimiento más frío de toda la historia.

—Es que... Sophie no está en casa.

—Lo comprendo —concedió él con calma—, pero no tenía modo de saberlo antes de venir aquí, y no tenía sentido dejar otra tarjeta de visita si todas las anteriores han sido ignoradas, ¿verdad?

—Theo...

—¿Qué sucede, Sally? —susurró intrigado—. ¿Por qué no has respondido a mis notas? ¿Por qué no he vuelto a verte? ¿Por qué no has ido al baile de los Amstutz? Fui por ti, porque creí que te encontraría. Me pasé toda la noche mirando a todos lados como un bobo, esperando que tú aparecieras.

—No fui invitada —se encogió de hombros, agradeciendo que la conversación tomaba derroteros que estaban lejos de la verdadera razón de su inquietud—. Y no tienes que fingir que no has escuchado nada acerca de mí y mi indeseable presencia en los salones de Viena. La gente de esta ciudad se ha empeñado en cerrarme las puertas en la cara y todo gracias a que la señora von Lambort le ha dicho a todo el mundo que soy una arribista social perniciosa que debería volver a Inglaterra en el primer tren. Incluso Sophie ha dejado de ser tomada en cuenta. Sophie, que ha sido para mí la más dulce y generosa de las hadas madrinas.

Theo suspiró una extenuada imprecación en alemán.

—Escuché un par de comentarios de lo más absurdos en boca de damas que claramente están celosas de tu belleza, fortuna y clase. Pero, claro, no dudo que hayan sido influenciadas por esa mujer. Sin embargo, la opinión de una vieja lenguaraz no debería azorarte, mi amor —dijo tomando su mano con delicadeza, un gesto que descolocó a Sally—. Von Lambort se cree la guardiana de la moral vienesa, pero no es más que una madre tratando de casar a su insípida hija.

Sally se puso de pie, con la única intención de romper el contacto físico con él. Irónicamente, el mismo contacto que hasta hacía unas semanas le había hecho dar brincos de júbilo, ahora le provocaba incomodidad.

—No eres la primera persona que me dice eso.

—Es un hecho, Sally —bufó—. Toda Viena lo sabe. Te aseguro que no eres

la única a la que ha molestado con sus pretensiones. De hecho, mientras sufrimos el horror de su compañía en casa de los Amstutz, no hizo más que desprestigiar a cada debutante haciendo una lista de sus defectos, como si eso bastara para que su hija luciera mejor. Incluso mi madre, la única que la tolera, parecía a punto de hacerla callar.

Incrédula, Sally alzó una ceja. Recordaba a la señora von Lambort, siempre a la zaga de lady Saint Leger, como una sombra o una presencia maligna capaz de influenciar sus pensamientos.

—Ahora bien —continuó Theo—, para ser franco, admiro la garra que se gasta esa mujer para tratar de alcanzar sus propósitos. ¿Crearás que está empeñada en hacer que Saint Leger se fije en Elise?

Sophie había mencionado aquel hecho, no hacía mucho, pero en ese entonces a Sally no le había importado en lo más mínimo. Lord Saint Leger no era nadie para ella, tan solo el soberbio hermano gemelo de Theo, el consejero británico, el hombre que la intimidaba y observaba como si quisiera mirar a través de ella. Ahora, en cambio, Sally se sorprendió apretando los labios al tiempo que su corazón alcanzaba un ritmo trepidante, casi doloroso.

Max y Elise von Lambort.

—Eso he escuchado.

—Y probablemente lo consiga —Theo rio, como si estuviera consciente de un hecho que Sally ignoraba—. El muy tonto le dedicó tres bailes. Ese arrogante presuntuoso que no hace más que evitar cualquier evento social, se apareció de la nada y le dedicó, no uno, sino tres bailes a la señorita von Lambort. Y no solo eso, también se le vio muy animado conversando con ella. La gente lo comentaba abiertamente —después añadió, reflexivo—: Conozco a mi hermano, y él no es precisamente el alma de la fiesta. Tanta deferencia solo puede significar una cosa.

—¿Qué? —quiso saber Sally, temiendo escuchar la respuesta.

—Que está considerándola como esposa.

¡Oh!

Bien, ahora sí que empezaba a tornarse doloroso aquel extraño sentimiento, pensó Sally mientras volvía a sentarse, repentinamente necesitada de una superficie a la cual asirse. La sola idea de que Max pudiese ser de otra mujer, que pudiese besar y acariciar otra piel que no fuese la suya la golpeó con estentórea fuerza.

—Bueno, es lógico —habló con la dificultad que suponía saber que el hombre al que empezaba a sentirse inexplicablemente apegada, estaba decidido a encontrar una esposa, nada más y nada menos que en la hija de la señora von Lambort—. Tu hermano es un caballero respetado, con un título y un cargo muy importante en el gobierno. Es su deber sentar cabeza.

Theo dejó crecer una sonrisa irónica en sus labios.

—Lo pintas como a un virtuoso, pero no lo es —farfulló—. Maxwell es un varón corriente, como el resto de nosotros, con las mismas mañas y defectos. No te dejes engañar por su inmaculada reputación y su hábito de medir a los demás con su vara invisible. Pero estoy de acuerdo contigo, le vendría bien una esposa.

No le pasó por alto la inflexión de amargura con la que Theo habló. Era patente que entre los gemelos no existía una relación precisamente fraternal. Max tampoco había dicho cosas muy agradables sobre su hermano. De hecho, le había advertido sobre el peligro de aquella amistad y le había llamado «el canalla de más alta factura de toda Viena». Había sido tan vehemente en sus advertencias, que Sally había llegado a pensar que en verdad corría peligro, pero también estaba el hecho de que Saint Leger no la conocía, que la creía una niñita boba fácil de embaucar, y ella no era nada de eso, gracias a Dios. Aun así, cedió a su curiosidad.

—¿Estás peleado con tu hermano?

—No tengo que estarlo para reconocer su carácter. Él también es plenamente consciente del mío. Pero no, no estamos peleados ahora mismo. De hecho —siseó con cierto aire místico—, Max y yo somos buenos hermanos, y entre nosotros no existe la mezquindad... todo lo contrario. Te sorprendería lo bien que nos llevamos.

Ella, que no había entendido una sola palabra de la críptica alusión, frunció el ceño.

¿Cómo podía ser aquello cierto, si Max había dicho cosas terribles sobre él?

—Y en cuanto a su inminente matrimonio —continuó—, es bueno que lo sepas, Sally. Un hombre puede casarse, pero ello no es lo mismo que sentar cabeza —apostilló—. Estoy seguro de que, aunque despose a Elise von Lambort, mi querido hermano seguirá comportándose justo igual que lo hace ahora —sonrió con astucia, de nuevo haciendo alarde de toda la información que poseía y que Sally ignoraba por completo—. Pero eso es algo que no

debería importarnos, ¿verdad? Si tu preocupación es que esa mujer haya esparcido comentarios desagradables sobre ti, me ofrezco desde ya a hacer algo al respecto.

—¿Algo como qué?

—Vendrás al baile que ofrecerá mi madre en Konstantin dentro de una semana. Le haremos saber a todo el mundo que gozas de mi favor y del de toda la familia Wittelsbach, entonces Viena comenzará a verte como lo que realmente eres, su más maravillosa adquisición en muchísimo tiempo. Nadie osará negarte nunca más una invitación, ni desairarte en público.

Sally cruzó los brazos, escéptica.

—Olvidas que lady Saint Leger también me rechaza.

—Eso no es cierto —Sally intentó protestar, pero Theo la silenció con sus rotundas palabras—. Madre está influenciada por esa víbora incontinente de von Lambort, igual que el resto de la gente decente de esta ciudad. Estoy seguro de que te adorará en cuanto te conozca mejor, y lo mismo sucederá con todos los demás habitantes de esta ciudad. Me encargaré de que madre sepa que esa mujer no ha hecho más que desprestigiarte a ti y a otras damas para su propio beneficio —Theo la observó con seriedad, como si esperara un pretexto para rebatirlo con su mejor labia, pero Sally se abstuvo de abrir la boca—. ¿Vendrás, entonces?

—No estoy segura. No me gustaría ser echada de un lugar tan elegante.

—Oh —suspiró, ofendido—. Yo jamás permitiría algo como eso. Nadie se atreverá a mirarte con algo menos que fervor, mi querida Sally.

¿Asistir a un baile en el hogar familiar de Max y Theo? ¡De ninguna manera!

Ni siquiera valía la pena si ello le garantizaba su recibimiento de brazos abiertos en la sociedad vienesa. Después de lo que había sucedido en el *Heuriger Wolff*, no creía poseer la frialdad necesaria para volver a ver a lord Saint Leger a los ojos. Ya había sido demasiado embarazoso pasar de la pasión a la cólera en la misma hora, y todo por haberse cruzado en su camino en mala hora, por haberlo besado por error y después actuado como una zorra en aquella taberna de Grinzing.

A esta altura, él debía creerla una desfachatada, una niñita consentida y ligera de cascos que aspiraba jugar con dos especímenes a la vez.

—Me he asegurado de que tu nombre figure en la lista de invitados y también el de la señorita Weichselbraun y el del señor Fitzroy, así estarás

rodeada de tus más queridos amigos. Además de mí, por supuesto. En cualquier momento recibirás la invitación.

Tras decir aquello, echó una mirada críptica a las puertas abiertas del salón, por donde una doncella acababa de pasar con sigilo.

—Theo, yo...

—Oh, Sally —jadeó él con arrojo, acercándose mucho a sus labios. Su voz estaba atravesada por un sinfín de emociones sensuales—. Por un momento creí que mi propuesta te había espantado —la joven sacudió la cabeza. Se recordó que aquel era otro tema pendiente, un embarazoso y complicado tema en el que había preferido no pensar, pero que estaba en la obligación de resolver. Por supuesto, él se dio cuenta de su reticencia a tocar ese punto en el salón de visitas de la señorita Weichselbraun—. No, no tenemos que hablar de eso ahora, no es el lugar ni el momento. Pero deseo que sepas que espero con ansias tu respuesta. Me muero de ganas de tenerte entre mis brazos, de estrecharte y mostrarte lo que me haces sentir.

Con el pulso acelerado, Sally se enfrentó a sus ojos azules, percibiendo otros ojos que se le parecían increíblemente. La calidez que encontró en ellos le trajo otra calidez, más dura, más fiera y provocadora. Y la textura de sus labios, que ahora se posaban sobre los de ella con delicada devoción, la arrastró hacia la reminiscencia de labios más ladinos, y una boca que sabía a coñac y a puros caros.

Un momento después, Theo se despidió. Sally se pasó la tarde molesta consigo misma, llamándose cobarde e idiota repetidamente.

¿A qué estaba jugando? ¿Por qué no le había hecho saber que estaba consciente del error cometido en el Kursalon? ¿Por qué no le había reclamado su falta de sinceridad como sí lo había hecho con Max?

¿Y por qué no se había negado en redondo a asistir a aquel baile, dada su penosa situación social? Tampoco es que hubiera dado su consentimiento. El hecho es que no estaba dispuesta a ir ningún lado. No podía hacerlo, ni siquiera ella era tan temeraria como para adentrarse en un lugar donde sabía que todo el mundo estaría mirándola horrorizado y destruyéndola con sus poderosas lenguas.

¿Y por qué demonios había dejado que la besara?

Más tarde ese día, se encontraba en su habitación, pasando a duras penas

las páginas de un libro que había encontrado en la biblioteca. Hacía unas horas que su anfitriona había regresado de su paseo con el señor Barna, tan sonriente y jovial que apenas dio cuenta del semblante decaído de Sally.

Felizmente, a Sophie no le preocupaba no ser tomada en cuenta para los variopintos eventos sociales que tenían lugar en la ciudad, y que eran tan codiciados por otras mujeres. En cambio, se mostraba tan satisfecha viviendo la vida a su manera en la compañía de su querido pirata, que apenas se percataba de que Viena estaba en plena temporada.

Quizá una mujer feliz no necesitara esas cosas, pensó al tiempo que volvía a pasar otra página.

Su intención de dejar de pensar en sus problemas fracasaba estrepitosamente cuando de pronto, Pola llamó a su puerta para anunciarle que otro caballero había venido de visita. Sally achicó los ojos intrigada y se irguió de pura anticipación. Al escuchar el nombre de quien se había personado allí, en casa de su anfitriona para verla, el libro que estaba sosteniendo resbaló entre sus dedos al tiempo que una explosión de júbilo se apoderaba de ella.

Veloz, se puso de pie y con paso raudo bajó las escaleras hasta el vestíbulo, donde el caballero la esperaba. No era algo muy propio de una dama corretear por los pasillos de una casa donde había sido recibida como invitada con la mejor de las bienvenidas, pero no podía evitarlo, la alegría la superaba, igual que la impaciencia. Entonces, saltándose el protocolo, se fue directa hasta él. Siempre apuesto y vestido a la última moda, le esperaba de pie junto a las escaleras con una sonrisa amplia.

Lo atrapó en un fuerte abrazo antes de que pudiera reaccionar.

—Santo cielo, Withfield —jadeó estrangulado—. Yo también te extrañé, pequeña.

Y entonces, la joven dejó escapar un sollozo lastimero que le hizo saber a su querido amigo Willard Fitzroy que no lo había pasado precisamente bien mientras éste vivía un idilio con su enamorado, solo sabía Dios donde.

—Vaya, vaya —bufó el astuto americano—. Me ausento tres semanas y ya tienes detrás de ti a una cuarta parte de la realeza de Baviera. *Brava*, Sally.

Will la había persuadido para dar un paseo por un pequeño parque de Josefstadt, en parte porque necesitaba estirar las piernas después de su viaje

en tren desde Salzburgo y también porque su amiga lucía lívida, como un bonito y tétrico cadáver. Un poco de aire fresco le vendría bien.

Helaba en Viena y el viento frío y seco golpeaba la piel hasta entumecerla, signo de que la primera nevada de la temporada estaba cerca. Dejando aquello de lado, el paisaje era encantador. Claro, si a uno le gustaban los paisajes melancólicos, con árboles privados del atavío de hojas y cielos grisáceos cruzados por débiles rayos de sol, tan débiles como el cariz de Sally.

La joven se sentía un poco mejor después de haber puesto a su amigo al corriente de su situación personal, de todos los encuentros, desencuentros y conversaciones sostenidas hasta ahora con aquel par de apuestos y peligrosos arcángeles.

—No es gracioso, Will.

—Desde luego que no —negó él con vehemencia, dándole palmaditas a la mano enganchada a su bíceps—. Es un asunto muy serio. Pero, a ver, criatura del Señor, ¿cómo es que has confundido a un tunante vestido a la última moda con el flamante y poderoso consejero británico? Son totalmente distintos. Más que distintos... ¡son opuestos!

—Al principio no noté —suspiró lánguida, recordando su bochorno— lo distintos que son. Pero ahora me queda muy claro. Theo es cristalino, tierno, jovial. Es muy fácil quererlo.

—¿Y el otro?

El semblante de Sally se pobló de emociones discordantes.

—El otro es absolutamente maléfico —sentenció, pero aquel gesto en lugar de encerrar una condena hacia la persona del marqués de Saint Leger develaba un curioso fervor, del que la muchacha no parecía ser plenamente consciente.

—Lo cual lo hace más atractivo, si me lo preguntas —sonrió Will—. Sé sincera conmigo, cielo. Te gustan los dos, ¿verdad? —Ella se detuvo súbitamente ante el peso de la agresiva pregunta. Observó el rostro serio de Will y se dio cuenta de que no estaba jugando. Realmente esperaba una respuesta sincera y contundente—. Vamos, ¿quién soy yo para juzgar? No tiene nada de extraño que admires a dos portentosos varones, apuestos, saludables, ricos y llenos de virtudes que, apuesto, tienen a granel. Debes responder a esa pregunta, al menos para ti misma. Porque...

—¿Porque qué?

Retomaron el paseo a través de un caminillo de grava bordeado de

banquetas de madera, todas ellas vacías. Aquel conveniente aislamiento les concedía licencias para tratar un tema tan íntimo sin tener que susurrar.

—Porque si resulta que tienes sentimientos por ambos no importa la decisión que tomes, siempre parecerá equivocada —suspiró él con la vista puesta adelante—. ¿A cuál de los dos elegir? ¿Cuál de esos dos soberbios amantes bávaros podría ser el merecedor de tus atenciones? ¡Por fuerza hay que elegir a uno! No eres el tipo de mujer que podría gozar de los favores de dos caballeros a la vez y seguir campante por la vida, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Oh, por supuesto —Y luego añadió, más para sí mismo—. Los *ménage à trois* lo complican todo.

Sally se giró hacia su amigo con la curiosidad teñida en las pupilas.

—*Ménage à trois*. ¿A qué te refieres?

—Oh, no. Olvídalo.

—No, Will —insistió—. Dime.

Por unos segundos, se enfrascaron en una pequeña discusión en la que Will se negaba en redondo a decir una palabra sobre aquel término —que se arrepentía de haber traído a colación— y una Sally obstinada que presionaba como pájaro carpintero sobre la corteza del árbol.

Al final, la audacia de la hija del industrial se impuso. Resignado, Will tragó saliva y a continuación calibró sus próximas palabras, no fuera a soltar alguna barbaridad que pudiera poner en peligro la estabilidad mental de su querida amiga.

—Verás, Sally —habló con excesiva medida—. Existe algo que los franceses llaman *ménage à trois*. Es... una especie acuerdo... en el que tres personas mantienen una relación simultánea. Solo los franceses podrían ponerle nombre a algo así, ¿verdad? —rio, pero ella, que no lo había captado del todo, le invitó a continuar—. Me refiero a que esas personas... conforman un... trío —Ella agrandó los ojos, pero seguía esperando, Will no sabía a qué. ¿Quería un dibujo, acaso? Entonces suspiró rendido y exasperado—. Sally, es una relación sexual entre tres personas.

Tragó con fuerza, pese a que la idea no la escandalizó especialmente, tan solo confirmó sus sospechas. Había imaginado algo similar cuando admiró aquella pintura en la galería. La obra representaba de forma asombrosa esa clase de relación que antes de ese día jamás hubiera imaginado que podía

existir.

—A ver, ¿qué estás pensando Withfield? ¿No querrás tomarme la palabra...?

—¡No! —se apresuró a negar—. Era solo curiosidad.

—Entonces, Sally, ¿Saint Leger o Theo?

—¿Para qué elegir? —sus mejillas habían adquirido el tono de las primulas, que por aquella temporada brillaban por su ausencia—. No voy a entablar relación con ninguno de los dos. Después de lo que sucedió estoy avergonzada, molesta con ambos y tengo miedo de cometer otra tontería por mi impulsividad. La verdad es que ni siquiera sé si voy a quedarme en Viena.

—Pero si Viena es tu hogar —el americano alzó las cejas.

Ella tan solo contempló la visión de la hermosa ciudad, aun bajo aquel manto gris y opaco que era el cielo.

—Ya no lo sé, Will.

—Sally, tienes que aclarar tu corazón —insistió su amigo—, primero en solitario y luego con cada uno de esos dos. Las cosas no pueden acabar tan mal solo porque cometiste un error y porque la vieja von Lambort no te tolera. No salgas corriendo como una gallina asustada. Tú no eres ninguna cobarde.

—¿Qué sugieres que haga, entonces?

—Darle pelea a von Lambort, a toda Viena si hace falta y quedarte con el Wittelsbach de tu agrado —Sally puso los ojos en blanco—. Pero para eso tenemos primero que ir a ese baile, ¿verdad?

—Lo pensaré —zanjó, meando la cabeza para centrarla en otros temas—. Vamos a olvidarnos de mí por un momento, y hablemos de ese viaje a Salzburgo.

—No me produce ningún placer comer delante de los pobres, así que no alardearé de mis aventuras. Solo diré que ha sido un momento inolvidable y que... he escuchado cosas que no sé cómo procesar... lo que me lleva a hablar de nuevo de lord Theo.

—¿Theo? —Sally arrugó el entrecejo.

—Es que mientras estábamos en compañía de los amigos de Bastian —suspiró—, escuché un rumor de lo más extraño —Will vaciló un poco, así que Sally le espoleó para que continuase—. No sabía si debía contártelo, pero creo que es mejor que lo sepas. Ya sabes, por cultura general.

—¿Saber qué?

—Bien, Matteo Lang, uno de mis nuevos conocidos, estuvo en Londres hace unos meses y nos ha contado los rumores que circulaban en los salones para entonces. Uno de esos incluía precisamente a tu querido dandi bávaro, que se ha vuelto muy popular por ahí, por lo que puedo ver. Al parecer, lord Theo tuvo un amorío hace un año con una viuda llamada lady Carlyle. Una verdadera beldad, según se decía.

—Will, estoy seguro de que Theo tiene amantes, y no solo esa viuda.

—Vaya, pero que moderna resultaste, Sally Withfield —mosqueó, asombrado—. Espera, aun no escuchas el relato completo. Como te decía, era un hecho público y notorio que lord Theo estaba de amante de esta mujer. Se le veía constantemente con ella y al parecer, era asiduo de su residencia. Pero aquí viene lo espeluznante: lady Carlyle falleció por aquellos días en circunstancias muy extrañas.

Sally dio un respingo.

—¿Qué le sucedió?

—Nadie lo sabe, o quizá solo la policía —se encogió de hombros con la impotencia de quien ignora—. De resto, hermetismo total. El hecho no apareció reflejado en la prensa, no hubo un comunicado oficial de las autoridades, y como la susodicha no tenía familia ni amistades lo bastante cercanas como para exigir una explicación, tampoco se ofrecieron mayores explicaciones. El misterio fue tal que empezaron las presunciones, incluso las teorías. Nadie sabe a esta altura qué sucedió con lady Carlyle.

Sally se llevó la mano al pecho con inquietud.

—Es sí que es extraño.

—Hay quien dice que lord Theo estuvo con ella la noche en que murió —añadió Will con solemnidad. Si lo primero la había asombrado, aquello último la había dejado patitiesa— y que él sabe perfectamente qué le sucedió, pero no se ha dignado a decir nada, sabrá Dios por qué.

—Pero eso es imposible, Will —reaccionó airada—. Si él lo supiera, habría dicho algo. ¿Por qué tendría que ocultarlo?

—No tengo idea. Quizá se trate de algo vergonzoso. Quizá se suicidó.

—¡Eso es horrible!

—Es solo una teoría que se me ha ocurrido en este instante. Yo qué sé lo que pasó a esa mujer.

Fue un momento bastante extraño para recordar la noche en que le conoció. Sally le había preguntado por qué, si Viena le parecía tan sosa y falsa como le había hecho ver, no regresaba a Londres. Entonces él había sorteado su pregunta.

—Estoy segura de que todo tiene una explicación muy razonable.

—Pienso igual —asintió mientras miraba al frente con aire despreocupado—. Ya sabes cuan malvada puede ser la gente con las palabras cuando está aburrida. No les interesa perjudicar al prójimo con tal de dar rienda suelta a su miseria interna.

—Sí, sí —murmuró ella distraídamente mientras sacudía la cabeza.

Capítulo 14

Aquella noche de invierno, Konstantin resplandecía al calor de las luces de una velada prometedora. La primera nevada de la temporada, escasa y fugaz, se había suscitado esa misma mañana. En consecuencia, los suelos y las desguarnecidas ramas de los árboles lucían recubiertos por una delgada capa de escarcha. El cielo de Viena, que había mudado en una profusión de negro y varios tonos de gris, prometía una nueva nevisca para las próximas horas.

Siguiendo un perfecto orden, cientos de coches eran acomodados afuera de la mansión señorial por obra de un ejército de lacayos, mientras sus distinguidos ocupantes se dirigían a la suntuosa propiedad, hogar de los más ilustres miembros de la nobleza bávara en Viena. Era bien sabido que los Wittelsbach, emparentados por consanguinidad con su majestad imperial, conformaban el linaje más elevado de todo el imperio austrohúngaro, siendo el emperador Franz, de hecho, el hijo de una princesa bávara y el esposo de otra. Así que, cualquiera que hubiera sido invitado a aquel exclusivo convite, podía considerarse afortunado. Podía dar por hecho que era «alguien» en Viena.

En el interior de la mansión, un atareado pero eficiente mayordomo daba la bienvenida a los invitados y otra cohorte de lacayos recibía presta los abrigos, sombreros y bastones. Los vieneses, ataviados con sus mejores galas y sonrisas de regocijo, se introducían al ostentoso salón de baile. Como era de esperarse, las notas de enérgicos valeses, ejecutados por la mejor orquesta de la ciudad, llenaban el aire mientras las parejas danzaban, como si se les fuera la vida en ello.

Y muy cerca de todo aquel bullicioso ánimo colectivo, un alma solitaria vagaba sin rumbo, consumiéndose en el hastío y la amargura, en la ansiedad y la desesperación. Maxwell Phillips, marqués de Saint Leger, séptimo en la línea de sucesión al trono de Baviera, maldecía por lo bajo en su lengua madre, condenándose por haber permitido que la princesa lo persuadiera de ofrecer aquel baile del que deseaba escabullirse a la primera oportunidad.

Pero ¿cómo iba a escabullirse si él mismo era el anfitrión?, reflexionó disgustado. Su tarea consistiría en mostrar su mejor sonrisa delante de aquella concurrencia, incitar una alegre conversación, quizás solicitar dos bailes con cada dama y discutir sobre política y de arte con los caballeros.

¿Y estaba haciendo eso, acaso? ¡No!

En cambio, se hallaba en su antigua alcoba, mirando su semblante en el espejo y ardiendo en la más angustiada desesperación... deseando ser capaz de impedir que Sally Withfield y su hermano coincidieran aquella noche y terminasen encamados en el Hotel Metropole o donde fuera.

No podía dejar de pensar en los planes que Theo había ideado para después del baile, unos planes que lo incluían a él, irónicamente, pero de los que ya no deseaba formar parte.

«¿No sería encantador marcharnos los tres juntos rumbo al Hotel Metropole?».

Las palabras de su gemelo reverberaban en su mente con fuerza. Maldito fuera si conseguía llevársela, si acaso ella le permitía que la tocara, después de haber compartido con él aquellos exquisitos besos en el palco del *Heuriger Wolff*.

Recordar a Sally, tumbada en el sofá, arqueando la espalda y exigiéndole dulcemente que la librara de la tortura de la excitación y la condujera al alivio del éxtasis, le producía un estremecimiento doloroso. Entonces, se había jurado poseerla, ganarla para sí mismo y jamás compartirla con nadie, aunque ello significara traicionar a su hermano. Por caballerosidad —o imbecilidad— se había abstenido de hacerla suya allí mismo. Habría sido un error, decididamente. Dado el estado en el que se encontraba, habría sido traumático para ella. No sabía cómo diablos se había contenido, pero lo había hecho, e irónicamente se sentía merecedor de una medalla, o algo parecido. Después había estallado el caos.

Era cierto que ella le había asegurado que él le gustaba más que su hermano, pero Max no estaba seguro si creérselo. Puede que fuera un impulso del momento, avivado por el alcohol y la excitación. Puede que hubiera visto a Theo en sus ojos y en su aspecto, aunque fuera su nombre el que gemía mientras se regodeaba en el ritmo de su lengua y sus escandalosas caricias. Puede que siguiera deseándolo a él y solo a él, y por ello, al descubrir que había besado al gemelo equivocado en el Kursalon, había desistido de acompañarlo al Hotel Metropole.

Que doloroso había sido ver su expresión horrorizada; que difícil había sido no pensar que ese horror respondía a su repentina consciencia, que le ordenaba alejarse de él y evitar entregarse de nuevo al «otro Wittelsbach». La única forma que había encontrado para drenar ese padecimiento fueron las palabras hirientes que expulsó sin considerar.

Un golpe a la puerta lo arrancó de sus lastimeros pensamientos. Max se volvió para descubrir a un elegante Theo, de pie bajo el dintel.

Saint Leger entrecerró los ojos para mirarle con una recóndita aversión, con la secreta promesa de que jamás permitiría que Sally fuera lastimada por su causa.

Theo vestía el uniforme de gala blanco de la Casa Real de Baviera, cruzado por una banda de seda roja y ataviado con medallas de oro que no significaban nada para su portador. Él, en cambio, decidido como jamás lo había estado a diferenciarse de su hermano gemelo, había optado por su atuendo diplomático del gobierno británico.

—Ah, aquí estás —habló visiblemente sorprendido por su elección de vestuario de aquella noche—. Los invitados preguntan por ti. Madre teme que el emperador llegue en cualquier momento y que no estés para recibirlo, como corresponde.

—Vaya contratiempo sería —se burló mientras fingía enderezarse la medalla que le pendía del cuello—. No queremos disgustar a la princesa, ¿verdad?

Theo alzó una ceja con divertida curiosidad.

—No creo que se disguste tanto como cuando te vea vestido como un ordinario diplomático inglés. ¿Qué pasó con tu uniforme real?

—Decidí cambiar esta noche.

El otro contuvo una sonrisa, absteniéndose de decir nada más. Seguidamente, le acompañó a dejar la habitación.

Caminaron por los pasillos alfombrados del área de dormitorios de Konstantin, rumbo al salón donde el baile tenía lugar. Las débiles reminiscencias de un vals llegaban hasta ellos tras colarse por los resquicios de la mansión. A su paso, algunos lacayos con pelucas, apostados junto a las puertas, les saludaron con mecánicas inclinaciones de cabeza. El silencio los seguía, hasta que Saint Leger lo rompió.

—¿Vendrá ella esta noche? —no hacía falta mencionar su nombre.

—Por supuesto, hermano —rio el otro, rezumante de certeza y maleficencia—. No comas ansias. Te aseguré que estaría aquí, dócil y dispuesta, y pienso cumplirlo, pero necesitaré de tu ayuda.

—¿Qué quieres decir?

Rio por lo bajo.

—Sedúcela tú también, tonto —no se molestó en susurrar—. Trata de actuar menos como un inalcanzable caballero inglés y más como un disoluto príncipe bávaro.

Max apretó los puños dentro de los guantes blancos, puños que se moría por estampar contra el rostro de su hermano.

Pero ¿qué objeto tenía? Él no debía intervenir, no tenía derecho. Sally era la única en posición de decidir. Y seguro lo haría esa misma noche.

Llegados al salón, dos lacayos abrieron las puertas dobles de par en par. Los caballeros, idénticos en su fisonomía y opuestos en su carácter, hicieron entrada al baile con paso majestuoso. Una riada de miradas cayó sobre ellos, y un silencio apreciativo se instaló por un breve instante. Ya de por sí era muy raro ver a los gemelos juntos en un evento social, así que verlos llegar codo a codo era un espectáculo digno de admirar.

No pocas damas dejaron escapar sendos suspiros al contemplar aquel par de apuestos y poderosos adonis. Los Wittelsbach, altos, atléticos, elegantes y de modales ceremoniosos, eran el delirio —manifiesto en algunos casos y secreto en otros— de una buena parte de las féminas vienesas, por lo que aquella noche algunos corazones vibraron de gozo al verlos llegar, regalando un verdadero colirio a los ojos.

Theo y Maxwell atravesaron la sala saludando con cabeceos y sonriendo aquí y allá. Como si de una minuciosa coreografía se tratara, dos mozos vestidos con pelucas e impolutas libreas, se posicionaron en su camino estratégicamente, de modo que, al pasar junto a ellos, los gemelos pudieran aprovisionarse con copas de champagne. Al otro lado del salón, se hallaba lady Saint Leger, ataviada en un ampuloso vestido color coral y, como era de esperarse, luciendo sus mejores joyas, incluida una suntuosa diadema de diamantes que resplandecía bajo las luces de las arañas de cristal del techo.

—Madre —la saludó el marqués tras poner un beso en su mano.

Lady Saint Leger echó un vistazo a su inusual vestuario de aquella noche, pero se abstuvo de hacer observación alguna. Él supo, sin embargo, que estaba molesta, quizá también ofendida. Aquello le tenía sin cuidado. Después de todo, el compromiso diplomático era más importante para él que el rango principesco. La herencia inglesa era igualmente parte de sí y, por mucho, la porción con la que más comulgaba su espíritu.

Se les unieron su hermana Eva, quien estaba deslumbrante con su vestido azul, y su marido, el barón von Hausner, al tiempo que el baile se reanudaba.

Apenas tuvo un respiro de la tediosa tarea de recibir los respetos de cada invitado, y la consiguiente conversación de cortesía de dos minutos, Max paseó la vista por la sala, buscándola. No había rastros de ella, hecho que le hizo sentir inquieto.

Su majestad imperial llegó poco después, con su esposa Elisabeth, a quien se le conocía cariñosamente como «Sisi», prendida del brazo. Sisi, prima de Max y Theo, encandiló a toda la concurrencia con su personal encanto y belleza sinigual y rompió el protocolo poniendo sendos besos en las mejillas de los apuestos gemelos.

Cuando dieron paso al emperador y a su mujer, sintió su corazón dar un latido estentóreo para luego detenerse estático en el pecho.

Allí estaba ella, preciosa, espléndida, embutida en un vestido rojo satinado con delicados complementos de plumas de avestruz. Toda su persona era la más deliciosa aparición, la criatura más excelsa y delicada que había pisado aquella estancia, la razón de la angustia de Maxwell y el más dulce de los tormentos que jamás hubiera sufrido.

El atuendo de Sally constaba de un corpiño contorneado que dejaba los hombros, las clavículas y los brazos descubiertos para que su cremosa piel destacase. Ni que decir de sus redondeados pechos, que se alzaban fastuosos, tentándolo, invitándolo a recordar su sublime textura y la forma cómo se amoldaban a sus avariciosas manos. El cabello le había sido peinado hacia un lado, de modo que sus tirabuzones formaban una voluminosa columna que se desparramaba sobre un hombro, mientras que el otro, junto con el estilizado cuello, quedaba sensualmente expuesto. Max se estremeció con violencia. Deseó buscar su pulso con los labios, con la lengua, poner un rosario de besos en aquella aterciopelada piel y oírla gemir su nombre, tal como había hecho en el *Heuriger Wolf*.

El resto de los asistentes al baile siguieron su avance con miradas atentas. Los hombres, con el deseo tatuado en las pupilas, y las mujeres con una avinagrada admiración que delataba la más soberana envidia. Pero había algo en sus facciones que llamó su atención, cierto nerviosismo, un gesto de vacilación, quizá de temor. Cuando Max entrecerró los ojos, concentrado en dar con la razón de su zozobra, Sally Withfield encontró su mirada.

Por un segundo, no existió nadie además de ellos, ni la música, ni la ristra de cuchicheos de los invitados que cuestionaban su presencia allí. Ella le sostuvo la mirada con dignidad, alzando su pequeña nariz con claro desafío,

recordándole los pormenores de su despedida frente a la taberna, cuando había sido tan estúpido, tan brusco debido a sus celos. ¿Sería por eso por lo que le miraba con tanta aversión?

De inmediato escuchó el carraspeo de Theo, seguido de una velada disculpa. Su hermano fue al encuentro de Sally sin más dilación.

—Santo cielo, ¿la ha invitado? —protestaba su madre en susurros—. ¿Cómo ha sido capaz? Saint Leger, creí que habías dicho que ya no se veían.

—Madre, la señorita Withfield no ha hecho nada, ¿por qué te ofende su presencia —la varonesa von Hausner fue quien respondió.

Max no escuchaba nada a su alrededor, apenas su corazón desbocado. Los celos regresaron calcinando sus huesos e instalándose en su pecho cuando le vio acercarse, tomada del brazo de su estúpido hermano.

Sally temblaba como una hoja cuando finalmente se halló en aquel baile.

Había decidido acudir a última hora, movida por una extraña revelación, o quizá fuera uno de esos impulsos de los que, a la larga, terminaría arrepintiéndose. Fuera como fuere, había llegado a la fastuosa Konstantin y estaba dispuesta a demostrar que no era una cobarde, ni una acomplejada. Necesitaba demostrar que podía dar la cara, incluso colándose en aquella estancia donde sabía que no sería bien recibida.

Las odiosas miradas volvieron a caer sobre su persona como una lluvia de hormigas. Ella las ignoró cuadrando los hombros y recordándose que era Sarah Elizabeth Withfield, la hija de Thomas Withfield, el hombre que había mantenido la nariz elevada aun cuando un puñado de aristócratas resentidos habían intentado desairarle. Esos mismos hombres, años más tarde y luego de que su padre amasara una fortuna colosal, habían intentado lisonjearlo y persuadirlo para obtener financiamiento para sus propios proyectos. Sally había captado el mensaje a la perfección, e inspirada por la historia de vida su progenitor, decidió dar un paso adelante.

Y cuando le vio, de pie al otro lado del salón, su determinación casi flaqueó. Hizo un esfuerzo para no apartar la mirada y mantenerse erguida pese al doloroso recuerdo de sus reproches de aquella noche frente al *Heuriger Wolff*.

Fue Theo quien se acercó para recibirla, luciendo una amplia sonrisa. Se veía muy apuesto con su uniforme blanco de gala, cruzado en el pecho por una

franja de seda roja. Su atuendo estaba complementado con relucientes medallas doradas en el pecho y un espadín envainado a un costado. Se veía como lo que era, un relajado príncipe europeo. Su hermano, en cambio, tenía toda la estampa de un insigne caballero inglés, un diplomático, precisamente la clase de hombre estricto y con elevadas responsabilidades. Max vestía levita y pantalones oscuros; impoluta camisa, chaleco de seda y cuello con pajarita blanca. De su pecho pendía una medalla dorada con lazos azules.

—Mi querida señorita Withfield —la saludó Theo mientras hacía gesto de besar el dorso de su mano—. Al fin llega usted. Ha sido muy esperada esta noche.

—Milord.

Tras saludar a la señorita Weichselbraun y a Will y darles la bienvenida a Konstantin, Theo tomó el brazo de Sally, y los condujo hasta donde esperaba el resto de su familia. Entonces, un acceso de inquietud se instaló en el pecho de la joven. La mirada de lady Saint Leger era una mezcla de dureza y escepticismo, la de Max era incisiva, pero un misterio al fin. Vaya novedad.

No sabía qué le esperaba cuando llegara a ellos. Al menos la señora von Lambort no estaba allí, lanzándole amenazas y presta a hacer leña del árbol caído, se dijo a modo de triste consuelo.

Una vez se encontró frente a los anfitriones de la noche, Sally les dedicó una trémula reverencia. Theo procedió a hacer las presentaciones y a romper el hielo con sus comentarios jocosos que parecían brotar con soberbia naturalidad, como si fuera inmune al ambiente cargado que reinaba a su alrededor. Sally levantó la vista hacia Max y descubrió que este la miraba con intensidad, entonces su corazón dio un brinco doloroso. Hasta ahora solo había escuchado de sus labios un frío «Buenas noches», de resto había sido Theo quien llevaba la conversación, después Will, Sophie y por último la pareja conformada por el barón y la baronesa.

—Señorita Withfield —la madre de los gemelos reclamó su atención con tono exigente, por lo que Sally se volvió a ella con ansiedad—. Cuánto tiempo sin verla. Parece que ha estado usted muy ausente esta temporada. Juraba que había regresado a su patria.

—No, milady —musitó—. De hecho, no veo razones para regresar... todavía. Viena me ha cautivado por completo.

La marquesa viuda alzó una ceja, intrigada.

—¿En serio? ¿No extraña Inglaterra?

—A veces siento nostalgia por mi familia y amigos, pero, como he dicho, pienso quedarme aquí el tiempo que mi querida anfitriona me lo permita.

Sophie sonrió, complacida.

La marquesa sesgó los labios con incomodidad.

—Es usted muy gentil al apreciar las virtudes de nuestra ciudad. A lord Theo, siendo muy bávaro no le agrada demasiado Viena. Saint Leger, en cambio, la defiende cada vez que puede, y curiosamente es más inglés que Enrique VIII —Sally volvió a mirar al marqués, que resoplaba, fastidiado por el comentario de su madre—. ¿Qué se le va a hacer? Gemelos, pero opuestos como el día y la noche.

—Dios es grande —farfulló Theo, socarrón.

—Por favor, disfruten de la velada —sentenció el otro, dándoles paso para que continuaran, como si le urgiera acabar con aquella conversación.

—Gracias, milord —musitó Sally mientras le dedicaba otra reverencia y una mirada colmada de amargura.

Bien, no había sido precisamente un mal recibimiento. Había sobrevivido al escrutinio de aquella puntillosa dama y a la presencia sombría de Saint Leger, que apenas le había dirigido la palabra y le miraba de aquel modo crítico e inextricable. Apostaba a que el marqués la evitaría toda la noche, y aquella idea le provocó un dolor inesperado en el pecho.

Se alejó junto a Sophie y Will, dado que Theo debía quedarse junto a su familia para continuar recibiendo los respetos de los invitados.

—Ese lord Theo es adorable, ¿no es verdad? —suspiró Sophie mientras se introducían en el baile—. A diferencia de su hermano, que es tan... serio.

—Ya lo ha dicho la propia madre, mi querida señorita Weichselbraun —intervino Will con deje conspirador—. Son agua y aceite. Pero apostaría a que tienen un montón de cosas en común.

Añadió aquello último echando un pícaro vistazo a Sally, que a duras penas contuvo el deseo de propinarle un codazo en las costillas.

El salón de baile era amplio y majestuoso, digno de una noble residencia como Konstantin. Desde los altos techos, adornados con delicados frescos dorados, pendían tres arañas de cristal de enrevesado diseño. Diez columnas jónicas, adosadas a los muros, se elevaban prominentes, como rígidas guardianas del entretenimiento de sus señores y sus distinguidos invitados.

Entre una y otra columna se ubicaban rincones amplios, con capacidad para albergar cómodas butacas dispuestas para que sus ocupantes pudiesen conversar. Desde allí, las matronas e institutrices gozaban de una vista excepcional de la pista de baile, donde sus niñas bailaban en brazos de entusiastas caballeros. El trío se adentró en aquella marea de colorido, donde las joyas brillaban en las muñecas, cuellos y orejas de las mujeres.

Inmediatamente aparecieron los conocidos, amigos de la señorita Weichselbraun a los que saludaban atentamente y con los que se quedaban a conversar un rato mientras disfrutaban de una helada y burbujeante champaña. Sally recibió un par de invitaciones a bailar, que aceptó sin más. Primero fue un caballero más joven que ella, que según le hizo saber, estudiaba filología alemana. Después, un coronel retirado del ejército británico que estaba de paso en Viena.

Ella apenas atendía a las conversaciones y sonreía haciendo un esfuerzo. Cuando recordaba la áspera expresión de Max, su cruel indiferencia, el corazón se le encogía. Se vio en la necesidad de admitir que su intención al venir a Konstantin también había sido la de verlo, pero ciertamente no había esperado un recibimiento tan frío.

¿La despreciaría él por haber atendido a la invitación de Theo?

Dedicó su tercer baile a lord Ravens, a quien recordaba de aquella lejana noche en la ópera. El caballero, joven y de conversación pintoresca, que además era el socio del cuñado de Max y Theo, la aduló hasta casi incomodarla, así que Sally hizo lo mejor que pudo para ponerlo en su lugar.

Entonces, Theo apareció para reclamar el baile que le correspondía.

—Caray —farfulló mientras comenzaban a moverse con la lenta cadencia que exigía la música—. No puede un hombre descuidar su tierra un segundo porque los cuervos hambrientos aparecen.

—Muy atento ese lord Ravens —dijo sin llegar a sonar sarcástica—. He hablado alemán toda la noche y ha sido alivio encontrar a un compatriota con el que platicar en mi lengua.

—¿No trató ese bastardo de conquistarte?

—Si fue así no lo noté.

Theo dejó escapar una risa musical.

—Sally, ¿cómo podrías no notarlo? Eres la mujer más hermosa del salón. Apuesto a que tu carné de baile está completo ya.

—A decir verdad, no.

Hizo una pausa para ejecutar un giro que requería de la concentración de ambos bailarines. Fue entonces cuando notó una mirada en particular, clavada sobre ella: la de la señora von Lambort.

Sally se estremeció de escozor y decepción. Esperaba que aquel cuervo no hubiera asistido al baile, pero estaba equivocada si creía que esa mujer cejaría en su intento de casar a su hija con el mejor postor. La mujer, de pie a un lado de la pista hablaba a una media docena de damas, quienes a su vez miraban a Sally con la censura tallada en las pupilas.

¿Qué les estaría diciendo esa bruja?

—Ignórala —susurró Theo, como si le hubiera leído el pensamiento—. Está a punto de conseguir lo que quiere, o eso he oído.

Aquello la trastornó mucho más que la visión de su enemiga, que aprovechaba el momento para hacerla pedazos con su lengua. Sally siguió la mirada de Theo hasta otra pareja que, como ellos, danzaba en medio de un mar de sedas y tafetán.

Lord Saint Leger hacía girar a Elise von Lambort con enérgica cadencia; una mano masculina sostenía la de ella, elevada a un costado, mientras que la otra la atraía desde la parte baja de la espalda. Las dos miradas permanecían engarzadas mientras las faldas de la joven los envolvían a ambos en un rítmico abrazo.

Entonces no eran solo comentarios, pensó Sally con la sensación de estar cayendo al vacío. Max cortejaba a Elise von Lambort. La quería como esposa. Con toda seguridad, muy pronto escucharía la noticia de su compromiso y luego, probablemente, tendrían una boda de ensueño, de la que toda Viena hablaría hasta el cansancio.

¿Por qué no, si aquella dama era tan apropiada, tan correcta y educada? ¿No la hacía eso la esposa perfecta para un marqués? ¿Por qué no, si gozaba de una impoluta reputación? ¿Por qué no, si claramente ella estaba dispuesta a casarse?

Quizá Elise había crecido con ese deseo, quizá siempre había soñado con un hogar, un esposo amoroso y unos niños a los que cuidar. Y ahora sus hijos serían los de Max.

Conforme aquellos pensamientos cobraban asidero en su mente, su corazón se agitaba y se entumecía, saltaba, daba bandazos y se agitaba, creyendo morir

como un animal ahogándose.

—Pobre —murmuró Theo, refiriéndose a Saint Leger, naturalmente, pero ella tomó aquel comentario para sí misma—. Tener a von Lambort como suegra debe ser equiparable a una patada en la entrepierna. Creo que a mi hermano le hará falta distraerse un poco para olvidarse del asunto del matrimonio —de pronto, Theo hizo una mueca de desagrado mientras observaba su alrededor—. ¿Es mi imaginación o este ambiente se está volviendo pesado? ¿Cuánta gente ha venido, por Dios Santo? Deberíamos salir a tomar un poco de aire.

—No estoy incómoda —dijo ella con voz mecánica—. Y no quiero desairar a mis próximos compañeros de baile. ¿Podría ser luego?

Theo ladeó la cabeza para mirarla con curiosidad.

—Sally, ¿estás evitándome?

Ella no respondió. En vez de eso, se concentró en realizar un perfecto giro, y cuando volvieron a la posición original apenas le miró.

—¿Qué sucede? —insistió.

—Nada. No sucede nada.

—Eres mi más grande anhelo. Lo sabes, ¿verdad? —continuó él—. No puedo esperar a demostrarte cuánto me importas, Sally.

No estaba segura si el tiempo, si las desagradables experiencias con sus antiguos pretendientes de Londres o su humor de aquella noche la habían predispuesto para rechazar cualquier atención, pero lo cierto fue que las palabras de Theo le supieron a nada. Sally era consciente de la naturaleza de su anhelo, después de todo. Él quería una amante, y ella no era tan tonta como para ignorar el hecho de que, un hombre es capaz de expresar las palabras más soñadas por una mujer con el único objetivo de materializar sus planes.

Casi al instante, la joven supo que debía evitar que aquello fuera más lejos. Desde el primer instante supo que no podría aceptar la propuesta de Theo, y aun así le dio largas al asunto, como si estuviera esperando sentirse lista, como si aquello fuera un paso inevitable que sellara su emancipación. Pero ahora comprendía que ese momento no llegaría nunca, porque ella jamás estaría lista para lord Theo. No deseaba convertirse en su amante, no porque fuera esa una posición que la rebajara como mujer, sino porque ella no le deseaba.

Sabía que no podría confiar en él, que juntos no conseguirían alcanzar un

entendimiento más allá de un intercambio carnal. No es que estuviera esperando amor, no es que quisiera un compromiso, pero al menos estaba segura de que su amante —si alguna vez llegaba a tener uno— y ella debían compartir alguna clase de vínculo. No podía explicarlo, pero no deseaba entregarse a alguien que no le hiciera sentir aquello que hasta ahora solo un hombre había conseguido.

Ahora bien, además de eso, debía admitir que aquel rumor había horadado un agujero en su mente. Sin pretenderlo, Sally había pasado los últimos días recordando el relato de Will, y a medida que lo recordaba, con más ahínco se preguntaba qué le había sucedido a lady Carlyle, y si realmente Theo había estado con ella cuando falleció. Y si así era, ¿por qué no había dicho nada?

La curiosidad, religada con la ansiedad, fue acrecentándose, a su pesar.

¿Qué era lo que ocultaba?

—Theo... —comenzó a hablar, pero él la interrumpió.

—¿Vas a rechazar mi propuesta? ¿Es eso?

Ella levantó los párpados con arresto, encontrando su mirada azul expectante. Sentía su cuerpo levemente tenso y la respiración acelerada. La mano que sostenía la suya la apretaba con cierta destemplanza.

—Sí, Theo. Voy a rechazarla.

El hermoso rostro se ensombreció con el más absoluto escepticismo. ¿Acaso era la primera vez que una mujer pasaba de él? Era muy probable.

—¿Por qué?

—Esto no funcionará, estoy segura de que no.

—¿Cómo lo sabes? —protestó, olvidando bajar la voz—. No hemos hecho más que vernos rodeados de escoltas y mirones, reunirnos en salones de té con las puertas abiertas y en parques concurridos. Maldición, Sally, no hemos tenido ocasión de hablar, ni de conocernos. Me he comportado como un maldito monje, solo por ti, y Dios sabe que yo no soy así. Ni siquiera he podido pasar de un beso.

—Theo, no necesito que vayas más lejos para darme cuenta de que nosotros...

—Es muy pronto. Quizá deberíamos esperar un poco más.

—Theo, no.

—¿Hay otro hombre, entonces? —la rabia se había instalado en su

semblante.

Ella vaciló.

—No habría diferencia si lo hubiera. Esta es mi decisión. Lo siento.

Pasaron unos segundos en los que él pareció escudriñar su rostro.

—Por supuesto que lo hay... —concluyó, con lo que su tono se volvió áspero y belicoso—. Solo que no imagino quién podría haber despertado en ti sentimientos, siendo que tu protectora te vigila constantemente.

La reacción de Sally fue apretar los labios con incredulidad.

—No, Theo —soltó con rudeza—. Sophie no me vigila. Si te hubieras dedicado a conocerme lo sabrías.

Él medito sus palabras un segundo.

—¿Te hago sentir indigna con mi proposición? —masculló, continuando en su infructuosa búsqueda de motivos—. Debería haber sabido que en el fondo no podrías ser diferente a otras muchachitas inglesas, porque es bien sabido que para la mayoría de ustedes la pasión es un vicio y la frialdad es una virtud.

Ella apretó los dientes. Había estado a punto de soltarle una bofetada, pero una oportuna voz, surgida de algún lado, se lo impidió.

—Lord Theo, me preguntaba si podía cederme el honor de bailar con la señorita Withfield.

Sally y Theo se detuvieron para mirar a Will, que hallaba de pie junto a ellos.

El rubio americano sonreía, pero era una sonrisa que no conseguía contagiar sus ojos; más bien se veía tenso, reconoció Sally con estupor. Entonces supo de inmediato que aquello significaba algo. Echó un vistazo en derredor, descubriendo cientos de pares de ojos puestos sobre ellos. El intercambio había llamado la atención. Will, que odiaba bailar, había venido a rescatarla.

La joven contuvo el impulso de apretar los párpados, presa de la angustia. Se obligó a mantener la compostura y a tragarse su vergüenza, pero no podía hacer nada con la ola de calor que había subido por su cuello.

—Ahora no, Fitzroy —bramó Theo con altanería.

—Insisto, si no le molesta, milord.

Theo entrecerró los ojos.

—¿Por qué no te largas, americano?

—¡No le hables así! —rugió Sally.

No supo qué clase de mirada le había lanzado ella, pero aquel imbécil del que ya se había decepcionado, refuló. Sus ojos brillaron frenéticos, resentidos y finalmente se rindieron.

—Bien. Entre niñas se entienden.

Y tras decir aquello, se largó dando fuertes pisadas sobre el mármol pulido. Las miradas lo siguieron y luego volvieron a centrarse en Sally.

Will tomó el lugar de Theo y comenzó junto a ella una danza cuyo único objetivo era sostener una pantomima.

Para su completo horror, el resto de los invitados se había percatado de la discusión. Solo Dios sabía si habían conseguido captar algunas palabras. Sally apretó los labios y ordenó a todo su cuerpo a que se mantuviera erguido, aun cuando todo lo que deseaba era dejarse caer.

Si hasta ahora las cotillas de Viena no estaban satisfechas con sus hazañas, ahora tendrían material de chismorreó por meses.

Intentando concentrarse en el compás, miró a su querido amigo, que gracias a Dios había aparecido cuando ella más le necesitaba.

—Will, cuánto lo siento —le dijo al oído tras recordar cómo aquel idiota petulante lo había insultado.

Él sacudió la cabeza, restándole importancia al asunto.

—¿Le has hecho saber tu decisión?

—Sí.

—¿Y le hablaste de Saint Leger?

—No, ¿qué sentido tiene?

Will compuso una expresión de desasosiego.

—Querida, si ya tuviste bastante de este baile, podemos irnos ahora mismo. Le diremos a Sophie que te has mareado —suspiró—. Si no se ha dado cuenta ya de lo que pasó.

Sally se lo pensó un momento.

—Esperemos a terminar la pieza, ¿está bien? —sonrió sin ganas; sus ojos empañados ligeramente por un velo de lágrimas—. Así podré marcharme con un poco de dignidad.

—Como tú digas.

—Después de todo, es mi último baile en Viena.

Will abrió los ojos como platos, observándola con tristeza.

—Oh, no, no, no. Sally...

No deseaba hablar de ello, no allí.

Se limitó a seguir el paso de Will, que la sostenía impotente y afligido.

La pieza continuó sin que Sally fuera consciente de ella. Sus pies se movían mecánicamente, según la música lo demandaba, casi contando los segundos para que aquello pudiera acabar cuanto antes.

La música culminó entonces, y una ráfaga de aplausos llenó la estancia. Tras unos escasos segundos, la orquesta reanudó su quehacer con una nueva y más grácil interpretación. Sally y Will se alejaban de la pista, dispuestos a dejar todo atrás cuando lord Saint Leger se cruzó en su camino, impidiéndoles el paso.

Sally se detuvo en seco, sin saber qué esperar.

—No me digan que ya se van —balbuceó el marqués.

Ella no contestó pues, estaba paralizada, pero Will sí lo hizo.

—Claro que no, milord. La noche es joven, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza. Miró a Sally con gesto de alivio, religado con impaciencia.

—Bien, porque quisiera que me dedicara la próxima pieza, señorita Withfield.

Capítulo 15

No habría podido negarse, aunque ese hubiera sido su deseo.

La mirada de Max era exigente y a un tiempo sutil, como la de un hombre que sabe persuadir sin recurrir a la manipulación. Ella accedió a su petición con un lacónico movimiento de cabeza. Tomó la mano que le ofrecía, percibiendo el irresistible calor, aun a pesar de la barrera de seda de los guantes. Él la apretó ligeramente mientras regresaban a la pista. Un tamborileo incesante se desencadenó en su pecho, una respiración irregular, que se rebelaba a la cárcel de su corsé, tomó dominio de su ser.

Una vez situados en el centro de la pista, a Sally no le importó si había dos o cien pares de ojos sobre ellos. Sus sentidos estaban demasiado arrobados por la presencia de aquel hombre, por el tacto de sus dedos fuertes sobre los suyos, por la forma cómo este sujetaba la parte baja de su espalda y presionaba contra ella con una sutil firmeza que estremecía su columna vertebral.

Su cercanía le permitió absorber a gusto su aroma natural, religado con la colonia masculina, su calor corporal, su presencia, que podría detectar aun si estuviera al otro lado de la habitación.

—No tienes que bailar conmigo por obligación —dijo tras aclararse la garganta.

—No lo hago por obligación —murmuró él con serenidad—. Aunque, sí, soy el anfitrión. Lo hago para excusar al imbécil de mi hermano.

—Y evitar que arruinemos la velada —se desinfló de pura decepción.

—¿Puedo preguntar qué sucedió? —soltó al cabo de un momento, mientras se movían al compás de la armoniosa danza.

—¿Para qué? ¿Para que me eches en cara que tú me lo advertiste?

—Entonces te ofendió.

Sally guardó silencio atenazada por un inconsciente brote de orgullo. Un brote que de inmediato se extinguió, pues en verdad quería que Max supiera aquello. No podía ser sincera solo con Theo. Ello sería ser sincera a medias. También sentía la necesidad de hablar con él. Había venido para ello.

—Rehusé convertirme en su amante.

Pudo captar el preciso instante en que todo el cuerpo de Max se tensaba.

Sus pulmones se llenaron de un aire que exhaló con calibrado impulso, como si también se hubiera obligado a guardar la compostura.

La danza continuó su curso sin que ninguno de los dos alterara la impecabilidad de sus pasos.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió ella, mirándole por primera vez desde que inició aquel baile—. ¿No es obvio, acaso? ¡No lo deseo!

Sus ojos eran transparentes y afilados, como un diamante. El rostro, recortado por las luces del salón y el efecto del movimiento del vals se cubrió de una entrañable calidez, y la tensión había abandonado sus músculos. Sally era tan milagrosamente consciente de cada uno de sus movimientos, de sus gestos y suspiros, que le parecía ser parte de su cuerpo.

«Te deseo a ti».

—Lamento que ese idiota sea tan mal perdedor —fue su respuesta tras unos segundos agónicos, y ella apartó la vista, desolada—. Si te ofendió, voy a dejarlo irreconocible.

—No estoy ofendida —sacudió la cabeza—. Yo misma incité esto. Yo le hice creer que esa era una posibilidad. La de convertirme en su amante, quiero decir.

—Él se aprovechó de ti, de tu inexperiencia. Esto no debió haber pasado, Sally.

—Pero pasó.

Sus palabras traslucieron la más lacerante tristeza, justo cuando la música volvía a extinguirse y una nueva ráfaga de aplausos inundaba el salón. Jamás se había sentido tan ajena a un lugar, tan desencajada. Miró a Max, tratando de recordarse que quizá aquella era la última vez que lo vería. Le hizo una reverencia como gesto de despedida y se encaminó de nuevo hacia donde se hallaba Will.

O eso se proponía.

—Sally, tenemos que hablar —soltó en su oído— sobre lo que pasó en el *Heuriger* —la asió del antebrazo, impidiéndole dar un paso más, con lo que su corazón le golpeó las costillas con desmedida fuerza—. En veinte minutos, en la biblioteca. En el segundo piso, la última puerta del pasillo.

Sally había contado sus planes a Will mientras dejaba correr el tiempo. A su

pesar, veinte minutos parecían una eternidad y ella no era precisamente una mujer paciente. Su eterno cómplice le aseguró a toda prisa que mantendría a Sophie entretenida para que notase su ausencia e ideó una buena excusa para cubrirla si la situación lo ameritaba.

Bendita fuera, su anfitriona era tan distraída que no se había percatado de la discusión que había mantenido con Theo en la pista de baile y del esfuerzo que había hecho Will para salvarla de quedar en ridículo.

Pasado el tiempo, Sally se movió entre la gente con el corazón acelerado, rumbo a las grandes puertas del salón. Rogaba para que en su camino nadie la detuviera con conversaciones triviales, para que ningún caballero le solicitara un baile, ¡y que nadie adivina sus intenciones! Tan solo avanzó y avanzó, evitando mirar a nadie.

Cuando la puerta quedó a solo unos metros de distancia, escuchó tras de ella el rumor de unas voces desdeñosas. El sonido le recordó al gruñido de las hienas del Zoológico de Londres, y estaba segura de que el carácter de sus propietarias también era comparable al de aquellos animales. Sally se detuvo a escucharlas cuando una de aquellas bocas había dejado escapar su nombre, casi escupiéndolo.

«¡No sé quien la ha invitado!». «¡Qué vergüenza para la familia!». «¡No sé cómo la marquesa tolera su presencia en Konstantin!». «Debería entender de una vez que aquí no es bienvenida y volver a su isla lluviosa y horrenda».

Apretó la mandíbula y, cerrando los ojos, procuró calmarse antes de mirar a aquellas mujeres. Estaba habituada a soportar esa clase de escenas, después de todo. En Londres, las solteronas más infelices, las pobres princesitas venidas a menos, las matronas moralistas, las madres resentidas y un sinfín de mujeres carentes de los atributos que, se suponía, deberían engrandecerlas como personas, solían reunirse en siniestros aquelarres para despotricar contra Sally Withfield, la vulgar hija del industrial, la ramplona advenediza que no terminaba de ejecutar una reverencia decente o que se encogía de hombros como una criada.

Cuando las vio, ellas le lanzaron miradas punzantes, cargadas de la más cruenta censura. Sally decidió ignorarlas, decidida a no llamar más la atención.

Vació de un sorbo el contenido de su copa, se la entregó a un mozo que pasaba por ahí y enfiló hacia las grandes puertas dobles, que un par de lacayos abrieron por ella.

El corazón de Sally latía con un dulce apremio cuando se internó en la majestuosa biblioteca de Konstantin. Tras tomar una bocanada de aire que llenó sus pulmones de resolución, cerró la puerta con un sonido imperceptible.

El ambiente la abrumó de inmediato. Al igual que en el salón de baile, una procesión de columnas jónicas adosadas a los muros regía la estancia. Entre una y otra se empotraban las estanterías de libros, altas y bien dotadas. Miles de volúmenes, con sus cubiertas de cuero bien lustrado, reposaban en perfecto orden. Toda una delicia para cualquier erudito, pensó con una pequeña sonrisa, recordando a su querida amiga Fanny Thorton, que estudiaba medicina en Cambridge, o en Harmony, la duquesa de Waldegrave, que adoraba los libros de viajes y aventuras. Ambas se habrían deleitado en aquel lugar.

Había un delicioso aroma flotando en el aire, algo además del olor a cuero, madera y papel, que ella no consiguió identificar. Los sonidos del baile quedaron afuera, y un silencio apacible dominaba el ambiente, lo que hizo pensar a Sally que aquella fortaleza debía contar con alguna clase de protección para aislar el ruido exterior. Era una biblioteca, después de todo.

Y hacía frío en ella.

Se abrazó para contrarrestar la sensación de la temperatura contra los costados, el cuello, los brazos, y todo rastro de piel expuesta. Buscó a Max con la mirada, sin lograr atisbarlo... hasta que caminó un poco más lejos y miró por encima del imponente sofá de cuero. El marqués estaba acucillado frente a la gran chimenea de mármol y movía los leños con el atizador. Una vez que la escuchó acercarse —o quizás la sintió, porque sus pasos sobre la alfombra habían sido cautelosos—, se volvió y se puso de pie. Sally se quedó muy quieta, sin apenas notar que estaba temblando, no sabía si de frío o de nerviosismo.

Con un gesto afectuoso, Max le tendió la mano; ella se acercó y la tomó.

Lo que sintió a continuación fue la cobertura de un abrazo que parecía poner fuego en cada uno de los resquicios de piel que antes habían estado helados. Él la envolvió con calibrada fuerza y Sally fue consciente de cuánto había necesitado aquel contacto, aquella cercanía después de tanta distancia, de tanta frialdad. Max frotó sus brazos, su espada y hombros con las manos desprovistas de guantes, caldeando algo más que su temperatura corporal.

—Ya entrarás en calor —susurró mientras besaba la línea del nacimiento de su cabello y ella se derretía.

Le sostuvo el rostro con las manos para que le mirara. En la parcial oscuridad de aquella estancia tan intimidante, era mucho más hermoso. Era el hombre más hermoso que había contemplado, y no se parecía a ningún otro. Sus ojos azules llameaban, pero su boca sostenía un rictus de ansia contenida. Todo su talante demostraba reserva.

Sally rogó para que la besara de una vez. Entrecerró los ojos y separó los labios con tímida invitación, esperando.

Pero en lugar de besarla, agarró su mano y la llevó hasta el confortable sofá de cuero. La dejó allí sentada mientras servía dos copas de champaña. Confundida, Sally se entretuvo observando sus movimientos. Había traído una botella dentro de un recipiente metálico repleto de hielo y dos copas. Se había quitado la levita y la medalla que adornaba su distinguida indumentaria, ambas prendas reposaban ahora sobre una butaca lejana.

Cuando regresó a ella, le entregó una copa del líquido espumoso y tomó asiento a su lado, no tan cerca como hubiera esperado. La joven dio un sorbo pequeño a la bebida, más para complacerlo que para aliviar su sed. Cuando regresó los ojos a él notó que la miraba con aquella intensidad que, juraba, podía traspasar su cabeza y acceder a sus más íntimos pensamientos.

¿Notaba que estaba decepcionada de que no la hubiera besado?

—Sally, ¿por qué rechazaste a Theo?

La joven se quedó lívida.

No podía ser.

¿Realmente quería hablar de su hermano?

—Ya te lo dije —le habló con voz estrangulada, debido a la decepción—. ¡No lo deseo!

Él frunció el ceño, como si no lo entendiera.

—Pero han estado viéndose por meses —balbució y después comenzó a hablar atropelladamente. Parecía furioso y confundido—. Creí que.... Él te llevó a la ópera y te veías muy feliz. Todo el mundo los vio juntos. Mi madre llegó a creer que iba a proponerte matrimonio. No tiene sentido que ahora le dejes.

—¿Qué?

—No lo entiendo, Sally. Debe haber alguna razón.

—¡No puedo creer esto! —protestó, poniéndose de pie con un movimiento brusco. Él la imitó—. ¿Él te pidió que me convencieras de reconsiderar su

propuesta?

—Por supuesto que no.

—¿Me trajiste aquí para hablarme de tu hermano y de por qué no puedo convertirme en su amante? ¡Cómo puedes hacerme esto, Saint Leger! — continuó, como si no hubiera escuchado su negación.

—¿Cómo puedo hacerte qué?

«Romperme el corazón».

—¿Qué es lo que quieres? ¿Interceder por él? —Saint Leger sacudió la cabeza con vehemencia—. Según recuerdo me advertiste que me alejara, y eso estoy haciendo. Ya lo ves, he aceptado tu consejo después de todo.

—¡Quiero que me digas la verdad! —su gesto era pura fiereza, pero también pura necesidad—. ¿Por qué de pronto Theo ya no es lo que solía ser para ti? Lo defendiste de mí. Me hiciste creer que le querías.

—Yo no hice tal cosa, fuiste tú quien decidió creerlo.

—Como sea. Necesito tu respuesta.

—Creo que te la he dado.

—¿Hay otro hombre?

«Tú, canalla imbécil».

—Te lo dije en el *Heuriger Wolff* —su respuesta se escuchó adherida a un gemido agónico, incapaz de esperar un segundo más para manifestarse—. ¿No lo recuerdas acaso?

Entonces el rostro de Max se contrajo con asombro y repentina comprensión. Por supuesto que lo recordaba. Solo buscaba una confirmación, quería que ella le dijera que lo deseaba, que lo había preferido antes que a Theo.

—Creí que... —sacudió la cabeza—. Santo cielo, no tenía idea de cuánto podrías recordar de esa noche. Bebiste demasiado coñac.

—No tanto como para olvidar cuando me declaro a un hombre —dijo sarcástica mientras fijaba la mirada en la alfombra. Se vio a sí misma completamente desenmascarada frente a aquel hombre poderoso e imponente. Se sintió ridícula y pequeña. Ella, Sally Withfield, la que había sido un referente de confianza, ahora mismo sentía que su fortaleza había sido una ilusión—. Bien, ahí tienes tu respuesta.

Intentó pasar entre el sofá y él para abandonar la habitación, pero Max no se

lo permitió.

—Ven aquí...

La tomó entre sus brazos con ansia y poseyó su boca.

La consumió sin ninguna finura, porque así eran sus besos; duros, febriles, feroces. Sally apenas luchó. Lo recibió separando más los labios e inclinando la cabeza para entregarse por completo, para dejarle saber que aquella noche no había barreras en su cuerpo y en su corazón para él, porque en aquel momento se sentía suya. Había elegido, y la sensación de haber tomado aquel maravilloso sendero le hacía sentir en paz, la llenaba de gozo.

Más que eso. La hacía feliz.

Se abrazó a su esbelto talle mientras dejaba que la explorara profundamente con la lengua, que presionara la palma de la mano contra su cabeza y la acercara mucho más a él, hasta que sus cuerpos quedaron ceñidos y entrelazados. Sus besos se volvieron cortos y seductores mientras las manos comenzaban a trazar un camino de caricias por su espalda. Atrapó su labio inferior y lo devoró. Sally sintió sus dientes mordiendo con sutil firmeza y arrancándole un gemido de sorpresa y deleite. Hasta ahora jamás hubiera creído que los pequeños mordiscos, dados con acierto, podían contar como besos. Él sonrió con ternura ante su reacción.

Luego, llevó sus labios a un costado de su cabeza, dejando una sucesión de pequeños besos por su sien y el delicado contorno de su rostro. Retuvo la esquina del lóbulo de la oreja y lo manipuló con aquella boca suave y húmeda. Succionó el delgado pedacito de su ser, como si fuera un botón secreto, destinado a activar un secreto placer interior, y ella se estremeció.

Gimió su nombre mientras se inclinaba más, aferrada a sus hombros.

El último encuentro en el *Heuriger*, incitado por aquellos íntimos besos, revivió con ferocidad en sus recuerdos. Sally sintió una corriente de excitación viajando a través de sus venas, alcanzado sus pezones y la parte baja de su cuerpo con un intenso burbujeo. Max le rodeó las caderas con un brazo y la presionó contra él con desesperación, pero el vestido era demasiado engorroso del talle hacia abajo y no lograron tocarse como tanto lo necesitaban.

Apareció la frustración para chocar con la necesidad.

—Oh, Sally... —habló él con voz rasgada, tras apartar su boca, pero no sus manos de la estrecha cintura—. Si continuamos así acabaremos tumbados en la

alfombra —Ella asintió con la cabeza, sin comprenderle del todo. Tenía la mente nublada y la respiración agitada. La chimenea había comenzado a caldear la habitación, o quizá había sido aquel tórrido beso del que no conseguía recuperarse—. Así que recuerdas todo...

Había una inflexión sensual y retozona en su voz.

—Sí.

—Incluso cuando me dijiste que te gustaba —esbozó una media sonrisa tan encantadora que embotó los sentidos de Sally y le impidió censurar su vanidad—. Y cuando te abriste para mí y probé tu dulzura. He soñado con ese sabor noches enteras.

—Oh, Max. Yo...

«También te he soñado. Te he extrañado. He imaginado qué habría sucedido si no nos hubiéramos detenido entonces». Quería decirle todo aquello, pero ni siquiera ella era tan audaz.

—Te deseo —comenzó a decir él, esta vez con solemnidad—. Demasiado; más de lo que puedo soportar. Pero me temo que no puedo ofrecerte nada muy distinto a lo que te ha ofrecido mi hermano —le tomó la barbilla con la punta de los dedos y la levantó para que le mirara. Las luces que emitían las llamas de la chimenea habían otorgado un gesto dramático a sus rasgos—. No puedo hacerte promesas.

«No puedo hacerte promesas».

Entonces, el nombre de Elise von Lambort, como un fantasma temible y burlón, se deslizó entre sus pensamientos. Naturalmente. Por ello no podía prometerle nada. Iba a casarse con ella, la había elegido ya. Entonces un ramalazo de dolor la atacó sorpresivamente, justo en el centro del corazón. Sally rechazó aquella reacción tan absurda. Debía ser sensata y coherente. Ella tampoco había querido abrazar ninguna promesa. Ella no las necesitaba, no las quería, ni las estaba pidiendo.

—Pero puedo adorarte, con cada fibra de mi ser, y espero que, por el momento, eso sea suficiente —continuó Max, poniendo un beso fervoroso en sus manos juntas, con lo que Sally se estremeció con violencia. Y todo pensamiento lastimero abandonó su cabeza de golpe—. No pretendo robarme tu inocencia, preciosa. Quisiera... quisiera ser capaz de estar a la altura de ella —esbozó una sonrisa, más bien triste—. Y aunque sé que eso es imposible, no conseguiré dejar de desearlo, aunque lo intente.

Sally tragó el nudo que se le había formado en la garganta, sin imaginar que aquellas palabras quedarían grabadas a fuego en su memoria, que empezaban a calar muy hondo y volverse parte de su ser.

—De modo que me aferro a tu aquiescencia, a tu nobleza, y te pido en nombre de mi cordura que concedas el privilegio... de ser tu amante.

Había una nota de vulnerabilidad en su voz, una pequeña angustia tan impropia de él que hizo que Sally estuviera a punto de soltarle una desesperada aprobación, pero en lugar de eso, guardó silencio, disfrutando del eco de su voz, saboreando cada una de sus palabras.

Continuó mirando a Maxwell, que estaba atento a su boca, casi paralizado, a la espera de su contestación... hasta que una risa de bufón resonó desde la entrada.

Los dos se volvieron. Sally en particular lo hizo de un brinco, pues se había asustado.

—Apuesto a que nunca creíste que tendrías que usar semejante palabrería para llevarte a una mujer a la cama, querido hermano.

Un Theo soberbio y envalentonado cruzó la biblioteca hasta ellos.

La joven se estremeció.

—Un cuadro de lo más encantador —farfulló tras dirigirles una mirada viciosa a uno y a otro—. Me pregunto desde hace cuánto se entienden tan bien.

Los ojos de Max se cerraron hasta formar dos rendijas de recelo.

—¿Qué diantres haces aquí?

El otro gemelo chasqueó la lengua, sin deshacer la sonrisa.

—Es que soy un imbécil, Maxwell. Me proponía contarte lo que sucedió hace un momento con la señorita Withfield. Sabía que te encontraría aquí, en tu refugio, pero ignoraba que esta fuera tu nueva zona de conquista —dejó escapar una risa amarga mientras volvía a ver a Sally. Sin darse cuenta, ella apretaba los dientes y le miraba como si le viera por primera vez—. ¿En serio, Sally? ¿Una biblioteca? Puede que funcione con eruditas, pero tú no eres lo que se dice una entendida...

—Basta ya, Theo —berreó su hermano—. Ahora supongo que entiendes por qué te ha mandado al garete. Tienes una lengua que más te vale cuidar.

—Puede ser, pero también tengo muy buen gusto, igual que tú —clavó su mirada áspera en la joven y se dirigió a ella de nuevo—. Así que por él pasas de mí. No te engañes, Sally, mi hermano no es mejor que yo.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Avergonzarla? ¿Hacerla sentir culpable porque te rechazó? ¿Eres tan mal perdedor?

—En absoluto. Acabo de entrar y captar una parte de tu patético discurso que quisiera no haber escuchado, por cierto, y luego me encuentro con que es nuestra deliciosa señorita Withfield la receptora de semejante jerigonza. Apenas sé cómo reaccionar, Maxwell. Apenas sé cómo digerir el hecho de que me has jugado sucio, sabrá Dios desde hace cuánto.

—Theo... —habló ella con entereza—. Perdóname. Ninguno de nosotros imaginó que las cosas tomarían este camino. Pero tienes que aceptar que no deseo estar contigo.

—Pero sí con Saint Leger —los ojos le brillaron como acero y sacudió la cabeza con incredulidad—. No creí que llegara este día; el día en que me sintiera traicionado por mi propio hermano.

»Aunque te parezca extraño, Sally —continuó—, antes de ti, mi hermano y yo jamás habíamos tenido una disputa por una dama. Tenemos gustos muy similares, nos atraen las mujeres hermosas, naturalmente, pero las conquistas de uno nunca lograban tentar al otro. O quizá sí... solo que ninguno había cruzado el límite, ya sabes, para preservar la armonía fraternal. Incluso en nuestros juegos habíamos sido respetuosos del otro. Hasta hoy.

«¿Juegos?», preguntó Sally en su fuero interno.

Al ver su gesto de confusión, Theo sonrió con malicia, entonces, Max dio un paso al frente.

—Yo no voy a disculparme por nada, Theo —habló con celo y amargura—. Lo hecho, hecho está. No sé qué es lo que pretendes comportándote como un imbécil.

—No pretendo nada —se encogió de hombros—. Ya estoy fuera de la ecuación, ¿no es verdad? Entonces no tengo nada que perder.

—Theo... —continuó el marqués, y en sus ojos brilló una advertencia.

—¿Qué te pasa, Max? ¿Te preocupa que Sally conozca tu lado deshonesto? ¿Que descubra que no eres tan íntegro y ejemplar como has hecho creer a todo mundo?

—¿De qué hablan? —inquirió Sally. Al no obtener respuesta, se desesperó y miró fijamente a Saint Leger, presionándolo—. ¿De qué habla?

Él la ignoró.

—Theo, cierra la boca y vete de una vez.

—¡No, hermano! ¡Todavía no! Me preguntaba si habías hablado a Sally de nuestra querida amiga en común, lady Carlyle.

—¿La mujer que murió en Londres?

Las palabras brotaron de la boca de Sally antes de que pudiera contenerlas. El asombro y el nerviosismo la habían aterido, igual que la confusión. No entendía por qué habían mencionado el nombre de aquella mujer y qué tenía que ver Max en ese asunto.

—Oh, veo que conoces la historia —sonrió Theo.

—Escuché algunas cosas —balbuceó—. Era tu amante. La gente dice que estuviste con ella la noche en que murió, pero nunca revelaste qué le pasó.

—Debí suponer que los chismorreos también te alcanzarían a ti —suspiró, divertido—. Están por toda la ciudad, después de todo, y aunque mi familia ha hecho hasta lo imposible por extinguirlos, parecen mala hierba, creciendo y reproduciéndose por doquier. Este baile, por ejemplo, es otro esfuerzo de mi madre por hacerle saber al mundo que esta familia no está relacionada con ese asunto.

Ella frunció el ceño. No había alcanzado a ver cuan delicado era aquel tema pues, había dado por hecho de que solo era un rumor. No llegaba a comprender por qué estaban hablando de aquello, pero alguna clase de instinto la llevó a no desviar el hilo de la conversación. Presentía que era importante.

—¿Lo que se dice es verdad, Theo?

—¿Qué éramos amantes? Sí —admitió con una sonrisa orgullosa; una sonrisa que no contrastaba con la penosa situación. Aquella mujer había muerto y él no parecía desconsolado en absoluto—. ¿Qué le sucedió? Pues... quizá Maxwell pueda ayudarme a relatártelo. Es posible que yo no recuerde todos los detalles.

Ella devolvió la atención al marqués, que tenía los ojos cerrados y se había llevado los dedos índice y pulgar al puente de la nariz, como si precisara relajarse.

—No comprendo.

—Te lo explicaré luego —gruñó Max—. Regresa al salón.

La tomó de la mano e intentó llevársela, pero ella se soltó de su agarre.

—¡No!

El gesto de él fue duro, pero Sally lo enfrentó con gallardía.

—La señorita Weichselbraun debe estar preguntándose dónde estás.

—¿Por qué no quieres que escuche lo que tiene que decir? —lo retó.

—Vamos, Max. Complácela. Contémosle la verdad —Theo se aclaró la garganta con la solemnidad de quien se prepara para iniciar una prédica—. Yo comienzo.

Max empezó a caminar como gato enjaulado a lo largo de la habitación, maldiciendo en alemán y apretando los puños, en una actitud que Sally no le conocía.

Y entonces tuvo miedo.

Dios mío. ¿Qué estaba sucediendo?

—Blanche, lady Carlyle, era una viuda descarriada —comenzó Theo—. Era la mujer más obscena y desvergonzada que he conocido en mi vida, y estaba dispuesta a lo que fuera con tal de satisfacer sus apetitos más pecaminosos. No distinguía un lord de un tendero o un burgués de un lacayo, si éste podía proporcionarle el placer que tan desesperadamente necesitaba, como si su vida dependiera de ello.

»No le importaba dónde, cómo, cuándo o con quién; para ella, un polvo era un polvo... Claro, de la alcoba hacia afuera, era una dama inglesa más bien común y corriente. Pero las cosas que la excitaban, lo que le gustaba, lo que les pedía a sus amantes, todo era tan perturbador que, por respeto a ti, Sally, no pienso describirlas. Ya ves, que al menos en eso soy un caballero, después de todo.

—No me interesa saber con qué clase de mujerzuelas te juntabas, Theo —murmuró ella—, solo quiero que me digas cómo murió y por qué has mencionado su nombre en esta conversación, porque supongo que lo has hecho por alguna razón.

—Está bien, está bien —elevó las manos—. Entonces iremos al grano.

—¿Iremos?

—Saint Leger sabe de lo que te estoy hablando. Pregúntaselo tú misma.

Sally se volvió para mirar a Max, que se había cruzado de brazos con esa vena inexpugnable y hierática que tan bien lo describía. Parecía imperturbable, a diferencia de ella, que apenas podía mantener el rostro levantado. Las sienes le latían y el corazón había comenzado a latir con una dolorosa velocidad.

—¿Por qué lo sabes?

Pensó que no le contestaría, pero lo hizo con calma.

—Porque yo también estuve ahí.

Se quedó lívida.

—Un día, Blanche me pidió un favor muy especial —continuó diciendo Theo—. Quería satisfacer una vieja fantasía, una que no es tan fácil de cumplir: tener en su cama a un par de guapos y diabólicos gemelos idénticos. Se lo propuse a nuestro flamante consejero británico... y este se mostró más que dispuesto a colaborar. Así que, una noche, nos citamos en casa de la perversa dama. Bebimos, conversamos... y luego fuimos a la acción. Pasamos horas y horas complaciéndola... recuerdo que estábamos muy entusiasmados, sujetando a la insaciable Blanche y haciéndola chillar como a un lechón, cuando de pronto la muy ladina nos pidió que la siguiésemos a la terraza —Sally, que sentía el estómago contraído, frunció el ceño, imaginando apenas lo que seguía. Theo se regodeó ante su reacción—. Era una mujer lasciva. Para ella, un simple lecho no era tan excitante como un asqueroso callejón del East End o una puertaventana con vistas a la calle. ¿Continúas tú, hermano?

Los dos clavaron la vista en Saint Leger, que permanecía muy quieto, como una estatua de yeso. Aunque su expresión revelaba una profunda ira, decidí hablar, pero no antes de tomarse su tiempo.

—Hicimos lo que nos pedía... actuábamos como sus malditos esclavos —titubeó, como si buscara las palabras correctas para explicar aquello sin escandalizar más a Sally, pero a ella ya nada le sorprendía, o eso creía—. Corrió afuera, estimulada por el alcohol y otras cosas que consumimos esa noche. Exigió que la tomásemos allí, a la intemperie. Se sentó sobre la balaustrada de mármol que protegía la terraza, extendió las manos hacia nosotros y, riendo de placer, nos llamó a su lado...

El rostro de Max se oscureció. Parecía impedido para continuar, tanto que Sally estuvo a punto de pedirle que lo dejara, pero, tras hacer un esfuerzo, consiguió reponerse.

—La muy estúpida tenía que haber usado sus manos para sujetarse, pero no lo hizo. No estaba en sus cabales. Sus manos nos llamaban a nosotros, nos reclamaban a su lado. Quizá la humedad corporal y la imprudencia... —sacudió la cabeza—. En fin. Se resbaló y cayó dos pisos.

Sally gimió de espanto. Se llevó las manos al rostro, pero la oscuridad que la envolvió no la protegió. Su mente conjuró la imagen de aquella mujer,

desnuda, estampada contra el suelo.

Muerta.

—Cuando llegamos a ella, era demasiado tarde —prosiguió Theo—. Blanche se había roto el cuello. Por supuesto, llamamos a la policía, pero antes... —le lanzó una mirada significativa a su hermano— le dije a Saint Leger que se fuera. Se lo ordené, más bien. Él no tendría por qué estar allí, en primer lugar. Un escándalo de esa magnitud podría arruinarle la carrera diplomática y el bochorno terminaría salpicando a la familia Wittelsbach e incluso a sus majestades imperiales, que son nuestros primos. Max se fue y yo cargué con todo.

»Le expliqué a la policía lo que había sucedido, sin mencionar a mi hermano, por supuesto. Colaboré con ellos de buena gana, dejé que me investigaran como a un criminal y al final me dejaron en paz. Aunque la familia tuvo que pagar mucho dinero para mantener a los sirvientes callados y evitar que la policía ofreciera un informe que pudiera afectarnos. Pero como ves, alguien mencionó mi nombre y desde entonces el rumor existe y nos acecha.

La joven se dejó caer en una butaca cercana. Su cabeza disparaba toda clase de pensamientos que la asediaban como abejas irritadas. No era consciente de las dos miradas que se posaban sobre ella y que de vez en cuando se enfrentaban entre sí. Se obligó a apartar sus prejuicios y a mirar el asunto con la madurez necesaria.

—¿Lady Saint Leger sabe que ambos...?

—Claro que no —replicó Theo—. Para ella y nuestra hermana fui yo quien cometió la estupidez de liarme con esa descocada. Yo cargué con la culpa delante de la familia y de las autoridades. Solo los sirvientes de lady Carlyle, que ya estaban acostumbrados a sus excentricidades, lo saben a detalle. Ahora tú también lo sabes.

—¿La familia de esa mujer no exigió una explicación?

—Blanche no tenía familia, ni amigos, ni nadie que se interesara por saber qué le había sucedido. A nadie le importó, así que la policía no se vio presionada a revelar los detalles de su muerte. El caso se tipificó como lo que fue: muerte accidental.

—Bien —dijo al cabo de un momento—, fue un accidente. Y estoy segura de que Max te está muy agradecido por haberlo cubierto, ¿verdad, Max?

—Así es —soltó este mecánicamente.

Theo rio con amargura.

—Tan agradecido está mi hermano por esa experiencia que pudo haber terminado mejor, de no haber sido lady Carlyle una loca insensata, que parece haberle tomado el gustito al asunto...

—¡Cállate de una vez Theo! —rugió el aludido.

—¡Admítelo, Max! Estabas de lo más entusiasmado cuando te ofrecí compartir a Sally después de que ella te confundiera conmigo en el Kursalon —la joven se levantó con dolorosa lentitud una vez escuchó aquella atrocidad. Vio a uno y otro hombre, pero ninguno de los dos la miraron, como si ella no se hallara en la habitación—. De hecho, hasta esta noche me preguntaste por ella. Esperabas que terminásemos la noche en el Hotel Metropole, ¿verdad? ¡Admítelo!

Entonces, Max se volvió para enfrentar a Sally, cuyos ojos vidriosos reflejaban el dolor, la rabia, la decepción que la atravesaba. No ayudaba el hecho de que él no se defendiera, que hubiera decidido permanecer callado y que le mirase como si hiciera un esfuerzo para no apartar la vista.

Aquello era demasiado. No podía soportarlo más.

¿Era eso lo que habían tramado? ¿En eso deseaban convertirla? ¿En una sustituta de la obscena lady Carlyle? ¿En qué momento Dios le había permitido cruzarse en el camino de aquel par de demonios lujuriosos? ¿Por qué había sido tan tonta como para caer en su juego?

«Si admites abiertamente tu renuencia al compromiso y continúas llevando una vida social, lejos de tu familia, no atraerás pretendientes sino canallas». Las palabras de Sophie regresaron a ella como un soplo de sensatez, indeseable y necesario.

Sally no halló la fuerza para gritar y plantar cara, como lo hubiera hecho en otro momento de su vida. Se dirigió a Max y le miró a los ojos.

—Sally... —comenzó a decir él, pero sus palabras se apagaron.

—No quiero volver a verte nunca más. Ojalá nunca te hubiera conocido —seguidamente miró a Theo—. Ni a ti.

Y tratando de contener las lágrimas, al menos hasta llegar a la casa de Sophie, abandonó la biblioteca de Konstantin con paso presuroso.

Capítulo 16

Saint Leger descendió del carruaje y avanzó hasta la puerta de la casa ubicada en el distrito de Josefstadt. Más temprano, la nieve había vuelto a descender sobre el ceniciento perfil de Viena, y una delgada capa blanca cubría la calzada y la entrada. Tras tocar un par de veces, un mayordomo ojerudo le saludó con una inclinación de cabeza. En respuesta a su solicitud, procedió a informarle que la señorita Withfield estaba fuera, pero había dicho que regresaría muy pronto.

El hombre le dejó pasar y, solícito, recogió sus efectos personales. Cruzado el vestíbulo, percibió el martilleo de unos pasos sobre el parqué. El sonido se mezclaba con los brincos de un caniche que corría hasta él, gimiendo desesperado. Max, que no era muy dado a socializar con los canes, lo miró con desdén. El caniche lo observó ladeando la cabeza, lo olisqueó concienzudamente y levantó las orejas en señal de alerta. Entonces le mostró los dientes y comenzó a ladrarle como un poseso.

—¡Silencio, Vizsla! —ordenó la señora de la casa, que no ocultó el asombro por su presencia—. Ese no es lord Theo.

El animal se calló, pero no le quitó los ojos de encima al recién llegado.

—Buenas tardes, señorita Weichselbraun.

—Buenas tardes, lord Saint Leger —le miró con curiosidad, ladeando la cabeza—. Supongo que ha venido a ver a mi invitada, aunque no recuerdo haber recibido una tarjeta de visita como las que suelen enviar ustedes, los ingleses.

Se aclaró la garganta, y tuvo que reconocer para sí mismo que estaba nervioso.

Saint Leger se había sumido en un entumecimiento mental tras su último encuentro con Sally y la indeseable aparición de Theo. En los últimos días, apenas podía concentrarse en otra cosa que no fuera arreglar las cosas y traerla de vuelta a su vida. Esa mañana había acudido a una tediosa junta en la embajada en la que apenas participó. Mientras Chancellor departía con el cónsul Henderson sobre el proceso eleccionario británico en puertas y la nueva entrada en vigor de las reformas electorales, él se revolvía en sus pensamientos más aciagos.

Aun le dolía cada palabra, cada acusación, cada mirada de repulsa, pero se

lo merecía.

—Discúlpeme el atrevimiento.

—No hay cuidado. Sally está fuera. ¿Le parece bien si la esperamos en el salón de visitas?

La siguió hasta una sala pequeña y femenina, con ventanas que ofrecían vistas a la calle. Le invitó a sentarse, él eligió un sillón Luis XV. El perro se ubicó en una pequeña cama, situada junto al asiento de su dueña y le miró con insolencia. Saint Leger observó a aquella mujer, preguntándose cuánto le había contado Sally sobre lo ocurrido en Konstantin hacía tres noches. Suponía que estaba en blanco pues, de lo contrario, no le habría dejado cruzar la puerta de su casa.

La conversación transcurrió más bien con tranquilidad, al calor de dos o tres tazas de té. Sophie Weichselbraun se mostraba sorprendida, prudente y obsequiosa. Le hablaba del baile, le preguntaba por la salud de su madre y sus hermanos, por sus asuntos en la embajada, por sus negocios y él respondía con aire distraído, mirando la puerta, rogando que Sally apareciera pronto.

—Milord, ¿acaso tiene usted un interés romántico en mi invitada?

Se sorprendió por aquella pregunta tan directa.

De inmediato asintió con la cabeza.

«Maldición», se condenó internamente por aquella respuesta tan apocada, tan impropia de él. Parecía un estúpido adolescente, sentado frente a la madre de su enamorada, intentando mantenerse estoico y convincente, logrando en cambio un comportamiento de lo más deplorable.

La anfitriona de Sally le miró de hito en hito.

—¡Santo cielo! ¿Está consciente, milord, de que su hermano...?

—Mi hermano está fuera de este asunto, señorita Weichselbraun. Sally le ha rechazado. Por eso estoy aquí.

De pronto, alguien llamó a la puerta y el corazón del marqués se detuvo por un segundo. Weichselbraun invitó a entrar al recién llegado. Entonces, Sally cruzó la puerta y Saint Leger se puso de pie.

Tenía las mejillas ligeramente arreboladas por el frío. El cabello, recogido a medias en la parte posterior de la cabeza, estaba despeinado por el viento y cubierto de minúsculas partículas de nieve. Vestía un traje de paseo color tierra y una expresión de recelo dominaba sus facciones. Parecía una pequeña revoltosa.

Había salido a caminar por la ciudad, aun con semejante clima, dedujo él por su aspecto y gruñó en el silencio de sus pensamientos. No le gustaba que caminara sola por Viena.

Pero estaba preciosa, como aquel día en que la sorprendió bajo la lluvia y tuvo la suerte de que aceptarse subir a su carruaje.

Sus miradas se cruzaron. La de él estaba colmada de regocijo, de la más absurda esperanza. La de ella era un velo de profundo recelo.

No la culpaba. Después de escuchar aquella nauseabunda historia, después de saber cuáles habían sido sus intenciones en un principio, su repulsa estaba justificada. Max había escuchado impotente cómo el miserable de su hermano destilaba todo su odio, brotado del orgullo herido, y se había mantenido ecuánime, aun no sabía cómo. A medida que asimilaba los detalles de la historia, el rostro de Sally se descomponía de decepción. Su mirada, que había estado llena de ternura, se había tornado hostil. Su rechazo lo había sumido en una lacerante desesperación; porque no estaba dispuesto a perderla.

—Buenas tardes, señorita Withfield.

Ella no contestó.

—Querida, lord Saint Leger ha venido a visitarte —terció Weichselbraun, que no perdía pisada de los gestos de cada uno—. ¿Estás de acuerdo en reunirte con él o...?

Maxwell esperó con el corazón en vilo, sin darse cuenta de que contenía la respiración. Miraba a Sally, suplicante.

Sí, ¡suplicante!

Así se mostraba, para su sorpresa y horror. Él, que jamás había suplicado a nadie, mucho menos a una mujer, se sentía abrumado por un sentimiento tan novedoso como incómodo. Suplicaba y no tenía problema en admitirlo.

—Lo recibiré —dijo ella al fin, y la voz le salió pastosa, apagada.

Max volvió a llenarse los pulmones de aire.

—Muy bien —concedió Weichselbraun, al tiempo que se ponía de pie—. Los dejaré solos, pero debo advertirte, Sally que...

—Señorita Weichselbraun, por favor. Cierre la puerta y que no nos molesten.

—Sally, sabes perfectamente que no puedo...

—Por favor, Sophie. Solo será esta vez.

La aludida sopesó su decisión, no sin cierto reconcomio. Después asintió con la cabeza.

—Estaré afuera, por si me necesitas.

Se retiró cerrando la puerta. El perro, en cambio, apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y miró al recién llegado con escama. Un silencio plomizo invadió la estancia y Max se apresuró a hablar, desesperado por romperlo.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien —replicó ella mecánicamente—. ¿Qué quiere, lord Saint Leger?

Entonces, Maxwell fue consciente de su propia vulnerabilidad, pero aun así se obligó a continuar.

—Quiero que me escuches, por favor...

—Creo haber escuchado suficiente.

—No es así.

—¿Le ha quedado algún detalle obsceno por compartir conmigo, milord? No, por favor —sacudió la cabeza—, ahórreselo. Puede que no tenga estómago para tolerar más historias sobre lo que les gusta hacer a su hermano y a usted con las mujeres.

Max la miró dolorosamente.

—Me estás juzgando.

—Ustedes lo hicieron conmigo.

—Sally, por favor. Las cosas no tienen por qué acabar así.

—No. Para usted y su hermano debían acabar en el Hotel Metropole, ¿verdad?

—No digas eso.

—¿Y por qué no voy a decirlo? —hablaba con una serenidad que él envidiaba—. Es la verdad. Eso es lo que ustedes pretendían —él sacudió la cabeza en negativa, pero no la interrumpió—. Es lo que siempre tuvieron en mente conmigo. Y quizás fue por mi culpa. Yo les hice creer con mi comportamiento descarado que era de esa clase de mujeres. Primero le besé en el Kursalon y luego en el *Heuriger*...

—Ese recuerdo es sagrado para nosotros. No lo traigas ahora.

Sally le miró con rabia.

—¿Existe algo sagrado para usted y su hermano?

—No estoy aquí por Theo sino por nosotros.

—¿Nosotros?

—¡Tú y yo! —bramó, desesperado—. No quiero que esto termine. No quiero perderte, Sally.

—¿Debo pretender entonces que la conversación en la biblioteca nunca sucedió? ¿Debo creer que no tenías la intención de usarme, igual que él? —apretó los dientes y le miró con tristeza—. ¿Sabes qué es lo que más me lastima, Max? No es el hecho de que creyeras que era una fresca, sino que dieras por hecho de que soy una mujer capaz de despojarse de sus sentimientos... o de no albergar ninguno para entregarse a un hombre. No tienes idea de que yo... —cerró los ojos y habló con dificultad, como si tuviera miedo de sus propias palabras— espero que alguien me estime lo suficiente como para no querer compartirme con nadie, ni siquiera con su estúpido hermano. No me conoces, y no tienes por qué hacerlo.

A medida que Sally hablaba, usando aquella inflexión que denotaba su pudor y ponía al descubierto los sentimientos que tanto había preservado, Saint Leger se sentía más y más canalla.

¿Cómo es que creyó a su hermano? ¿Por qué confió en él? ¿Por qué desde el principio no alcanzó a vislumbrar la inocencia de aquella criatura, su ternura y falta de malicia? ¿y por qué no descubrió a tiempo cuánto le importaba?

Había cometido un error, y ahora estaba pagando un precio muy alto por él. Ahora mismo no sabía cómo defenderse y se sentía vulnerable y al borde de un precipicio.

—¡Me equivoqué, maldita sea! —ella hizo un mohín como señal de desprecio a sus argumentos—. Creí lo que él me contó. Me dejé llevar sin pensar. Theo me dijo que habías venido a Viena a emanciparte, que no buscabas un marido y que estabas decidida a vivir sola y a tu propio modo. Él sacó conclusiones... y yo... le creí porque no te conocía, pero me atraías demasiado y di por hecho que él decía la verdad.

—¿Por qué una mujer debe ser o una santa destinada al matrimonio o una cualquiera dispuesta a participar en los juegos más diabólicos? ¿No existe término medio? —apretó los puños y elevó el mentón para desafiarlo, y Maxwell la adoró más incluso. Jamás había conocido a una mujer más dispuesta a defender sus convicciones—. Mis aspiraciones no me convierten en una zorra. Conozco la diferencia entre libertad y libertinaje.

Y por primera vez ella pareció a punto de gemir, pero fue como si se

hubiera prohibido a sí misma mostrar el más leve atisbo de vulnerabilidad. Sus defensas volvieron a erigirse tan pronto como habían caído.

Max tomó aire para hablar.

—Cuando nos conocimos mejor, quise evitar que ese imbécil te pusiera un dedo encima. Te advertí sobre él. Tienes que admitir que te advertí hasta el cansancio que Theo no era bueno para ti. Ese día en la galería, cuando te vi contemplando el cuadro y tratando de hallarle sentido... supe que ni siquiera tenías una idea de cómo... —se detuvo pues, Sally apretó los párpados con fuerza—. Ese día vi dentro de ti. Me mostraste a la verdadera Sally, la que no está obligada usar una máscara para defenderse y alejar a todos aquellos que quieren aprovecharse de ella. Esa es la mujer a la que he estado tratando de proteger, a pesar de ella misma.

La joven se cruzó de brazos y apartó la vista, pero no refutó su argumento.

—Jamás consentiría que nadie te usara —continuó, pues que ella se había sumido en un exasperante silencio—. Yo no te compartiría con nadie, Sally. Lo juro. Acepto todas mis culpas. Acepto que te juzgué sin conocerte, que malinterpreté tu forma de ver la vida. ¿Me... perdonarías?

—¿Crees que eres mejor que tu hermano?

—Tal vez no. Pero hay una diferencia entre nosotros dos.

Ella ladeó la cabeza, expectante.

—¿Cuál?

—Yo te amo.

No había otra explicación.

Ese sentimiento que lo oprimía sin compasión, que lo elevaba unas veces y lo dejaba caer en otras, haciéndole perder el rumbo y encontrarlo de nuevo en el rostro y en la voz de una sola mujer, de Sarah Elizabeth Withfield, debía de ser amor.

Esa necesidad de ella, esa frustración por no encontrar el camino a su corazón y la desesperación al imaginarla en las fauces de su depravado hermano, sabiéndolo capaz de hacerle daño con sus sucias pretensiones, habían marcado sus últimas semanas. Y él apenas le encontraba nombre ahora.

Jamás había experimentado los celos, la ansiedad ni la necesidad de proteger a otro ser humano como lo había hecho con Sally. Jamás se había sentido dueño de nadie, no había tenido necesidad de reclamar a ninguna mujer, en tanto que todas las que había deseado siempre habían estado

dispuestas, casi esperando por él. Jamás había necesitado pedir ni exigir nada a nadie, y allí estaba ahora, mendigando su afecto, exponiéndose, revelando sus sentimientos; sentimientos que lo agobiaban y lo agotaban, pero que no lo avergonzaban.

Ninguna otra mujer le había suscitado semejante coctel de sentimientos y a ninguna otra había deseado como la deseaba a ella.

La reacción de Sally fue un respingo entrecortado que pareció atravesarlo a él.

Max la buscó, quiso atraparla entre sus brazos, beber sus suspiros y demostrarle con su boca cuánto la necesitaba, pero ella se apartó. Su gesto fue brusco, casi violento.

—No te creo —gimió, negándose a mirarle a los ojos—. No te creo, no te creo...—se repetía como una letanía.

—Sally, claro que me crees, porque tú sientes lo mismo.

—¡No! —lo miró a los ojos por primera vez en varios minutos y él reparó en que lloraba—. Yo no puedo amarte. Eres... eres...

Pero él no la dejó acabar. Dio un paso rápido hacia ella y devoró sus labios con la impaciencia de un hambriento. Sostuvo su rostro con ambas manos mientras la besaba, dejándola sin escapatoria, sin oportunidad para encontrar excusas.

Era tan suave, tan sublime, que su solo roce conseguía dejarlo sin aliento. Moría de deseo por ella; su cuerpo respondía con un ardor inusitado cuando se hallaba cerca, y solo podía pensar en hacerla suya, en tenerla para él en su habitación del Hotel Metropole y en llegar tan adentro de ella como fuera posible.

Sally luchó en vano, se resistió, pero al final cedió a su invasivo beso. Se quedó inmóvil, como un pajarito atrapado; los brazos posados en su pecho, debatiéndose entre abrazarlo y empujarlo.

—Basta, déjame.

—No, no voy a dejarte —la abrazó, olió su cuello perfumado, poniendo una sucesión de besos sobre su garganta y hablando entre uno y otro—. No quieres... que lo haga... Me necesitas... como yo a ti.

—Max, no.

—Calla —Y volvió a besarla tras balbucear palabras que ni él mismo entendía—. Si vas a tener un amante, ese seré yo.

El beso terminó poco después, y aunque Max creyó que volvería a encontrar en los ojos de Sally la dulzura perdida, no fue así. Su expresión se había tornado insondable, rozando la frialdad.

—Mañana regreso a Inglaterra —sentenció—. Y no pienso volver.

Él la contempló en silencio; su corazón bombeaba y golpeaba como una máquina enloquecida, haciéndose pedazos a sí misma conforme transcurrían los segundos. Se alejó de ella, sumido en la incredulidad y el dolor de perderla, porque aquello era precisamente lo que estaba ocurriendo. La perdía.

—¿No escuchaste lo que te dije? —quiso saber con fingida calma, sorteando el espantoso nudo en la garganta—. Te amo, Sally.

¿Qué sucedía?

Él le había declarado su amor y a ella parecía importarle un rábano.

—Ya está decidido —masculló mientras con las manos temblorosas deshacía un nuevo brote de lágrimas—. Me voy.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas?

—En Viena solo me han ocurrido desgracias y no pienso aumentar un día más esta maldita agonía —fue hasta la puerta y la abrió con resolución, sosteniéndola para él—. Adiós, lord Saint Leger.

Entonces, Max le tomó la palabra y, sintiendo un doloroso peso entre pecho y espalda, salió de la estancia.

El equipaje estaba preparado. Sally observó con tristeza la montaña de baúles y maletas de diseño Louis Vuitton en piel de cordero que llenaban el dormitorio. Todas sus posesiones reposaban allí, listas para ser llevadas al carruaje y después acomodadas en el tren que la llevaría a casa.

—¿A casa? —no pudo evitar preguntárselo en voz baja.

Como no había estado en sus planes efectuar aquel viaje, ni siquiera tuvo tiempo de escribir a su padre para notificarle que estaba decidida a volver. Apenas había conseguido ponerse en contacto con el señor Fritzl, el jefe de la oficina de la ferroviaria en Viena, para pedirle que mandase a preparar uno de los vagones privados de la familia.

No podía posponer aquel viaje por más tiempo. Era hora de dejar de insistir en ese sinsentido y de continuar con su vida, en Londres o en cualquier otro lugar.

—Ya está todo listo, señorita Sally —musitó la doncella con tristeza.

—Muchas gracias, Pola.

—¿Es cierto que no piensa volver? —Sally negó con la cabeza, dueña del mismo ánimo decaído—. Pero... ¿y sus amigos? ¿Y el señor Will?

—Ya me despedí de ellos ayer.

Le había costado lo indecible decir adiós a Mallory y a Mathieu. Los recuerdos compartidos en las clases de alemán, en las tardes de estudio, en las visitas subrepticias a los clubes y tabernas de la ciudad, donde los había visto derrochar su maravilloso talento, quedarían grabados para siempre en su memoria. Sally les deseó buena suerte —precisamente lo que a ella le había faltado—, y les invitó a visitarlos si pasaban por Inglaterra. Ahora bien, Will era otra cosa. No podía despedirse de aquel americano deslenguado y ocurrente que se había convertido en su confidente, en su amigo más incondicional. Era simplemente imposible.

Al día siguiente del baile en Konstantin, después de contarle lo sucedido con los gemelos, su amigo había querido perseguirlos y enfrentarlos, defender su honor como todo un hermano mayor —aunque, a decir verdad, él era más joven que Sally—, pero ella le prohibió hacerlo. No valía la pena. Desde luego, había decidido no decirle una palabra sobre la muerte de lady Carlyle, dado que aquel secreto no le pertenecía.

Pese a que Will había intentado disuadirla de hacer aquel viaje y enumerado una lista de razones para quedarse, la joven se mantuvo firme en su resolución. Su decisión ni siquiera tenía que ver con la mala reputación que von Lambort se había determinado en forjarle, aunque no podía negar que aquello también le dolía. El día anterior había salido a caminar por la Ringstrasse y entrado en algunas tiendas para comprar regalos para sus sobrinos y sobrinas. En una de ellas, se topó con un par de señoras que le habían mirado como si hubiera entrado en camisón. Supo de inmediato que una de ellas había estado en el baile de Konstantin y que había estado acompañando a la señora von Lambort. Mientras Sally valoraba los juguetes y trataba de decidir cuáles agradarían más a los niños Withfield, las mujeres hablaban con la dependienta y le lanzaban miradas ariscas sin ningún disimulo. Cuando Sally se disponía a pagar los artículos y salir de ahí, la dependienta le habló con desprecio. Se negó a venderle lo que ella había elegido, aduciendo que la tienda ya estaba cerrada, por lo que le agradecía que abandonase el lugar.

Presa de la rabia y el asombro, la joven al menos consiguió mantenerse

incólume. Salió del comercio con paso inestable y retuvo las lágrimas, esperando llegar al resguardo de la casa de Sophie para soltarlas al fin... pero entonces se encontró a Max esperándola en el saloncito de las visitas.

Sally comprendió que debía irse, no para evitar el rechazo de aquella gente, sino por el bien de su cordura. Poner un poco de espacio y tiempo entre ella y Viena le ayudaría a pasar la página.

—¿Necesita algo más? —quiso saber Pola.

—No —la respuesta de Sally brotó como un sollozo.

La doncella sesgó los labios en un gesto de tristeza, así que la joven le tomó de la mano y se la apretó con fuerza.

—Que Dios te bendiga, querida Pola.

—A usted también, señorita Sally —susurró.

—Por favor cuida a Sophie.

La mujer asintió con la cabeza.

—Oh. Se me olvidaba.

Pola fue hasta el otro extremo de la habitación. Extrajo una pieza de ropa de la cesta que había traído consigo. La muchacha reconoció el objeto de inmediato, y un latido doloroso estremeció su pecho.

—¿Qué hago con esto? ¿Se lo va a llevar?

Sally avanzó hasta Pola con pasos temerosos. Tomó el gabán de Max y lo acarició. Mientras sus dedos recorrían los suaves ribetes de piel, su mente traía las reminiscencias de la conversación en el saloncito de Sophie el día anterior.

Él le había hablado de amor, había intentado marearla con esos besos que hechizaban. Había estado a punto de morder el anzuelo, de dejarlo hacer con ella lo que quería, pero después había dicho algo que la sacó de su letargo.

«Si vas a tener un amante, ese seré yo».

Cuánto había dolido aquella frase. La había hecho recordar su lugar y el hecho de que Sally Withfield había sido eternamente encasillada en aquel triste rol.

«Siempre me verá así», había pensado abatida.

—Si quiere lo tiro a la basura —dijo la doncella escogiéndose de hombros con fingido desinterés—. Aunque, sería una pena. Es un abrigo muy elegante, y caro seguramente. Su dueño lo extrañará.

—Sí, sí. Déjamelos.

—Está bien, señorita Sally —concedió—. Recuerde que a las ocho estará listo el carruaje para llevarla a la estación. Le espera un viaje muy largo. Todavía tiene tiempo de hacer algunas cosas antes de irse.

Ella despegó la mirada del gabán y, curiosa, la posó en Pola, que se limitó a sonreírle enigmáticamente.

La doncella abandonó la habitación, tan silenciosa como había entrado.

Sola de nuevo, Sally volvió a acariciar el gabán y se lo acercó a las fosas nasales. Se decepcionó al comprobar que ahora tenía un olor neutro. El rastro de Max se había esfumado, como él de su vida. Se abrazó a la suave tela, intentando retener de él todo lo que podía, aferrándose a aquella prenda.

La textura de la piel le recordó la noche en el *Heuriger*, cuando él la había descubierto detrás de aquellas cortinas, y luego la había defendido del hombre que había querido llevársela a la fuerza, creyendo que era una prostituta. Se había peleado por ella, había reducido a un hombre y recibido una descarga de puñetazos, solo para defenderla.

No podía negarlo, pensó sonriendo, a su pesar. Le había gustado descubrir que no era ningún lordcito enclenque. Más que eso. Le había fascinado.

Incitada por la bebida y la arrolladora atracción que sentía por él, Sally le había confesado sus miedos, había volcado sus secretos sobre él y éstos habían caído como una catarata irreprimible. Y luego, en la oscuridad del palco, él había recibido sus torpes y desesperados besos. Solo había avanzado porque ella se lo había pedido, o más bien se lo había exigido, enloquecida por la pasión... la misma pasión que la había llevado a encontrarse con él en la biblioteca de Konstantin.

Y luego había escuchado toda aquella espantosa historia acerca de lady Carlyle. Cerró los ojos para deshacerse del recuerdo de los pormenores de su muerte y que Theo había ofrecido con tanto desparpajo. Aquello había sido solo el principio, no obstante. La verdad era que los gemelos habían visto en ella a una sustituta de esa mujer, alguien que, daban por hecho, estaba dispuesta a participar en aquella locura.

La sola idea de que hubieran concebido a Sally Withfield como a una mujer disoluta, capaz de desear un placer superficial y desprovisto de sentimientos, como el que a ellos tanto atraía, le hacía sentir asqueada. No es que fuera una estúpida mojigata. Si bien rechazaba la doble moral de la sociedad de la que formaba parte, ni en cien años se creía capaz de convertirse en el juguete de un

par de fogosos lores que actuaban por puro instinto, sin temer a las consecuencias. Para ella, el sexo debía significar algo más que una fuente de diversión, más que un placer efímero y audaz. Debía ser entrega, y no se refería al matrimonio, una institución que le provocaba tanta reserva. Debía ser, más bien, amor.

Sí. «Amor».

Y eso era lo que Sally había estado dispuesta a hacer con Max aquella noche, tras dejar el *Heuriger*. Había estado dispuesta a entregarse a él, porque entonces ella ya había descubierto que lo amaba.

Pero no podía quedarse, no después de todo lo que había ocurrido. Aunque él le había confesado su amor, Sally no estaba segura de poder superar tantos embrollos; su actitud inicial hacia ella, los planes que había tejido en compañía de su hermano, la sórdida historia de lady Carlyle, y el hecho de que, si se quedaba a su lado solo podría desempeñar el papel de amante. Una triste amante con la que se encontraría a escondidas, y a la que reemplazaría cuando se aburriese.

Porque en eso consistía ser la amante de alguien, ¿no? En mantener relaciones sexuales sin ningún compromiso, sin la posibilidad de concebir hijos; en estar separados y juntarse solo para satisfacer los deseos más íntimos.

¿Y qué pasaría cuando él contrajera matrimonio con Elise von Lambort?

Ella sería la *otra* mujer.

«¿Qué es lo que deseas entonces? ¿Ser su esposa? Sabes que eso es imposible. Ya estás arruinada socialmente, no eres buena para él, no eres buena para nadie. ¡Te has negado la mayor parte de tu vida a ser una esposa, por el amor de Dios!» Una voz rebelde en su cabeza la fustigó, pero ella decidió ignorarla.

Abrazó el gabán de Max y cerró los ojos.

«Lo llevaré conmigo», pensó. «Será lo único que me quede de ti».

Casi inmediatamente comprendió que aquello no le haría bien. No podía conservarlo, de lo contrario, pasaría las noches así, anclada a su recuerdo y aquello solo conseguiría herirla. Debía deshacerse de él.

Debía entregárselo, como un gesto conclusivo de su efímera relación, de aquel sueño que nunca consiguió materializar. Y después le diría adiós como debía, sin rencores, sin lágrimas, sin recelo.

Solo entonces podría marcharse de su vida para siempre.

Capítulo 17

El Hotel Metropole funcionaba en un impresionante edificio palaciego ubicado en la Ringstrasse, junto al río Danubio. Sally había pasado por ahí un par de veces, pero nunca se había detenido a admirar su magnífica arquitectura clásica, y mucho menos había cruzado las puertas principales de hierro forjado. Aquella mañana lo hizo, nerviosa y estremecida, al tiempo que abrazaba contra su pecho el gabán de Max, envuelto en un paquete de papel marrón, atado con un cordel blanco.

Mientras avanzaba hacia la suntuosa recepción, se ajustó el ala del sombrero y escondió el rostro tras él. Aunque era su último día en Viena, lo que menos deseaba era seguir provocando a las cotillas. Si las espías de la señora von Lambort la veían entrar en un hotel, aunque fuera éste un establecimiento lujoso y respetable de la Ringstrasse, con toda certeza estallarían de indignación.

Se detuvo a echar un vistazo a la magnificencia del lugar, que se extendía desde los pulcros pisos de mármol hasta los techos pintados al fresco y adornados con ricas molduras. Una araña de cristal iluminaba el extenso vestíbulo, donde se ubicaban confortables y elegantes sofás, ocupados por hombres de negocio que leían el periódico o sostenían reuniones informales. Sally se fijó especialmente en los jarrones de porcelana de Cantón, en las estatuas de mármol y en los espejos con marcos dorados, ubicados en lugares estratégicos, que otorgaban un inusitado efecto de enormidad al vestíbulo.

Sorteando a la gente que le pasaba por un lado y otro, Sally alcanzó la recepción. Allí preguntó por el marqués de Saint Leger, cuidándose de no dar su nombre; el recepcionista, un cincuentón que parecía tener una sonrisa tatuada en el rostro, tampoco se lo solicitó. Se limitó a indicarle que la *Diplomatische Suite* era la número 152, y que se hallaba en el segundo piso. Ella le dio las gracias y enfiló hacia la escalera de sinuosos pasamanos de hierro forjado.

Tras alcanzar el segundo piso y recorrer un silencioso pasillo alfombrado, se detuvo frente a la puerta de la suite sin saber qué esperar a continuación.

¿Estaría él allí? ¿Le abriría la puerta él mismo? ¿Y qué iba a decirle ella? ¿Que había venido para entregarle su abrigo, cuando podía haberlo enviado con el cochero?

Empezó a sudar, una vez que reunió el valor para llamar a la puerta. La creería una idiota, y con toda razón. Pensaría que había encontrado la peor excusa para volver a verlo y se regodearía en su ego, viéndola asomarse a su despacho.

La puerta se abrió y Sally dejó escapar un respingo. Frente a ella no apareció Max sino un joven de más o menos su edad, rubio y de ojos muy claros, que vestía un traje azul y chaleco de rayas grises. Sobre el puente de su nariz colgaban un par de gafas con monturas doradas, tras las cuales asomaba una mirada profesional.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Le sorprendió que le hablase en inglés británico.

—Sí, sí. Me preguntaba si podría encontrar aquí al marqués de Saint Leger.

—De acuerdo —sonrió—. Pase.

Sally se introdujo en una estancia amplia y luminosa, transformada en una elegante recepción. Dos ventanas enormes, cubiertas con cortinajes blancos y marcos de tafetán verde drapeado filtraban la luz, destacando los muros franceses blancos, adornados con molduras y detalles en dorado. La alfombra, de diseño oriental, era de una tonalidad verde oscuro con filigranas doradas que abarcaba todo el espacio. Había dos escritorios de palisandro de patas curvas; uno de ellos estaba ocupado por otro joven que se puso de pie nada más verla entrar. Le saludó con un gentil «buenas tardes» en inglés y ella le respondió del mismo modo.

De un lado de la chimenea de mármol reposaba la bandera británica, y del otro, la del imperio austrohúngaro. Presidiendo los muros, se observaban dos retratos al óleo; el primero, mostraba a su majestad la reina Victoria y el otro, al emperador Franz. De no ser por esos elementos que delataban el carácter oficial de aquellas dependencias, cualquiera habría dado por hecho de que se trataba de la sala de estudio de dos universitarios.

—Lord Saint Leger está reunido con el secretario de comercio —le informó el primer muchacho—. Si gusta esperarlo, puede hacerlo. Tome asiento, por favor, señorita... —Sally apretó los labios y se hizo la tonta. No iba a darle su nombre al secretario de Max. Él asintió al captar el mensaje—. Muy bien.

Finckley, como se identificó el joven, le preguntó si deseaba una taza de té. Ella negó con la cabeza, entonces él regresó a su escritorio y continuó trabajando en silencio. Sally ocupó un sofá verde, desde donde observó mejor el lugar. Había estanterías colmadas de libros; logró leer algunos lomos,

advirtiéndole que la mayoría trataba sobre política internacional, pero también había algunos de arte.

Notó que el reloj dorado sobre la chimenea marcaba las cuatro y veinticinco de la tarde; ello le recordó que debía estar de vuelta en casa de Sophie a las ocho de la noche, donde Will estaría esperándola para acompañarla a la estación.

Sally se dio cuenta de que apretaba el paquete con demasiada fuerza contra su pecho; debía relajarse o terminaría haciendo el ridículo. Nerviosa, observó las puertas blancas que comunicaban al despacho de Max.

¿Qué rayos iba a decirle cuando le viera? ¿Que se había tomado todas aquellas molestias para devolverle el gabán?

Tal vez ni siquiera se acordaba que ella lo tenía, tal vez ni siquiera le importaba. Tal vez daba por hecho que Sally se había marchado de la ciudad y que nunca más volverían a verse, y eso era quizás porque no había tenido problemas en dejarla ir. Le daba igual lo que ella hiciera con su vida. Después de todo, ella lo había rechazado, le había ignorado cuando él le declaró su amor y le había pedido que se fuera.

De pronto se sintió estúpida, porque descubrió que había llegado hasta allí con el único objetivo de volver a verlo, aunque fuera para entregarle una pieza de ropa que de seguro él no extrañaría. Encontró aquella excusa patética y desesperada, muy impropia de la Sally Withfield orgullosa que había sido antes de conocerlo.

Pero la Sally Withfield de antes nunca había estado enamorada.

¿Qué le diría entonces cuando estuviesen frente a frente? ¿Le guardaba rencor él por su tremendo desaire? ¿La rechazaría para desquitarse por su comportamiento? ¿Fingiría que no la recordaba y se limitaría a recibir el paquete? ¿Le desearía un buen viaje y regresaría a trabajar como si nada?

Angustiada y temerosa, cerró los ojos.

Cuando escuchó unas voces detrás de las puertas, su corazón dio un vuelco. Se puso de pie de inmediato y con ella lo hicieron los dos secretarios de Max.

¡No! No iba a permitir que la viera así, desmadejada de nervios, tan necesitada de él y en semejante posición de desventaja. Miró a Finckley y avanzó hasta él mientras comenzaban a colarse palabras de despedida del otro lado de la puerta.

—¡Tengo que irme! ¡Se me ha hecho tarde!

—Pero, milord está a punto de...

—Por favor, entréguele esto —balbució mientras ponía el paquete en sus manos— y dígame que... dígame que... ¡Olvídelo! ¡Mejor no le diga nada!

Se marchó de allí con pasos inestables, creyendo haber escuchado un retazo de la animada conversación de Max con la otra persona mientras emergían de la habitación.

Avanzó por el pasillo, molesta consigo misma por haber cometido la tontería de venir a buscarlo.

¿Qué era lo que pretendía? ¿Por qué había permitido que aquel segundo de debilidad la arrastrara hasta allí? ¿Es que acaso no tenía dignidad? ¿Acaso había olvidado que ese hombre había dado por hecho que ella era una mujer ligerita de cascos, dispuesta a participar en una relación sexual de tres personas?

Despotricó contra sí misma y contra él hasta que también recordó que había sido ese mismo hombre quien le había dicho que la amaba mientras la miraba a los ojos.

Para su completo fastidio, sus faldas no le permitieron descender las escaleras hasta el primer piso con la velocidad deseada. Un caballero pasó a su lado; Sally sospechó que se tratada del mismo con el que Max había estado reunido, así que detuvo su marcha alocada y evitó mirarle mientras éste desaparecía por la curva de la escalera. Decidió esperar un segundo antes de retomar su desesperada marcha, demasiado nerviosa y embrollada como para continuar.

Y cuando se proponía largarse de allí, un llamado a sus espaldas y unos pasos poderosos que golpeaban el suelo, haciéndolo vibrar, la estremecieron.

—¡Sally!

Su primera reacción fue apretar los párpados y maldecirse en voz baja. Ahora no tendría escapatoria, ni excusas. Estaba decretado que quedaría como la tonta que era. Seguidamente, y como si no estuviera haciendo el ridículo de su vida, avanzó por el pasillo dispuesta a huir por las escaleras. Quizá no la había visto aún, quizá pudiera escabullirse.

No hizo caso a la voz atronadora de Max, que seguía llamándola y devorando la distancia entre ellos con pasos rápidos y ágiles.

En pocos segundos, la alcanzó.

Se plantó frente a ella impidiéndole descender el primer peldaño. Sally se mordió los labios al encontrar sus ojos azules, abiertos de par en par, su respiración apenas alterada y el cabello revuelto por la carrera.

No llevaba chaqueta, corbata ni cuello duro, apenas un chaleco gris sobre una fina camisa blanca y unos pantalones negros que delataban la esbeltez de sus piernas. Mientras lo devoraba con la mirada, Sally se asió al pasamanos de hierro hasta que los dedos se le tornaron blancos y las venas de la muñeca se le brotaron.

Se sentía acorralada.

—*Oh*. Lord Saint Leger... Hola.

Divertido, arqueó una de esas cejas oscuras y perfectas.

Se le veía fresco y de buen humor, a juzgar por su mirada luminosa y la curva impaciente de una de las comisuras de sus labios. Quizá la reunión con el secretario de comercio le había traído buenos resultados. Aquello le recordó que aquel era su lugar de trabajo, el sitio donde atendía asuntos infinitamente más importantes que la visita de una muchacha tonta y con ínfulas.

—¿Lord Saint Leger? —repitió él—. ¿Desde cuándo retomamos las formalidades?

Ella suspiró, agobiada y desvió su mirada al puño que apretaba el pasamanos.

—Imagino que ya recibió su gabán.

—No recordaba que lo tenías tú —adujo él con una voz que delataba una sonrisa—. Pero, gracias. Es uno de mis favoritos.

—Bien. Pensé que lo necesitaría porque está nevando y hace frío.

—Sí, hace mucho frío —arrastró las palabras con una cadencia seductora—. Sería una pena tener que salir a la calle ahora mismo.

¿Se burlaba de ella? Si era así, no lo soportaría.

—Bien. ¡Adiós!

Trató de sortearlo y huir de allí, pero él le bloqueó el paso y, levantándole el mentón con los dedos, la obligó a mirarlo.

—¿Por qué estás aquí, Sally?—la espoleó con su mirada, y ella retrocedió un poco—. ¿Me lo dirás? Porque quiero escucharte. Ya sabes que no tienes que fingir conmigo, preciosa, no hace falta que te escondas.

Sally tragó saliva, vencida, y cobró valor para hablar.

Tomó una bocanada de aire y no pudo más que decir la verdad. De repente le pareció que su orgullo, ese salvavidas que había abrazado desde que tenía memoria, estaba hecho de plomo, porque le resultó horriblemente pesado, tan pesado que ahora mismo parecía ahogarla.

—No puedo decirte adiós —susurró—. Te amo, Max.

Él sesgó los labios en una sonrisa triunfal, saboreando su declaración.

Susurrando un sensual «ven aquí» la atrajo a su boca y la pegó a su cuerpo. Fue un beso suave y manso, mucho más que otros que habían compartido, pero que igualmente venía cargado de la pasión más inconcebible.

Sally percibió el momento exacto en que sus dudas se desvanecían y todo a su alrededor cambiaba. La aceptación de sus sentimientos le había traído una liberación y una paz que apenas podía describir.

—No voy a dejarte ir —dijo mientras la abrazaba y le besaba los párpados cerrados, las mejillas, las sienes y la coronilla. Ella experimentó la misma sensación de un ratón acorralado por el gato, pero a diferencia del ratón, Sally no deseaba escapar. Esperaba ser devorada—. Comprendes que no te desharás de mí, ¿verdad, preciosa? Y tampoco te subirás a ningún tren.

Ella quiso replicar, pero las palabras no surgieron de su boca. Varias veces tomó aire y lo soltó, sin conseguir articular una frase coherente.

Aprovechando su desconcierto, Max le tomó de la mano y la llevó por el mismo pasillo que habían desandado. Sally no podía escuchar nada, ni siquiera sus propios pensamientos; no atendía a razones ni reaccionaba al ligero temor que le recorría el cuerpo. No era tan tonta como para no saber adonde la llevaba, por eso no se lo preguntó. Se limitó a sostenerle la mano y a seguir a su lado, intercambiando miradas de vez en cuando.

Pensó que se detendrían en la *Diplomatische Suite*, quizá para despedirse de los secretarios, pero lo cierto fue que dejaron la puerta atrás.

Enfilaron hacia las escaleras y ascendieron hasta el último piso, donde Sally descubrió un área distinta al resto del hotel. Lejos de mostrar la impersonalidad de un hotel, los pasillos parecían los de una mansión, decorados con impresionantes esculturas, jarrones rebosantes de rosas blancas de invernadero, candelabros dorados y una larga alfombra dorada.

Se detuvieron frente a la última puerta del pasillo, y mientras sacaba la llave del bolsillo del pantalón, Max la miró significativamente. Era como si le

brindara la última oportunidad de echar a correr. Pero Sally no se acobardó; en lugar de eso, le arrebató la llave con un gesto soberbio y abrió la puerta por su propia mano.

La suite era enorme y cálida, y estaba iluminada por la menguada luz solar que se filtraba a través de las cortinas blancas con marco de tafetán drapeado. Sally abandonó su intención de echar un vistazo a la habitación pues, los brazos de Max la rodearon desde atrás y todo pensamiento la abandonó. Dejó que se pegara a su cuerpo, que se estremeció al sentir su cercanía. Acercó los labios a su oído y su suspiro afligido, que reflejaba el tamaño de su necesidad, la estremeció.

—Te deseo, no sabes cuánto —le susurró al oído al tiempo que le retiraba gentilmente el sombrero—. Quiero hacerte el amor. Ahora.

—Sí, Max, por favor...

Sally cerró los ojos y lo dejó hacer.

Cada roce de sus dedos, cada respiración cálida sobre su piel, ejercía un efecto inquietante en su cuerpo, magnificaba sus sentidos, disparaba los latidos de su corazón, la envolvía en una nube de placer. Contuvo el aliento mientras él retiraba los pasadores de su cabello y acariciaba las ondas oscuras que empezaban a desparramarse sobre sus hombros.

Todo su cuerpo se hizo pesado, aletargado por una emoción sobrecogedora. Le desabotonó el abrigo y lo dejó caer en alguna parte, para luego afanarse con los botoncitos posteriores del vestido. Más rápido de lo que hubiera esperado, consiguió soltarlos todos; le bajó la pieza por los hombros y le liberó los brazos del corpiño. El vestido siguió descendiendo por su cintura, para luego terminar en sus pies, sobre el suelo alfombrado.

«Estoy en corsé y enaguas», pensó asustada y maravillada. «Estoy en corsé y enaguas... en la habitación de lord Saint Leger». Se permitió una sonrisa cargada de asombro pues él, que estaba detrás de ella, no podía mirarla de frente. La sonrisa se convirtió en una mueca de asombro cuando Max volvió a abrazarse a su cuerpo, y sintió la dura protuberancia pegándose contra su trasero.

De inmediato, él la giró en sus brazos para mirarla... o más bien para devorarla con una mirada azul oscura, lúbrica y codiciosa.

Sally se mordió el labio inferior y, a pesar de su nerviosismo, le sonrió con deliberada coquetería. Max no compartió su sonrisa. Su rostro estaba tenso, la línea de sus labios era toda recta y sus cejas formaban una espiral castaña. El

pecho le bajaba subía al ritmo de una respiración desacompañada, al tiempo que se descalzaba con rapidez.

La tomó de la mano y llevó hasta la cama. Sally pensó que la tumbaría de una vez, pero en lugar de eso, la sentó en el borde, se arrodilló frente a ella y se dispuso a retirarles los zapatos y las medias. A medida que lo hacía, con la deliciosa y experta lentitud de un seductor, ella se deshacía en suaves estremecimientos. Le sacó la primera media, sosteniéndole la mirada, y sus dedos le rozaron los muslos, desplegando entre ellos un calor aterciopelado. Sus manos se cerraron a continuación sobre la rodilla y recorrieron el camino hasta las pantorrillas.

—Eres hermosa —susurró con voz ronca mientras masajeara sus pies, regalándole un sinfín de sensaciones nuevas—. Cada parte de ti. Santo cielo, ¿cómo voy a contenerme?

Conmovida, Sally lo atrajo hasta su boca.

Se dieron un torbellino de besos cortos, desesperados, anhelantes. Antes de que uno terminara por completo, comenzaba otro, más profundo y húmedo. Sus lenguas se enredaron en una danza primitiva, desprovistas de recato, incluso de técnica pues, lo único a lo que aspiraban era a sentirse. Sally no supo en qué momento había abierto las piernas para dejar que Saint Leger se situara entre ellas y le rodeara las caderas con sus manos, pero así lo había hecho. Echó la cabeza hacia atrás y sostuvo la de él contra su pecho, exigiendo ser consumida.

Max repartió más besos en su cuello, hombros y en las cimas redondeadas de sus pechos. Con dedos impacientes, le arrancó la otra media y acarició sus piernas, ahora con descarada resolución, palpando con ansia cada resquicio. Con la palma de la mano rozó el espacio que se formaba entre sus piernas, haciéndola sacudirse de deseo.

Sally batalló contra los botones de su chaleco, ansiosa por sentirle la piel. Consiguió sacárselo con su solícita ayuda. Luego vino la camisa. Entonces tragó saliva al contemplar su pecho pálido, fuerte, de músculos compactos y bellamente marcados. Con los dedos trémulos recorrió la línea de vello oscuro que comenzaba en los pectorales, maravillada por su belleza y masculinidad. Descubrió que la piel allí era satinada y sensible, y que los músculos eran rígidos. Max tomó su mano y la besó con ímpetu y los ojos arrobados de deseo.

Entonces, la puso de pie y reanudó su tarea de desvestirla. Desató las cintas

del corsé hasta aflojarlas lo bastante para sacarle la pieza por la cabeza. Desembarazarla de la enagua fue un juego de niños, así que, en unos segundos, Sally quedó completamente desnuda ante los ojos de aquel hombre magnífico, poderoso y apuesto hasta el delirio. El corazón le latía imperiosamente contra las costillas cuando se volvió para mirarle y encontró sus ojos rasgados, oscurecidos.

Max se desabrochó los botones del pantalón sin dejar de mirarla de ese modo que parecía trasponer su cabeza y acceder a todos sus secretos. Y aunque Sally se sentía vulnerable, debido a su desnudez, le sostuvo la mirada con arrojo. Se resistió a taparse o a apartar la vista mientras él se retiraba la pieza larga de algodón blanco que era su ropa interior. La visión de su miembro viril la electrizó y estuvo a punto de hacer añicos su resolución de lucir seductora y segura de sí misma.

Max la atrajo hasta él y la envolvió en un abrazo cálido, piel contra piel, en el que ambos se exploraron, apenas resistiendo la impaciencia que los consumía. Se tocaron con avidez y curiosidad, dejando vagar sus manos codiciosas por aquellos cuerpos ardorosos mientras sus bocas volvían a buscarse y a encontrarse.

Sorpresivamente, él la levantó del suelo, arrancándole un grito de asombro. Ella le rodeó la cintura con las piernas antes de sentir el colchón en su espalda. La joven se solazó en aquella nueva postura; él encima de ella, y debajo, el suave edredón de plumas. Le miró a los ojos, completamente entregada. Acarició su bello rostro, cubierto por la prolija barba castaña y acarició su cabello, las orejas y la frente tensa.

Él centró su atención en sus pechos, que Sally sentía recrecidos, con los pezones erguidos y sensibles. Comenzó a lamer uno, con lo que ella arqueó la espalda, atravesada por una ráfaga de placer. Se sujetó a los hombros masculinos, que eran firmes y poderosos, como un muelle, capaz de ofrecer seguridad a una barcaza inestable. Muy pronto, los lametones se convirtieron en enérgicas succiones que iban generosamente de un pecho a otro.

Cuando Sally percibió la leve hincada de unos dientes, jadeó y sonrió.

Por supuesto. Así era él, vehemente, salvaje. No quería que se contuviera, deseaba que fuera él mismo, que la abrasara con su fuego, el mismo que le había dado a probar en el Kursalon y luego en el *Heuriger*. Sally estaba segura de que aquella oleada de ímpetu era una mínima parte de todo el cataclismo de pasión que lord Saint Leger, aquel magnífico espécimen, podía

ofrecerle.

Jadeó cuando la boca que fustigaba sus senos descendió hasta su vientre y luego hasta la entrepierna. El revoloteo feroz de su lengua la hechizó, le embotó los sentidos con un exquisito gozo. Sally elevó las caderas, exigiendo más, hasta que una sucesión de espasmos la recorrió desde las puntas de los pies hasta el cuero cabelludo. El placer cayó sobre ella como una cascada cálida y cegadora.

Cuando la tormenta pasó, Max regresó a ella para consolarla con palabras tiernas. Repartió besos por sus mejillas sonrojadas, por su mentón y garganta.

Entonces, mientras le veía posicionarse entre sus muslos, comprendió que el momento más anhelado por los dos había llegado. Sally tembló de expectación y acariciando su espalda y costillas, le dijo sin hablar que se encontraba lista.

—Mi amor, te dolerá —le advirtió él, y una espesa bruma de deseo le velaba los ojos—, pero solo será un momento. Lo prometo.

—No me importa —susurró ella, frenética—. Hazlo, Max. Te lo ruego. Ahora. Te necesito tanto, tanto que... ¡Ah!

Sus deseos se cumplieron. Con un poderoso empujón, Max rompió la delgada barrera de su cuerpo y se introdujo en el sedoso canal.

Por un momento, todo lo que sintió fue dolor. Estuvo a punto de apartarlo de un golpe y quitárselo de encima, pero al final se contuvo. Era consciente de que aquello era inevitable y necesario. Cerró los ojos y se mordió los labios mientras dejaba que sucediera. Su cuerpo terminaría aceptándolo tarde o temprano.

Conmovido por su sufrimiento, pero sin retroceder un milímetro, Max se inclinó para besarla y susurrarle tiernas disculpas. Besó sus hombros, le acarició el cabello y el rostro, empleando una ternura que la ayudaba a relajarse. Podía sentir su pulso dentro de ella, su asombrosa rigidez invadiendo su cuerpo, anidándose en sus entrañas.

Paciente, Max esperó a que el dolor cediera. Sally paseó sus manos por la suavidad de su espalda, sus lisos flancos, las curvas suaves y rígidas de sus glúteos y la delgadez de sus caderas. Estaba tenso y su cuerpo temblaba. Con toda seguridad se contenía, y ella no quería que lo hiciera.

Recuperada del dolor, atrajo su rostro, que había estado afanado en besar sus mejillas y le miró a los ojos. Éstos brillaban frenéticos entre las sombras que formaban los mechones de cabello que le caían a los lados.

Jamás lo vio más hermoso, más delicioso, más irresistible.

—Te amo, Max. Siempre has sido tú. Desde el primer día has sido tú.

Incapaz de hablar, su amante dejó escapar un jadeo tembloroso.

Su declaración fue un aliciente para él, que apoyó los codos en el colchón y reanudó su invasión al tiempo que se fundía con ella en un beso devastador.

Entonces comenzó a mecerse dentro de ella con un lujurioso compás, lento y sublime. Sally se asió a sus poderosos brazos y dejó que el vaivén de sus caderas la arrastrara consigo. Poco a poco las trazas del dolor empezaron a desaparecer, dejando solo placer. Sally se abrazó a sus caderas con las piernas, le rodeó el cuello con los brazos y podía jurar que su interior también se apretaba alrededor de su miembro. Se sentía entregada completamente. Se sentía suya, de todas las formas en las que una mujer puede pertenecer a un hombre.

Max la miró con ternura y lujuria.

—¿Te lastimé mucho? —quiso saber, sin dejar zambullirse.

—Ya pasó. Ni se te ocurra parar.

Le sonrió de ese modo que la enloquecía y luego volvió a besarla al tiempo que sus estocadas cobraban fuerza.

En pocos segundos, lo que había sido una danza lenta y sensorial devino en una cópula con urgencia salvaje. Sally gritó cuando el orgasmo sacudió sus entrañas y la privó del sentido. Luego fue el turno de él, que rugió y echó la cabeza hacia tras. A ella le pareció que sus ojos se quedaban en blanco por un momento mientras el éxtasis lo devoraba.

Finalmente, se desplomó sobre ella, jadeante y abrumado.

Se mantuvieron abrazados, con los cuerpos unidos, hasta que sus corazones recobraron el ritmo normal. Saciados y perezosos, se acurrucaron.

—Dime, por favor, que irte de Viena está fuera de toda consideración —dijo Max mientras la pegaba a su pecho, como si alguien fuera a arrebatársela.

—Después de hoy no pienso ir a ninguna parte —él se relajó. Le besó la coronilla, las sienes y la oreja, hasta que la barba le hizo cosquillas—. Aunque, Will y Sophie deben estar esperándome para ir a la estación. Quedamos en que me acompañarían y me despedirían.

—Ya te disculparás con ellos.

—Ah, ¿sí? Y ¿qué voy a decirles para justificar mi cambio de planes? —

preguntó socarrona mientras sentía las caricias de sus dedos a lo largo de la espina dorsal—. ¿Que vine a devolver un gabán al marqués de Saint Leger y que éste me sedujo?

Max gruñó.

—Quizá puedas pensar en algo que no nos deje tan mal.

—Claro.

—Lo más importante es que estás aquí, conmigo.

—Max, si no hubiera venido hoy, ¿habrías ido a buscarme a la estación? ¿Habrías ido a impedir que me fuera a Londres?

Un silencio cargante cayó sobre ellos. Los segundos pasaron. Sally pudo sentir cada uno de ellos como una aguja que se clavaba en sus flancos.

¿Acaso su respuesta era «no»?

Llegó a creer que se había quedado dormido, pero su respuesta, un segundo más tarde, le confirmó que no era así.

—Fuiste muy convincente cuando me dijiste adiós. Incluso me parece recordar que me considerabas una desgracia. Llegué a pensar que me había equivocado, que no me amabas, como yo creía, y que nunca me perdonarías.

—No podía dejar de pensar en lo que dijo Theo —apretó los párpados—. Me duele solo recordarlo. Me duele pensar que tú creíste que yo...

—Estuve en blanco por un tiempo, Sally, pero después te conocí realmente. Gracias a Dios lo hice —se llevó su mano a los labios y besó los nudillos—. Conocí a una hermosa joven, hambrienta de libertad, protectora de sus sentimientos, rebelde e insatisfecha con los privilegios de una vida acomodada, pero, sobre todo, a una mujer extremadamente dulce y entregada, que no cree en el matrimonio, pero sí en el amor.

Sally no entendió por qué aquella declaración le produjo un ligero dolor en las entrañas. «Matrimonio», se dijo en silencio, contemplando aquella palabra que la había aterrorizado en el pasado. ¿Seguía sintiéndose así?

De cualquier manera, era una posibilidad que no existía entre ella y Max. Se amaban, esa era una maravillosa verdad, pero Sally Withfield no podía ser su esposa, no después de la forma cómo la veía Viena ahora.

—Perdóname por haber dado por hecho que te prestarías a eso —continuó—. No debí dejarme llevar por Theo. No es por defenderlo, pero creo que sobreestimó su propio encanto y pensó que podía convencerte de cualquier cosa, incluso de hacer «eso». Supongo que es lo que pasa cuando solo se está

acostumbrado a tratar con mujeres fáciles, cuando se encuentra una que no lo es, se comete el pecado de juzgarla igual que a las demás. Fue una colosal estupidez confundir tu intención de ser independiente con una tendencia al libertinaje.

—No creo que Theo sea una mala persona, también pienso que se equivocó. Ojalá puedan hacer las paces, como hermanos que son.

—Eso será cuando te pida perdón —sentenció—. Aunque, pensándolo bien, si él no hubiera puesto los ojos en ti, creo que yo jamás te habría conocido.

Ella sonrió.

—Habríamos coincidido en algún baile.

—No lo sé —sacudió la cabeza con nostalgia—. No soy asiduo a bailes, a ninguna clase de eventos sociales, para ser sincero. Aquella noche fui al Kursalon porque el embajador y su esposa me invitaron.

Sally le miró con dulzura.

—¿Aprecias tanto al señor embajador que no tienes el valor de rechazar sus invitaciones?

—Lo estimo mucho. Fue mi mentor, junto a mi padre. Sería incapaz de desairarlo.

—Pero pudimos habernos conocido en la ópera.

Él suspiró.

—Puede ser. Hacía tiempo que no iba a la ópera. A mi familia de pronto se le ocurrió que dejarnos ver en público echaría por tierra todas las habladurías acerca de lo que sucedió con lady Carlyle. Solo estaba siguiéndoles la corriente.

—Eres un solitario.

—Ya no.

Giró sobre su cuerpo y volvió a besarla.

—Compré la casa de Neubau.

Sally soltó un respingo de asombro.

—¿Qué? ¿Cómo supiste?

—El día que tuviste esa discusión con el empleado de la inmobiliaria, entré en su despacho y le pregunté por qué habías salido tan alterada. Me habló sobre esa casa y cuánto la querías. Después de lo del *Heuriger*, me decidí a comprártela, porque estaba seguro de que en algún momento estaríamos juntos.

Es tuya, mi amor, como tanto deseabas.

—Oh, Max —sollozó y lo abrazó.

—Habría querido hacerte el amor allí por primera vez, pero no está lista aún.

—Muchas gracias, mi amor.

—En dos semanas terminarán los trabajos y podrás mudarte. Si no te agradan los muebles podrás cambiarlos. Allí vivirás, como tanto lo deseabas.

Su alegría se desvaneció de pronto.

¿Viviría sola? ¿Viviría en la casa de Neubau y él iría a visitarla cuando quisiera acostarse con ella?

«¿Por qué te sorprendes, Sally Withfield? Te quiere como amante y nada más». Le recordó una voz guasona en su cabeza. «Eso es lo que los hombres hacen con sus amantes, las instalan en pequeños palacios de la ciudad, sufragan todos sus gastos y las visitan por las noches, cuando tienen ganas de un revolcón».

—¿Qué sucede, preciosa? —habiendo percibido su desazón, Max le acarició un pezón con el pulgar—. ¿Te preocupa que tu padre sepa lo nuestro? ¿Es eso?

«Si, eso también», tragó saliva.

—Mi padre... si llega a enterarse, me llevará a rastras a Londres y me casará con uno de los hijos de sus socios.

Pensó en el petulante de Geoffrey Blakeley y se le erizó el pellejo.

—No —soltó él con inquietud, incorporándose sobre un codo. Sally le miró a los ojos y, aun en las sombras de la habitación, reconoció en ellos un brillo de temor—. No, no dejarás que eso pase, ¿verdad? Le convencerás de que es una buena idea que vivas sola, porque «estás incómoda en casa de la señorita Weichselbraun y no puedes seguir abusando de su hospitalidad».

«Lo que quiero es estar contigo. No solo ser tu amante».

Ella asintió con la cabeza.

—Me las arreglaré —dijo sin mucha convicción.

—Ya pensaremos en algo.

—De acuerdo, Max. Será como tú digas.

Entonces, él tiró de ella y la sentó a horcajadas sobre él. La abrazó con un ánimo que nunca antes le había demostrado, una mezcla de ansia y aprensión.

—Sally, amor mío, no dejes que nos separen, por favor —le pedía mientras la estrechaba con locura. Sintió de nuevo su extraordinaria dureza, se regodeó en ella mientras olvidaba sus preocupaciones—. Eres mía y yo soy tuyo.

—Sí, nadie va a cambiar eso, Max —jadeó.

De pronto, él la elevó con sus brazos fuertes y, guiando su miembro hacia el centro de su placer, la penetró de nuevo. Los dos jadearon cuando estuvieron nuevamente unidos. Max tomó sus caderas y las manipuló mientras le mostraba cómo moverse sobre él, una lección que Sally aprendió a la perfección.

En los minutos siguientes, se amaron con frenesí hasta acabar exhaustos y saciados.

Capítulo 18

El suave beso que Max le posó en los labios la arrancó de su sueño.

«Sigue durmiendo», le susurró cuando intentó desperezarse y abrir los ojos. Ella obedeció. Por un segundo le pareció que él se había vestido y que la habitación seguía a oscuras, pero se encontraba muy soñolienta como para hacer preguntas. «Volveré en seguida». Su tierna promesa la tranquilizó, así que bostezó, sonrió y se acurrucó en la cama. Aun estaba cansada.

Habían hecho el amor ¿cinco? ¿seis veces? No lo sabía con certeza, pero ¡cómo lo había disfrutado!

Al caer la noche, Max ordenó la cena. Engulleron el delicioso manjar mientras charlaban distendidamente de temas triviales. Después, volvieron a amarse con renovado ímpetu, y luego otra y otra vez. Hubo un momento en el que Sally se asomó inocentemente por las ventanas francesas de la habitación para observar la nieve, que se había vuelto pesada y abundante con el paso de las horas. Estaba desnuda. Max se había acercado desde atrás; le había rodeado la cintura con sus poderosos brazos y besado el cuello, los hombros, la nuca y el cabello. No pasó un minuto antes de sentir de nuevo su extraordinaria dureza presionándole los glúteos y la lengua buscando el lugar exacto donde latía su pulso. Su amante tomó unos cojines, los dejó caer en el suelo y la subió a ellos para elevarla a la altura perfecta. Después de conseguirlo, la penetró con fuerza, sin alejarse de la ventana, y la amó allí mismo, de pie en las sombras de la habitación, con la única privacidad que podía ofrecer el vaho blanquecino de las ventanas. Sally pudo ver el Danubio oscuro como la brea, a los transeúntes que caminaban bajo la tormenta, el tranvía y los carruajes que pasaban por la Ringstrasse mientras una larguísima cadena de estremecimientos la recorría.

Horas más tarde, despertó sola. Miró el reloj dorado sobre la chimenea y no dio crédito a lo que sus ojos veían. Era más de mediodía.

«¿Dónde está Max?», se preguntó inquieta mientras vagaba por la habitación, tratando de rescatar sus piezas de ropa. «¿Por qué no ha vuelto?». Creyó haberle escuchado que estaría fuera solo un momento, y habían pasado muchas horas desde que se despidió. Por un momento se detuvo, recordando el tipo de relación que recién habían comenzado. Eran amantes. Amantes y nada más. Aquello significaba que él no estaba obligado a ofrecerle explicaciones de sus movimientos y ella no tenía derecho de pedir las. Aquel hecho le

produjo una punzada de recelo.

«¿Así serían las cosas de ahora en adelante entonces?», se preguntó desanimada.

Utilizó el llamador ubicado junto a la cama y, un momento después, una doncella vestida con uniforme y cofia blanca cruzó la puerta. Intentando no parecer desesperada, Sally le preguntó por el marqués, pero la muchacha no supo darle respuesta. No había mensajes para ella, ni siquiera una nota.

Entonces empezó a preocuparse.

¿Había ocurrido algo?

Aunque estaba famélica, rechazó el ofrecimiento del desayuno y le pidió a la doncella que le ayudase a vestirse.

Una vez estuvo lista para bajar, se dirigió a la *Diplomatische Suite*. Odió tener que interrumpirlo en su trabajo y ponerse en evidencia delante de sus empleados, pero necesitaba asegurarse de que todo estaba bien. Llamó a la puerta varias veces. Nadie abrió. La rendija inferior de la puerta era una línea oscura que evidenciaba una total oscuridad interior. No había nadie allí.

«Pero si es miércoles...», pensó ella.

Rápidamente se dirigió al vestíbulo. Alguien debía tener una maldita idea de dónde estaba Saint Leger. Preguntó al mismo recepcionista del día anterior, esta vez sin ocultar su preocupación.

—Madame, *milord* salió muy temprano. Es todo lo que sé.

Sally le agradeció, presa de la decepción.

Por suerte, su mirada se topó con la del joven secretario de Max, Finckley, que en ese momento cruzaba las puertas del vestíbulo con paso cansado. Sally llamó su atención y el muchacho se acercó a ella con gesto pesaroso. No pudo evitar notar que una banda negra, como las que los caballeros utilizaban para mostrar su luto, le rodeaba el brazo. Aquello sí que la asustó.

—Buenas tardes, señor Finckley —balbució.

—Buenas tardes, señorita —el mismo joven que ayer le había sonreído con afabilidad, ahora le habló con gesto contrito.

—¿Qué ha sucedido?

—Es el señor embajador. Falleció en la madrugada.

La joven dejó escapar un respingo.

—¡Dios mío! ¡Lord Chancellor!

Por supuesto. Ahora lo entendía todo.

¡Santo cielo! No podía imaginar la tristeza que embargaba a la familia de tan ilustre caballero, y el desconsuelo de Max. El embajador había sido su amigo, su mentor, y había pasado a mejor vida.

—Si lo desea puede venir conmigo a la residencia oficial. Lord Saint Leger está allí, haciéndose cargo de todos los trámites.

—Está bien.

Necesitaba apoyarlo, necesitaba estar a su lado y brindarle consuelo en aquel momento tan triste.

—Bien, señorita. Solo permítame buscar un par de documentos en la oficina y nos marcharemos enseguida.

Un momento después, Sally y Finckley recorrían las heladas y blancas calles de Viena en el carruaje, rumbo a la residencia oficial del embajador, situada en el elegante distrito de Hietzing.

En el camino, y siendo consciente de que Sally pertenecía al entorno íntimo del marqués, el secretario le narró las circunstancias de la muerte del embajador. Le explicó que lord Saint Leger se había puesto al frente de todo el proceso para asegurar que lord Chancellor pudiera ser trasladado a la finca familiar de Sussex para sus últimas exequias, como siempre había sido su deseo. Había pasado la mañana recibiendo a los dignatarios de distintos países, que se acercaban para presentar sus palabras de condolencia a la familia. Como la viuda se hallaba aislada e inconsolable y los hijos estudiaban en Inglaterra, solo el marqués, como amigo personal y miembro de la misión diplomática, podía asumir ese rol.

Llegados a Hietzing, Finckley señaló la suntuosa residencia que servía de hogar a los Chancellor. La manzana completa estaba abarrotada de carruajes, por lo que se les hizo difícil avanzar el último tramo del camino.

Una vez superado el escollo, entraron sin dilación. En el vestíbulo, atestado de arreglos florales mortuorios, se toparon con el otro secretario de Max y que Sally había saludado en la *Diplomatische Suite*. Tras dedicarle una pequeña reverencia a la joven, el caballero intercambió unas palabras con Finckley y recibió un legajo de papeles.

Sally aprovechó la distracción de los jóvenes y buscó a Max con la mirada. No lo veía por ningún lado. Un grupo de hombres muy elegantes, luciendo la

misma franja negra en el brazo, hablaban en voz baja con expresiones serias. Pasó cerca de ellos y descubrió que hablaban en inglés.

—El canciller tendrá que responder por esta elección tan desacertada —decía uno con cara de pocos amigos.

—Tengo entendido que no es una decisión del canciller sino del propio Gladstone —ofreció otro, más comedido—. El primer ministro lo tiene en la más alta estima y por lo visto confía en él. No nos quedará más que aceptarlo.

—Un delfín de Gladstone —gruñó el primero—, lo único que nos faltaba. Y de paso, extranjero. Esto es una burla.

Sin ningún interés en lo que aquellos hombres decían, Sally siguió avanzando por el pasillo, enfocada en mantener la distancia.

No quería molestar a Max, solo demostrarle que había venido por él, para apoyarlo, y luego se iría a casa de la señorita Weichselbraun. Ella también tenía fuegos que apagar y muchas explicaciones que ofrecerle a su anfitriona. Y a Will. Cuando pensaba en eso, su corazón se encogía de miedo y vergüenza. Ambos debían estar preocupados, preguntándose adónde había ido y por qué no había regresado anoche para encontrarse con ellos y tomar el tren a Londres.

¿Qué iba a decirles? ¿Que había pasado la noche en brazos de lord Saint Leger en su suite del Hotel Metropole? Sophie iba a desmayarse, y luego, cuando volviese en sí, iba a echarla de su casa por impúdica. No podía decirle la verdad, debía inventar una excusa. Quizás si le contaba que había ido a un recital con Mallory y Mathieu...

—Señorita Withfield.

Alguien la llamó a sus espaldas, con lo que Sally se volvió, un tanto espantada. Se quedó petrificada cuando reconoció a lady Saint Leger, vestida de tafetán negro, y junto a ella, su hija, la baronesa von Hausner. La sorpresa no habría sido tan desagradable si la señora von Lambort no hubiera estado junto a las damas, como una odiosa sombra.

—Lady Saint Leger —le ofreció una torpe reverencia—. Buenas tardes, señoras.

—No sabía que fuera cercana al embajador Chancellor.

Sally balbució. Se sintió mal por tener que inventar un argumento.

—Es... era... el embajador de mi país.

—Por supuesto —la madre de Max la observó de arriba abajo con

susplicacia. Se maldijo por llevar aquel atuendo, el mismo del día anterior; un vestido de paseo color ciruela con adornos blancos. No había sido consciente de lo desacertado que resultaba su vestuario para un funeral. Ojalá no hubiera entregado el abrigo a la entrada, pensó mientras las mejillas se le inundaban con un indeseable calor—. Y aún así jamás le vi en ninguna de las recepciones de lady Chancellor.

Avergonzada como estaba, Sally se abstuvo de contestar. Miró a ambos lados, tratando de divisar a Max.

—¿Busca a alguien, querida? —quiso saber la baronesa.

—No, no...

Y apenas dijo aquello, Max apareció en lo alto de la gran escalera de mármol, seguido de un par de caballeros. El corazón de Sally dio un vuelco.

Iba vestido de negro. Su semblante entristecido reñía con el severo cansancio, que se evidenciaba en las pequeñas motas violetas bajo los ojos. Sally jamás le había visto tan pálido, y se preguntó si había comido algo. Quería acercarse, abrazarlo, pero era consciente de que no era el momento para eso. Se conformaba con hacerle ver que había venido para apoyarlo.

Al pie de la escalera lo esperaba Elise von Lambort, que lo retuvo un momento, quizá para transmitirle sus condolencias. Sally sintió un brote de celos cuando la joven puso una mano en su antebrazo y lo acarició. Le extrañó y fastidió a partes iguales que se tomase semejantes licencias con él.

—Mi pobre hijo ha de estar devastado. Quería a lord Chancellor como a un padre —aseveró lady Saint Leger—. Disculpen —se marchó en dirección a él, seguida por su hija, que antes de irse le dirigió a la hija del industrial una mirada inextricable.

Sally tembló cuando se quedó a solas con la señora von Lambort, aquella mujer insidiosa que no cesaba en su intento de marginarla.

—Santo cielo —murmuró con desdén—. ¿No podía al menos escoger una indumentaria acorde con las circunstancias? Era de esperarse, tratándose de usted.

—Señora von Lambort, no es el momento ni el lugar para sus reclamos.

—Me sorprende mucho que siga aquí, en Viena. Ya la creía yo lejos, en su tierra.

Ella le miró con extrañeza.

—¿Por qué dice eso?

La mujer se limitó a sonreírle con perversidad.

—Supongo que también ha escuchado las noticias.

—¿Cuáles noticias?

—Lord Saint Leger es el nuevo embajador británico.

—*Oh* —no ocultó su sorpresa. Se volvió para mirarlo mientras charlaba con su madre y hermana—. Un honor muy merecido.

En ese preciso instante, sus miradas se cruzaron. La de Sally estaba llena de preocupación, de ternura y de orgullo. Estaba convencida de que Max haría un trabajo admirable en aquel nuevo desafío, para ello se había preparado toda su vida. La mirada de Max, en cambio, rezumaba desconcierto, pero un segundo después, el hermetismo se apoderó de sus facciones.

Estaba molesto con ella, reconoció con tristeza. Estaba furioso porque se había aparecido vestida inapropiadamente. Su semblante intimidante la disuadió de acercarse pues, no deseaba avergonzarlo. Quizá no debió haber venido.

—Y no es la única novedad —añadió von Lambort sin pasar por alto el intercambio—. Lord Saint Leger y mi hija están por comprometerse. Usted debe haber escuchado algo al respecto durante el baile en Konstantin, todo el mundo lo comentaba. El marqués la ha cortejado por semanas. Estoy segura de que esta nueva responsabilidad en su carrera le dará el empujón necesario para tomar la decisión de pedir su mano, como lady Saint Leger se lo ha aconsejado reiteradamente.

Sally había escuchado aquel discurso con el aire contenido mientras Max le lanzaba duras miradas ocasionales.

Era cierto lo que Theo le había contado. Saint Leger y Elise estaban a punto de comprometerse. La noticia no le habría resultado tan dolorosa si se hubiera enterado el día previo, cuando ellos no habían... Sacudió la cabeza, recordando de pronto que Max y ella eran solo amantes y que su incipiente relación, al menos para él, no debería resultar un obstáculo para contraer matrimonio con alguna dama virtuosa que pudiese llevar con orgullo el título de lady Saint Leger.

«Las amantes solo viven en sus palacios citadinos y esperan a que, por las noches, sus hombres vengan a tomarlas», le susurró una voz en su cabeza, todavía más despectiva y áspera que la de von Lambort. «Para luego marcharse a casa, satisfechos, a dormir con sus esposas».

—Estará de acuerdo conmigo en que mi hija Elise —aprovechando su turbación, von Lambort continuó lanzando veneno— tiene las cualidades necesarias para ser la esposa del flamante embajador británico en Viena, quien es además un lord y un príncipe bávaro. No cualquier mujer podría estar a la altura de semejante papel —se atrevió a esbozar una sonrisa ufana al notar que Sally se hallaba descompuesta—. Tal parece que se le han acabado al marqués los años de correrías; es hora de que siente cabeza, y ojalá muy pronto lo haga su hermano también. Esperemos que una dama digna aparezca en el panorama.

—Claro, señora von Lambort —concedió en un susurro.

Volvió a mirar a Saint Leger, y junto a él divisó a Elise von Lambort. De inmediato se arrepintió de haber ido al Hotel Metropole el día anterior. Debió haber cumplido su palabra y tomar aquel tren. Ella ya no encajaba allí, en medio de esa gente. Nunca había encajado. Max no era suyo y no lo sería nunca.

«No quiero ser su amante».

—Discúlpeme.

—¿Ahora sí me hará caso y dejará la ciudad? —su marcha fue detenida por la pernicioso pregunta de aquella mujer, que le miraba triunfal—. ¿Se ha convencido de que aquí no hay nada para usted?

—Ya obtuvo lo que quería, ¿no es así, señora von Lambort? Ha conseguido comprometer a su hija con un Wittelsbach. Debería dejarme en paz y comenzar a planear la boda de Elise.

—No estaré en paz hasta que usted, con toda su impudicia, haya dejado Viena, Sally —apretó los dientes—. Es sumamente evidente que los gemelos están desquiciados por usted, especialmente el marqués. Lo supe desde aquella noche en la ópera, por la manera cómo la miraba. No permitiré que le haga flaquear, no permitiré que arruine las posibilidades de mi hija.

—Puede quedarse tranquila. Yo no arruinaré nada.

—Estoy segura de que no lo hará; me he asegurado de eso —le sonrió por última vez, de un modo que le erizó los vellos de la nuca.

Sus amenazas, tan llenas de certeza, la horrorizaron, pero no se quedó a seguir escuchándola. Se fue de allí al tiempo que comenzaba a sentir el picor de las lágrimas en los ojos. Sally odiaba llorar, y más aun en público, así que no le daría el gusto de verla en ese estado un minuto más.

Apenas cruzaba el vestíbulo cuando una mano la aferró con fuerza del

antebrazo y la hizo girarse. Entonces se encontró con los ojos furiosos de Max.

—¿Qué demonios haces aquí? —rugió, y Sally se encogió.

—Vine a... —tartamudeó.

«Vine a acompañarte, a apoyarte, a demostrarte cuánto me importas y cuánto te amo». Quería decirle aquello, pero a juzgar por su dura expresión, estaba segura de que sus palabras no iban a ser bien recibidas.

—Ahora mismo estoy en medio de una crisis, por si no lo has notado.

—Siento mucho que el embajador haya...

—Está bien, está bien... —le respondió de mal modo—. Ahora regresa a casa de la señorita Weichselbraun. Te enviaré una nota cuando termine aquí.

Se armó de coraje para protestar.

—Elise von Lambort está aquí. A ella no la echas.

El marqués frunció el ceño y se volvió para echar una rápida mirada al salón.

—No entiendo lo que dices, Sally, y no tengo tiempo para esto. Debo volver.

Ella le miró con furia, se soltó de su agarre, pero de inmediato él volvió a tomarla.

—Ey, preciosa —su tono se suavizó, igual que su mirada—. Lo siento. Es un mal momento para mí. Te enviaré una nota en cuanto pueda. Te lo prometo.

No le respondió. No podía hacerlo sin que se le quebrara la voz. Tan solo asintió con la cabeza, refrenando las lágrimas.

Estaba claro por qué no deseaba que la vieran ahí. Le temía al escándalo, y tenía razón. La reputación de Sally Withfield estaba por los suelos, y aunque era totalmente inmerecida, la acompañaba adonde iba.

«No quiero ser su amante», pensó de nuevo.

Se giró y, tras recuperar su abrigo, dejó la residencia del embajador.

Cuando alcanzó la calle, donde la nieve había sido barrida hacia ambos lados de la calzada, dio cuenta de que no sabía cómo volver a casa. Una brisa fría le estremeció la piel.

Tampoco sabía qué iba a suceder después de aquel día. Jamás podría soportar convertirse en la amante de Max mientras él estuviera casado con Elise von Lambort. Por mucho que le amara, aquello era demasiado para ella. No era esa clase de mujer.

—Sally...

Cuando sus lágrimas comenzaron a manar, Theo apareció.

Iba vestido de negro de pie a cabeza, salvo por la camisa blanca, y sus facciones mostraban la frescura de la que su hermano gemelo había carecido debido a la pena y el cansancio. El lord le observó con preocupación, incluso con ternura, y caminó hasta ella con paso resuelto.

—Sally, ¿qué sucede? ¿Por qué lloras? ¿Es por el embajador?

Allí mismo, frente a la residencia del embajador y en la presencia de lord Theo, Sally soltó todo el llanto que había guardado hasta ahora. Intentó ocultarse de él, pero era imposible, no podía contener más su pena y desencanto. Nervioso por verla en semejante estado, el hermano de Max le entregó un pañuelo e intentó consolarla, pero ella rehuyó a su contacto. No obstante, aceptó su invitación de llevarla a casa.

Un momento después, viajaba en el carruaje de Theo, rumbo a Josefstadt. Repentinamente avergonzada por aquella explosión de emociones y de su estado de vulnerabilidad, Sally se refugió en un persistente silencio.

Él se dedicó a observarla con los ojos entornados, como si quisiera adivinar la razón de su aflicción, ya que no tenía derecho de interrogarla.

—Te ves bien —soltó de pronto con picardía masculina—. Es decir, pese a las lágrimas, tu rostro está... absolutamente radiante, Sally.

La joven apartó la mirada, sabedora de lo que Theo deseaba señalar. Sus mejillas adquirieron el color de la grana. El gemelo de Max sonrió con malicia pues, con aquella actitud remilgada no había hecho más que darle la razón.

—Sally, me disculpo sinceramente por las cosas que dije en la biblioteca la otra noche —sacudió la cabeza con pesar—. No tenía que haber reaccionado de ese modo. Tenía que haber aceptado mi derrota y quedarme callado cuando me botaste. Lo siento muchísimo.

—Theo, por favor —se limpió los rabillos de los ojos con el pañuelo que él le había entregado—. No quiero hablar de eso en este momento.

—Normalmente no me comporto como un necio despechado. Es solo que no lo esperaba. Tenía fe en nosotros y... lo admito. Odié que me rechazaras y odié más que Saint Leger te robara para él, cuando yo te había visto primero. Por eso te conté la verdad sobre lady Carlyle y sobre nuestro pequeño plan contigo. A ver, tienes que saber que lo magnifiqué todo. Nada es tan terrible

como parece. En fin. Espero que algún día puedas perdonarme por ser un maldito cretino.

—Te perdono, Theo.

Lo decía de corazón. No le guardaba rencor.

Sorprendido, él le agradeció y se la quedó mirando largamente.

—¿Por qué estabas llorando?

—No es importante.

—Está bien —suspiró con tristeza—. No tengo derecho a hacerte preguntas. No después de lo que sucedió. Pero, Sally, quiero que sepas que, si Saint Leger te decepciona, ya sabes dónde encontrarme —le guiñó un ojo.

Ella no le contestó.

Llegaron a casa de la señorita Weichselbraun en medio de un silencio pesado. Sally le agradeció por haberla acercado hasta allí, y por fortuna, Theo no hizo más preguntas.

Sally abrió la puerta con desgana, sin caer en la cuenta de que aun no había ideado un argumento para justificar su ausencia por más de veinticuatro horas. Suspiró mientras colgaba el abrigo en la percha, deseando que nadie reparara en que había llegado. En aquel momento solo se le antojaba llegar a su recámara y arrojarle en la cama. Tenía demasiado en qué pensar; también quería llorar.

Entonces Vizsla apareció ladrando y jadeando por el pasillo. La joven maldijo por lo bajo mientras la caniche avanzaba hacia ella, delatando su llegada. Se puso en cuclillas para acariciarla y susurrarle, confiando en que aquellas atenciones le harían callar al instante. La tomó en sus brazos y le rogó que cerrara el hocico, al tiempo que unos pasos rápidos y furiosos, resonaban a lo largo del pasillo.

¡Maldita sea!

—¿Puedes explicarme dónde demonios has estado y con quién?

Sally estuvo cerca de soltar a Vizsla. El corazón se le detuvo por un momento y luego comenzó a galopar con una emoción más elevada que el pánico.

«No. No. No, no, no...» Bramaba en silencio mientras apretaba los párpados y se abrazaba a la caniche, que había empezado a gemir, habiendo percibido su temor. «No puede ser, no puede ser».

Se giró muy lentamente, abriendo los ojos, y divisó con horror al hombre alto e imponente que le había hablado. Éste le lanzaba la mirada más despiadada que podía recordar.

—Estoy esperando a que respondas, Sarah.

—Papá... ¿qué haces en Viena?

—¡No te hagas la tonta! —fue hasta ella dando tres largos pasos y la sujetó del brazo sin ninguna delicadeza—. ¡Responde ahora mismo! ¿Dónde has estado y con quién? ¿Cómo puedes ser tan jodidamente irresponsable? ¿Para esto querías venir a Viena, para andar a tus anchas y comportarte como una fresca?

A pesar de las marcadas arrugas que le circundaban los ojos, Thomas Withfield aun era un hombre joven. Corpulento y poseedor de una energía inagotable, el padre de Sally tenía la apostura del más resuelto de los nobles, y había quien se asombraba, e incluso se ofendía con la forma tan natural y serena cómo este se manejaba entre los pares del reino. Aquel ímpetu y dominio de sí mismo, comparable al de un hombre nacido para gobernar, le había granjeado respetos en su juventud, le había ayudado escalar posiciones con rapidez. Con los años, el señor Withfield se había convertido en un tiburón de los negocios, en un poderoso industrial, temido y admirado a partes iguales. El propietario de Withfield's Continental Railways, también había sido un padre exigente y a veces rígido con sus cinco vástagos. Pero Sally, por ser la más pequeña, había sido su debilidad. La inexistente presión de un compromiso matrimonial y aquella larga temporada en Viena, habían sido concesiones impensables para otras jóvenes de su posición, pero que el señor Withfield había otorgado solo porque su hija se había encargado de endulzarlo.

Por esta razón, la joven se asustó tanto cuando le vio avanzando hacia ella con aquella actitud belicosa. No lo reconocía.

Fue entonces cuando comprendió que, aquel padre que había accedido sin chistar a todas sus peticiones, había desaparecido, dejando en su lugar a un hombre severo, dispuesto a ponerla en su lugar.

—Papá, me estás haciendo daño —se quejó cuando el dolor en el brazo la superó.

—¿Estabas con un hombre? —atacó el señor Withfield, y ella abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Acaso estás... mancillada?

Vizsla saltó de sus brazos y corrió lejos.

El mentón de Sally tembló cuando las lágrimas amenazaron con reaparecer. Miró detrás de su padre y reconoció los semblantes acongojados de Sophie, el señor Barna, Will, Bastian Müller y Pola. Santo cielo, incluso estaba el señor Quinton, el secretario del señor Withfield, y dos hombres más que, supuso, eran policías. Vaya revuelo el que había armado con su aventura, pensó con angustia.

En medio de su desconsuelo, se atrevió a preguntarse cómo había sucedido todo aquello. ¿Cómo es que su padre estaba en Viena? ¿Cómo había llegado tan pronto? No tenía ningún sentido. No podía haber resuelto llegar tan rápido a la ciudad, aunque le hubieran comunicado su desaparición la noche anterior.

Y fue así como recordó el rostro ufano y ladino de la señora von Lambort. Por eso había estado tan confiada en que Sally no sería un obstáculo entre su hija y Max. De seguro le había escrito a su padre, diciéndole sabía Dios qué clase de barbaridades.

La única respuesta de Sally fue un llanto contumaz. Bajó la cabeza y decidió que aceptaría las consecuencias de su insolencia.

—¿Cómo pudiste, muchacha estúpida...!

Sin recordar que tenían público, el airado señor Withfield levantó una mano sobre su hija, suscitando un coro de respingos. Lo siguiente que la joven sintió fue el violento impacto de una bofetada, pero ésta pareció doler más a Will, a Pola y a Sophie, que miraban el intercambio afligidos e impotentes.

Sally ni siquiera hizo intento de aliviar el ramalazo de dolor. Se quedó estática, pensando en Max y en lo breve que había sido su sueño con él.

—¡Se acabó Viena, Sarah! —sentenció su padre—. ¡Se acabó este disparate! Nos vamos esta misma noche a Inglaterra. Despídete de tus amigos, porque no los verás nunca más.

Saint Leger llegó al Hotel Metropole después de la medianoche. Tras cumplir con todos los protocolos necesarios para el traslado del cuerpo de lord Chancellor a Londres y atender a los dignatarios que acudieron a la residencia oficial para solidarizarse con la familia, el canciller había pedido una reunión para discutir lo concerniente a su acreditación como nuevo embajador. No estaba de ánimos, y claramente le parecía una maniobra irrespetuosa y extemporánea, pero entendía la urgencia de Henderson, así que accedió.

Por varias horas tuvo que enfrentar rostros ceñudos, que le miraban con reproche y desconfianza. Aunque lord Saint Leger era el hijo de un marqués, nacido en Londres y educado en institutos y universidades británicas, muchos de los miembros de la misión diplomática siempre lo habían visto como un foráneo que no representaba los intereses de Inglaterra en suelo extranjero. Ellos siempre habían visto su lado bávaro por encima de todo. Ciertamente, no hubiera esperado que el primer ministro le comunicara con tanta premura su nombramiento. Maxwell era consciente de que aquel había sido un asunto discutido y decidido con antelación, y que el mismo lord Chancellor, sabedor de su destino, había abogado porque la responsabilidad de la embajada cayera sobre él. Compuso una sonrisa triste mientras imaginaba las cartas que éste había enviado a Su Majestad y al primer ministro, ensalzándolo y vendiéndolo como un digno sucesor.

La sonrisa pronto se convirtió en una mueca amarga y desolada. Vaya que iba a extrañar a ese viejo cascarrabias.

Después de un día agotador y cargado de emociones, se encontraba allí, de nuevo en su refugio. Sentado sobre la cama limpia y tendida, acarició el suave edredón, recordando la tersura de la piel de Sally. Cerró los ojos y la imaginó allí, ofreciéndole el consuelo que tanto precisaba. Quería descansar en su regazo, escuchar su voz, sentir su calor envolviéndolo y sus manos tocándolo. Quería derrumbarse en sus brazos, no temer a mostrarse vulnerable, y después quería hacerle el amor. Evocó el goce sensual que habían compartido recién, su tierna entrega y la forma cómo su cuerpo se amoldaba al suyo, como si estuviera hecha para él.

Buen Dios. La necesitaba, pero no podía tenerla bajo las condiciones a las que estaba acostumbrado. Sally no era una amante a la que podía mandar a buscar cuando tuviera ganas, como había hecho con tantas mujeres en el pasado. Ella era... mucho más. Era todo lo que deseaba. No pretendía solo acostarse con ella; quería su presencia permanente, que su rostro fuera lo primero que viera en las mañanas y lo último al acostarse. Esa necesidad le asustaba y asombraba a partes iguales. Jamás había sentido algo semejante por ninguna mujer.

Cuando le vio en la residencia del embajador, bajo la mirada de aquella manada de hienas que no hacían sino murmurar en contra de él, sintió que perdía los papeles. Si aquella gente llegaba a adivinar la naturaleza de su relación con Sally no perderían ocasión en involucrarla en sus intrigas, en

desprestigiarla y sojuzgarla, y ella ya había tenido suficiente de eso. Por meses había lidiado con los chismes y la infamia, y él no le pondría más peso en los hombros.

Sally...

Se dejó caer sobre la cama mientras meditaba sobre aquella relación.

Era una gigantesca ironía que la primera y única mujer a la que había deseado como esposa no tuviera el más mínimo interés en casarse. Sally sobrevaloraba la libertad, la confundía con seguridad, y por eso la había convertido en un escudo protector. Sus ideas sobre el matrimonio, derivadas del miedo y la desconfianza, habían gobernado su vida y decretado su futuro. Imaginaba la clase de pretendientes que se había acercado a ella en toda su vida; petimetres lisonjeros, avaros y vividores, atraídos por la fortuna de su padre. No dudaba que muchos de ellos hubieran tenido nobles intenciones, pero la saña de sus predecesores y el recelo natural de la muchacha, habían terminado cortándoles las alas.

Recordó la conversación que habían sostenido en el *Heuriger* aquella noche en la que ambos habían bebido más de la cuenta.

«¿Y si no soy una buena esposa? ¿Y si no soy una buena madre? ¿Y si no soy feliz con lo que tengo y hago infelices a quienes me rodean?».

¡Tonterías!

Max tenía fe en ella. Estaba seguro de que serían felices, de que se amarían sin pensar excesivamente en el futuro, pero aun sabiéndolo se negaba a tocar el tema del matrimonio con ella. Temía asustarla, ahuyentarla. Sally no estaba lista para escuchar una propuesta y él no estaba listo para ser rechazado. También era orgulloso y la idea de perderla le perturbaba.

Quizá en un par de años, cuando se hubieran conocido mejor, cuando estuvieran más compenetrados y Sally pudiera convencerse de su absoluta devoción por ella, podría hacerle la pregunta sin arriesgar su corazón.

De momento, caviló mientras comenzaba a sacarse la ropa con desgano, solo les quedaba disfrutar y proteger lo que tenían.

No había nada más a qué aferrarse.

Max no entendía por qué el chico de los recados tardaba tanto en regresar. Hacía dos horas le había encomendado acudir a casa de la señorita Weichselbraun en Josefstadt y entregar a Sally la nota que había escrito para

ella.

¿Era tan difícil cumplir una maldita orden?, pensó irritado mientras veía la puerta de su despacho por enésima vez. Su tardanza le impedía concentrarse. Su instinto le decía que algo no andaba bien. Aun así, se conminó a alejar todo mal pensamiento de su cabeza y a seguir trabajando.

Mientras seguía ahogado de pendientes, esperaba la hora de su reunión con el cónsul. Apenas había tenido tiempo para alimentarse ese día. La lista de tareas crecía sin darle ocasión de lamentarse por la muerte de lord Chancellor o meditar la clase de responsabilidades que ahora se le venían encima. Observó la carta que intentaba escribir a Gladstone y se obligó a volcar su atención en ella, pero una parte de sí le insistía en que buscara él mismo a Sally, que fuera a la casa de su anfitriona y pidiera hablar con ella.

Finckley entró en ese momento en el despacho. El marqués le observó con ojos brotados, con la esperanza de que trajera consigo las noticias que tanto esperaba.

—¿Y bien? —inquirió con rudeza.

—Noel no ha vuelto, milord.

Verdammt!

—Tiene una visita —continuó el secretario.

—¿Quién es?

—El señor Willard Fitzroy.

Max se puso de pie enseguida.

¿Qué hacía ahí el amigo de Sally?

—Hazlo pasar.

Finckley asintió y se marchó con la orden. Unos segundos después, el joven rubio y elegante cruzó la puerta del despacho con un semblante oscurecido. Max reconoció en él un aura de desconsuelo y rabia que lo alertó.

—Señor Fitzroy.

—Milord.

—¿Qué sucede? —quiso saber, conteniendo a duras penas su preocupación—. ¿Le ha ocurrido algo a Sally?

—No quisiera molestarlo —masculló el muchacho con su inconfundible acento americano, cargado de sarcasmo—. Imagino que está ocupado con sus asuntos.

Max frunció el ceño, irritado por el tono.

—No me molesta.

Éste se le quedó mirando con dureza.

—¿Dónde demonios ha estado usted? ¿Por qué la ha dejado sola?

Max apretó la mandíbula y fue hasta él dando largas zancadas. ¿Por qué no hablaba de una vez, maldita sea? Estaba siendo condescendiente con aquel mocoso insolente solo porque era amigo de Sally y era consciente de cuánto lo quería ella.

—¿Le ha pasado algo a Sally?

—¿Su padre vino a buscarla! —dijo a fin, y Max sintió que el suelo se movía bajo sus pies—. Ayer por la noche se la llevó a Londres, a la fuerza. Cuando la vio llegar a casa después de haber pasado la noche fuera con usted, se puso como un energúmeno. Le ha preguntado si ha sido mancillada y ella no lo ha negado.

—Dios mío —jadeó llevándose la palma de la mano a la frente.

Su más grande temor se hacía realidad.

—Usted tenía que haber cruzado esa puerta con ella, Saint Leger. Tenía que haber estado a su lado y asumir su responsabilidad, como un hombre. Cuando el señor Withfield le preguntó quién había sido el caballero que la había desvirgado, ella se quedó callada para protegerle a usted. No dijo una palabra, aunque él la presionó hasta el cansancio.

Cada pieza de información que Fitzroy soltaba constituía para Max un puñetazo en el abdomen.

Su adorada Sally, descubierta por su padre.

¿Por qué había evitado decir su nombre? ¿Por qué no le había dicho al señor Withfield que había sido él quien la había seducido? ¿Acaso quería evitar que el padre la obligara a casarse con él?

—Al final se la ha llevado —continuó el muchacho. Max notaba que Will también estaba devastado— no sin antes asegurarle que la aislaría. Dios sabe qué clase de castigo le impondrá.

—Yo no la llevé a casa. Estaba ocupándome de una crisis en la embajada —susurró mientras caminaba por la habitación, no a modo de excusa, sino como un recordatorio para sí mismo—. El embajador falleció.

—Si hubiera estado a su lado habría visto cómo su padre la abofeteaba

frente a media docena de personas.

Se giró con violencia, con los puños apretados a cada lado de su cuerpo.

—¿Ese miserable se ha atrevido a golpearla?

—Es su padre —repuso el americano con resignación.

—¡Espere! —bramó Saint Leger, sacudiendo la cabeza—. ¿Withfield vino a buscarla para llevársela a Londres... porque se enteró de que estaba conmigo? ¿Cómo pudo haberse enterado y viajado tan rápido? ¡No tiene sentido!

—El padre de Sally no sabía que ella tenía planeado regresar a Londres. Llegó a Viena de improviso y nos encontró en casa de Sophie, preocupados por ella. Se suponía que el martes en la noche la acompañaríamos a la estación y ella no apareció porque estaba con usted. Withfield preguntó por su hija y no supimos qué decirle. Estaba fuera de sí. Alguien le había escrito una semana antes contándole de su «comportamiento indecoroso en sociedad». Yo creo que fue la señora von Lambort, esa bruja roñosa que siempre la ha amenazado.

Max jadeó de rabia.

—Maldita sea, Fitzroy. Debe decirme dónde está la residencia de los Withfield.

—Cuenta con eso.

—Debo ir a buscarla. Debo hacer lo correcto.

«Debo pedir su mano», pensó con temor, porque no estaba seguro si ella prefería el descrédito antes que el matrimonio.

No tenía opción. Debía averiguarlo.

Capítulo 19

Aquella misma noche viajaría a Londres; ya estaba decidido. Pero antes de su marcha debía poner ciertas cosas en orden, y ello implicaba preparar una propuesta matrimonial en toda la regla.

Los asuntos de trabajo recayeron en Finckley y Durham, sus competentes secretarios, que estaban más que capacitados para encarar los pendientes en los días que él estaría fuera de Viena. Saint Leger esperaba que cinco o seis días bastaran para llegar a Londres, proponer matrimonio a Sally, que ella aceptase, y lograr la venia de su padre, pero si hacía falta, se quedaría el tiempo necesario hasta conseguir la mano de su amada. Que Dios le ayudara en aquella aventurada empresa.

Llegó a Konstantin y se fue directo hacia la bóveda donde la familia conservaba sus ancestrales piezas de joyería. Aunque la colección de los Wittelsbach era deslumbrante, terminó seleccionando una pieza que simbolizaba más su lado inglés; una sortija de platino con once diamantes engastados, un solitario central de tres quilates y cinco piedras más en cada lateral. La alianza había pertenecido a su abuela paterna, la décimo tercera lady Saint Leger, una dama nacida en Leeds, en el seno de una pujante familia de industriales del acero.

Satisfecho con su elección, le pidió al mayordomo que se encargara de pulir la sortija de compromiso lo mejor que pudiera, dadas las prisas. El hombre elevó las cejas con asombro ante la inusual petición, pero casi de inmediato recobró la flema profesional y, dedicando unas palabras de felicitación, se marchó para cumplir con la orden.

Tras recibir la sortija pulida y lista para deslizarse en el dedo anular de Sally, Saint Leger se dispuso a dejar la mansión.

Cuando avanzaba por el vestíbulo, Theo cruzó las puertas principales. Sus miradas se encontraron. Mientras la de Max era una amalgama de rabia y resentimiento, la de su hermano reflejaba serenidad. No habían hablado desde el encuentro en la biblioteca, aquella noche en la que estuvo a punto de soltarle un puñetazo para hacerle callar. En la residencia del embajador apenas se habían dirigido la palabra; Theo le había transmitido sus condolencias y él se había limitado a mirarlo con inquina.

¿Cómo olvidar que había sido él quien le había contado a Sally, del modo

más cruel y maligno, su vergonzoso pasado con lady Carlyle? Gracias a la saña de su hermano, había tenido que enfrentar el rechazo y desprecio de la mujer que amaba con locura y había estado a punto de perderla.

—Maxwell.

—Theo.

Sus saludos habían estado llenos de frialdad, lo mismo que sus miradas.

—¿Cómo has estado? ¿Cómo está ella?

El marqués sesgó los labios, incrédulo.

—¿En serio? ¿Te importa nuestro bienestar después de que casi destruyes lo que tenemos con tu ataque de sinceridad?

—Yo no he destruido nada —murmuró—. Hasta donde tengo entendido, son mis esperanzas las que han acabado en el suelo mientras ustedes dos están juntos y felices. Yo he sido quien ha terminado echado a un lado —luego repuso con más calma de la que podía esperarse—. Nunca en la vida pensé que fueras capaz de arrebatarme a una mujer, Saint Leger. Creí que esa era una especie de norma de cortesía no escrita entre hermanos, pero ya veo que eso no significa nada para ti.

—Theo, ella jamás fue tuya. Tienes que reconocerlo.

—Yo habría conseguido que lo fuera si no me hubieras negado la oportunidad.

—No habrías conseguido nada porque ella no es el tipo de mujer a la que puedes utilizar y después desechar. Malinterpretaste su carácter, la creíste fácil y disipada, y no es para nada así. Has estado ciego respecto a ella. Ya veo que ni siquiera te dedicaste a conocerla.

—¿Y tú sí? Dime cómo es ella, según tú.

—Si no te propusiste averiguarlo por ti mismo no voy a ser yo quien te lo diga —su gemelo apretó los labios, malhumorado—. Acéptalo, Theo. Ella está conmigo ahora. Me eligió a mí.

—Ser la amante del descocado lord Theo es una infamia, pero ser la amante de lord Saint Leger, el nuevo embajador británico, sí que es una hazaña, ¿verdad? —bramó resentido.

—No se trata de eso —repuso con mesura, sintiendo la necesidad de ser sincero con su hermano y hacerle entender que Sally no era un trofeo que ganar—. Siento que hayamos tenido que pasar por esto. Ciertamente es una situación que hubiera querido evitar, pero no pude. No creo que nadie en mi

lugar habría podido evitar esto. La amo, Theo —su gemelo elevó las cejas con el mismo asombro que había mostrado el mayordomo cuando le encargó pulir la sortija de compromiso—. Así es, la amo y ella me ama a mí. Sally es todo para mí. Lo que siento por ella no lo había experimentado por ninguna otra mujer en toda mi vida.

—Esas son palabras mayores.

—No habría permitido este quiebre entre nosotros si ella fuera menos importante para mí. Ahora espero que lo entiendas o que al menos respetes ese hecho —apretó el estuche de la sortija que guardaba en el bolsillo derecho de su gabán—. Tengo que recuperarla, Theo. Tengo que ir por ella a Londres.

Su hermano frunció el ceño con curiosidad. De pronto, su actitud había sufrido un cambio drástico.

—¿A Londres?

—Fitzroy fue a verme hoy. Algún malintencionado le escribió al señor Withfield para ponerlo al corriente de todas las habladurías que se han suscitado en torno a ella desde que puso un pie en la ciudad. Cuando su padre vino a buscarla se encontró con que había pasado la noche fuera de la casa de su anfitriona y dio por hecho que había sido deshonrada. Sally no dijo mi nombre, aun no sé por qué —dijo con pesar—. Fitzroy está convencido de que fue von Lambort.

—¿Y quién más? ¡Maldita serpiente del demonio!

—Withfield se la llevó y estoy aterrado de lo que pueda sucederle.

—Pero ¿qué podría pasarle? Está con su familia.

—¿Podrían obligarla a casarse con otro hombre!

Su hermano ladeó la cabeza, meditabundo.

—Es posible. A menos que tú...

Max asintió resueltamente.

—Voy a adelantarme a cualquiera. Voy a pedir la mano de Sally.

El rostro de su gemelo se desencajó.

Naturalmente, Theo creía que aquello era un error. Quizá él también pensaba que Sally lo desdeñaría, que prefería someterse al castigo de su padre, a la ignominia y quizá al exilio antes de convertirse en su esposa. No le importaba; tenía que intentarlo.

—Iré contigo a Londres —soltó de pronto.

Saint Leger sacudió la cabeza con vehemencia.

—¿Qué diablos...? ¿Para qué? ¡No necesito que estés ahí viéndome arrodillado o siendo apuntado con una pistola por el padre de Sally!

—Hermano, ¡me necesitas! —exclamó—. Estaré ahí para apoyarte.

—Esto no es un juego, Theo —gruñó—. Estoy diciéndote que voy a pedir la mano de una mujer, que es posible que su padre me reciba con un tiro y la peor de todas las posibilidades: que ella me rechace.

Su gemelo hizo un silencio y suspiró.

—Sí, es posible que te rechace.

—Y quieres estar ahí para verlo —lo acusó.

—¡No! Quiero estar ahí para ayudarte a lidiar con su familia —Saint Leger chasqueó la lengua—. Estás desesperado y ese *gentry* te comerá vivo. No queremos que tu futuro suegro te desplume antes de tiempo, ¿verdad? —le palmeó el hombro—. ¿A qué hora sale el tren?

—A las nueve.

—Nos veremos allá. Tengo que empacar...

Theo se interrumpió cuando el sonido de unos pasos ligeros se dejó escuchar sobre los suelos de mármol. Lady Saint Leger no ocultó su sorpresa al descubrir a sus dos hijos cuchicheando en el vestíbulo. Ni siquiera siendo unos niños habían mostrado semejante grado de camaradería, por lo que cualquier intercambio informal entre ellos resultaba extraño, incluso para su progenitora.

—Hijos, no sabía que estaban aquí —sonrió, achicando los ojos con una mezcla de diversión y curiosidad—. ¿Ocurre algo?

Junto a la marquesa se encontraban la señora von Lambort y su hija Elise, que les saludaron con sendas sonrisas y movimientos de cabeza.

Hastiado, Saint Leger se preguntó desde cuándo aquellas dos mujeres se habían convertido en asiduas visitantes de Konstantin y en amigas de su madre. Cuando recordó las sospechas de Fitzroy, atravesó a la mujer mayor con la mirada. Si aquella arpía cizañera había sido la culpable de que el padre de Sally la humillara y se la llevara de Viena, iba a prohibirle la entrada a Konstantin de por vida. Más que eso, ya vería cómo desquitarse de esa pedante.

—Nada, madre —respondió Theo—. Maxwell y yo nos vamos de viaje.

Los ojos de lady Saint Leger se agrandaron producto de la sorpresa.

—¿De... viaje? ¿Se puede saber adónde?

—A Londres —ofreció su chismoso hermano—. Un asunto muy importante nos requiere allá, ¿verdad, Max?

El semblante de la señora von Lambort se ensombreció; Elise dejó caer la cabeza y juntó las manos al frente con nerviosismo, como si temiera una represalia en cualquier momento. Aquella fue la confirmación que necesitaba para darse cuenta de que la viuda von Lambort y su hija habían perpetrado el plan para desterrar a Sally de Viena. Maxwell apretó los puños hasta que los nudillos le crujieron.

—Efectivamente —habló con la mandíbula apretada—. Estaremos fuera cinco días, o quizás un poco más, si la situación lo amerita.

—Espero que no haya ningún problema —soltó un tanto ansiosa.

Saint Leger escudriñó el rostro de su madre, preguntándose si también ella había participado en aquella vileza, pero casi al instante estuvo seguro de que lady Saint Leger ignoraba lo que habían hecho aquellas dos hienas de las que se había rodeado. Su madre no era de ese estilo ruin y subrepticio, amén de que sus ojos siempre tendían a delatar su estado de ánimo, y en aquel instante el temor que revelaban tenía más que ver con el escándalo de lady Carlyle.

—Quédate tranquila, madre —farfulló Theo con una sonrisa sarcástica—. No vamos a limpiar ningún estropicio.

—Una persona que significa mucho para mí está en problemas y debo ir a ayudarle —dijo Max fulminando con la mirada a von Lambort. La mujer apartó la vista y pareció encogerse en un porcentaje de su estatura—. Un ser despreciable, rastrero, sin corazón ni escrúpulos, le ha hecho un terrible daño.

—¡Oh, santo cielo! —lady Saint Leger repasó con preocupación los rostros de los gemelos—. Espero que sean de ayuda. Y esa persona que le ha hecho daño a tu amigo, espero que reciba su castigo.

—Así será, madre —convino el marqués con deje despiadado—. Me encargaré de que muy pronto pague por lo que ha hecho y de la peor manera.

Entonces Theo soltó una risita maléfica.

—Ya sabes que Max no juega con estas cosas. Cuando quiere ser malvado es peor que... ¡Caray, señora von Lambort! ¡Se ha puesto pálida! ¿Está usted bien?

Las cuatro miradas recayeron sobre la mujer que, en efecto, había perdido

el color. Elise mantenía la cabeza gacha y curiosamente había desarrollado un inusual interés en el encaje de las mangas de su vestido, mientras que su madre parecía al borde del desmayo.

—No es nada —balbució—. Estoy bien... estoy bien.

Maxwell contempló a la mujer con desprecio, una emoción que no tardó en tornarse en lástima. Podía acusarla e intimidarla allí mismo, podía pedirle que se marchara de Konstantin, pero era patente que ya había recibido una buena dosis de humillación y, si era lista, como estaba seguro de que lo era, se cuidaría de volver a aparecerse por allí y de volver a acercarse a la familia.

Podía darse por satisfecho.

—Bien. Tengo cosas que hacer antes de ir a la estación, madre —zanjó. Puso un beso en su mejilla—. Te veo cuando regrese —se dirigió a las dos visitantes; ninguna le devolvió la mirada—. Buenas tardes.

—Que tengan buen viaje, mis queridos.

Repentinamente, el marqués detuvo su caminar hacia la puerta y se volvió con actitud pendenciera.

—¡Ah, me olvidaba! —graznó—. He decidido hacerte caso respecto a ese asunto del matrimonio. Tienes razón, madre. No puedo imaginar un momento más adecuado para tomar una esposa.

Lady Saint Leger se paralizó y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Aunque las otras dos mujeres estaban pálidas y desmoralizadas, sus miradas volaron hacia el marqués, el soltero más inalcanzable de Viena, atentas al anuncio que habría de romper en mil pedazos las ilusiones de cada muchacha casadera y cada madre en el imperio.

—¿Y... bien? ¿Quién es la afortunada?

Max sonrió.

—La señorita Sarah Elizabeth Withfield.

Las tres emitieron respingos de rudo asombro. Las von Lambort se miraron entre sí, como si necesitasen compartir su indignación, mientras que la madre de Max se había quedado atrapada en su estupor.

Cuando Max enfiló el camino hacia la puerta, las damas centraron sus miradas en Theo, dispuestas a pedirle las explicaciones que el marqués no iba a darles, pero éste levantó las manos en señal de pícaro inocencia antes de seguir a su hermano.

El tren traqueteaba y se zarandeaba mientras emprendía su largo viaje a Londres. Saint Leger suspiró con desesperación al recordar el hecho de que el trayecto hasta la capital británica era de treinta y siete horas vía Linz, Nasau, Ratisbona, Nuremberg, Wurzburg, Darmstradt, Mayence, Colonia, Bruselas y Calais. En aquel último destino tendrían que embarcarse en un vapor para llegar a Dover y después tomar otra línea ferroviaria.

Las comodidades de su vagón privado, dotado de confortables camas y asientos tapizados en terciopelo dorado, le parecían poca cosa ahora mismo. Habría pagado lo que fuera con tal de ir más rápido y alcanzar a los Withfield, que le llevaban un día de ventaja. Observó el pomposo emblema dorado troquelado en las puertas del compartimiento: «Withfield's Continental Railways». Se preguntó qué clase de hombre sería el padre de Sally. ¿Un esnob, tal vez? ¿Uno de esos burgueses que deliraban ante la idea de casar a sus hijas con aristócratas? ¿O quizá era de esa clase de hombres que prestaban poca atención a esos asuntos?

Luego de cerrar las cortinas, que le mostraban un paisaje nocturno sumido en la más absoluta negrura, echó un vistazo a su hermano, que se había instalado en una de las butacas y, con gesto despreocupado, mordía una manzana tomada de la cesta de cortesía. Envidiaba su serenidad. Desde luego, no era su jodido corazón el que estaba en juego. Max se preguntó si había sido una mala idea dejarle acompañarlo a Londres.

¿Cuándo había sido Theo un buen consejero? ¿Cuándo le había apoyado para resolver algún conflicto personal? ¿Cuándo había recurrido a él para salir de un escollo? Jamás. ¿Por qué ahora le dejaba hacerlo, entonces?

Hacía unas horas, su hermano gemelo le reprochó que le hubiera «arrebatao» a Sally ¿y ahora se suponía que iba a ayudarlo a recuperarla? Era casi imposible no sentir cierta reserva, incluso desconfianza. Había llegado a creer que Theo solo quería divertirse viendo cómo ella lo rechazaba y su padre lo humillaba.

¿Sería su hermano tan vil como para disfrutar de su fracaso?

—Von Lambort debe de estar revolcándose en su hiel —masculló divertido tras tragar un bocado—. Lo único que me preocupa de que hayas desdeñado a su hija es que ahora quiera endilgármela a mí.

—Si sabe lo que le conviene, esa mujer va a desaparecer de Konstantin —dijo, arrellanándose en el asiento—. Madre tendrá que buscarse nuevas amigas.

—Oh, sí, madre —repitió el otro con una mueca—. La cara que ha puesto al saber que te casarás con Sally... *Oh, mein Gott!* La pobre parecía a punto de sufrir una apoplejía. Quizá se haya desmayado cuando salimos. Hasta donde sé, la señorita Withfield no es santa de su devoción.

Max se presionó los párpados cerrados con el dedo índice y el pulgar.

—Eso es porque no la conoce. Y si aun conociéndola le desagrada, entonces tendrá que aceptarla de todos modos.

—¿Y qué harás si Sally no está dispuesta a casarse contigo?

—La convenceré.

—Su padre te ayudará, naturalmente. Al señor Withfield le encantará tener como yerno a un marqués con sangre real europea. Eso le dará un poco de lustre a su nombre *gentry*. Además, su hija está en una posición que no le permite ponerse muy exigente. Necesitará casarla pronto y tú le resolverás el problema.

Saint Leger le miró con sarcasmo.

—No quiero que Sally o su familia acepten el compromiso por obligación o porque soy un Wittelsbach. Es lo peor que podría pasarme, ¿no te das cuenta?

—Claro, claro —murmuró, pero en el fondo, Max estaba convencido de que las razones genuinas le valían poco, o quizá simplemente no las comprendía.

En aquel momento, Saint Leger sintió una profunda pena por su hermano, que a todas luces nunca había sentido algo real y significativo por una mujer.

¿Lo sentiría algún día?

—¿Por qué estás aquí, Theo? ¿Por qué quieres ayudarme? —elevó una ceja inquisidora y la suspicacia se apoderó de él—. ¿En verdad es eso lo que quieres...? ¿Ayudarme?

El aludido hizo un largo silencio y dejó la manzana sobre una mesilla. Su gesto despreocupado empezó a desmoronarse bajo el peso de una calmada seriedad.

—No tenía idea de que ella fuera importante para ti —confesó—. No sé cómo ni cuándo pasó, pero es obvio que la quieres de una forma a la que yo nunca podré ni acercarme, por mucho que me atraiga. Si tú la amas, si quieres hacerla tu esposa, yo respetaré eso. Me echaré a un lado y me comportaré como un padrino ejemplar —Max arrugó el ceño, colmado de asombro. No recordaba haberle pedido que fuera su padrino de bodas—. No soy la sabandija inmunda que crees, Maxwell.

—No he dicho que seas tal cosa.

—Pero lo piensas —le apuntó con el dedo, riendo insolente—. Eres mi hermano, y aunque debería odiarte, deseo lo mejor para ti —sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que acababa de decir—. Esa es la verdad.

Max también estaba sorprendido. Theo jamás le había dicho nada similar. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Por qué deberías odiarme? ¿Porque Sally me escogió a mí y no a ti?

—No estás ni cerca —repuso con un brillo misterioso en las pupilas y después se concentró en un punto en el vacío—. Cuando éramos niños, pasabas demasiado tiempo con nuestro padre en la biblioteca. No podía entender qué de bueno había en esos estúpidos libros y en esas conversaciones tan absurdamente aburridas que a veces escuchaba con la oreja pegada a la puerta. Entiendo que eras su favorito...

—Theo, yo no era su favorito —negó con vehemencia—. Papá estaba cumpliendo su deber ancestral conmigo, estaba educándome para estar a la altura de mis responsabilidades futuras. No creí que eso te molestara. Daba por hecho que eras feliz dedicando tu tiempo a montar y a pescar con tus amigos.

—En cierta forma, sí lo era. Era feliz siendo libre; era feliz de saber que cuando fuera mayor no tendría que dedicarme a dirigir un marquesado, o un reino como nuestros primos. Pero necesitaba a mi hermano —Max no daba crédito a lo que escuchaba. Estaba demasiado perplejo para hablar, así que continuó escuchándolo, paralizado—. No estaba celoso de ti, idiota, estaba celoso de nuestro padre, por retenerte en su mundo de adultos, por alejarte de mí, y después estuve celoso de tus libros y tus tontas piezas de arte. Necesitaba a mi hermano —repitió calmadamente, y el marqués sintió que algo dentro de él se rompía—. De niño creía que debíamos ser los mejores amigos, que éramos invencibles juntos, que éramos las dos partes de un todo y eso nos hacía más fuertes que los demás. ¡Somos gemelos, por el amor de Dios! —rio con tristeza—. Tendríamos que habernos divertido en grande gastando bromas pesadas a la gente, haciéndonos pasar por el otro, ir al mismo instituto y que nuestros compañeros nos envidiaran porque compartíamos un vínculo especial que nos hacía más interesantes... pero nada de eso sucedió. En lugar de eso, crecimos cada uno por su lado. Y siempre me pregunté cómo habría sido si nos hubieran permitido crecer juntos, como se suponía que debíamos crecer.

Saint Leger asintió, nostálgico.

—Yo también me lo he preguntado, Theo. Seguramente habríamos descubierto mucho antes que tenemos más cosas en común de lo que pensábamos —sonrió con tristeza—. Por desgracia, no somos un par de gemelos corrientes. Nacimos con el peso de los Phillips y el de los Wittelsbach sobre nuestras cabezas. Aunque, al menos tú podías decidir qué hacer con tu futuro, mi vida ya estaba decidida antes de nacer. Mi destino era ser un marqués y un diplomático. Papá y mamá creyeron que hacían lo más sensato separándonos y educándonos a cada uno por separado. Si te hubieran arrastrado al tipo de vida que concibieron para mí... sí me odiarías.

—Eso lo entiendo —le miró con curiosidad casi infantil—. Siempre me lo he preguntado; ¿eres feliz llevando esa vida que te han impuesto?

Max se lo pensó por un momento.

—Supongo que he jugado las piezas que me tan tocado lo mejor que he podido. Aunque ha habido momentos en los que me he hartado de todo. De pequeño, me hartaba de los libros, de los estudios, incluso de papá —admitió—, y me preguntaba por qué demonios tenía que exigírseme tanto. Entonces miraba por la ventana y te veía con tus amigos; yo también habría querido estar allí afuera. Te envidiaba porque tenías con quien divertirte y siempre parecías feliz en tu mundo lejano al mío, como si tuvieras todo lo que deseabas. Y, además, tu carácter hacía que la gente te amara más que a mí; te adaptabas fácilmente a cualquier ambiente, todo el mundo quería estar cerca de ti, eras el alma de la fiesta dondequiera que ibas. De hecho, aun lo eres. Jamás creí que a alguien así pudiera faltarle nada.

Theo se encogió de hombros.

—Yo también he aprendido a jugar mis piezas —rio por lo bajo, muy pagado de sí mismo—. No ha sido una mala vida, después de todo. Tienes razón. Al menos ninguno de los dos está condenado a regir un imperio bicéfalo, como Franz, o un reino decadente, como Ludwig.

—¿Sabes, Theo? Puede que no sea muy tarde para construir esa camaradería que no tuvimos en la niñez —murmuró—. Este viaje es la oportunidad perfecta, ¿no crees?

—Bueno, siendo que nos faltan todavía treinta y dos horas para llegar a Londres —precisó su hermano mientras consultaba su reloj de cadena—, haríamos bien en empezar ahora mismo. Por aquí debería haber un tablero de ajedrez o cuando menos uno de backgammon.

Rebuscó entre los compartimientos situados detrás de los mullidos asientos, donde solían encontrarse toda clase de objetos para que los viajeros matasen el tiempo, desde libros y revistas de reciente edición hasta juegos de mesa.

—Creo que nunca te agradecí que me protegieras del escándalo de lady Carlyle.

Theo se volvió para mirar a su hermano con los ojos brotados.

Había sentido la necesidad de decirlo, y cuando lo hizo fue como si le liberaran de un implacable grillete que hubiera cargado por demasiado tiempo. Si un hecho concreto había supuesto una separación entre él y su hermano, había sido aquella aventura licenciosa con consecuencias fatales de la que se había arrepentido cada día de su vida.

—Vamos, Maxwell —repuso, intentando restarle gravedad al asunto—. No hay nada qué agradecer. Sé que no te gusta hablar de ella.

—No me gusta mencionarla porque me recuerda que soy un cobarde.

—Eso no es verdad —rugió—. Hiciste lo correcto al irte. Si te hubieras quedado habría sido imposible ocultar lo que sucedió; una cosa es que un gemelo Wittelsbach, el más disipado de los dos, esté inmerso en un escándalo, pero que los dos lo estén —meneó la cabeza, rechazando de lleno aquella idea—. No, hermano. Te habrían desplumado vivo, y contigo a toda la familia, incluyendo a la de Franz y Sissi. No te habrías convertido en embajador y se habría hablado de nosotros hasta el nuevo siglo. Y lo peor de todo es que madre habría sufrido.

Apartó la mirada.

—Pero tú te quedaste. Te sacrificaste por todos nosotros.

Desde aquella lejana noche en Londres, Saint Leger había experimentado un angustioso sentimiento de culpa; no por la muerte de lady Carlyle, sino por su propia flaqueza al haberse dado la vuelta y dejado a su hermano cargando con la culpa. Gracias a ello, Theo había sufrido estoico toda la censura de su madre y hermana, mientras a él le habían mirado como a un jodido modelo a seguir.

—No me importa —zanjó Theo—. Lo volvería a hacer si fuera necesario.

Max le miró intensamente.

—¿En serio?

El otro asintió con la cabeza y esos ojos azules, idénticos a los suyos, brillaron con la más patente sinceridad. Maxwell estaba conmovido.

—Ya olvídate de eso, tonto.

Nunca habían hablado tan abiertamente de ese escabroso asunto. Saint Leger se había sentido demasiado avergonzado, demasiado perturbado, y su mayor deseo siempre había sido olvidar. Cada vez que miraba a su hermano, los recuerdos se precipitaban hacia él con violencia, amenazando su paz, cuestionando su hombría y burlándose de su supuesto virtuosismo. Hacía tiempo había dejado de pensar en sí mismo como un caballero.

—Alguien tenía que limpiar el estropicio —suspiró su gemelo mientras sacaba el tablero de ajedrez y disponía las piezas sobre la mesilla ubicada entre los dos—. Asumámoslo, Max. Yo te metí en ese lío; yo tenía que sacarte. Me sentí terrible al pensar que tu futuro como diplomático podía irse al traste solo porque la descocada de Blanche, que Dios la tenga en cuarentena, no usó las dos manos para sostenerse a la balaustrada. Al final, las cosas salieron bien, ¿no? Para alivio de mi madre, la verdad sigue bajo el tapete y ahí se quedará. Además de Sally y los criados, nadie nunca sabrá que tú estuviste allí.

Tenía razón. Debía acabar con ese asunto y seguir adelante. Ambos debían hacerlo, especialmente él, que se disponía a iniciar una vida junto a la mujer a la que amaba.

—En verdad, estoy en deuda contigo. Gracias, Theo.

—Por nada, embajador —rio alegremente al tiempo que asumía una posición de concentración ante el juego que tenía delante—. ¿Sabes si Sally tiene una hermana? —se aventuró al cabo de un momento.

Max sesgó los labios.

—Me parece que las dos están casadas.

—*Verdammt noch mal!*

Luego de la travesía de día y medio, arribaron a una Londres tan lánguida como Max la recordaba. Aunque no nevaba, el viento helado era paralizante y el cielo lucía una tonalidad cenicienta que anunciaba la cercanía de una lluvia helada. Ágiles transeúntes y jinetes cruzaban las calles, largas y regulares, con calzadas de piedra, bordeadas de edificios de ladrillo gris. Los parques estaban desiertos y los árboles, privados de sus hojas por el invierno, se le antojaban figuras fantasmales tras una delgada película de niebla.

Por petición de Max, el carruaje que los esperaba en la estación los llevó

directamente a las oficinas de Withfield's Continental Railway, en el barrio de Chelsea. El edificio era una verdadera obra de arte, con una fachada clásica de estuco blanco y ventanas acristaladas que hacía justicia a la prosperidad de compañía. Max se presentó en el último piso y solicitó una audiencia extraordinaria con el jerarca.

Un recepcionista le informó que el señor Withfield no atendía a ninguna persona sin cita previa, lo que le produjo un acceso de ira. Cuando reiteró quién era —e incluso armó un pequeño escándalo muy impropio de él—, el empleado intentó hacer algo para satisfacer su petición, pero no pudo más que conseguirle una cita de quince minutos para dentro de tres días. Max se sintió insultado.

A la luz de su situación, aquella concesión era inútil. En tres días las cosas podrían cambiar drásticamente y él no tenía ese tiempo.

Se volvió para mirar a Theo, que le esperaba discretamente en un rincón, como si pretendiese pasar desapercibido. Su hermano lanzó una mirada elocuente hacia la puerta de roble ubicada al final del pasillo. El nombre de Thomas Withfield, en letras grandes, estaba impreso en un rectángulo dorado pegado a la puerta.

De inmediato, Max leyó la mente de su hermano y asintió.

Fingió darse por vencido y aceptar el encuentro para dentro de tres días. Seguidamente, pidió al recepcionista que le alcanzase papel y lápiz para dejar una nota al industrial. Entonces, cuando el empleado se dio la vuelta para cumplir su petición, Maxwell se dirigió con resolución a la puerta del despacho. En unos cuantos pasos alcanzó el picaporte, lo giró y atravesó la puerta como un ciclón.

Se topó con una estancia sobria, donde flotaba un tufillo a puros de habano. La decoración era espartana, con pisos alfombrados, muros revestidos en madera oscura, sofás de cuero color chocolate y un escritorio de enormes proporciones.

Dos caballeros elegantemente vestidos ocupaban los sofás y, a juzgar por sus tonos bajos y severos semblantes, charlaban sobre un tema delicado. Los hombres interrumpieron su conversación y le miraron estupefactos. El mayor de ellos se puso de pie con la agilidad una fiera.

Max supo de inmediato que ese era Thomas Withfield, el padre de Sally.

—¿Pero qué demonios...? ¿Quién es usted y qué...?

—Señor Withfield, caballero —saludó sucintamente al otro hombre, más joven y de cabello rubio, que con los ojos brotados permaneció sentado en uno de los sofás—. Lamento esta irrupción tan descortés. Les aseguro que no tuve otra opción; es un asunto de suma importancia el que me trae hasta aquí —miró al magnate con serenidad—. Mi nombre es Maxwell Phillips, marqués de Saint Leger...

—¡Me importa un comino que sea usted el primogénito de la reina! —rugió, impaciente—. ¿Quién le ha dejado pasar?

Al instante, el secretario con el que Max había hablado afuera apareció con rostro remordido, disculpándose por haber permitido que el caballero irrumpiera en el despacho. El industrial aceptó sus excusas y lo despachó.

—Tiene usted tres segundos para decirme a qué rayos ha venido.

—Señor Withfield, tengo un asunto familiar que discutir con usted y no puedo esperar tres días a que me conceda una cita —dijo con firmeza y después miró al hombre sentado en el sofá—. Tampoco es algo que pueda discutir delante de extraños. ¿Me permite, señor...?

—¡De ninguna manera! —se adelantó el burgués con cara de pocos amigos.

—Como guste —masculló, hastiado—. Conocí a su hija menor en Viena.

El rostro del caballero se torció de inmediato y sus ojos se achicaron con una inexorable inquina. Desde luego, con ese dato tan lacónico le había hecho saber quién era él y qué hacía allí. Saint Leger se dio por satisfecho y esperó a que Withfield se recuperara de la impresión. Incómodo, el hombre sentado en el sofá dirigió la mirada a otro lugar, pero no parecía dispuesto a marcharse.

—Ya veo —dijo Withfield amargamente, mirándole de arriba abajo con abierta insolencia—. Entonces supongo que ha sido usted quien la ha desgraciado.

—Le aseguro que mi intención no ha sido perjudicarla de ningún modo —suavizó su tono—. Respeto profundamente a la señorita Withfield, aunque soy consciente de que la he afectado con mi forma de actuar tan... precipitada.

—¿Precipitada? —chasqueó la lengua y le miró con desprecio—. ¡No me diga! Una joven con una dote que ni la hija de un duque podría igualar... ¿por qué actuaría usted de una forma «precipitada»? Sus razones saltan a la vista, caballero.

Saint Leger frunció el ceño.

—Le ruego que no me ofenda.

—¿No es usted un codicioso, «milord»? —cada una de sus palabras destilaba el más afilado sarcasmo—. Eso sí que me sorprendería. En quince años no he hecho más que proteger a mis hijas de sus pares, una partida de ociosos que piensan en el matrimonio como una transacción comercial y que al mismo tiempo se jactan del prestigio de sus títulos y su maldito virtuosismo. Dígame, ¿qué clase de virtuosismo admite recurrir a la dote de una dama para pagar deudas de juego?

Ahora sabía qué clase de hombre era el padre de Sally, un burgués que despreciaba las costumbres más afianzadas de la aristocracia, especialmente la holgazanería, y que protegía a sus hijas a capa y espada. Lo respetó por eso.

—No es mi caso —dijo cuidando su tono pues, era consciente de que gracias a él Sally no había caído en las garras de un avaricioso—. Soy lo bastante rico como para no tener que codiciar su fortuna o la de nadie, puede investigarme si le place. Lo que no voy a tolerar es que ofenda la inteligencia de su hija, señor. Sally sabría reconocer a leguas a un miserable cazadotes.

—Por supuesto, yo mismo me encargué de enseñarla a reconocerlos, por eso me pregunto qué clase de artimaña habrá utilizado usted para envolverla.

—Ninguna artimaña. La señorita Withfield y yo compartimos sentimientos...

—¿Sentimientos? —repitió con la mandíbula apretada y los rasgos tensos por la ira—. ¿De verdad? ¿Con ese argumento barato se llevó a mi hija la cama?

—Admito que cometí un error al llevarla hasta este punto...

—¿Usted la sedujo! —lo acusó—. ¡Un caballero de verdad habría para pedir su mano!

—Asumo lo equivocado de mi comportamiento, pero sepa usted que quiero casarme con ella.

Withfield se le quedó mirando con arrogancia.

—Jamás otorgaría mi permiso para que Sarah se casara con usted.

—¿Ni siquiera me conoce!

—Es verdad. Le he preguntado a mi hija de mil maneras quién fue el hombre que la desgració, pero hasta ahora no me ha dado su nombre. Supongo que está avergonzada de usted, y quizá también arrepentida de su indiscreción —Saint Leger se quedó callado, esforzándose para no reflejar el más mínimo atisbo de debilidad delante de aquel hombre—. Además, he prometido su

mano al señor Blakeley —se volvió hacia el hombre que permanecía sentado en el sofá. El aludido hizo un movimiento de cabeza, un gesto plagado de superioridad. Max apretó el puño y le observó con ligera incredulidad—. Blakeley es el heredero de un floreciente consorcio de aseguradoras y está dispuesto a aceptar a Sarah, aun en su situación. No puedo imaginar a un mejor marido para ella.

Saint Leger dirigió la mirada al rubio impertinente, que parecía contener una sonrisa triunfal.

—Muy admirable su sacrificio, señor Blakeley, pero no será necesario. Sally va a ser mi esposa —miró a Withfield—. Y usted, le reto a que me lo impida.

Salió del despacho dando un portazo.

Una vez en la calle, Max se desquitó soltando un puñetazo contra la puerta de madera del carruaje, provocando que la madera se astillara. Apenas percibió el dolor, todo su ser estaba embargado por una ira que estuvo a punto de explotarle la cabeza. Ese hombre estaba loco si creía que iba a permitir que Sally se casara con aquel mequetrefe.

Theo procuró calmarlo mientras le preguntaba los detalles de la conversación y a medida que éste se desahogaba, los ojos de su hermano se abrían con desmesura.

—Tienes que ir por ella, Maxwell —dijo seriamente—. Mientras estabas dentro escuché a un par de secretarias cuchichear que el señor Withfield dará una cena esta noche en su casa y que ese tal Blakeley está invitado. Apuesto a que es para formalizar el compromiso —Saint Leger maldijo por lo bajo—. Tienes que raptarla, de ser necesario. Quizá mañana ya sea demasiado tarde.

Él asintió.

—Sé lo que tengo que hacer. No me iré de Londres sin Sally.

—Perfecto, porque tengo una idea.

Capítulo 20

Sally contemplaba el espejo en silencio y éste le devolvía la más ferviente imagen de la aflicción. De solo pensar que en pocas horas estaría comprometida con el idiota de Geoffrey Blakeley, se le revolvían las tripas. Su padre no podía haber escogido a un sujeto más pedante, ególatra e insufrible para endilgárselo como esposo, resopló hastiada mientras la doncella terminaba de realizarle el intrincado peinado. Era como si el señor Withfield sospechara cuánto lo detestaba y se lo hubiera impuesto como el más severo de los castigos.

Bien. Daba igual a quien hubiera elegido para ella, se decía con el corazón atenazado por el dolor y la impotencia, las dos emociones que se habían apoderado de su existencia los últimos días. Ninguno era Max.

Aunque su padre había insistido en que le revelara el nombre del caballero con el que había tenido un romance en Viena, ella optó por callar. Prefería morir antes que suscitar un enfrentamiento entre él y lord Saint Leger, y menos dispuesta estaba a dejar que el hombre de su vida, el nuevo embajador británico en Viena, terminara envuelto en un vergonzoso lío de faldas, siendo que estaba por comprometerse con Elise von Lambort. Aunque doliera, debía meterse en la cabeza que ella, con su reputación maltrecha, no era buena para él.

Cuando su padre le anunció que había cedido su mano a Geoffrey, el hijo de una familia amiga con la que usualmente se encontraban en el hipódromo de Ascot, Sally sintió ganas de lanzarse por la ventana. No podía ser que después de una vida de oponerse al matrimonio terminara casada, y con semejante imbécil. Al final se contuvo de armar un berrinche y aceptó su destino como un condenado que acepta la muerte. No tenía fuerzas para seguir retando a su padre, y tampoco tenía opción.

A estas alturas, ni siquiera sus amigas tenían conocimiento de que se encontraba en Londres; su padre le había prohibido al servicio recibir y enviar cartas con el nombre de Sally. Sus hermanas, que vivían lejos, no habían tenido tiempo venir a la ciudad para asistir a aquella estúpida y apresurada cena de compromiso. Solo habían conseguido atender al llamado del señor Withfield sus dos hijos varones, que residían en la ciudad. Caleb y Frank estaban tan enfadados con ella como su propio progenitor, y cada vez que le miraban parecían echar chispas por los ojos acusándola de fresca y descarada.

Le daba igual lo que pensarán esos dos entrometidos.

Así que se hallaba completamente aislada, sin nadie a quien pedir consejo, sin ningún hombre en el cual llorar.

—Sabes que es lo mejor, cariño —musitó su madre poniendo una mano sobre su antebrazo—. No hay alternativa.

Sally se parecía mucho a Teresa Withfield, sobre todo en la forma alargada del rostro, en los ojos, y había quien aseguraba que sus voces sonaban prácticamente iguales. Su carácter, por el contrario, era más propio de su padre. Teresa tenía el cabello negro y la piel cuidada; siempre iba elegantemente vestida y había recibido una educación digna de una mujer de la aristocracia. Había sido el complemento perfecto para su padre, la que lo suavizaba y le ayudaba a tomar las decisiones relacionadas con sus hijos, especialmente con Sally, que siempre había sido difícil.

Pero su madre no podía contar como un apoyo para ella. Aquel asunto era tan escabroso y el señor Withfield estaba tan cabreado, que estaba segura de que ni el Santo Patrono de los ferrocarrileros conseguiría evitar que la casara con Geoffrey. Su destino era ser la esposa de ese hombre, se dijo con amarga resignación.

La señora Withfield tomó el lugar de la doncella y mientras le daba los últimos toques a su peinado, le sonreía a través del espejo. Sally no correspondía a sus sonrisas, se sentía impedida para mostrar una emoción que no fuera el dolor o la impotencia. En respuesta, su madre se puso seria de nuevo.

—Si ese caballero hubiera venido al menos, si hubiera tenido la consideración de pedir tu mano —la joven cerró los ojos con fuerza—. Pero no. Han pasado días. Ya tendría que estar aquí.

—Ni siquiera ha de saber que me fui de Viena —reconoció aquello con tristeza.

—Cariño, entonces no le importas en absoluto —su madre apretó los labios, apesadumbrada—. ¿Has pensado que quizás estés encinta? ¿Quieres que tu hijo nazca sin un padre? Geoffrey ha sido muy amable al aceptarte. No cualquier hombre haría eso. Ya sabes que...

—¡Está bien, mamá! ¡Lo entiendo! ¡Me casaré con él!

Y dicho esto, se soltó a llorar.

Teresa la abrazó rápidamente y ella se dejó caer en su hombro. Odiaba

llorar frente a otras personas, odiaba mostrar cualquier emoción que la hiciera vulnerable, pero estaba exhausta; había tratado de mantenerse incólume por demasiado tiempo y ahora mismo sentía que sus bases cedían y se derrumbaba. Podía sentir sus pedazos esparcidos por todas partes, su alma desecha.

Su madre tenía razón.

¿Dónde estaba él? ¿Había notado su ausencia de Viena siquiera? ¿Le había avisado Will que su padre había ido a buscarla y metido a la fuerza en ese vagón? Y él... ¿había hecho algo al respecto?

Quizá le había escrito una carta que aun no llegaba a su destino o que había sido interceptada por la servidumbre. Para cuando tuviera noticias de Sally, ella ya estaría casada con Geoffrey Blakeley. Volvió a imaginarse como la esposa de ese tonto y una arcada la estremeció.

¡Santo cielo! ¡Vaya que iba a ser infeliz casada! Más de lo que una vez imaginó.

—Ya basta, hija —repuso Teresa con calma—. Ya casi es hora de bajar. Sécate el rostro y vamos a cenar. Estoy segura de que todo mejorará con el tiempo.

«Con el tiempo seré tan desdichada que tal vez me busque un amante», protestó su alma rebelde mientras se secaba furiosamente las lágrimas con un pañuelo que la doncella le había tendido. «Y si tengo un hijo se llamará Maxwell».

Al cabo de un momento, la señora Withfield abandonó la habitación, seguida por la doncella. Sally se quedó otra vez contemplando su reflejo, ligeramente empañado y más sola de lo que jamás imaginó. Abrió el cajoncito de su tocador de palisandro y sacó un pañuelo que Max le había obsequiado, el único objeto que le quedaba de él y que había atesorado como si fuera una piedra preciosa. Se lo guardó en el bolsillo secreto de su falda y gimió recordando sus besos, los que ya jamás volvería a probar.

—Dios mío, ayúdame —rogó, cuando la puerta del dormitorio volvía a abrirse.

—¿Estás seguro de que entiendes el plan?

—No es un plan tan complicado.

Theo sonrió y sacudió la cabeza ante la arrogancia de su hermano. Se hallaban en el interior del carruaje, apostado a media calle de la residencia

Withfield, cerca de Kensington Gardens. La impresionante mansión de ladrillo rojo, que competía en suntuosidad con Kensington Palace, estaba dotada de un lago oval, una entrada privilegiada a Hyde Park y enormes caballerizas que eran la envidia de sus vecinos, todos ellos miembros de la más rancia aristocracia inglesa.

Al principio, el plan que Theo había concebido le pareció infantil y estúpido. Ni siquiera en sus adolescencia se habría atrevido a cometer semejante insensatez, pero estaba desesperado, y más aun al ser consciente de que Sally estaba a punto de prometerse a ese tipo que había conocido en el despacho del señor Withfield. No tenía otra salida, reconoció; Maxwell Phillips, el jodido marqués de Saint Leger, embajador británico en Viena y séptimo en la línea de sucesión al trono de Baviera, se disponía a actuar como un necio mozo de cuadras enamorado de la señorita de la casa. Pero se había prometido que haría lo que fuera con tal de recuperarla, y eso era lo que estaba a punto de hacer, entonces.

Se volvió para mirar con ansiedad a su hermano, antes de abandonar el vehículo. Las sombras en el interior del habitáculo le impidieron captar su expresión.

—¿Por qué tienes que ir tú con los Withfield?

El otro se llevó la palma de la mano a la frente y rio con sobrada paciencia.

—Ya te lo he dicho, Maxwell. Hay que distraerlos de algún modo. Cuando me vean llegar se formará un jaleo y toda la atención estará en mí. Entonces tú podrás reunirte con Sally y después llévatela contigo sin problemas. Me habría gustado diseñar un plan más brillante, pero resulta que no tenemos tiempo, compañero. Es esta noche o nunca.

Saint Leger suspiró, atormentado. Era consciente de que no podía echarse para atrás y que debía confiar en su hermano como jamás lo había hecho.

—¿Podrás arreglártelas tú solo?

—He hecho cosas más audaces sin que me tiemble el pulso —farfulló, y Max se abstuvo de preguntar—. Ve con Ronan. Él te llevará con tu amada. No pierdas más tiempo, ¿de acuerdo?

—Cuida lo que dices, Theodore —le advirtió con rudeza—. Soy yo quien tendrá que afrontar las consecuencias de cada barbaridad que salga de tu boca.

—Tranquilo, hermano —sonrió—. Ya lo hemos repasado —comenzó a graznar con fingido acento inglés—. Para ser tú solo tengo que actuar y sonar

como si tuviera la maldita razón en todo.

Max estaba dispuesto a replicar, pero Theo prácticamente lo empujó fuera del carruaje para que se diera prisa.

La calle estaba sumida en la oscuridad, solo unas pocas farolas de gas en el parque proyectaban su débil luminiscencia sobre la calzada. No obstante, la fachada de la casa Withfield se hallaba bien iluminada, igual que unas pocas habitaciones, como podía observarse a través de las altas ventanas. Max se arrebujo en su gabán negro ribeteado con piel y se ajustó el sombrero de copa corta mientras recorría el trecho hacia las caballerizas. El frío era implacable, incluso más que en Viena.

Junto a la verja lo estaba esperando el lacayo de los Withfield, un muchacho alto que parecía temblar bajo su pelliza. Estaba seguro de que no era a causa del frío.

—Milord, si mi patrón se entera de esto, me crucificará —masculló.

—¿Entregaste la nota a la señorita Withfield?

Negó con la cabeza.

—Lo lamento. No tuve acceso a ella. No le permiten salir de su recámara y, como usted me dijo que solo podía poner la nota en las manos de la señorita Sally, aun la traigo conmigo —le mostró el papel arrugado y sudoroso.

«Maldita sea», bramó en su interior.

Entonces Sally no estaba al tanto de que él había venido por ella y no bajaría para reunirse con él en las caballerizas, como lo había planeado. Se volvió para mirar el carruaje, que se había perdido tras la ligera bruma. Theo estaba listo para cumplir con su parte. Maldijo de nuevo, esta vez en su lengua madre.

Eso significaba que tenía que ir por ella.

—¿Cómo está Sally?

—Las doncellas dicen que está devastada porque su padre va a casarla con ese hombre, que es un presumido —hizo una mueca de repulsa—. El señor Withfield dijo que hasta que no estuviera casada no le permitiría dejar la mansión, por eso no he podido verla, y las doncellas, usted sabe, son muy asustadizas. El patrón paga muy bien, y todos cuidamos mucho el empleo; en ningún otro lugar nos darán ni la mitad de los beneficios que aquí. Entienda que esto lo hago por ella, milord. La señorita Sally no merece terminar casada con ese hijo de puta de Blakeley.

—Yo no lo permitiré —gruñó—. Tienes que llevarme hasta ella.

—¿Milord? —Ronan abrió los ojos como platos.

—Acércame a ella. Por favor.

—Está bien.

Amparado por la oscuridad, Ronan lo condujo al interior de la propiedad. Se escabulleron a través de los jardines posteriores, que no eran más que un montón de tallos desnudos alrededor de una pérgola de hierro.

Luego entraron a la casa. Había un par de empleados apostados en el pasillo que comentaban el clima y se quejaban de los malos tratos de ese maldito Blakeley, que cada minuto le caía peor. Al menos sabía que ya había llegado. Max permaneció tras una columna y esperó mientras Ronan charlaba con ellos, buscando que se marcharan de una vez y les dejaran el camino libre.

De pronto, se escucharon voces bravuconas en la entrada principal, gritos y un par de amenazas que provocaron que los dos hombres salieran disparados para ver qué pasaba. Max supo de inmediato que Theo había llegado armando escándalo, pidiendo hablar con el señor Withfield y su familia. Entonces sonrió. Había tenido razón, el muy listo. Aquella era la distracción perfecta.

—Vamos, milord —lo apremió Ronan—. Su hermano acaba de llegar. No tenemos mucho tiempo.

Ascendieron por las escaleras del servicio hasta llegar a la planta más alta, donde se ubicaban los dormitorios de la familia.

El lacayo se detuvo en el pasillo y le pidió que no hiciera ruido. Dando pasos de gato, se acercó a una de las puertas, la del dormitorio de Sally, y apoyó la oreja para escuchar adentro. Después de unos segundos le miró con preocupación.

—No está sola —gesticuló.

Saint Leger soltó el aire con angustia.

El plan no había salido tal como lo había trazado Theo. Ya deberían estar en el carruaje, esperando por él. Su hermano no tardaría en marcharse de la mansión Withfield, dando por hecho que Max ya se encontraba junto a Sally.

Esperaron tras una de las columnas, con la vista clavada en la puerta. Los gritos de Theo y de Withfield no se escuchaban desde aquel piso. ¿Lo habrían echado a la calle? ¿Vendrían por Sally en cualquier momento para reclamarle la visita intempestiva de su amante?

—Tal vez deberías tocar y avisar que hay una situación irregular abajo...

Cuando decía esto a Ronan, la puerta se abrió y de ella brotaron una mujer mayor, de elegante atuendo de noche, y una más joven, que parecía ser la doncella. Ambas recorrieron el pasillo hasta perderse por la escalera.

Max sintió que su pecho se inflaba de anticipación. Sally estaba dentro de la habitación, se dijo a sí mismo, obligándose a espabilarse.

Tomó aire y abrió la puerta sin llamar antes.

Sally miró a su visitante a través del espejo y dudó seriamente de su propia cordura.

Sacudió la cabeza, al tiempo que su corazón se detenía para luego explotar en una sucesión de rápidos y demenciales latidos. Con los ojos brotados y los labios rígidos por la sorpresa se giró lentamente. Necesitaba estar segura de que no estaba delirando y que aquella atractiva figura que sostenía el pomo de su puerta era Max.

Su amadísimo Max.

Se puso de pie y lo miró de hito en hito. No, no era una ilusión, reconoció, y su alma se elevó más allá del cielo. Llevaba aquel hermoso gabán negro ribeteado en piel y un sombrero de copa corto, que se quitó apenas se introdujo en la habitación.

No entendía cómo, pero estaba allí, en Londres, en su casa, en su dormitorio, y le miraba como nunca antes lo había hecho, mezcla de ternura y vulnerabilidad.

—Mi amor —comenzó a decir con la voz trémula—, todo esto es mi culpa. Todo lo he provocado yo desde el principio. Mi maldita cobardía me ha impedido actuar como un hombre... pero no puedo a fallarte a ti, Sally —hizo una pausa. Ella quiso hablar, pero tenía la garganta estrujada por el llanto no liberado—. Esa noche, en la biblioteca de Konstantin, debí confesarte mi amor y pedirte que fueras mi esposa. Tenía que haberme atrevido, aunque el miedo por tu rechazo me acechara, porque eso es lo que un hombre de verdad haría. En cambio, me inventé excusas para tenerte conmigo a como diera lugar, te rebajé al convertirme en mi amante, cuando ese burdo papel es una infamia a tu nobleza. Hice todo mal, cariño, por eso estás aquí. Y por eso he venido, para tratar de enmendar las cosas, si es que aun no es tarde... si es que aun aceptas a este patético canalla que te ama.

Aunque apenas era consciente de ellas, Sally tenía los ojos y las mejillas

anegadas en lágrimas. Normalmente se habría sentido avergonzada y enfadada de mostrar todo sentimiento que la volviera vulnerable, pero ahora mismo estaba demasiado exultante como para desplegar sus defensas.

Y con Max, estaba segura, ya nunca más iba a necesitarlas.

—Viniste —susurró, casi darse cuenta.

—Vine a ponerme a tus pies —precisó él.

Y fue entonces cuando corrieron al encuentro del otro, chocando y fundiéndose en un abrazo ardoroso. La intensidad que le imprimieron a cada roce, la urgencia de cada caricia y cada beso, los aturdió a ambos. Max atrajo su cintura y la ciñó a él mientras besaba sus párpados, mejillas y sienes. Sally le tomó el rostro entre sus manos, acarició su barba perfecta e introdujo los dedos entre los espesos mechones de cabello. Se olieron, tocaron y saborearon con besos cortos y atropellados que se confundían con palabras balbuceadas en inglés y en alemán junto con otras que perdían sentido a medida que sus bocas se fusionaban.

—Sally, Sally. Mi preciosa Sally. La mujer que amo.

—Creí que no volvería a verte —lloriqueó y él secó sus lágrimas con los pulgares.

—¿Qué? ¿Cómo iba a dejarte...?

—La señora von Lambort me dijo que estabas a punto de comprometerte con su hija, que eras el nuevo embajador —apartó la vista, avergonzada— y que necesitabas una esposa que no fuera una loca, como yo.

—¿La señora...? —repitió horrorizado, sacudiendo la cabeza y obligándola a mirarle—. Sally, por el amor de Dios, ¿de qué estás hablando? ¿Desde cuándo prestas oídos a los delirios de esa serpiente? La única boda que habrá aquí será la nuestra. Porque tú y yo nos casaremos, no me importa quien carajo se oponga. A menos que... seas tú quien lo haga —su voz se fue apagando. Ella se tensó en sus brazos; al instante, Max lo hizo también pues, había interpretado su reacción como una forma de resistencia. Entonces comenzó a hablar apresuradamente, con un ceño de angustia tatuado en su entrecejo—. Entiendo que tienes tus reservas con respecto al matrimonio, pero estoy dispuesto a escuchar tus condiciones; a negociar, si es necesario. Hablaremos, hablaremos hasta que hayamos llegado a un acuerdo sobre qué clase de matrimonio seremos... hasta que nos satisfaga a los dos, y si después de eso sigue habiendo dudas, entonces volveremos a hablar las veces que sean necesarias hasta que... —se interrumpió. Ella le miró con infinita ternura,

sofrenando una sonrisa—. Sally, cástate conmigo, por favor. No puedo estar con nadie más. De hecho, no quiero.

—Max...

—¿Sí?

—Tengo mis reservas respecto al matrimonio —Él suspiró e hizo intento de replicar. Ella puso un dedo sobre sus labios—, pero respecto a ti... no tengo ninguna. Estas horas separados me han servido para descubrir que no es el hecho de estar casada lo que tanto me aterra. Es no pertenecer, es no sentir, no desear... y no confiar. Contigo no tengo miedo. Te amo, te pertenezco, te deseo. Y Dios sabe que confío en ti. Así que acepto.

Él jadeó de satisfacción, acarició con los dedos los contornos de su rostro y la recorrió con aquellos ojos azules, despegando y volviendo a pegar los labios, como si buscara palabras que aun no se han inventado.

Rendido en su intento, volvió a besarla con furia, como si de ese modo pudiese absorberla y hacerla suya.

No hacía falta, rio Sally en su interior; ella le pertenecía. Era suya.

—*Ich liebe dich.*

Sally sonrió.

—Yo te amo más.

—Eso no es posible.

—Lo es, príncipe canalla.

Max levantó una ceja.

—Técnicamente, no soy un príncipe. Espero que eso no te decepcione.

—Oh, de acuerdo —fingió entristecerse—. Entonces reconsideraré lo de la boda.

—Espera, bribona —rio tras separarse de ella. Rebuscó en su bolsillo y extrajo un pequeño estuche de terciopelo, como los que se utilizaban para almacenar las joyas. Lo abrió ante ella, y Sally dejó escapar un jadeo de emoción al contemplar su precioso anillo de compromiso—. Ojalá te guste. Después te contaré su historia —le deslizó la magnífica sortija de diamantes en el dedo. Sally comprobó que le quedaba perfecto—. Ahora vámonos.

—¿Adónde? —sonrió mientras empezaba a notar la prisa de Max. Había estado tan anonadada con su llegada que apenas había reconocido lo absurdo de toda la situación; hacía un momento podía jurar que se casaría con Geoffrey

Blakeley y ahora tenía puesto el anillo que le había obsequiado su único y verdadero amor. Le observó con curiosidad—. ¿Cómo... cómo llegaste aquí? ¿Acaso ya has hablado con mi padre?

—Pues, sí —torció el gesto, nervioso—. Jamás me aceptará como tu esposo, y creo que si me ve en su casa pondrá una bala en mi cráneo. Vine a raptarte, de otro modo seguirá con sus planes de entregarte a ese individuo... Blakeley.

A Sally le dio un vuelco al corazón.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y qué rayos estamos esperando? Larguémonos de aquí.

—De acuerdo, toma tus documentos y un abrigo. Te compraré ropa mañana. Tenemos que reunirnos con Theo afuera.

—¿Theo? ¿Theo está aquí? —quiso saber ella mientras corría como una loca por la habitación, tratando de recordar dónde había puesto sus documentos de viaje.

—Él me ayudó a diseñar el plan —se rascó la cabeza, embrollado—. De hecho... está con tu familia haciéndose pasar por mí y creando una distracción que nos permita huir sin que nadie se dé cuenta. Es un plan estúpido, ¿verdad?

Ella le miró con asombro no exento de diversión.

Vaya, vaya. ¿Acaso su adorado diplomático había enloquecido? Aunque moría por soltar un comentario sarcástico y molestarlo un poquito, se abstuvo de decir nada. Cuando tuvo sus papeles y abrigo en mano, llamaron a la puerta.

Se miraron con angustia.

—¡Milord! ¡Señorita Sally! —habló alguien desde afuera.

La joven reconoció la voz de Ronan, el lacayo más leal y eficiente de toda la mansión Withfield. Sally se preguntó qué artimañas habían utilizado los diabólicos hermanos Wittelsbach para ponerlo a su favor y convertirlo en su cómplice.

Abrió la puerta.

—Oh, Ronan. ¿Crees que podamos salir sin que nadie nos vea?

—Imposible —el muchacho sacudió la cabeza—. Sus hermanos, señorita... han retenido al hermano de lord Saint Leger y no lo dejarán salir la mansión hasta que... esto... pague por su deshonra... Ya sabe cómo son, señorita.

Sally enrojeció. Miró a Max con los ojos brotados.

—¿Qué sucede? —dijo él despreocupadamente—. Theo estará bien, conseguirá salir de esta y se nos unirá más tarde. Tenemos que irnos ahora.

—Max, no podemos dejarlo.

—¿Por qué no?

—No conoces a mis hermanos —dijo abatida al comprender que el plan estaba arruinado—. Esas bestias lo resuelven todo a los golpes. Lo siento, mi amor. Tenemos que ir con mi familia o Frank y Caleb harán picadillo a tu gemelo.

Tomados de la mano, descendieron las escaleras rumbo al piso principal de la mansión.

Sally temblaba de solo imaginar un nuevo enfrentamiento con su padre. Aun no podía decir que estaba recuperada de aquella bofetada en el vestíbulo de Sophie. El golpe a su orgullo había sido más implacable que el físico. En ese momento no había tenido argumentos ni fuerza para defenderse. Ahora, sin embargo, la presencia de Max la llenaba de nuevos bríos. La resolución de su adorado y su atrevida intrusión para pedirle matrimonio le habían insuflado del coraje que precisaba.

Lo observó y apretó su mano mientras continuaban descendiendo.

—Me alegra que Theo y tú se hayan reconciliado.

—Después de esta noche, quizá lo golpee —repuso con tranquilidad—. La única maldita cosa que tenía que hacer era entrar y salir con vida de esta casa. ¿Qué tan difícil podía ser?

—No conoces a mis hermanos. Y son dos contra uno.

Max suspiró.

—Puede que tengas razón. Además, no era un gran plan, ¿verdad?

—Un poco infantil, quizás —rió con ternura—. Si Theo y tú hubieran jugado juntos de pequeños estarían más versados en el arte de cometer travesuras. Caleb y Frank les llevan décadas de ventaja.

A medida que se aproximaban al salón donde la familia se hallaba reunida, los bramidos de una discusión se hacían más sonoros. Max había agradecido a Ronan su gentil ayuda y le había pedido que regresara a sus actividades cotidianas; de todos modos, el plan estaba truncado y ahora solo quedaba enfrentar a los Withfield. Quizá fuera lo mejor, después de todo.

Llegados al piso principal se toparon con los sirvientes, que se habían aglomerado alrededor de la puerta del salón para escuchar la discusión entre los señores y el curioso intruso. Cuando la vieron llegar tomada de la mano de otro caballero —uno insólitamente parecido al que se encontraba dentro de la habitación—, se apartaron confundidos y algo asustados. Sally les dedicó una sonrisa tensa antes de detenerse frente a la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó Max.

Ella asintió.

Entonces abrió la puerta.

En el mismo segundo en que hicieron entrada, un silencio perplejo se instaló en la estancia. Un torrente de miradas viajó desde la figura del caballero de pie junto a la puerta hasta la del que permanecía sentado a la fuerza en una de las butacas, rodeado por dos hombres jóvenes y fuertes con semblantes pendencieros.

Si la expresión de los sirvientes había sido de confusión, la de los Withfields era de horror.

—¡En el nombre de Dios! —rugió el señor Withfield con los ojos brotados—. ¿Qué clase de burla es esta, Sarah?

—Ninguna burla, papá —dijo ella con fingida calma—. ¿Querías un nombre? Pues, voy a dártelo: «lord Saint Leger».

El rostro del señor Withfield se ensombreció y sus mandíbulas se apretaron hasta crear una ligera deformidad en sus facciones. Fulminó con la mirada a cada uno de los Wittelsbach y después fijó su atención en la joven.

—¿Y cuál de los dos es Saint Leger?

—Yo, señor.

Sally dirigió una mirada decidida a Max, y éste le dedicó una sonrisa tan grácil e íntima que solo ella consiguió leerla.

Los Withfields emitieron un murmullo colectivo de indignación. Geoffrey Blakeley, en cambio, compuso un gesto de repulsa mal disimulado. Cuando la joven se volvió para mirar a su madre vio que se hallaba abrumada, pero no enfadada.

—Entonces, ¿quién rayos es este payaso? —bramó Caleb mirando a Theo.

—Si me permiten...

El aludido intentó ponerse de pie, pero los hermanos lo confinaron de nuevo

a la butaca de un soberano empujón.

—No tan rápido, memo —el menor de los Withfields le mostró el puño.

Sally taladró con la mirada a sus hermanos, que sin ser gemelos se parecían mucho entre sí. Ambos eran morenos, fornidos y de rostros cuadrados; las muchachas en Londres bebían los vientos por ellos, aunque ella no tenía idea de qué habían visto en ese par de idiotas que jamás había aprendido a comportarse como caballeros.

—Así que gemelos... —dijo Frank con sorna—. Que conveniente. ¿Acostumbra a enviar a su hermano a hacer el trabajo sucio por usted, milord?

Max lo ignoró y fijó su atención en el padre de Sally.

—Señor Withfield —comenzó a decir solemnemente—. Hablamos esta mañana en su despacho. Le ofrezco mis disculpas por esta burda argucia, pero le reté a que me impidiera casarme con Sally. Espero que no lo haya olvidado.

El padre de Sally entrecerró los ojos.

—Primero seduce a mi hija, después se cuele en mi propiedad como un bandido y envía a su hermano para que nos entretenga con sus estupideces mientras ustedes se reúnen a escondidas. ¿Qué clase de caballero actúa de esa manera, Saint Leger?

—Uno sinceramente enamorado, señor —confesó, y Sally le miró con absoluta devoción. Si hubiera estado mirando a su madre en aquel instante, se habría dado cuenta de que sonreía—. Amo a su hija y estoy aquí por ella.

—Sí, es verdad —graznó Theo desde la butaca—. Mi hermano está enamorado como un cadete —cuando los Withfields le miraron confundidos, se vio en la necesidad de aclarar—: Así decimos en Austria.

—Cumpló con informarles que la señorita Withfield y yo acabamos de comprometernos en matrimonio —sentenció el marqués—. Solo falta que usted nos dé su bendición, señor Withfield.

—No me diga —gruñó el magnate—. Mi hija ya está comprometida. Se lo dejé muy claro esta tarde, Saint Leger. Le he cedido la mano de Sarah al señor Blakeley —todas las miradas volaron hacia Geoffrey Blakeley, de pie junto a una columna. El caballero contemplaba la escena con un atisbo de burla y reprobación—, quien ha estado interesado en ella por mucho tiempo, y no pienso faltar a mi palabra.

Sally miró a su padre suplicante.

—Sabes que lo correcto es que me case con lord Saint Leger.

—Ya hablamos de esto, hija —farfulló—. Mi decisión está tomada. La propuesta de este caballero ha llegado muy tarde, sin mencionar que sus maneras son totalmente inapropiadas.

—¡Apenas nos bajamos del tren ayer! —le recordó ella, furiosa—. Ni siquiera me permitiste escribirle para avisarle que habías ido por mí, y aun así ha venido. ¿Qué otra demostración quieres?

—Sarah, ya es suficiente. Le he dado mi palabra a Blakeley. Se casarán la próxima semana.

Roja de impotencia Sally se dirigió hasta donde se encontraba su supuesto prometido, ese individuo al que apenas podía tolerar.

—Señor Blakeley, ¿podría usted por favor liberarme de este compromiso?

El aludido sesgó los labios.

—¿Por qué debería hacer tal cosa? —dijo serenamente, como si le importara un rábano su suplicio—. Señorita Withfield, me gustaría tener la oportunidad de demostrarle que puedo ser un excelente marido para usted.

Sally se quedó pasmada. No podía dar crédito a las palabras de ese rufián.

—Si no lo ha entendido, deje que se lo explique, señor: ya no soy virgen —la madre de Sally emitió un respingo de vergüenza y dejó caer el rostro en las palmas de las manos—. Puede que esté esperando un hijo de lord Saint Leger. Y además no le amo a usted. Lo más probable es que seamos miserables juntos. Le ruego de la mejor manera que actúe como un caballero y me libere de este compromiso.

—Lo siento —sonrió con frialdad—. Sus esfuerzos por alejarme no me asustan. No voy a renunciar a usted tan fácilmente, Sally.

El muy arrogante se atrevió a tomarle mano e intentó poner un beso en sus nudillos. Sally la apartó como si le quemara y le fulminó con la mirada. Estaba segura de que aquel imbécil, como tantos que había conocido, se movía solo por interés.

Desesperada, Sally se volteó para mirar a su madre.

—Ayúdame, te lo suplico —susurró—. Dijiste que si él venía a pedir mi mano sería más sencillo.

Mortificada, la señora Withfield asintió con la cabeza.

—Thomas, por el amor de Dios, el caballero ha venido desde Viena. Le ha puesto una sortija en el dedo —señaló la mano de Sally, donde su diamante rutilaba— y le ha declarado públicamente su amor, ¿qué más deben hacer para

convencerte?

—Tú no lo entiendes, Teresa. Mantente al margen.

—Señor Blakeley —insistió Sally—, sepa que, si mi padre me obliga a ir al altar con usted, le diré al vicario que no le acepto y le causaré la humillación de su vida. Y cuando el chisme caiga en las peores lenguas de Londres, su reputación estará por los suelos.

—Igual que la suya.

—He lidiado con eso por mucho tiempo, y si cree que me preocupa —rio amargamente—, entonces es que no me conoce.

—¿Me amenaza, señorita? —Blakeley también rio, un tanto impresionado por sus agallas.

—Sí, eso es lo que estoy haciendo. Y si llegase a suceder que me llevaran bajo los efectos del opio y terminara accediendo a ser su esposa, créame, apenas se me pase el efecto le seré infiel.

—¡Sally, por favor! ¡No hace falta ser tan grosera! —vociferó su madre.

Theo sofrenó una risa seca e impertinente, al tiempo que el señor Withfield se desanudaba la corbata con un gesto brusco y sufrido, como si estuviera acostumbrado a las trastadas de su hija pequeña.

A Max, insólitamente, le brillaron los ojos de orgullo.

—Imagine los cuchicheos de sus compañeros del club de caballeros, donde tanto trabajo le ha costado tanto ser aceptado, cuando escuchen los rumores. Todos esos lores arrogantes que no pierden ocasión de atacar las debilidades de los burgueses, le harán pedazos cuando se enteren de que es usted un triste marido engañado. Apuesto a que se reirán mucho y empezarán a sentir lástima por usted —fingió mohín de bochorno—. Apuesto a que en todo Londres no hay nadie dispuesto a contratar los servicios de una aseguradora manejada por *gentrys* cornudos.

Blakeley le taladró con la mirada, y entonces sopesó su decisión por un momento. Su rostro reflejó indignación, luego impotencia y finalmente fastidio.

Soltó un suspiro grave que echó por tierra todo su esfuerzo por mantenerse firme; al fin y al cabo, Sally entendía que el mayor temor de los hombres de la posición de Geoffrey Blakeley no era la ruina, ¡ni siquiera la muerte!, sino el ridículo.

—¡Al demonio! —gruñó y se alejó hacia la puerta con paso furioso—. Ya habrá oportunidad de hacer mejores tratos en el futuro, señor Withfield. Creo

que esta vez paso —luego se dirigió a Max—. Y usted, milord. Buena suerte con esa cabra loca.

Dicho esto, abandonó el salón.

El padre de Sally masculló algo inteligible acerca de la blandura de los malditos vendedores de seguros. Dando pasos cansados se dirigió a la licorera y se sirvió un trago de escocés.

Otro largo silencio cayó sobre la habitación.

—Señor Withfield —Max fue hasta él con serenidad—. Sé que usted está consciente de que podemos hacer esto sin su consentimiento. Sally no es menor de edad y yo no necesito de su dote, pero no es mi intención medir fuerzas con usted. Su aprobación es meramente simbólica; usted es el padre de Sally y vamos a ser parientes, le guste o no, así que, lo ruego que acepte de buena gana el hecho de que Sally y yo vamos a ser marido y mujer.

—¡No ha ganado aun, Saint Leger! —gruñó.

—Thomas, por favor, deja de ser tan testarudo —insistió su esposa—. Hasta Geoffrey ha cedido. Esto no tiene sentido. Deja que nuestra pequeña se case con este caballero.

El padre de Sally caminó con lentitud hasta una butaca de cuero; se dejó caer en ella, luciendo exhausto, vencido. Apoyó los codos sobre las rodillas y con la vista en la alfombra suspiró. Sally le observó con tristeza, siendo plenamente consciente de la angustia que atenazaba a su padre en ese momento. Ella le conocía bien.

—Sarah, ¿por qué me haces esto? —inquirió en voz muy baja, mirándola con sutil reproche—. Sabes cuánto detesto a esta gente.

—Papá, esto no es contra ti —dijo con suavidad, arrodillándose frente a él y tomando una de esas manos grandes y callosas entre las suyas. Esas mismas manos que desde niño habían trabajado sin descanso cargando carbón en la estación de trenes de Tonbridge y que en tres décadas habían construido un imperio—. No tienes de qué preocuparte; te lo prometo.

—Ya no eres una niña. Eres todo lo que me queda, pero no puedo protegerte.

—No tienes por qué protegerme ya —Sally sonrió con tristeza, percibiendo el calor de las lágrimas que empezaban a agolparse en sus ojos—. Max es el mejor hombre que he conocido; si fuera menos que eso no lo habría mirado siquiera. Tienes que confiar en mí y en que he escogido bien —su padre

volvió a suspirar y a echar una mirada a Saint Leger—. Lo amo. Jamás seré feliz con alguien que no sea él. Tienes que aceptarlo y aceptar el hecho de que yo sé cuidarme sola. Siempre he tenido presente todo lo que me has enseñado, igual que hicieron Judith y Ellie, por eso son felices.

—Sus maridos no son aristócratas.

—Max es más que eso —sonrió, hinchada de orgullo—. Es el nuevo embajador británico en Viena. El primer ministro acaba de nombrarlo.

—¿Ahora sí me cree, señor? —masculló Theo desde su asiento.

—¿Crees que alguien elegido para semejante responsabilidad diplomática puede ser un truhan? —farfulló la joven—. Yo creo que no.

Withfield sopesó su decisión por un rato, mientras Sally le miraba suplicante. Las ironías de la vida le hacían querer gritar. Desde niña, su padre siempre la había complacido en todo, pero ahora se negaba a hacerlo con lo más importante, con aquello que más deseaba.

—Saint Leger —dijo poniéndose de pie de golpe.

—Sí, señor.

—Le he tomado la palabra y estoy investigándole —masculló mirándole con el temple de un león—. Espero que no me ponga reparos.

—Si necesita mirar mi historial criminal, se lo traeré yo mismo, señor.

—No se haga el listo conmigo —gruñó—. Soy un enemigo de cuidado y estaré vigilándole de cerca, así que más le vale caminar en línea recta. Le estoy entregado lo máspreciado que tengo.

Sally corrió hasta los brazos de su papá se fundió en su pecho. Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se liberaron, y con ellas se liberó el más colosal de los alivios. Mientras murmuraba una retahíla de agradecimientos, su progenitor le ponía besos en la frente y en la coronilla.

—Bendito sea Dios —exclamó Teresa Withfield al tiempo que sus hijos se miraban con patente decepción pues, claramente habían estado esperando despachar a los gemelos a puntapiés.

—Gracias, señor —murmuró Max mientras le tendía la mano a su futuro suegro. Thomas Withfield no se la puso fácil. Lo dejó un buen rato con la mano extendida hasta que al fin se la estrechó con más fuerza de la necesaria—. Voy a consagrar mi vida a hacer inmensamente feliz a Sally. Se lo juro.

—Cuento con eso, embajador.

Entonces, la joven se separó de su padre y se lanzó a los brazos de su prometido, que la estrechó con fuerza y derramó dulces palabras en su oído. Las lágrimas que Sally tanto había escondido, ahora brotaban sin ningún pudor, pues eran lágrimas de la más maravillosa felicidad.

Theo se puso de pie y felicitó a su hermano con sendas palmadas en la espalda y a su futura cuñada con un beso en la húmeda mejilla.

Y así fue como la nueva familia se relajó un poco —los hermanos Withfield no tanto— y empezó a discutir los pormenores de la unión que, acordaron, sería la semana próxima en la iglesia de San Bartolomé, la misma donde los anteriores lord y lady Saint Leger habían contraído nupcias. Max se comprometió a mover los hilos necesarios para garantizar la disponibilidad del templo, mientras que los padres de Sally prometieron organizar una ceremonia íntima y sencilla, dado el tiempo tan escaso y la urgencia de los novios de comenzar su nueva vida de casados en la capital del imperio austrohúngaro.

Más tarde, Max y Theo se despidieron.

—Un momento —gruñó Caleb Withfield antes de que los gemelos cruzaran la puerta del despacho.

Los dos caballeros se detuvieron.

—¿Qué sucede, Caleb? —berreó Sally.

—Algo aquí no está bien.

—Sí —convino Frank mirando al marqués con altivez—. No crea que se nos olvidó que usted deshonró a nuestra hermana, Saint Leger.

Y entonces echó una mirada cómplice a Caleb. Sally conocía aquella clase de miradas, las había visto con demasiada frecuencia desde que eran pequeños, pero no tuvo tiempo de reaccionar, mucho menos de impedir lo que sucedió a continuación. Los hermanos Withfield, como si poseyeran el don de la telepatía, soltaron en perfecta sincronía dos poderosos ganchos al estómago de los Wittelsbach. Theo y Max, que no estaban esperando semejante porrazo, se doblaron de dolor soltando gemidos que estremecieron la habitación.

—Oh, sí —suspiró Caleb con cierto alivio—. Eso era lo que faltaba. Ahora sí... todo parece estar en su lugar.

Sally y Teresa, indignadas y avergonzadas por el comportamiento de aquellos dos salvajes se deshicieron en reclamos. El señor Withfield, por su parte, esbozó una pequeña sonrisa mientras se llevaba a los labios su puro.

—¡Maldita sea! ¿Por qué a mí también? —protestó Theo con la voz demasiado aguda, producto del dolor.

Y entonces Frank sonrió.

—Son dos bastardos idénticos. Había que estar seguros de darle al correcto.

Epílogo

Londres, invierno de 1885

La ceremonia se celebró en la Iglesia San Bartolomé El Grande, una helada mañana de sábado.

Mientras recorría el pasillo central del brazo de su padre, Sally no pudo evitar darse de bruces con la ironía de toda aquella situación. Hasta hacía unos pocos meses, había temido el momento en que tuviera que casarse. Y no solo eso, había hecho de la soltería un propósito de vida, un puerto tranquilo donde anclarse, su única salvación en un mundo plagado de vividores y mentirosos. Si entonces alguien le hubiera dicho que esa mañana de noviembre estaría flotando hacia el altar, vistiendo un magnífico vestido Worth confeccionado en seda color marfil, y que estaría yendo de buena gana, como la novia más fervorosa y enamorada de la tierra, habría reído hasta las lágrimas.

Afortunadamente, había dejado de ser la muchacha cínica y temerosa que odiaba llorar frente a la gente, la que fingía apatía para disimular el orgullo herido y la que actuaba a la defensiva como único recurso para preservar su libertad.

Y eso se lo debía a Max.

A través del fino velo que cubría su rostro atisbó a su futuro esposo. De pie junto al altar, se veía abrumadoramente guapo. Aunque se esperaba que el novio luciera el uniforme real de la Casa de Baviera, Max se había decantado por un atuendo tradicional. Vestía chaqué oscuro con largos faldones, chaleco recto y corbata de seda gris claro. Una pequeña fresia en la solapa complementaba su elegante atuendo. Y aunque Theo, su padrino de bodas, vestía igual, nadie jamás dudaría que el gemelo enamorado era aquel cuyos ojos brillaban y miraban con adoración a la hermosa novia.

Mientras caminaba hacia él, Sally encontró sentido en aquello que expresaba la Biblia: «En el amor no hay temor, porque el amor perfecto echa afuera el temor».

Tras intercambiar las alianzas y pronunciar sus votos, el vicario los declaró marido y mujer. Sally y Max se besaron con frenesí, como si nadie estuviese alrededor, hasta que un par de carraspeos a su alrededor los obligaron a detenerse.

—Hermano, guarda ese ímpetu para la noche de bodas —se había burlado Theo.

La recepción se llevó a cabo en la mansión Withfield.

Sally estaba pletórica de dicha al ver que todas sus amigas habían conseguido asistir a la boda a pesar del poco preaviso. Harmony y Devlin, los duques de Waldegrave, fueron las primeras personas que atisbaron a su llegada a la mansión. La duquesa la abrazó y entre lágrimas de felicidad le deseó lo mejor en su nueva vida de casada. Resultó que Max y Devlin se conocían del colegio, y aunque tenían muchos años sin verse, la amistad que habían compartido en aquel momento pareció resurgir entonces.

También habían venido desde Cambridge los condes de Windham, Fanny y Gabriel. La pareja había hecho una pausa en su ocupada labor en el Hospital de Addenbrooke —ella como avanzada estudiante de medicina y él como cirujano— para acompañar a Sally y a Saint Leger en aquel día tan especial. Y no podían faltar su queridísima amiga Esther y su marido, Brighton, el conde de Westbrooke, que desde el primer momento pareció hacer buenas migas con Theo. Después de todo, ambos tenían un carácter similar: optimista, jocoso y jovial. Esther, que conocía bien a Sally luego de una amistad de más de diez años, era más consciente que nadie de su antigua aversión al matrimonio. La joven le había escuchado decir en incontables oportunidades que no se casaría, por ello su sorpresa al recibir la invitación fue colosal. Esther le deseó la felicidad más grande y, tras estudiar al elegido de su querida amiga, no tardó en darle el visto bueno.

Desde Viena habían llegado la señorita Weichselbraun y el señor Barna, quienes trajeron consigo la feliz noticia de su compromiso. Sally estaba muy feliz por ellos, especialmente por Sophie, que se merecía lo mejor de la vida por ser un alma tan pura. Will también había venido a compartir su dicha. Por desgracia, Bastian había vuelto a Berlín para retomar sus estudios, por lo que el tórrido romance de su amigo y el hijo del alcalde de Viena había llegado a su fin.

La única presencia que le generó cierta intranquilidad a Sally fue la de la marquesa viuda. La madre de Max no veía con buenos ojos aquel matrimonio, y mucho menos la urgencia que habían puesto los novios en llevarlo a cabo, sin embargo, la dama se comportó a la altura, aunque a veces le parecía que destilaba cierta frialdad. Su hija Eva, por el contrario, era una pila de amor y desde el mismo instante en que se vieron en Londres la saludó con un beso en

la mejilla y le llamó «hermana». Fue Eva quien le contó que Elise señorita von Lambort se había casado en secreto con un humilde chelista de la Filarmónica de Viena, y que su madre había puesto el grito en el cielo al enterarse. Al parecer, el caballero en cuestión había sido desde siempre el verdadero amor de la reservada joven.

Culminadas las celebraciones, lord y lady Saint Leger regresaron a Viena, prometiéndose una luna de miel con todas las de la ley para la primavera. El nuevo embajador británico tenía un sinfín de asuntos que atender por el momento, y su esposa, en lugar de poner reparos contra sus obligaciones, le animó a que las retomara. La marquesa estaba ansiosa por que regresaran a la ciudad para iniciar su nueva vida de casados.

En poco tiempo, ya estaban instalados en la magnífica casa de Neubau y los días de lord Saint Leger en la solitaria habitación del Hotel Metropole quedaron en el pasado. Sally estaba maravillada con el lugar, que se veía cien veces mejor reestructurado y amoblado. El trabajo hecho por los operarios y el lujoso mobiliario que Max había adquirido con la asesoría de un afamado decorador parisino, era digno admirar. Ella aprobó todo con una sonrisa pletórica.

No tardaron en acomodarse y en hacer de aquel un verdadero hogar.

Y cuando se encontraron solos en su espléndido y gigantesco dormitorio, se amaron con ímpetu, de todas las formas en que un hombre y una mujer podían amarse. Saint Leger le mostró a Sally un mundo de placer y entrega con el que nunca soñó siquiera, un mundo que mientras mejor conocía, más le atraía. Cada encuentro con él era una experiencia para atesorar y en cada uno, descubría un poco de él y un poco de sí misma. A menudo, la nueva lady Saint Leger se desconcertaba con la forma tan maravillosa en que su marido la conocía, cómo sabía pulsar botones en su cuerpo para elevar su temperatura, cómo conseguía llevarla al éxtasis de maneras insospechadas, hasta que ella, poco a poco, empezó a conocerlo del mismo modo. Se dedicó a complacerlo como él lo hacía con ella dejando el pudor a un lado y escarbando en sus más íntimos secretos.

Llegó a la resolución de que, maravillosamente, estaban hechos para encajar el uno con el otro.

En esos primeros días de casados se volvieron inseparables, salvo cuando volvía a amanecer y Saint Leger debía marcharse a trabajar. Sally lo esperaba con ansias, y cuando él regresaba, todo volvía a comenzar de nuevo. Él le

hablaba de su trabajo en la embajada, cenaban juntos, reían y terminaban revolviendo la cama, felices y saciados. Acordaron que en la primavera irían a Inglaterra por su luna de miel y que pasarían una temporada con Devlin y a Harmony en el castillo de Sudeley. Los duques de Waldegrave le habían hecho la gentil invitación.

Solo unas pocas semanas después de la boda se sintieron listos para dejar la casa de Neubau y encarar a los vieneses. Lo hicieron de mala gana pues, a todas luces preferían su intimidad, disfrutar de la tibieza de su lecho, del regalo de la compañía del otro y de la adorable familiaridad que habían construido entre ellos.

El lugar elegido para presentar en sociedad a la nueva y flamante lady Saint Leger fue la ópera estatal de Viena. Se aparecieron tomados del brazo, felices y elegantemente vestidos, luciendo una luminosa tez, que era el resultado de la más primitiva de las satisfacciones.

—¿Qué carajos...?

Max rezongó cuando un torrente de miradas de lo más impertinentes cayeron sobre ellos; no eran cientos sino miles, para su completo horror. Sally, que estaba acostumbrada, no hizo más que cuadrarse y sonreír.

—Ay, cariño, más vale que te acostumbres.

—¿Siempre te miran así? —quiso saber mientras avanzaban por el vestíbulo.

—Siempre.

—Eso es porque eres perturbadoramente hermosa.

—*Ja* —dijo ella por toda respuesta.

Se dedicaron a saludar a todo aquel se acercaba para saludar al nuevo embajador británico y a su bella esposa. Sally encontró irónico el hecho de recibir un sinfín de alabanzas cuando en el pasado los vieneses solo habían tenido para ella críticas y cuchicheos. No les guardaba rencor; había dejado atrás esa etapa de su vida. Ahora solo estaba determinada a ser una buena esposa para Max, en ser su soporte en aquella importantísima tarea y en convertirse en una digna representante de su país en suelo extranjero, porque ella también se tomaba en serio el rol de «embajadora», como la llamaba a veces su marido.

—Recuérdame por qué rayos vinimos —masculló él.

—Porque no podemos pasarnos todo el invierno encerrados en la alcoba.

—¿Quién dice que no?

Ascendieron hacia el palco de los Wittelsbach, no sin que un montón de curiosos se acercara a saludarlos y a buscarles conversación, esperando sacarles un poco de información sobre su boda en Londres. Era bien sabido que los vieneses se encontraban un poco resentidos con ellos por no haber contado con una boda Wittelsbach en suelo austrohúngaro. Muchos de ellos, sospechaba Sally, habrían hecho lo que fuera con tal de hacerse con una invitación.

Llegados hasta su exclusivo palco, se dedicaron a revisar el programa mientras volvían a sentir el picor de las miradas que el público les lanzaban desde sus localidades. Max odiaba aquello, y así se lo hacía saber a su esposa cada vez que tenía oportunidad. Ella reía sin parar.

—¿Será así toda la noche?

—No, cuando la función comience se olvidarán de nosotros. Somos una novedad, pero todas las novedades pasan, mi amor.

Las luces se atenuaron y el espectáculo dio inicio. No obstante, aun notaban la puya de las miradas que viajaban de todas direcciones hacia ellos. Sally miró a su marido y le vio poner los ojos en blanco. Comenzó a reír.

—Ignóralos.

—Si van a mirarnos toda la noche, deberíamos hacerlo todo más interesante.

—¿A qué te refieres?

Entonces él posó una mano sobre su muslo.

Sally se tensó un segundo, pero luego comenzó a experimentar una ola de calor propagándose por todo su cuerpo. La sonrisa se le borró de golpe cuando esa misma mano comenzó a apartar la catarata de tela para ir más allá. Echó una mirada a Max y se sorprendió con su talante inexpresivo.

—Esta ópera es aburrida —resopló.

—Saint Leger —susurró ella aterrada y excitada a partes iguales—. Estamos en un lugar público.

—¿Y?

—Y... tú eres el embajador británico.

—Oh, querida, ya me he enterado —dijo con deje inocente.

—Hay gente mirándonos —jadeó cuando los dedos avariciosos de su

marido alcanzaron su húmeda entrepierna. Una sensación de cálido placer, de bochorno, de miedo y de dulce abandono la atravesó— y seguramente esperando a que hagamos algo escandaloso para hablar de nosotros hasta la saciedad.

—Bien, vamos a complacerlos.

—Estás loco —gimió cuando los dedos comenzaron a moverse con una deliciosa cadencia. Se vio obligada a enmascarar su gozo con una expresión circunspecta, pues esos dedos la conocían bien. ¿Notaría la gente que estaba siendo estimulada por su impúdico esposo?—. Eres de lo peor.

—Que aburrida, Sally —soltó él con un gemido ronco—. ¿Crees que se den cuenta si me arrodillo entre tus piernas? —Ella le miró con los ojos brotados, atacada de risa y espanto a la vez. No... él no se atrevería, ¿o sí?—. Estoy bromeando —dijo al final, con una sonrisa deslumbrante.

—Como si no hubieras tenido suficiente esta mañana.

Max se inclinó para mirarla intensamente y sus ojos brillaron cuando habló.

—Jamás tendré suficiente de ti, lady Saint Leger. Jamás.

—Yo tampoco, milord —dijo ella con seriedad y resolución cuando se atrevió a hacer lo impensable: posó la mano sobre su entrepierna, palpando la tremenda erección—. Vámonos a casa, por favor.

—Como ordene, embajadora.

Y así, se marcharon del palco urgidos por regresar a Neubau, arrebatándoles a los vieneses la satisfacción de seguir admirando de cerca a la pareja más increíblemente dichosa y guapa de todo el reino.

Fin



Sobre la autora

Alexandra Risley nació en Venezuela, en 1982. Es licenciada en comunicación social (mención periodismo) graduada en 2004 en la Universidad Fermín Toro. Trabajó como periodista y jefe de información de distintos medios de comunicación hasta el año 2009, cuando se marcha a estudiar a la ciudad de Londres. Es en ese viaje donde encuentra la oportunidad perfecta para darle forma a su más grande sueño: convertirse en escritora.

Ha publicado nueve novelas: *El pianista recostado en el opio* (Editorial Vestales, 2012), *Victory* (Editorial Vestales, 2013), *Bajo el cielo de Cawnpore* (Editorial Vestales, 2014), *El reino de las almas robadas* (Plataforma Neo, 2015), *El deseo de Harmony* (2015), *El bosque de Laurel* (2016), *Un verano en Chatsworth* (2017), *Con los ojos cerrados* (2018) y *Sally y el príncipe canalla* (2019).

En la actualidad, Alexandra vive en los Estados Unidos.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)